

**CUBA**

Homero Campa  
Orlando Pérez

**LOS AÑOS  
DUROS**



PLAZA & JANÉS

Homero Campa  
Orlando Pérez

Cuba:  
los años duros

Prólogo  
Julio Scherer

PLAZA & JANÉS

Diseño de la portada: Carlos Varela  
Fotografía de la portada: *Proceso*  
Primera edición: junio, 1997  
Edición: Juan Guillermo López

© 1997, Homero Campa y Orlando Pérez  
© 1997, Plaza & Janés Editores, S. A.  
Enrique Granados 86-88, 08008,  
Barcelona, España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

ISBN: 968-11-0246-0

Composición tipográfica, Osmar Rojas Jacobo,  
diseño interior y formación: Pedro Luis García, *Grafitec*

Impreso en México  
*Printed in Mexico*

## Índice

Unas líneas .....	7
Prefacio .....	9
1. Una isla rodeada de capitalismo .....	13
2. Todo pasa y todo queda .....	89
3. Concesiones al capitalismo .....	137
4. Regreso al futuro .....	157
5. Entre el mito y la realidad .....	219
6. Del ser al tener .....	235
7. La buena salud de la cultura cubana .....	261
8. La larga espera .....	289
Epílogo .....	353

## Unas líneas

El estilo es ligero, vuela, no así la investigación, pausada. Los periodistas Homero Campa y Orlando Pérez piensan con los cinco sentidos, como debe ser en nuestro trabajo. Poco a poco, humanamente, nos comunican con la Isla y su comandante invencible en el poder.

Los cubanos y Fidel viven enredados. Se aman y dejan de amarse, se acercan y se apartan, pero finalmente se buscan y se encuentran. La relación amor-odio se da entre ellos como en las parejas más complicadas, las que hablan de separación sin deseársela ni permitiría.

Los cubanos quieren otra vida. También Castro. Pero Fidel la quiere sin una gota de agua en el incendio que lo consume y aviva desde dentro: su pasión por el poder, coágulo de su sangre. Los cubanos anhelan la libertad; Fidel, la gloria. Así son los hombres donde se les halle y así son los líderes, llámense presidentes o dictadores.

Fidel llega a los extremos con la más rebuscada sencillez. Une los opuestos y los reconcilia en el tiempo que él inventa. Comunista completo, si hace falta; comunista no tan íntegro, si se precisa. Hombre libre, sin atadura alguna, en la época de Sierra Maestra. Aun en periodos de guerra debe circular la verdad, que es de todos, decía. Nadie tiene derecho a callar un grito o a censurar una línea escrita, proclamaba.

Su genio —genio del poder, inimitable— le permite tomar las armas de los capitalistas para equipar a su ejército socialista. Antes el turismo no, ahora sí; antes el pago de impuestos no, ahora sí. El dólar, jamás, ahora sí. La prostitución, maldita, no volvería a Cuba

y hoy el malecón de La Habana está poblado por muchachas y niñas que se adaptan a la vida que les es posible. Si los sueños de Fidel están hechos añicos, él los rehace con la luz de cada amanecer. Vive así porque se daría entero por Cuba y nadie puede ofrecer más por la ilusión que lo habita. El Che soñó con el hombre nuevo; Fidel con la patria nueva, al frente.

Homero Campa y Orlando Pérez desatan todo esto. Su narración atrapa y sobran razones para que así sea: la sencillez del lenguaje —una frase bien construida se sostiene sola— y la acuciosa pesquisa para ascender a los cielos y descender a las profundidades de Cuba, en todo sitio el comandante histórico.

El libro provoca. El lector avanza en sus páginas y camina por la Isla. Es el oficio.

Julio Scherer García

## Prefacio

Una fiesta gay en un barrio habanero; un casino de juego en un barco turístico rentado por el gobierno de Fidel Castro; una zona franca en la Isla para el comercio internacional; un restaurante francés clandestino que ofrece servicio en dólares, son algunas imágenes que muestran una Cuba diferente a la que por tres décadas se dibujó en la conciencia del mundo occidental.

Ellas reflejan transformaciones profundas de un país que —como un vendaval— vivió los años duros del Periodo especial: aquellos que cimbraron a la Revolución y la obligaron a, una vez más, jugarse el destino a cara o cruz.

Este periodo —que va de julio de 1990 a diciembre de 1994— es el cuerpo del presente libro. Su descripción el alma del mismo.

Dos acontecimientos estremecieron a la Isla durante dicho periodo: una manifestación de protesta —la primera de la Revolución— en contra del régimen de Fidel Castro y el posterior éxodo por mar de más de 30 000 cubanos.

Al primero se le conoció como El Habanazo, al segundo como La crisis de los balseros. Ambos provocaron la pregunta pública que, a estas alturas, no se termina de contestar: ¿Qué pasa en Cuba?

Se dirá, y con razón, que un tema tan complejo como el cubano amerita la respuesta de un equipo de expertos que aborde con profundidad las distintas facetas de la realidad de este país: su crisis económica, sus particularidades políticas, su rica cultura y sus dinámicas y complejas relaciones sociales. Efectivamente, los análisis, proyecciones y estudios técnicos detallados se dejan a los expertos.

Las pretensiones de *Cuba: los años duros* son más bien modes-

tas: a partir del Habanazo y de la crisis de los balseros, remitirse a las facetas de un país que se transforma; asirse a los hechos concretos para reflejar su realidad compleja y contradictoria.

Usa para ello los instrumentos propios del oficio periodístico: declaraciones, entrevistas, documentos, crónicas y reportajes. Su contenido, por tanto, se ciñe básicamente a la información. Es decir, al hecho consumado, a la opinión pertinente y al dato público y verificable adquirido en el trajín del reportero: sus entrevistas, sus testimonios y sus vivencias.

El lector podrá encontrar en el texto algunos enfoques, análisis y comentarios pertinentes que aparecen sin citar fuente alguna. Obviamente, éstos son responsabilidad exclusiva de los autores. Pero aun en esos casos encontrará también datos suficientes que avalen tales criterios.

Por supuesto, no se expone todo el cúmulo de información que, al cabo de cuatro años, alimentó los archivos hemerográficos y las estadísticas. Se jerarquizan y discriminan hechos, datos y vivencias en función de un sólo criterio: el cambio en Cuba.

Algunos de estos textos —o parte de ellos— fueron publicados en la revista *Proceso* de México, su agencia de noticias Apro, o por la Agencia Latinoamericana de Información, ALAI, de Ecuador.

Con todo, quedan fuera —por su amplitud o escaso acceso a la información— algunos aspectos de la realidad cubana. La defensa militar de la Isla o el personaje Fidel Castro durante este Periodo especial, por ejemplo, se reservan para posteriores investigaciones. Otros temas —como la influencia de la religión afrocubana *Yoruba*— son abordados sin mayor profundidad y esperan también por futuros trabajos.

Ser corresponsales de prensa en La Habana a lo largo de este periodo de la Revolución marcó las relaciones profesionales: día a día, se observó lo que pasó o no pasó, se respiraron las inquietudes y aspiraciones, se escucharon los rumores, se palparon los esfuerzos, se compartieron los problemas. En suma, se tomó el pulso de esta nación.

Más aún, el contacto personal con dirigentes que decidieron y deciden las principales políticas en este país, con funcionarios que las aplicaron, con disidentes que las cuestionaron y con el hombre de la calle que —para bien o para mal— las vivió, ubicó a los

autores en la dinámica de los cambios y, a la vez, los distanció de las pasiones. En medio de un tema polémico y polarizado como el de Cuba, esto les ayudó a equilibrar su información. Tal cualidad se pretende también plasmar en este texto.

A diferencia de otras investigaciones hechas por extranjeros, lo cubano es aquí abordado por los propios cubanos; ellos son los protagonistas y son sus voces las que se expresan. Tampoco hay hipótesis por demostrar, ni premoniciones o pronósticos; menos aún historias secretas u ocultas. Hay, por el contrario, acontecimientos consumados, historias públicas y verificables, análisis pertinentes y datos relevantes que —a fuerza de ser evidentes— pasan inadvertidos hasta que, organizados en un todo, sorprenden por su frescura y connotación.

En definitiva, no espere el lector respuestas hechas sobre el futuro de esta nación ni explicaciones acabadas sobre su realidad. No hay aquí espacio para la especulación ni plazos para “el fin” o “la sobrevivencia” de la Revolución cubana.

## 1. Una isla rodeada de capitalismo

En Moscú una multitud derriba la estatua de Stalin y en Bucarest una grúa arrastra la de Lenin. En la Plaza Roja moscovitas ansiosos hacen cola a las puertas de McDonald's. A martillazo limpio cae el muro de Berlín y sus pedacitos se venden como *souvenirs*. Honecker se asila en la embajada de Chile donde gobierna su "antípoda": Augusto Pinochet. Ceausescu cae asesinado por las masas rumanas, las mismas que una semana antes lo vitorearon durante un desfile oficial. De un día para otro, un intelectual sin pasado político, Vaclav Havel, se convierte el presidente de una Checoslovaquia no socialista. Los Partidos Comunistas de Europa anuncian su próximo suicidio: cambian de nombre y, como a Jesucristo, niegan a Marx tres veces.

Atónitos e impotentes los cubanos observaron desde su Isla el desmoronamiento del socialismo. Las noticias llegaban a La Habana y sin control alguno cimbraban a Cuba entera. En los hogares, prendidos a sus televisores, viejos militantes comunistas, acérrimos internacionalistas y funcionarios del régimen, no daban crédito a las imágenes. En muchos el dolor era inocultable.

El jueves 7 de diciembre de 1989, durante el entierro de más de dos mil combatientes cubanos muertos en África, Fidel Castro rompió el silencio que mantuvo sobre los acontecimientos. Pronunció uno de sus discursos más conmovedores, tan sólo comparado con el de la noticia de la muerte de Ernesto Che Guevara en 1967 o con el de la explosión del avión cubano en Barbados en 1976.

Dijo que su Isla se enfrentaría con ejemplar dignidad a “un mar de capitalismo” y que, así fuese sola, defendería hasta la muerte el sistema socialista. “Nunca hemos aspirado a que nos entreguen la custodia de las gloriosas banderas y los principios que el movimiento revolucionario ha sabido defender a lo largo de su heroica y hermosa historia, pero si el destino nos asignara el papel de quedar un día entre los últimos defensores del socialismo, sabríamos defender hasta la última gota de sangre este baluarte”, sostuvo.

Y alertó luego a sus compatriotas a enfrentar lo que se anunciaba: el colapso económico.

Para entonces ya la economía de la Isla sufría un progresivo deterioro. Las reformas económicas y políticas en los países de Europa del Este —instauradas a principios de los años ochenta—, frenaron su desarrollo.

La desaparición del campo socialista aceleró este proceso y lo llevó a la crisis extrema. De la noche a la mañana Cuba se quedó sin el 85% de su comercio exterior. No tenía dinero ni créditos para comprar fuera de su órbita tradicional, ni mercados para vender sus productos.

La desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en 1991 fue el puntillazo final. Sus efectos, empero, se manifestaron con todo su rigor en los dos años siguientes.

Cuba exportaba a la Unión Soviética el 63% de su azúcar, el 73% de su níquel, el 95% de sus cítricos y el 100% de las piezas y componentes electrónicos, e importaba el 63% de los alimentos, el 86% de las materias primas, el 98% de los combustibles, el 80% de la maquinaria y equipo, y el 74% de las manufacturas.

Con la desaparición del CAME y la desintegración de la URSS, Cuba no sólo perdió un espacio favorable para su comercio, sino su única base de integración económica. En cuatro años la Isla caribeña perdió el 80% de su capacidad de compra: de 8 139 millones de dólares pasó a 2 200 millones en 1992 y a 1 750 millones en 1993.

Además, la deuda externa cubana con la Unión Soviética hasta 1989 ascendía a 17 212 millones de pesos y con los países de Europa del Este a 1 511 millones de pesos. La deuda en moneda libremente convertible alcanzaba los 6 165 millones de dólares. Por supuesto, ningún organismo internacional o país le facilitaría cré-

ditos luego de que en 1986 Fidel Castro decretó unilateralmente una moratoria de pagos.

Por si fuera poco, sus relaciones económicas con occidente eran prácticamente nulas. Su comercio con la Comunidad Económica Europea era del 6.7% y con América el 5.7%.

Se hizo evidente, entonces, la fragilidad de la economía cubana: pequeña, pobre en recursos energéticos y dependiente del exterior. El desarrollo social, la defensa y el proceso de capitalización interna se alimentaron básicamente de recursos externos; su condición de exportador primario (azúcar, cítricos y níquel) caracterizó la inserción de su economía en el CAME, y los bienes de capital importados de la URSS y Europa del Este, con la consiguiente tecnología deficiente y altamente consumidora de energía, verificó su vulnerabilidad, puesta al desnudo cuando estos factores desaparecieron.

Obviamente, el conjunto de todos estos hechos mostró la incapacidad de la Isla para generar los recursos necesarios para subsistir y desarrollarse. La ineficiencia de la economía interna fue elocuente: a principios de los años 80, de cada peso invertido en la producción sólo se rescataban 53 centavos, para la segunda mitad de esa década sólo eran dos centavos.

En aras de mantener el empleo y la seguridad social (salud y educación), se propició un fuerte desequilibrio económico: un déficit comercial de 2 mil millones de dólares promedio y un déficit presupuestal superior a los mil millones de pesos en 1989.

En julio de 1990 Fidel Castro “decretó” el Periodo especial en tiempos de paz, una estrategia económica y militar para sobrevivir incluso sin una gota de petróleo o de recursos provenientes del exterior.

Pronto la estrategia del periodo especial —concebido para un periodo transitorio— llevó a Cuba por reformas económicas irreversibles. Los cubanos jamás tendrían de nuevo relaciones económicas favorables y ventajosas, los niveles de consumo crecerían sí, pero no de forma equitativa y a costa de un alto sacrificio.

En principio, el periodo especial significó para el cubano común incertidumbre y zozobra. Se paralizaron la industria y buena parte de los servicios. Cerraron comercios y restaurantes. El transporte se colapsó. El combustible dejó de llegar. Los alimentos y otros

productos de primera necesidad —de por sí escasos— prácticamente desaparecieron. Los cortes de energía eléctrica fueron largos y continuos. Se hizo evidente la especulación y el mercado negro.

“¿Habría podido un país capitalista soportar un golpe como este? ¿Habría podido un país capitalista producir siete millones de toneladas de azúcar en estas condiciones y con sólo el 30% de los recursos?”, se preguntó Fidel Castro el 5 de septiembre de 1992 ante 80 000 personas en el acto que conmemoró, en la ciudad de Cienfuegos, el aniversario del Asalto al Cuartel Moncada.

Y él mismo respondió: “Sólo el socialismo y sólo la Revolución habrían podido enfrentar un golpe tan terrible como el que hemos recibido... Por eso —añadió luego— si antes creía en el socialismo, ahora creo mucho más; si antes creía en la Revolución, ahora creo mucho más”.

Pero junto con el golpe económico, los acontecimientos en el campo socialista dejaron a Cuba colgada de la brocha en la esfera internacional. Sus antiguos aliados desaparecieron como repúblicas y/o renegaron del comunismo. El fin de la Guerra Fría la dejó sin la seguridad militar que le proporcionaba el “equilibrio” entre las dos superpotencias. Poco a poco esos países se alejaron de las posiciones cubanas y secundaron a occidente en, por ejemplo, su condena contra Cuba en la Comisión de Derechos Humanos en Ginebra.

Cuba, pues, quedó sola frente a su tradicional enemigo, Estados Unidos, quien mantuvo siempre, y mantiene aún, un férreo bloqueo económico y cuya administración en turno —la de George Bush—, no ocultó nunca su hostilidad.

Las relaciones con la mayoría de los países de América Latina tampoco eran, ni con mucho, cercanas y cordiales. Sus gobiernos estaban resentidos con Fidel Castro por el apoyo que éste brindó durante dos décadas a los grupos guerrilleros que surgieron en sus territorios.

El Frente Sandinista, en Nicaragua, y el Frente Farabundo Martí, en El Salvador —sus apoyos “revolucionarios” evidentes—, también sufrieron retrocesos: el primero perdió el poder en las elecciones de 1990; el segundo negociaba la firma de un acuerdo de paz que se hizo efectivo con los tratados de Chapultepec en 1992. Con la invasión estadounidense a Panamá en 1989, Fidel Castro perdió

una plaza que le sirvió por mucho tiempo para asentar firmas comerciales que “rompían” el bloqueo. Por ese país Cuba adquiría productos para abastecer el turismo, sistemas de comunicación y a la vez era su centro de operaciones financieras con occidente.

Nada tampoco pareció redituarle a Cuba sus incursiones militares en África. Salvo Estados Unidos y sus aliados más cercanos, nadie negó el aporte cubano a la independencia de las colonias africanas y su contribución al fin del *apartheid*, pero después de 15 años de participación en las guerras de Angola, Etiopía, Mozambique y El Congo —donde 300 mil cubanos actuaron y 2 000 murieron—, Cuba quedó “sin beneficio de inventario”.

La caída del socialismo y la desaparición de la URSS “anuló” a los partidarios de la Perestroika en la Isla. Desde 1986, en los círculos intelectuales y académicos los análisis y repercusiones de la Glasnot en la Unión Soviética, por ejemplo, los llevó a sugerir la misma política en Cuba. En conversaciones privadas y foros las simpatías por las ideas de Gorbachov no se ocultaron. Aún más, en periódicos y revistas culturales aparecieron debates en el mismo tono: críticas a la verticalidad de la dirección gubernamental, la censura de prensa, el debate cerrado y la economía centralizada, entre otras.

El secretario ideológico del Partido Comunista de Cuba (PCC), Carlos Aldana, el 27 de diciembre de 1991, ante el Parlamento de su país, aseguró que si “hoy podemos hablar de salvar la patria, salvar la Revolución y salvar el socialismo es porque nos salvamos de esa confusión (la Perestroika)”. Reveló que él había elaborado, a finales de 1987, un documento que “proponía varias actitudes frente a la Perestroika: respeto, comprensión, confianza, análisis y simpatía”.

Aldana dijo que lo había elaborado ante muchas presiones que tenían “incluso, desde el propio partido”. Explicó que Fidel fue definiendo cada una de las actitudes sugeridas: “Respeto, sí, desde luego, respeto. Comprensión, sí, desde luego, comprensión. Confianza —recuerdo que él hizo un gesto—, bueno, hasta cierto punto, porque debemos observar muy bien todo. Análisis, creo que sí, que debemos hacer análisis. ¿Pero por qué simpatía?”

Con ello, toda aspiración o intención por “seguir los pasos” de Gorbachov se cerraron en la Isla. Y por tanto... se volvió a la línea

ortodoxa: Partido único como orientador de la sociedad y garante de la unidad política. La disidencia quedó sin espacio alguno y la prensa sometida a la línea oficial.

El propio Fidel precisó en 1991: "... habrá cambios, pero dentro de la Revolución, serán cambios revolucionarios. Y desde luego, no habrá recambios".

Efectivamente, el gobierno cubano mantuvo los rasgos fundamentales de su sistema político. Su rigidez se puso a prueba tres años después.

El 5 de agosto de 1994 estalló en el Malecón de La Habana la primera manifestación de protesta en contra del régimen de la Revolución. Luego, a partir del siguiente día, miles de cubanos se embarcaron en frágiles balsas para intentar llegar a las costas de Florida. Se inició así la llamada Crisis de los balseros.

### El Habanazo

El rumor se regó como pólvora: una embarcación saldría del puerto de La Habana rumbo a Miami.

De boca en boca, el anuncio recorrió la ciudad durante la víspera y animó la ansiedad de miles de personas. Era la oportunidad para salir de Cuba y llegar a Estados Unidos.

*Radio Martí* —estación anticastrista que difunde desde Miami— alimentó el rumor: transmitió la noticia sobre el secuestro —infructuoso, se supo después— por 21 personas del transbordador *Dos Ríos*, atracado en uno de los muelles de la bahía de La Habana.

En las calles, la versión fue: "una flotilla de barcos había zarpado desde Miami con el propósito de recoger a todo el que quisiera abandonar Cuba".

Al siguiente día —5 de agosto de 1994— cientos de personas se concentraron desde temprana hora en la avenida Alameda de Paula, contigua al Puerto. En apariencia estaban ahí por simple distracción. Casi todas llevaban bolsas con agua, comida y ropa para una travesía por mar. Atentas estaban para abordar la primera embarcación que se acercara.

Era un viernes de verano, caliente y húmedo. A media mañana había unas 2 000 personas, entre aspirantes a salir, informantes y

simples curiosos. Se concentraron entonces en La Punta (sector donde se estrecha la bahía). Pero había mucha gente más por los alrededores: Prado, El Puerto, La Habana Vieja... Cálculos aproximados estimaron unos 20 000 en toda la zona.

Pasado el mediodía, la Policía intentó desalojarlos. Sin argumentos, pidió a los que se encontraban en La Punta que se retiraran. Al principio todos lo hicieron en paz y lentamente, pero no pasaron ni diez minutos y se concentraron de nuevo. El grupo policial, no mayor de 20 efectivos, lo intentó varias veces, pero no pudo con ellos. Tampoco tuvo razones de peso. Se trata de una zona de esparcimiento donde los cubanos generalmente acuden a conversar, enamorarse, contemplar el mar, pescar o simplemente "desconectar" (relajarse).

Impotentes, los efectivos arremetieron contra los que mostraron resistencia o los que protestaron con malos modales. Quienes observaron esto reclamaron. A las tres de la tarde un grupo reaccionó y armado de piedras se lanzó contra la Policía. Los gendarmes corrieron hacia la avenida de El Prado. Dos de ellos siguieron por el Malecón y recibieron pedradas, golpes y vejaciones. La multitud se arremolinó y empezaron los gritos: "¡Abajo Fidel!", "Libertad, Libertad, Libertad...".

La situación se volvió confusa e incontrolable. Los primeros piquetes se dirigieron por el Malecón en dirección a la Oficina de Intereses de los Estados Unidos, ubicada a unas 30 cuadras del lugar. Entre los participantes se escucharon sugerencias y órdenes: "Hacia la Oficina, a pedir libertad". "Todos a la Oficina que esto se acabó".

La columna creció rápidamente. Cubrió el Malecón desde la boca de la bahía hasta el Parque Antonio Maceo (unas 10 cuadras), al frente del portentoso edificio del Hospital *Hermanos Almejeiras*. Los primeros agentes del orden público que intentaron detener la protesta recibieron piedras y botellazos. Nadie supo de dónde salió tanta piedra en una zona pavimentada. Se escucharon disparos y la gente se enardeció. En vez de detenerse continuó con insistencia. Desde los edificios colindantes comenzaron a llover en su contra piedras, palos y hasta ladrillos.

Durante dos horas las manifestaciones se incrementaron y expandieron, pero ya no precisamente para protestar. Prácticamente

las calles Neptuno, Galeano, Infanta, San Rafael, San Lázaro, Malecón y Belascoaín se colmaron de personas. En los edificios una multitud de curiosos se agolpó en ventanas y balcones. El tránsito se paralizó. En la esquina de Neptuno y Galeano los manifestantes incendiaron un contenedor de basura.

Ante la arremetida de la policía los manifestantes lanzaron piedras y palos contra las vidrieras del *Hotel Deauville*, en la calle Galeano y Malecón. Centenares de personas descendieron por las calles Galeano y Neptuno, rompieron los cristales de las tiendas. "Libertad, Libertad", gritaban.

El blanco de los ataques y saqueos fueron principalmente las tiendas que venden sus productos en dólares. Después, la calle Galeano se convirtió en el principal escenario de los gritos, destrozos y robos. La tienda *Ultra*, en la calle Reina y Galeano, muy distante del Malecón, fue asaltada y sus ventanales deshechos. La peletería *Roxana*, en la calle Neptuno, fue destrozada y saqueada. Los disturbios abarcaron los barrios de La Habana-Vieja y Centro Habana.

La contraofensiva policial fue inmediata. Centenares de policías, agentes de seguridad vestidos de civil y los trabajadores del *Contingente Blas Roca* —obreros de la construcción distribuidos por brigadas y puestos como ejemplo de productividad y lealtad revolucionarias— se lanzaron contra los manifestantes. Los efectivos de seguridad dispersaron los piquetes con disparos al aire. Los uniformados detuvieron a todo el que pasaba. Los tiraban en el suelo y los inmovilizaban con la bota en el cuello hasta que llegaba un camión y los recogía.

Los primeros grupos de trabajadores del Contingente Blas Roca se apostaron en la esquina de Galeano y Malecón y enfrentaron a los manifestantes. Estos trabajadores fueron sacados de sus tareas con la consigna de que "contrarrevolucionarios intentaban tomar La Habana" y que "había que detenerlos de cualquier forma". Los del Blas Roca, con el torso desnudo, algunos con la bandera cubana, armados de palos, hierros, bates de beisbol y a puño limpio dieron golpes sin temor ni medida. En los primeros choques estos obreros también recibieron pedradas y botellazos. Al sentir la presencia de los trabajadores los protestantes se agazapaban en pasillos y puertas, los esperaban y les 'recibían' a pedradas. Un miembro del Blas

Roca, José Boshe Torres, perdió el ojo al recibir un botellazo. Después fue el blanco de elogios por parte de la prensa nacional pues dijo que a pesar de perder un ojo su determinación era "dar la vida en defensa de la Revolución".

En esos momentos, en el cuarto piso del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), los presidentes provinciales de la Unión de Periodistas de Cuba (Upec) esperaban que el general Raúl Castro los recibiera. Días antes fueron convocados para una reunión con el segundo hombre de la Isla. Sin conocer lo que sucedía en la calle, esperaban pacientemente. Alrededor de las cuatro de la tarde entró el general Ulises Rosales del Toro, primer sustituto del ministro de las FAR. Les manifestó que de un momento a otro llegaría Raúl Castro.

Uno de los dirigentes de los periodistas cubanos —cuyo nombre pidió guardar en el anonimato— contó: "En ese momento ingresó Castro con un *walkie talkie* en la mano. Se escuchaba la voz del ministro del Interior, Abelardo Colomé Ibarra, quien le pedía instrucciones porque 'la cosa se estaba poniendo fea'. Raúl Castro le pidió calma y un poco de tiempo para evaluar la situación. Y nos dijo: 'Ya están escuchando. Se quieren tomar La Habana'. A continuación le manifestó a Colomé Ibarra: 'Ten calma, no te desesperes. Si esto se pone peor tendremos que sacar los tanques. ¡Por primera vez en la Revolución tendremos que sacar los tanques!'"

Cuando las calles fueron controladas por la Policía y las fuerzas de choque de trabajadores, varios pobladores y empleados de las oficinas públicas de la zona, principalmente personas mayores, se unieron a ellos y corearon vivas al presidente cubano Fidel Castro, cantaron el Himno Nacional y el del Movimiento 26 de Julio. "Esta calle es de Fidel / Esta calle es de Fidel", "La calle es de los revolucionarios", "Pin-pon fuera, abajo la gusanera", coreaban. Prácticamente los obreros del Blas Roca se constituyeron en la columna vertebral del enfrentamiento contra los cientos de habaneros que ese día protestaron.

A las cinco de la tarde se regó la noticia de que Fidel Castro estaba presente en la calle. Efectivamente, el presidente cubano apareció en un jeep militar con su tradicional uniforme verde olivo, rodeado de sus principales colaboradores (Carlos Lage, José Millar, Felipe Pérez Roque, Jorge Lezcano, entre otros).

Agentes de seguridad y una multitud se sintieron fuertes con la presencia del Comandante en Jefe. Gritaron consignas a su favor y emprendieron una marcha con él a la cabeza. La noticia de que Fidel estaba en el lugar de los acontecimientos circuló de boca en boca. Pronto llegó a lugares donde los disturbios continuaban. De inmediato se suspendieron y casi todos se lanzaron hacia la avenida El Prado, donde se decía marchaba el presidente cubano.

Curiosamente, muchos de los individuos que gritaron consignas pidiendo libertad y contra Fidel Castro, escondieron las piedras y cambiaron de semblante y de gritos en cuanto éste apareció. "Viva Fidel", "Viva Cuba", corearon ahora. Los más escépticos dijeron: "Hasta aquí llegamos. Llegó el Caballo" (uno de los apelativos con que popularmente se conoce a Fidel). Otros reconocieron su valentía y lo osado de su presencia en el lugar de los disturbios: "Este tipo sí que tiene cojones para meterse aquí". "Este viejo no cambia, no hay nadie que lo tumba".

En el recorrido, Fidel Castro fue abordado por la prensa e hizo una declaración que dio un giro a este problema y, a partir de ese día, desencadenó el éxodo de cubanos por balsa. Dijo: "Si los Estados Unidos no toman medidas rápidas, efectivas y honestas, nosotros nos veremos en la necesidad de no obstaculizar ni impedir la salida de todos los que quieran irse. Ni tampoco impediremos que embarcaciones de Miami vengán a recoger familiares".

Hasta 23 locales y tiendas fueron destrozados y saqueados; 375 personas detenidas; 75 de ellas sentenciadas a penas que oscilan entre dos y cuatro años; 300 a penas entre 8 y 10 meses. Todos bajo el cargo de desorden público con destrozos a la propiedad social.

Oficialmente se conoció de 35 heridos, entre ellos 11 policías atendidos en centros de salud. Sin embargo, en algunas casas de los barrios Centro Habana y la Habana Vieja fue evidente que algunos se curaban por su cuenta.

Alrededor de las 6 de la tarde todo parecía volver a la calma. Hubo manifestaciones de apoyo al gobierno organizadas por la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) y de la Federación de Estudiantes de la Educación Media (FEEM). Recorrieron todo el Malecón, la avenida de El Prado, La Punta y los alrededores del Puerto. En un momento coincidieron en el parque Maceo. Allí se hicieron fuertes y, con-

fundidos con policías y pobladores, permanecieron hasta el día siguiente.

Mientras tanto, en las calles de los barrios Centro Habana y La Habana Vieja la situación fue distinta.

En puertas y pasillos el comentario abundó acerca de un familiar preso o herido, de lo que había llegado a la casa producto del saqueo, de la indignación por la arremetida —que jamás se imaginaron— de la policía y los trabajadores del Blas Roca. Nadie se atrevía a hablar o a comentar lo acontecido. Los pocos que lo hicieron pidieron el anonimato y fueron muy cautos en sus comentarios. El temor de ser escuchados por un vecino "chivato" los inhibía.

"Esto fue ya lo último. A este gobierno no lo tumba ni Clinton. Lo que sí sentí por fin fue la satisfacción de gritar sin miedo lo que quise y de decirle a la cara a los policías lo que me dio la gana. Si siento alguna tranquilidad fue que no me quedé callado", comentó un joven de 25 años, empleado de una cafetería. Dijo que uno de sus primos fue detenido y que cuando él quiso defenderlo lo agarraron por el pelo pero pudo zafarse y correr.

Una señora de unos 50 o 60 años fue más explícita: "Aquí lo que pasa es que la gente ya no aguanta más. Mire, señor, si usted no tiene gas todo el día, luz de vez en cuando y la comida que dan por la libreta apenas alcanza para un fin de semana, ¿no le parece justo que se reclame y grite? Eso es lo que hicieron los muchachos. Yo los apoyo pero no me meto. Tampoco justifico lo que hicieron algunos maleantes, que como en todo el mundo, aprovechan la ocasión para hacer de las suyas. Ahora, si todos ellos quieren irse para Estados Unidos, que les dejen. Es mejor. Fidel debe dejar las puertas abiertas".

Por la noche del viernes una tensa calma reinó en los barrios Centro Habana y Habana Vieja. El parque Maceo, colindante con el tradicional Malecón, se convirtió en el centro de operaciones de la policía y las fuerzas del Ministerio del Interior. Centenares de uniformados y jeeps artillados recorrieron hasta la madrugada las calles de la capital cubana. Si alguien pasó dormido todo el día y despertó por la noche, sin enterarse de nada, y salió a la calle, seguramente se imaginó que la Isla se encontraba en un estado de alerta militar en prevención de una invasión estadounidense. Como

no sucedía desde la invasión de Playa Girón, La Habana se militarizó por la noche.

A la vez, la Policía disolvía grupos de ciudadanos que no explicaban su estadía en el muro del Malecón o en el lugar conocido como La Punta, en la Bahía de La Habana, en el mismo lugar que por la tarde se habían producido los incidentes.

El estatal Noticiero de Televisión transmitió esporádicas imágenes de los acontecimientos y se concentró más en las tomas hechas al presidente cubano cuando caminó por las calles habaneras rodeado de una multitud. Jamás se dijo el origen de la protesta ni la cantidad de manifestantes. Quien no vio de cerca el hecho y se atuvo a la imagen de la televisión cubana pudo pensar que se trató de una exageración. ¿Por qué tanto alarde si fueron unos cuantos delincuentes los que lanzaron piedras? Si eran “unos cuantos facinerosos”, ¿se justificaba la presencia de la primera autoridad del país y todo el despliegue policiaco que mostró la televisión?

Los sucesos del 5 de agosto fueron conocidos en Cuba con el nombre genérico de el Habanazo. Fue el clímax de varios incidentes migratorios que —en medio de una crisis económica atroz— empujaron a la primera protesta antigubernamental de la Revolución.

Sin embargo, los primeros destellos se habían revelado un año antes.

### El verano caliente

La información fue tajante:

- Debido a la falta de divisas, Cuba no podrá recibir el petróleo programado para agosto.
- Se echará mano de las reservas estatales para garantizar las actividades prioritarias: salud, programa alimentario y turismo.
- Casi la totalidad de la industria y de los servicios quedarán paralizados en prácticamente toda la Isla.

En reunión efectuada el 28 de julio de 1993, la Comisión Ejecutiva del Consejo de Ministros —encabezada por Fidel Castro— analizó el panorama de la situación económica y energética del país y tomó, entre otras, dos drásticas decisiones: suspender casi en su totalidad los servicios en las oficinas públicas, centros docentes y de investigación e industrias catalogadas como no prioritarias, así

como extender los cortes de energía eléctrica de uso industrial y doméstico en periodos de ocho a 20 horas diarias.

Con la anuencia del Buró político, el Partido Comunista transmitió estas noticias a sus cuadros medios y a sus militantes. La información, empero, fluyó como reguero de pólvora entre toda la población que, efectivamente, se encontró durante el mes de agosto de 1993 con miles de burócratas de “vacaciones” y, cada vez más y de mayor duración, los ya clásicos apagones.

En medio de un caliente verano —cuyas temperaturas alcanzaron los 38 grados en algunas zonas del país—, los isleños estuvieron atentos a cualquier aviso que hiciera oficial tal información. Los rumores sobre la falta de embarques petroleros presagiaron la llegada de la *Opción cero*: un plan de contingencia para sobrevivir sin una gota de combustible.

La *Opción cero* no llegó, pero la situación del verano del 93 se tornó difícil, al punto que al amparo de los apagones se registraron hechos de violencia y vandalismo en contra de edificios e instalaciones del gobierno cubano y aparecieron en paredes y mamparas leyendas de repudio al régimen de Fidel.

En cuatro años de periodo especial, fue ese agosto de 1993 el mes en que la crisis pareció desbordar la resistencia de la población cubana y, también, el control gubernamental. Fue, en todo caso, un signo premonitorio.

Y es que en el centro de la crisis económica de Cuba están clavadas las dificultades energéticas: casi la mitad de los recursos que genera la Isla se dedican a comprar petróleo y la mitad de él se les va en producir electricidad (el 90% de sus instalaciones que producen energía eléctrica consumen crudo).

En 1992 la Isla importó 6.2 millones de toneladas de petróleo, ni la mitad de los 13 millones que adquirió en 1989 de la entonces Unión Soviética. A principios de 1993, el viceministro de la Industria Básica, Jesús Pérez Othón, declaró que se importaría “al menos” una cantidad similar a la de 1992. A fines de julio, el secretario ejecutivo del Consejo de Ministros, Carlos Lage, reconoció en una reunión con empresarios extranjeros que la Isla había importado menos de las esperadas seis millones de toneladas debido a las dificultades financieras ocasionadas por la caída de la zafra azucarera, su principal rubro de exportación.

De acuerdo con información extraoficial, Cuba sólo tenía seguro, en agosto de ese año, el suministro de 3.3 millones de toneladas procedentes de Rusia, a cambio de 1.5 millones de toneladas de azúcar, y esperaba aumentar su producción local de 900 mil toneladas a 1.3 millones. O sea, una reducción de casi dos millones de toneladas de crudo.

Cuba, además, agotó sus reservas monetarias: las pocas que tuvo las había gastado en comprar un mínimo de alimentos, repuestos industriales y petróleo. Tuvo que invertir gran parte de su presupuesto en enfrentar dos fenómenos imprevistos: la *Tormenta del Siglo*, que en marzo de ese año afectó siete de las 14 provincias con daños calculados en 1 000 millones de dólares, y la Neuritis óptica, una extraña enfermedad que provocó primero ceguera progresiva y después parálisis en las extremidades de alrededor de 50 000 habitantes de la Isla. Los gastos para controlar esta enfermedad fueron de 50 millones de dólares.

Ante esta situación, las oficinas públicas dejaron de prestar servicios. Miles de burócratas recibieron inesperadas vacaciones de verano. Sólo quedó algún personal de guardia para atender los casos urgentes. "Nos dijeron que por problemas con la electricidad no tenía caso venir", comentó Alfonso Rojas, empleado del Ministerio de Comercio Exterior, una mole de ocho pisos que en plena zona céntrica quedó oscuro y vacío.

Las autoridades de la Isla anunciaron también cortes de 8, 12, 16 y —en algunas zonas— de hasta 20 horas diarias. Los cubanos dijeron que los "apagones" pasaron a ser "alumbrones". El calor y la humedad de ese verano los obligó a salir de sus casas y a postrarse en sus puertas y balcones: ahí pasaron la mayor parte de los días y de las noches de agosto; comieron y durmieron expuestos a las nubes de mosquitos que abundan en esas temporadas.

La escasez de energía afectó el bombeo y la distribución de agua en varios barrios de La Habana y en ciudades como Santiago de Cuba, y mantuvo al mínimo el ya colapsado transporte público: escasas 600 "guaguas" (de un parque vehicular de 1 600) dieron servicio ante desesperados habaneros que, como ramilletes de uvas, colgaban de sus puertas y ventanas.

La distribución de alimentos mediante la Libreta de Abastecimiento también disminuyó: no hubo aceite comestible ni jabones

de baño, y las hortalizas, las frutas y las viandas no llegaron a las bodegas por falta de transporte para llevarlas del campo a la ciudad.

Empedernidos fumadores, los cubanos vieron disminuir en esos días incluso la producción de tabaco para consumo nacional: de 40 millones de toneladas sólo se produjeron 10.

La irritación, la angustia y el descontento, colmaron la paciencia. "Abajo Castro".

Así, en letras negras sobre una pared verde claro, se leía en un edificio ubicado en el número 315 de la calle 10 en Miramar. Apareció el domingo 15 de agosto ante la sorpresa de los vecinos y la estupefacción del inquilino, quien —ni tardo ni perezoso— lo borró de su pared.

Letreros similares aparecieron en ventanas, paredes y hasta mamparas de propaganda oficial en los barrios de Centro Habana, Lawton, Marianao, Cerro, Arroyo Naranjo y en los poblados de Güines, Santiago de las Vegas y en la ciudad de Santa Clara.

Sus leyendas eran elocuentes: "Ya basta", "queremos comida"; "no más socialismo" y, sobre todo, "abajo Fidel".

Este último letrero apareció incluso en uno de los baños del edificio del Poder Popular de la Provincia Habana y —pese a las pesquisas e investigaciones de los funcionarios— no se logró detectar quién y cómo lo pintó.

Junto a estos letreros y al amparo de los apagones, fueron apedreados varios edificios y comercios estatales, y casas de funcionarios menores del Partido Comunista. En la ciudad de Sancti Spíritus fue apedreada la casa del secretario del PCC de esa provincia, Jorge Valdés Rodríguez, cuando su vivienda permanecía iluminada mientras en los alrededores había un apagón.

En el poblado de Güines fueron apedreadas las tiendas estatales *Panorama*, *Casa de la Novia* y *La India*; y en el barrio habanero de La Víbora fueron rotos los cristales del centro comercial *Mónaco*. Grupos de jóvenes, al estilo de los *hooligans* ingleses, asaltaron y destrozaron algunas de las tradicionales "guaguas". Fue una especie de *intifada* que ocasionó destrozos y hechos violentos.

El régimen de Fidel Castro rechazó que diversos actos de violencia ocurridos en Cuba durante agosto de 1993 fueran manifestaciones antigubernamentales y, mucho menos, "hechos de desobediencia civil" o de "rebelión popular generalizada".

Fueron, aseguró, “acciones vandálicas”, “atropellos” y “fechorías” de “elementos antisociales” o “delincuentes”. Y como tales, anunció medidas para enfrentarlos. Estas fueron desde una reorganización de la Policía Nacional Revolucionaria hasta la reactivación del sistema de vigilancia de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) y las misiones de grupos progubernamentales de corte paramilitar llamados *Destacamentos de Respuesta Rápida*.

En un editorial a plana entera, el periódico *Granma* —órgano oficial del Partido Comunista de Cuba— reconoció el 8 de septiembre de 1993 que “en las últimas semanas se incrementaron los índices en los delitos y la indisciplina social en algunos segmentos de la población”. Son, afirmó, “índices inaceptables para nosotros y es absolutamente impostergable llevar a la práctica medidas revolucionarias para evitar que esto pueda convertirse en una tendencia”.

Se trató —según el diario— de “elementos antisociales y delincuentes que aprovechan las consecuencias de nuestra compleja situación económica para atentar contra los intereses y la tranquilidad de la población”.

Subrayó que en ese momento “la mayoría del pueblo cubano” hacía esfuerzos por salir adelante y, por tanto, “no debe haber lugar para quienes sirven a los intereses del enemigo dañando la economía, desarrollando la especulación o fomentando intranquilidad e irritación en la ciudadanía y en las personas que visitan el país”.

A pesar de que no existe la nota roja en la prensa cubana, la radio y las publicaciones impresas dieron espacio a algunos hechos de carácter propiamente delictivo. Destacó la noticia del diario *Granma* sobre la detención de una “pandilla” de jóvenes entre 16 y 25 años que asaltaron una “guagua” de la ruta 84 y dieron muerte a un estudiante. Pese a que el hecho se registró el 2 de agosto de 1993, la publicación lo dio a conocer un mes después (4 de septiembre).

Al mismo tiempo —y de manera inusitada—, la prensa cubana cuestionó la falta de dureza de la policía y, a fines de ese agosto, inició una campaña para pedir mayor rigor en el combate a “la delincuencia”.

Un ejemplo: el semanario *Juventud Rebelde*, en su editorial del 29 de agosto de 1993, publicó: “Los actos vandálicos lejos de significar una oposición política, tipifican la conducta de vulgares

delincuentes”. Y más: “Los cubanos hemos creado la policía más noble del mundo y por ese motivo hemos incurrido en un lamentable error... la policía no puede distanciarse de su esencia represiva porque entonces carece de eficacia”.

Si para las autoridades cubanas todos estos actos fueron hechos delictivos, para los opositores de dentro y fuera de la Isla constituyeron manifestaciones de descontento y protesta popular, según difundieron las emisoras radiales del exilio *Radio Azul*, *Radio Mambí*, *La Cubanísima* y *Radio Martí*.

Diplomáticos y algunos analistas políticos en La Habana consideraron, sin embargo, que se trató de una mezcla de ambas cosas: un aumento del robo con violencia y de actitudes vandálicas realizadas por los jóvenes, pero también acciones de enojo y frustración de los cubanos que no encuentran otras vías para manifestarse. En el fondo hubo una causa común: la aguda crisis económica que padece la mayor de las Antillas.

En su editorial del 8 de septiembre de 1993, el diario *Granma* anotó: “En su afán de lograr sus objetivos contrarrevolucionarios, el enemigo —en especial, lo más reaccionario de la gusanera de Miami— busca permanentemente información sobre la situación interna que le permita promover el desaliento y la disidencia, inventando situaciones o deformando cualquier hecho o figura delictiva con el propósito de presentar a los ojos del mundo la más desfavorable imagen de nuestro país”.

Y más: “Las emisoras y fonías contrarrevolucionarias están propagando versiones sobre hechos de este tipo, así como rumores de falsos disturbios en distintas regiones del país, con el evidente propósito de alentar su proliferación”. Luego criticó la información emitida por corresponsales de prensa acreditados en La Habana. Dijo: “Algunos medios de prensa internacionales —conocidos por su falta de seriedad— también han dado sus acostumbradas interpretaciones manipuladas y malintencionadas de los delitos de estos elementos antisociales”.

Señaló que quienes buscaban el endurecimiento de la política estadounidense hacia Cuba “se han dedicado a llevar por distintos sectores de la sociedad estadounidense sus versiones de que determinados hechos delictivos, sobredimensionados o inventados, son pruebas de ‘rebelión popular generalizada’”. Puso como ejemplo

la audiencia pública del Congreso estadounidense realizada el primero de septiembre de 1993 donde se calificó a estos hechos como propios "de la desobediencia civil".

Y aseguró: "Quienes piensan con mentalidad anexionista y nos miran con odio, no escapan a los desatinos de su soberbia y desde su madriguera contrarrevolucionaria se vuelven cómplices y patrocinadores de los más vulgares e inescrupulosos delincuentes".

Luego, el *Granma* informó de medidas para "revertir la actual situación". Destacaron:

1. Activar el Sistema Único de Vigilancia y Protección con planes específicos, tarea que generalmente cumplen los CDRs, pero que también se aplica a otras organizaciones de masas: los jóvenes, estudiantes, mujeres y sindicatos.

2. Precisar las misiones de los *Destacamentos de Respuesta Rápida*, grupos gubernamentales de corte paramilitar, usados comúnmente para hostigar a los disidentes políticos en la Isla.

3. Reorganizar y reconstruir a la Policía Nacional Revolucionaria (PNR) a cargo del Ministerio del Interior. Así como completar y preparar a sus elementos.

4. Ajustar la legislación y los procedimientos penales para dar agilidad a los procesos, sanciones severas a los delincuentes y "desestímulo a elementos proclives al delito".

A la par que estas medidas se aplicaban, los hechos violentos y los letreros antigubernamentales desaparecieron al mejorar en septiembre de ese año el servicio de energía eléctrica.

Y es que, en una situación tan difícil, el gobierno de Castro logró comprar petróleo a Ecuador y Venezuela. Lidio Ramón Pérez, vicedirector de la Empresa Eléctrica Nacional declaró a *Radio Rebelde* que durante ese septiembre (1993) habría suficiente petróleo para generar electricidad y para mantener los servicios vitales de la población, así como para reiniciar "las producciones básicas del país que fueron paralizadas en el mes de agosto".

La *intifada* habanera se esfumó y nada hizo pensar que reaparecería en una situación similar. En todo caso, agosto del 93 fue un termómetro que midió la resistencia de la población cubana ante la crisis que padece desde 1989. Fue también —a decir de observadores locales— un aviso para el gobierno de Castro sobre los límites de la austeridad del periodo especial.

Para muchos, vivir otro verano igual era imposible. "Muchacho, mejor me largo", decían.

Un año después, la situación no era mejor. El gobierno cubano lo sabía. Raúl Castro, segundo hombre de Cuba, pronunció un discurso sintomático el 3 de agosto:

"Hoy, incluida la producción de azúcar, la principal tarea estratégica que tienen todos los revolucionarios es garantizar alimentos a la población". Ante los diputados de la ANPP añadió: "Ayer decíamos que tanto valían los frijoles como los cañones. Hoy afirmamos, valen más los frijoles que los cañones..."

### Crisis de las embajadas

Las sedes diplomáticas siempre han sido una de las vías utilizadas por los cubanos cuando quieren salir de la Isla. De manera cíclica ha habido incursiones en las embajadas. Pese a solicitudes diplomáticas, escándalos y repercusiones internacionales, no siempre consiguieron su propósito.

El éxodo de Mariel, en 1980, empezó con una incursión en la embajada de Perú. En el verano de 1991 la sedes de España y Checoslovaquia fueron invadidas durante varias semanas. El hecho tensó las relaciones con estos países y amplió el debate sobre el asilo político. Cuba mantuvo su posición inalterable de no dejar salir a quienes usen esta vía.

En septiembre de 1993, empero, 11 individuos ingresaron a la embajada mexicana. Todos lograron su objetivo. Fueron enviados al Distrito Federal en menos de 48 horas. El gobierno de Fidel Castro dijo que había sido un caso de "excepción" con un "país amigo". Impulsados por el mal ejemplo de México, en el resto de ese año fueron invadidas una decena de residencias y sedes diplomáticas. Todas fueron abandonadas sin conseguir el ansiado "asilo político".

El 11 de febrero de 1994, centenares de personas se agolparon en la Oficina de la Sección de Intereses de Estados Unidos en La Habana ante el esparcimiento de falsos rumores de que se otorgarían visas a todos los cubanos que deseaban viajar a Norteamérica. Versiones extraoficiales reportaron que un grupo de cubanos intentaron entrar en el edificio la noche del jueves 10 y que alentados

por algunas transmisiones radiales de Miami, otro grupo se mantuvo al acecho durante la mañana del viernes 11.

Diplomáticos estadounidenses asignados a la Sección de Intereses negaron tales versiones. Comentaron que todo se debió a que elementos de la Policía Nacional Revolucionaria desviaron el tránsito hacia una calle lateral del edificio de la Sección pues, dijeron, estaban haciendo "ejercicios en motocicletas". Según estos diplomáticos, como en esta misma calle está el consulado estadounidense se produjo un embotellamiento de autos y personas que la policía cubana tuvo que despejar.

En el intento de obtener visas la gente se arremolinó y creó el caos. La Policía intentó disolver el tumulto pero las protestas se transformaron en insultos contra el gobierno cubano. La multitud se extralimitó y se enfrentó a los uniformados. Extraoficialmente se conoció de 82 personas arrestadas.

El 28 de mayo, un grupo 124 cubanos entraron a la residencia del embajador belga, Paul Vermeich, ubicada en el barrio Miramar. Inmovilizaron para ello a los dos policías que custodiaban la entrada de la sede.

El 4 de junio fue secuestrado un barco salinero en el Puerto del Mariel, a 50 kilómetros al oeste de La Habana. Una parte de la tripulación tomó como rehenes a sus compañeros y subió a la nave a más de 20 personas. Al intentar dirigirse a Estados Unidos fueron interceptados por los guardacostas cubanos, los cuales dispararon sobre la embarcación en el intento de detenerlos. Varias personas fueron heridas, pero al final alcanzaron su propósito. Una parte de la tripulación regresó después a la Isla.

El 13 de junio, 21 personas más entraron a la embajada de Alemania. Forzaron la reja con un camión recolector de basura ruso *Mas-500*. Dos días después —mientras se celebraba la Cumbre Iberoamericana en Cartagena de Indias—, otros ocho ciudadanos de la Isla saltaron la reja del consulado de Chile. Todos pidieron asilo político.

A lo largo de ese periodo decenas de cubanos intentaron entrar a embajadas de distintos países: Argentina, Canadá, Hungría, Panamá, Colombia y —en vísperas de la visita del presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari, el 13 de junio— en la embajada de México.

De hecho, durante junio, las zonas residenciales donde se ubican los edificios diplomáticos —Miramar y Cubanacán— se militarizaron y las calles donde están las embajadas permanecieron cerradas al tránsito.

Los ocupantes de la residencia del embajador belga dijeron pertenecer a una organización autodenominada *Unión de Cubanos por la Libertad*. Una semana después de ocupar la sede diplomática emitieron un manifiesto en el que se declararon anticastristas y perseguidos políticos. Afirmaron que preferían inmolarsse antes de abandonar su propósito de, por esa vía, salir del país. Realizaron manifestaciones en los jardines del edificio y mostraron carteles con leyendas antigubernamentales. "Libertad o Muerte", "Derecho de asilo político", "Queremos un lugar para vivir en libertad", rezaban algunos de ellos. A una cuadra de distancia, fueron capturados por fotógrafos y corresponsales de prensa, quienes fueron impedidos de acercarse al edificio por elementos de la Policía Nacional Revolucionaria. A partir del 14 de junio, una docena de ellos iniciaron una huelga de hambre.

Los gobiernos de los tres países se negaron a otorgar el asilo político. Todos, sin embargo, asistieron a los ocupantes con alimentación y medicamentos. Incluso, el gobierno de Alemania les envió varias casas de campaña. Los diplomáticos aseguraron que estas medidas eran por estrictas razones humanitarias.

Además, sus gobiernos pidieron garantías al régimen de Fidel Castro y no tomar represalias contra los invasores cuando estos salieran de las sedes diplomáticas, y sostuvieron que es "el convencimiento y no la fuerza" la única manera de lograr que abandonaran dichas sedes. Esto fue particularmente claro con los ocupantes del consulado chileno, que al no tener estatus de embajada estaba impedido legalmente para proporcionar asilo político.

Una nota de la cancillería fechada el 18 de junio de 1994 endureció la posición cubana. De manera categórica reiteró: "no se autorizará nunca la salida del país a las personas que hayan penetrado por la fuerza en una sede diplomática aunque posteriormente la abandonen". Afirmó que "no se realizará acción judicial en su contra, siempre y cuando, no hayan cometido algún delito con anterioridad o durante el acto de entrar a la sede diplomática".

Trascendió en el ambiente diplomático cubano que el endureci-

miento de la posición del régimen de Castro hizo más difícil la labor de “convencimiento” de los funcionarios diplomáticos y complicó las negociaciones entre sus gobiernos. Sin embargo, la actitud cubana fue invariable: “exonerar a los delincuentes los estimularía a penetrar por la fuerza en las sedes diplomáticas. Algunos son reincidentes y esto ya es inadmisibles”. Así, para la primera semana de julio prácticamente todos los ocupantes de las embajadas las abandonaron. En enero de 1995 salieron finalmente los últimos cubanos que permanecían en la sede diplomática de Alemania.

Los ocupantes de la residencia del embajador de Bélgica declararon al salir que abandonaron su propósito “porque no había alternativa”. “Estábamos solos y aislados, nadie nos ayudó”, dijo Óscar García. Su esposa, Odalis Rumayol —quien también entró a la embajada con su bebé (Mileidy) de cinco meses—, fue más allá: “Fuimos engañados y utilizados por nuestros dirigentes: Octavio Rafael González y Sergio Aguiar Cruz. Ellos nos dijeron que todo estaba arreglado para entrar en la embajada y obtener el refugio político”.

Óscar y Odalis relataron:

“Nos avisaron que había que estar a las 12 del día 28 de junio cerca de la residencia, en Miramar. Nos dijeron que el embajador (Paul Vermich) sabía y estaba de acuerdo. Éramos como 400 repartidos en varios grupos, pero sólo entramos 124. No sé ni cómo lo hicimos: saltamos la verja con la nena en los brazos...”

“Cuando entramos, salió alguien de la casa a pedirnos calma. Nos dijo que nos iban a ayudar. Y nosotros pensamos que efectivamente ya estábamos salvados. La esposa del embajador empezó a proporcionarnos lo que podía: alimentos y cartones. El embajador se reunió con los dirigentes: con Sergio (Aguiar Cruz) y Octavio (Rafael González). Salieron y dijeron que se estaba negociando la salida. Nos mintieron. De manera directa los de la embajada nunca nos prometieron nada. Luego supimos que semanas antes el embajador Vermich salió a hablar con ellos cuando los había visto sentados en una de las bancas que están en el parque frente a su casa, pero que nunca les prometió nada...”

“Por fuera la policía nos insultaba. A los tres días las avispas negras (elementos de las Brigadas Especiales de la Policía) intentaron meterse a la casa y, ante nuestros gritos, el embajador se

levantó. Metió a las mujeres y a los niños a la casa y protestó ante la Cancillería. Llamó incluso a otros embajadores. Estuvieron en la madrugada de ese día los embajadores de Brasil, de España y de Alemania. Nos dijeron que si volvían a entrar avisáramos...”

“Conforme pasó el tiempo, la situación empeoró: nos dijeron que no habría visas. La comida siempre fue escasa: por la mañana, un vaso con azúcar para los adultos y uno de leche para los niños (había 37 en total); para el almuerzo, un pan con jamón y queso y por la tarde un dulce; había un solo baño y el agua que tomábamos era de un pozo salubre. A las semanas había varios niños con temperatura y diarrea...”

“Llegó otro embajador (Willy Derriets) y con él cuatro policías belgas. Las cosas se pusieron peor: ya no pudimos entrar a la casa, los alimentos nos los racionaron más y nos arrinconaron en una zona del jardín de la residencia e impedían que camináramos con libertad o tuviéramos contacto con los familiares del exterior.

“Los letreros anticastristas y las manifestaciones fueron idea de Octavio y Sergio. Se trataba de llamar la atención. Todos lo aceptamos. La huelga de hambre no fue para pedir la visa, sino para protestar porque cada día nos daban menos de comer y no alcanzaba ni para los niños...”

“Sergio y Octavio entraban a negociar y luego salían y nos decían sólo una parte de la verdad. Nos pusimos bravos con ellos. Surgió un comité que los desconoció y nos enteramos de que, contra lo que ellos decían, no se estaba arreglando nada. Hubo diferencias. Surgió el rumor de que Sergio traía una pistola y que ambos ya tenían visa. Incluso que ellos eran los que habían participado en la toma de la embajada de Canadá (sucedido en abril de ese año). Hubo un momento en que estuvieron a punto de fajarse (pelearse a golpes) con algunos de nosotros. Ellos, que eran los que iniciaron todo, salieron el martes 28 de junio en un auto de la embajada, ocultos tras una lona que les prestó el embajador...”

“Sentimos después que no había alternativa: ya había piojos y sarna, la alimentación era menor y estábamos aislados. Escuchábamos *Radio Martí* en un radio portátil y ya no difundía noticias sobre nosotros. Luego, tras la salida de los líderes, los que quedaban solos estaban pensando en salir... Algunos, de plano, le pidieron al embajador belga que mejor nos botara a la calle”.

## Un "lamentable accidente"

En la madrugada del miércoles 13 de julio de 1994, el remolcador cubano *13 de marzo*, de la empresa de Servicios Marítimos de Cuba, zozobró a siete millas de La Habana con 70 cubanos a bordo —incluidos 20 niños— que intentaban llegar a Miami.

La versión oficial habló de un "lamentable accidente"; los testimonios de los sobrevivientes dieron cuenta de una "acción premeditada" de embarcaciones estatales cubanas.

De acuerdo con la versión oficial —emitida el sábado 16 por un comunicado del Ministerio del Interior— el remolcador *13 de marzo* fue sustraído de uno de los muelles del puerto de La Habana. Previamente, los "cabecillas" del grupo "inutilizaron los equipos de comunicación de las instalaciones de la empresa de Servicios Marítimos". Según este comunicado, la embarcación "estaba notificada de una avería que propiciaba una vía de agua, lo que —se aseguró— era conocido por los autores directos del plan, quienes aún así realizaron el hecho".

Para impedir el robo del remolcador, tres embarcaciones del Ministerio de Transporte (Mitrans) intentaron interceptarlo y "en las maniobras se produjo una colisión entre el remolcador y una embarcación que trataba de darle alcance". En las proximidades del área se encontraban dos unidades de Tropas Guardafronteras que "de inmediato acudieron al auxilio de los naufragos, incorporándose a las labores de rescate las tres embarcaciones del Mitrans. Dadas las condiciones de la navegación y la fuerza del mar en esas horas de la madrugada, sólo pudieron ser rescatadas 31 personas vivas. El resto de las personas desapareció. El principal cabecilla está preso".

Señaló el comunicado que "este lamentable incidente demuestra una vez más cómo elementos inescrupulosos arriesgan la vida de numerosas personas, entre ellas mujeres y niños, en afán de consumir su deseo de emigrar ilegalmente de nuestro país y ser recibidos como héroes en los Estados Unidos, cuyas autoridades no les conceden visas para viajar normalmente".

A esta versión oficial se opuso la que contaron los sobrevivientes del naufragio. Maida Tacoronte y María Victoria García Suárez fueron dos de ellos. La primera se salvó junto con su hija de tres

años y su esposo Román, pero perdió a su hermana y a tres sobrinos; la segunda perdió a su esposo, su hermana y su hija de seis meses. Fueron entrevistadas en sus domicilios de los municipios de El Cotorro y de Guanabacoa, ubicados en la periferia de La Habana. De sus relatos se desprende la siguiente versión.

Todos sabían de una salida, pero no tenían preciso ni cuándo ni a qué hora. El contacto eran dos trabajadores del puerto, Fidencio Ramel Prieto y Raúl Muñoz. Unas horas antes les avisaron a familiares y amigos y llegaron al puerto de La Habana en pequeños piquetes. Se acomodaron en la parte interior del remolcador *13 de marzo*. A su decir, el barco se veía seguro: no tenía roturas aparentes ni había agua en su interior. El espacio era pequeño pero la gente iba cómoda: alcanzaban a estar sentados en el piso. Calentaron el motor por un rato y salieron pasadas las tres de la madrugada.

Maida Tacoronte: "Después de un rato subí a cubierta y vi una luz que nos estaba alcanzando. Era un barco mucho más grande que el nuestro. Al momento y sin decirnos nada nos empezó a echar chorros de agua a presión. Así estuvo durante casi una hora, hasta que llegó otro barco e hizo lo mismo. Nos tenían por dos flancos. Ramel, que iba al mando, cayó al mar por los chorros que destruyeron la cabina del timón. Apareció otro barco y prácticamente nos rodearon. Nos dieron dos impactos y todo se cimbró. Al tercer impacto el remolcador se partió y de repente ya estábamos en el agua..."

María Victoria García: "Cuando salimos del puerto fuimos seguidos por dos embarcaciones. Como a cuatro millas se acercaron y nos echaron chorros de agua a presión y luego vinieron dos barcos más e hicieron lo mismo. Con puros chorros de agua casi destruyeron la popa. Las mujeres y los niños nos fuimos al cuarto de máquinas y ahí empezaron a embestir a nuestra embarcación... Enseñamos a los niños, gritamos diciendo que nos rendíamos y que queríamos regresar. Después la embarcación se viró... Llevaba a mi hijo ya ahogado entre los brazos y cuando conseguí amarrarme a una tabla donde había mucha más gente lo perdí en el forcejeo... Los tripulantes de las cuatro embarcaciones que nos atacaron iban vestidos de civil y no nos ayudaron cuando el barco se hundía. Esperaron a que llegaran los guardafronteras... Nos llevaron a un destacamento militar y después a Seguridad del Estado donde nos

interrogaron. Por la tarde del jueves regresé a mi casa y aún no sé sobre mi familia, si pudieron encontrar sus cadáveres o no”.

María Victoria comentó que la “operación de salida” se preparó un mes antes con ayuda de algunos trabajadores del puerto. Aseguró que ella y su familia tomaron la decisión de irse por necesidad económica: “Aquí falta comida, medicinas, falta de todo. Si no tienes dólares, no puedes hacer nada”.

Diez días después de los hechos —y cuando el asunto tomaba dimensión internacional—, el gobierno cubano emitió una versión más detallada con base en testimonios de varios sobrevivientes detenidos en Villa Marista, cárcel de Seguridad del Estado. En un video editado por la Televisión Cubana y ampliamente difundido el 23 y 24 de julio, aparecen, cabizbajos y lacónicos, algunos de ellos. En un especie de *mea culpa* se declararon únicos responsables de los hechos. Aseguraron que el remolcador no estaba en condiciones de salir a mar abierto. Exculparon a los tripulantes de los remolcadores que los hundieron y señalaron al gobierno de Estados Unidos como culpable de propiciar este tipo de salidas ilegales.

“Cometimos un error. Esa embarcación se hubiera hundido a 40 o 50 millas. El eje se balanceaba, el piso saltaba, hacía agua. Nunca hubiéramos llegado con esa cantidad de personas. El máximo responsable es el viejo mío —que no está vivo— y el patrón del remolcador, porque tuvo muchas oportunidades de parar la máquina. Los remolcadores que nos perseguían nunca tuvieron la intención de hundirnos, querían detenernos pero no hundirnos”, señaló, por ejemplo, Dariel Prieto Suárez, hijo del principal organizador de este intento de salida ilegal.

De acuerdo con la versión oficial, Fidencio Ramel Prieto Hernández, esa noche oficial operativo de la Vicedirección del Puerto, durmió al custodio nocturno con clorpromacina y, en virtud de su trabajo, vulneró las medidas de seguridad vigentes y abrió el candado que sujetaba la embarcación al muelle. Contó con la complicidad de Raúl Muñoz García, patrón de otro remolcador. Entre ambos subieron a bordo a 63 personas, entre familiares y conocidos.

Esta versión afirma que el remolcador fue fabricado en 1879 (115 años de vida), estaba construido de madera y tenía capacidad para cuatro personas. Su navegación estaba limitada a la bahía de

La Habana, y según inspecciones anteriores tenía “vías de agua”. Refiere que los testimonios de los sobrevivientes dan cuenta de que la bomba de achique no funcionó en ningún momento y ya al entrar en el barco notaron que éste tenía agua en su interior.

A la altura del muelle La Francesa (todavía dentro de la bahía) le dio alcance el remolcador *Polargo Cinco*. Encendió sus reflectores e iluminó al 13 de marzo. Este respondió encendiendo también sus luces pero continuó la travesía pese a verse descubierto. Otros dos remolcadores —los polargos *Dos* y *Tres*— se incorporaron a la persecución. Afirmó la versión oficial que estas embarcaciones en todo momento evitaron chocar con el remolcador de madera y que los chorros de agua aventados sólo estaban dirigidos al puesto de mando. El *Cinco* se mantuvo delante del remolcador robado para obligarlo a reducir máquina. El *Dos* se colocó en popa y el *Tres* a estribor. Es en esta situación que se produce el fatal accidente, al chocar el *Polargo Dos* contra la popa del remolcador robado, que en pocos minutos se hunde. Eran aproximadamente las 4:50 de una madrugada muy oscura y el oleaje batía con fuerza (olas de tres metros de altura).

Agregó la nota que “no hubo intencionalidad por parte de ninguno de los tres remolcadores que intentaron detener a los ladrones” y que incluso aventaron sus propios salvavidas a los naufragos. Además de que dos unidades de las Tropas Guardafronteras llegaron al lugar e inmediatamente iniciaron las labores de rescate.

Concluyentemente se aseguró: “Está claramente demostrada la responsabilidad de los organizadores del intento... No quedaremos impasibles ante el delito. Lo seguiremos persiguiendo. Los trabajadores de la empresa (de Servicios Marítimos) actuaron defendiendo sus intereses”.

Después de difundirse esta versión, los autores de este trabajo entrevistaron a varios sobrevivientes. Todos ratificaron sus primeras declaraciones. Janet Hernández Gutiérrez, Maida Tacoronte y Eugenio Fuentes Díaz dijeron estar convencidos de que los remolcadores los atacaron y que su hundimiento fue intencional. Tras el incidente, las reacciones internacionales se produjeron de inmediato:

“Otro ejemplo de la naturaleza brutal del régimen cubano”, dijo en Miami el presidente Bill Clinton el 18 de julio. Una semana

después una Comisión del Senado estadounidense solicitó al presidente Clinton proponer una condena en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Warren Christopher, secretario de Estado estadounidense, dijo el 28 de julio que el incidente marino "es un recordatorio reciente del carácter brutal del régimen cubano y la necesidad de buscar su reemplazo y un retorno a los días democráticos de Cuba".

El 27 de julio el gobierno de España expresó su "consternación" por los hechos y en un comunicado escrito apuntó: "dada la extrema gravedad de las circunstancias que rodean este suceso, el gobierno español espera que, tal como ha anunciado el ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, Roberto Robaina, se efectúe a la mayor brevedad posible una exhaustiva investigación de lo sucedido y se exijan las correspondientes responsabilidades".

El Vaticano envió a La Habana un mensaje del cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado de su santidad Juan Pablo II. En él, el Papa "ofrece sufragios por el eterno descanso de los fallecidos y eleva fervientes plegarias para que el Señor conceda su consuelo e inspire sentimientos de esperanza cristiana a quienes lloran con aflicción la pérdida de sus seres queridos".

El gobierno cubano aprovechó el aniversario del 26 de Julio —día en que Fidel Castro asaltó el Cuartel Moncada en 1953 e inició con ello la Revolución— para establecer su posición y contestar ataques. Por primera vez, el discurso central no fue el de Fidel Castro —quien, sin embargo, estuvo presente en el acto—, sino de su hermano Raúl. Dijo que se intentaba aprovechar "el lamentable accidente del vetusto remolcador" para orquestar una "campana anticubana". Señaló que por las vidas perdidas habría que "sentar en el banquillo de los acusados, en primer lugar, a Estados Unidos" por su política migratoria que negaba visas para viajar legalmente y recibía como héroes a los que llegaban a sus costas en frágiles embarcaciones.

Aseguró que las investigaciones realizadas por las autoridades de la Isla fueron "exhaustivas" y "diáfanas" y que si la mitad de los tripulantes del remolcador se salvaron fue "gracias a la oportuna y valiente intervención de las tropas de Guardafronteras y la actitud de los tripulantes de los otros remolcadores". A su decir, las condiciones del remolcador lo hacían "un féretro aparentemente flo-

tante, pero irremisiblemente destinado a hundirse mucho antes de llegar a puerto".

Y tajante, afirmó: "Rechazamos la hipócrita y mendaz campaña anticubana orquestada en torno a este hecho y la grosera intromisión en los asuntos internos de nuestro país soberano por parte de Estados Unidos o de cualquier otro país".

Raúl Castro agregó que ni el Departamento de Estado, ni el Senado estadounidense, ni el presidente Clinton tenían base jurídica o autoridad moral para inmiscuirse en un asunto ocurrido en aguas territoriales cubanas. Y recordó los sucesos de Waco, Texas, donde 80 personas fueron asesinadas en una acción del FBI, en escenas transmitidas por televisión. Advirtió que "la furibunda campaña sobre el doloroso suceso del remolcador, en tiempos en que Estados Unidos interviene en cualquier punto del globo con parecidos pretextos, entraña un grave peligro para Cuba".

Y alertó: "No podemos subestimar esta escalada yanqui contra nuestro país, que se produce en un mundo unipolar en que vivimos y en el momento en que nuestra patria se enfrenta a su prueba más difícil".

### **Pa' Miami, caballeros**

Estimulada por una severa crisis económica, atrapada por un dife-rendo político entre los gobiernos de Washington y La Habana y usada por igual en favor o en contra del régimen de Fidel Castro, la emigración de ciudadanos de este país creció de manera evidente en los años del periodo especial y estalló en agosto y septiembre de 1994.

Rafael Hernández y Ernesto Rodríguez, investigadores del Centro de Estudios de América (CEA), aportaron los siguientes datos previos a la crisis de los balseros: 14 mil cubanos emigraron en 1993 de la Isla, fundamentalmente hacia Miami. De ellos, 3 600 eran balseros que cruzaron las 90 millas del Estrecho de La Florida. La cifra ya era récord: 60 veces más que la de 1988, mucho antes de que iniciara el periodo especial. Algunos de los que se fueron ese año no eran simples ciudadanos de la isla: en diciembre, Alina Fernández Revuelta, hija no reconocida de Fidel Castro, abandonó el país vía aérea, usando un pasaporte y personalidad falsas.

Para el verano de 1994, ni el mundial de fútbol que copó la atención nacional y sacudió de alegría con el triunfo de Brasil —equipo favorito de la mayoría de cubanos—, ni todo el programa vacacional que se preparó, apaciguaron a los cubanos en su intento por salir de la Isla.

Diariamente subieron las cifras de los balseiros recogidos por el Servicio de Guardacostas estadounidense y por el grupo Hermanos al Rescate (una organización de cubanoamericanos dedicada a la búsqueda y recogida de balseiros). Hasta el mes de julio habían salido de la isla 4 731 cubanos.

Varios de los emigrantes que fracasaron en su intento, al regresar a la Isla comentaron que no eran retenidos por las Tropas Guardafronteras cubanas. Incluso, aclaraban que éstos se “hacían de la vista gorda” o se reían de ellos. Cubiertos por esa permisividad muchos otros se aventuraron, pero ya no en embarcaciones rústicas. El negocio de “contrabando humano” floreció: por entre 3 y 5 mil dólares un yate —contratado en Miami por cubanos con parientes en la Isla— recogía en las costas a una familia completa. Por supuesto, para realizar este tipo de salidas se instrumentaron mecanismos de comunicación y confirmación con base en claves y contraseñas.

Las anécdotas abundaron. Una de ellas: a mediados de julio de 1994, en el mismo Malecón habanero —a tres cuadras de la Oficina de Intereses de los Estados Unidos y ante los ojos de novios y trasnochadores— un matrimonio con sus tres hijos menores, todos vestidos de rojo, con pequeñas bolsas y mochilas esperaron desde las seis de la tarde hasta las siete (todavía con mucha claridad a esa hora). A las siete y cinco una lancha rápida se acercó. La familia bajó hasta las rocas y se embarcó. Con toda facilidad se fueron.

Dirigentes y funcionarios, en reservado y muy prudentes, comentaban la urgencia de tomar medidas “preventivas”. Algunos, sin afrontar la entrevista ni la publicación periodística, reconocieron la lentitud de las medidas económicas y el acelerado deterioro de la economía cubana. Los resultados de la zafra azucarera, “la peor de la Revolución”, atemorizaron a muchos. Otros, calmos y confiados, sólo pedían tiempo, “nos hace falta tiempo para salir de este hueco”. Un alto funcionario del Partido Comunista comentó: “tal como están las cosas, podemos esperar que pase lo que sea”.

—¿Un levantamiento popular?

—Hasta eso, chico.

En la calle también había ese temor. Los mismos dioses lo anunciaron. Los sacerdotes de la religión afrocubana Yoruba —practicada por la mayoría de la población— profetizaron en enero de 1994 que para ese año regiría *Obbe Yono*, el caimán en la tierra y en la mar el tiburón, lo cual se interpretó como “que en los momentos difíciles siempre surgen hombres malagradecidos, mentirosos, avariciosos y ladrones”. Estos hombres desearán abandonar la Isla ilegalmente, profetizaron los sacerdotes yoruba, y advirtieron que una decisión así los conduciría a ser devorados por los tiburones.

Y sí. Los hechos confirmaron estos pronósticos.

El 17 de mayo una embarcación tripulada por dos canadienses trató de sacar ilegalmente de Cuba a ocho ciudadanos cubanos (tres hombres, tres mujeres y dos niños). Michael Vendillehi y Robert Shymk llegaron el 16 de ese mes a la Isla procedentes de La Florida. Pernoctaron en el atracadero de la Marina Hemingway, en el oeste de La Habana. Al día siguiente informaron que irían al balneario de Varadero, a 150 kilómetros al este de la capital cubana. Pero cambiaron el rumbo y se dirigieron al balneario de Guanabo, muy cerca de La Habana. Una vez en la playa montaron a las ocho personas y trataron de salir a toda velocidad. En el intento “atropellaron” a varios bañistas. El resultado: dos muertos y un herido de gravedad.

El 30 y el 31 de julio, 230 cubanos llegaron a Miami después de ser recogidos en el estrecho de La Florida. Durante ese mes arribaron en total 414.

A las 5:30 a.m. del 26 de julio, la lancha *Baraguá* —que transporta pasajeros por la bahía de La Habana— fue secuestrada por nueve jóvenes armados de pistolas y armas blancas. Con ellos sumaban 30 las personas a bordo. Tres minutos después de salir a su ruta habitual, tres hombres obligaron al patrón del *Baraguá*, Pascual Lobaine Durán, a cambiar de rumbo. Al otro tripulante, Alfredo Rodríguez Abreu, los secuestradores lo sacaron de la cabina y junto a los demás pasajeros, lo tiraron al piso. En la cabina, mientras tanto, tres de los secuestradores apuntaron a Lobaine Durán y le retiraron su arma. Adentro se escuchó un disparo.

Aprovechando la confusión que se produjo, el patrón de la nave se lanzó al agua. Al quedarse sin control el timonel, uno de los secuestradores agarró por el brazo a Alfredo Rodríguez, lo llevó a la cabina y le ordenó conducir la nave. Rodríguez llevaba tres días aprendiendo a manejar la *Baraguá*. Sin brújula ni experiencia sacó la embarcación de la bahía. Fuera de La Habana un resplandor los iluminó. Se trataba de un buque filipino, cargado de petróleo, con el cual los asaltantes intentaron infructuosamente establecer comunicación. Momentos después una lancha de las Tropas Guardafronteras de Cuba se aproximó lentamente. Amenazado por los secuestradores, Alfredo Rodríguez hizo una maniobra y logró alejarse de la lancha. El viento le favoreció. Con la luz del día y a 60 millas de la costa cubana la *Baraguá* fue vista por un helicóptero del grupo Hermanos al Rescate que les tiró un equipo de comunicación y también pomos de agua. Desde el helicóptero les preguntaron sus nombres y averiguaron quiénes querían ir hacia Estados Unidos. A las ocho y media de la mañana llegó una lancha del Servicio de Guardacostas estadounidense. Los marines, después de subir a su nave a las 15 personas que decidieron ir a Miami, le entregaron las armas a Alfredo Rodríguez. Les brindaron combustible y aceite para el regreso.

Los 15 restantes regresaron a Cuba al medio día. La noticia no se conoció por la prensa nacional. La mayor parte de la población cubana se informó del hecho después que Radio Martí, desde Miami, dedicó buena parte de su programación a repetir los pormenores del acontecimiento.

Casualmente, ese día fue el aniversario 41 del asalto al Cuartel Moncada, cuando Raúl Castro, segundo del régimen cubano, criticó “la campaña anticubana” en torno al accidente del 13 de julio.

El lunes 1 de agosto de 1995 María Carmona llegó a La Habana procedente de Miami. Volvía a su tierra después de casi 10 años. Cargada de regalos y dólares, María dispuso de 15 días de vacaciones en la Isla.

El miércoles 3 de agosto, al mediodía, María fue a realizar compras en una tienda en dólares en compañía de su hijo, nuera y nietos. Enternecida por la nostalgia, quiso antes cruzar la bahía habanera con sus parientes. Hizo la cola para abordar el transbordador *La Coubre* —conocido popularmente como “la lanchita de

Regla”— que conduce al poblado Casablanca, vecino del histórico pueblecito de Regla. Ciento veinte personas, incluidos los tripulantes, iniciaron la corta travesía.

A mitad de camino cuatro de los pasajeros se dirigieron hacia el patrón de la nave. Otros cuatro se apostaron en las puertas de acceso y con un grito anunciaron el nuevo destino: “¡Esto se va pa’ Miami, caballeros! Que nadie se mueva”.

Armados de machetes, una bayoneta y una granada de juguete —que ocultaron en un pastel—, los secuestradores (15 en total) obligaron a desviar la nave. María Carmona no lo podía creer. Imaginó que muchos rechazarían el secuestro. Sin embargo, según vio en los rostros de una buena parte de pasajeros, la complicidad y satisfacción eran evidentes. Otros, empero, asustados y temerosos, tan sólo protegían sus bicicletas, carteras y bolsas.

Ante la posibilidad de no contar con combustible los secuestradores lo camuflaron en botellas de cerveza. En el registro que hacía la policía argumentaron que tenían una fiesta de cumpleaños. A pocos minutos del secuestro dos remolcadores resguardaron la salida de la lanchita de Regla por el canal de la bahía. Mientras tanto, desde el Malecón cientos de habaneros se percataron de los hechos y se aglomeraron a lo largo del litoral. A tres millas de distancia de la boca de la bahía, los remolcadores dejaron de seguir a la lancha y una embarcación de las Tropas Guardafronteras continuó su persecución. En el límite del mar territorial cubano se detuvo. Nada ni nadie impidió el secuestro. Todo fue perfecto. Antes del atardecer una nave del Servicio de Guardacostas de Estados Unidos avistó la embarcación y la abordó.

Desde *La Coubre* gritos y abrazos envolvieron a muchos. “De aquí a la Yuma” (Estados Unidos), gritó uno de los secuestradores.

Las autoridades estadounidenses invitaron a subir a los que desearan ir a Miami; 72 decidieron regresar a Cuba. Los demás, incluida María Carmona con sus parientes, cambiaron su destino. En el grupo se encontraba también Florentina Ochoa, prima hermana del general Arnaldo Ochoa, fusilado en 1989 por el delito de “alta traición a la Patria”.

A pesar de que la Policía Nacional Revolucionaria estableció controles y hasta puso efectivos en las lanchas que brindan el servicio de transporte en la bahía, el 4 de agosto nuevamente la

lancha *Baraguá* fue secuestrada por un grupo de 11 personas. Sólo que —a diferencia del día anterior— los secuestradores olvidaron el detalle del combustible. La gasolina que llevaba era la necesaria para hacer dos viajes entre las dos orillas de la bahía. No llegaron muy lejos.

Luego, en el intento de impedir el secuestro, el suboficial Gabriel Lamoth Caballero cayó al agua y murió. En principio las versiones difundidas por testigos y los medios de comunicación dijeron que el policía cayó al agua después de recibir un impacto de bala. Los secuestradores argumentaron que Lamoth Caballero cayó al mar tras un forcejeo y como no sabía nadar se ahogó. Lo cierto es que su cadáver no presentó orificio de bala.

Al salir la lancha por la bahía habanera cientos de cubanos se aglomeraron a lo largo del Malecón. Los gritos de apoyo y de vivas al secuestro fueron sonoros. Algunos intentaron llegar a la lancha y se tiraron al agua. Ninguno logró su propósito. Turistas que se encontraban en el restaurante *La Divina Pastora*, pegado al lado este de la bahía, se sorprendieron con el hecho y cámara en mano tomaron fotos. Un equipo de la televisión estatal filmó la salida, pero los primeros planos no pudieron ocultar la multitud que corría por el Malecón siguiendo el curso de la lancha. En el Noticiero Nacional que se transmite a las ocho de la noche sólo se difundió una parte. Las imágenes de los centenares de habaneros corriendo por el Malecón se editaron. Las autoridades dejaron salir la nave.

La *Baraguá* varó a siete millas de la costa sin combustible ni agua para los ocupantes. Dos días después los secuestradores se entregaron a las autoridades y todos los ocupantes regresaron a sus casas.

Esa noche mucha gente se quedó en los alrededores del Puerto, en el sitio conocido como La Punta (donde se estrecha la bahía habanera) y en el Malecón, “a la espera de algo que zarpe para Miami”. La mayoría portaba bolsas con comida, agua y un poco de ropa. En la población de Regla —histórico pueblo de marinos y estibadores—, esa misma noche grupos de ciudadanos se concentraron en distintos lugares. La policía estuvo alerta todo el tiempo. Sin embargo, no pudo controlar brotes de protesta que se produjeron conforme avanzaba la noche. Entre los grupos, ubicados alrededor del parque principal de Regla, las voces se dejaban escuchar:

“Llegó la hora”, “Nos fuimos”, “Mañana es el día”, “Esto se acabó”.

Al amanecer del 5 de agosto todo parecía volver a la normalidad... En realidad, la efervescencia había comenzado.

### Los motivos de Fidel

No terminaba la efervescencia en las calles ese viernes 5 de agosto, cuando se presentó Fidel Castro en la televisión estatal. De nueve a 11 de la noche —tiempo que duró su intervención— prácticamente se paralizó la Isla. Todos los medios de comunicación se encadenaron para la transmisión.

En su comparecencia Fidel se presentó sereno, serio, con ansias de hablar. Comentó que mientras realizaba sus tareas habituales en su oficina en el Palacio de la Revolución le llegaron informes de “incidentes en el puerto”, de “algunos disturbios y desórdenes”. Dijo: “Aun a riesgo de que me pudiera ganar algunas críticas, yo consideré mi deber ir donde estaban produciéndose esos desórdenes. Si realmente se estaban lanzando algunas piedras y había algunos disparos, yo quería también recibir mi cuota de piedras y disparos”. Según él, ordenó a su escolta no disparar: “Ni un solo disparo. Ustedes no pueden tomar ninguna decisión si no les doy una orden. Prefiero que me tiren a mí”.

Detalló luego lo que para él fueron los orígenes y las causas de estos acontecimientos: “todo un plan y toda una estrategia de Estados Unidos”.

Explicó: “Es un plan integral, en todos los terrenos. Las presiones que hacen contra los hombres de negocios extranjeros que quieren hacer inversiones en Cuba son terribles, son increíbles —y la venía haciendo no sólo el anterior gobierno, sino el actual gobierno de Clinton—; son muy fuertes porque ellos quieren hacer fracasar a toda costa el esfuerzo económico del país como parte de su plan integral para destruir a la Revolución. Las horas de radio, la propaganda subversiva, todo esto está dirigido desde fuera y es estimulado desde el exterior.

“Pero, claro, ya este hecho concreto, este fenómeno quizás se haya manifestado con mucha más claridad en las últimas semanas; es a partir del accidente del remolcador 13 de marzo. Creo que una

de las conductas más infames y más groseramente cínicas del gobierno de Estados Unidos se manifestó a raíz de ese accidente”.

En una parte de su comparecencia reconoció que su Revolución sufría “ciertos desgastes como consecuencia de la situación que estamos atravesando”. Aseguró que la Patria y la independencia cubanas son de los revolucionarios y que ellos “están encargados de defenderlas”.

El presidente cubano abundó sobre los esfuerzos de su gobierno por facilitar la emigración legal, pero acusó a Estados Unidos de promover la emigración ilegal, “toda salida ilegal, toda desertión, ellos la estimulaban, la divulgaban y la propagandizaban para crear el descontento: ¿Quieres venir legalmente? No puedes. Pero si te robas un avión, un barco, te montas en una balsa, en lo que quieras, sí te reciben. A ellos (Estados Unidos) no les importa que se puedan ahogar en el camino, a ellos les importa el material de propaganda”.

Dio a conocer las razones que llevaron a las Tropas Guardafronteras a no detener las embarcaciones que salían de la Isla. Por primera vez se hizo público el hecho verificado por algunos balseiros: “se están haciendo de la vista gorda”. Fidel expresó: “No tenemos especial necesidad de impedir que un barco se vaya. No tenemos especial necesidad de impedir que un barco venga a llevarse a alguien; ese es un problema de Estados Unidos, más que nuestro”. Reconoció que el Ministerio del Interior había ordenado (no dijo desde cuando) a sus patrullas guardafronteras: “Evitar accidentes, no impedir la salida del barco, ni interceptarlo para evitar accidentes. Seguirlo por si algunas personas son lanzadas al mar, o por si la embarcación se hunde, auxiliar a las personas que van en esa embarcación, tanto a los complotados como a los rehenes”.

Entonces dio con el tiro en la diana: “Si saben (quienes quieren salir de la Isla) que los guardafronteras no van a disparar contra ellos y que los reciben allá (en Miami) con todas las facilidades y no se toman medidas de ningún tipo, pues entonces han ido creando en torno a esto la ilusión de poderse ir en cualquier cosa y viajar”.

Y a continuación amplió y profundizó el señalamiento de la tarde, y puso en jaque al gobierno de Bill Clinton:

“Si Estados Unidos no toma medidas rápidas y eficientes para que cese el estímulo a las salidas ilegales del país, entonces nosotros

nos sentiremos en el deber de darles instrucciones a los guardafronteras de no obstaculizar la salida de embarcaciones que quieran viajar a Estados Unidos y de no obstaculizar la salida de embarcaciones que quieran venir de Estados Unidos a recoger aquí a familiares o a ciudadanos cubanos.

Y más: “Creo que no hay otra solución, no hay otra alternativa. Nosotros no podemos seguir de guardianes de las fronteras de Estados Unidos, no podemos seguir cargando con la culpa, no podemos seguir cargando con la responsabilidad, y ellos nada, ellos con el papel noble de recoger gente en el medio del mar y no tomar absolutamente ninguna medida”.

De un golpe, Fidel hizo una jugada maestra: un problema de apariencia interno lo convirtió en internacional y le endosó la factura a Estados Unidos.

Preocupadas, las autoridades estadounidenses consideraron que las declaraciones del mandatario cubano eran una clara advertencia de un posible “segundo Mariel”, en referencia al puente marítimo por el que, en 1980, emigraron casi 200 mil cubanos hacia Estados Unidos.

En un comunicado difundido la noche del viernes 5 de agosto, el Departamento de Estado advirtió al gobierno cubano “sopesar cuidadosamente todas las implicaciones” de una inminente reapertura de las compuertas de la emigración. Indicó que Estados Unidos está “profundamente inquieto por la reciente declaración de Fidel Castro” e instó a los cubanos a mantener la calma.

El sábado 6, el portavoz del Departamento de Estado, David Johnson, dijo: “Llamamos al gobierno cubano a abstenerse de usar la fuerza contra su propio pueblo. Su obligación, como la de cualquier otro gobierno, es velar por sus ciudadanos”. Pero, añadió: “Estados Unidos ha dicho repetidamente que no permitirá a Fidel Castro dictar nuestra política migratoria o crear otra salida de Mariel, una cínica maniobra de Castro en 1980”.

Así, se entabló la disputa entre los dos gobiernos. De uno y otro lado se escucharon acusaciones y advertencias. Midiendo fuerzas, recordando cifras y levantando los más disímiles criterios, Estados Unidos y Cuba se prepararon para afrontar una partida de ajedrez donde los peones se moverían en balsa en el estrecho de La Florida.

## Seguridad costa adentro

Obviamente, los cubanos no esperaron mucho. En la misma madrugada del 6 de agosto varias balsas o embarcaciones rústicas iniciaron su travesía a Miami. Sólo en ese fin de semana llegaron a esa ciudad 230 personas.

Mientras tanto, el gobierno cubano redobló sus medidas de seguridad costa adentro. Ese mismo sábado, desde muy temprano, en medio de una tensa calma, los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) limpiaron las calles del Malecón y sus alrededores de las piedras y los vidrios que dejaron los disturbios del día anterior. Grupos de trabajadores de los Contingentes Blas Roca y Raúl Roa (identificables por sus camisetas blancas con el nombre de su contingente en el pecho) custodiaron los principales hoteles y centros laborales. Se redobló la vigilancia en los alrededores de la Oficina de Intereses de Estados Unidos, situada frente al mar, a menos de cinco kilómetros del sector de los disturbios. Jeeps militares fuertemente armados recorrieron las principales calles de la capital. En el Puerto de La Habana decenas de policías se apostaron en los distintos muelles. El servicio de transporte marítimo en la bahía quedó suspendido. Los embarcaderos de Regla y Casa Blanca, en la Bahía de La Habana, fueron "acondicionados para que el acceso de lanchas pueda ser más organizado y seguro que hasta el momento". Un cartel colocado en el embarcadero, a la otra orilla de la bahía, rezó: "Distinguido usuario: Con vista a garantizar la seguridad de los viajes se les recuerda que queda prohibido abordar la lancha portando arma de fuego o arma blanca, cualquier tipo de inflamables explosivos. Solicitamos cooperación y disciplina a bordo. Gracias".

Agentes de la Seguridad del Estado detuvieron, entre el viernes 5 y el domingo 7, a más de dos docenas de militantes de organizaciones disidentes u opositoras al régimen de Fidel Castro. A la estación de Policía de la calle Zanja, en el barrio Centro Habana, fueron conducidos, desde sus domicilios, casas de parientes o amigos, Elizardo San Pedro Marín (quien denunció que fue arrestado "a patadas"), Héctor Palacios, Ileana Curra, Fernando Sánchez y Pastor Herrera Macurán, todos miembros del Partido Solidaridad Democrática (PSD); el escritor David Buzzi y su hijo del mismo

nombre (éste último se cortó las venas en un arranque de desesperación e inmediatamente fue atendido y liberado); Jorge Omar Lorenzo Pimienta, presidente del Consejo Nacional de Derechos Civiles; René Gómez Manzano y Jesús Faisel Iglesias, abogados dedicados a defender a los activistas y opositores; Aída Rosa Jiménez de Acción Cívica Democrática; Gustavo Cano Escobar, presidente de la Concertación Democrática Cubana; Fernando Velázquez y su esposa Xiomara González, ambos del grupo Criterio Alternativo; María Valdez Rosado del Movimiento Demócrata Cristiano; René del Pozo de Corriente Socialista Democrática; Heriberto Crespo Fresco, Alberto Rodríguez García y Sara Campos León.

Otros fueron conminados a permanecer en sus domicilios o "atenerse a las consecuencias". Todos los detenidos en la estación de Zanja fueron tratados con respeto y, según sus testimonios, los agentes les manifestaron que sólo se trató de "una medida preventiva" y en "resguardo de su integridad personal". En menos de 48 horas fueron puestos en libertad. La mayoría de los que pudieron ser consultados se sorprendieron de sus detenciones porque para ellos "también fue una sorpresa que el pueblo se levantara", "no lo esperábamos, por tanto no había razón para detenernos", "muchos nos enteramos por los comentarios que llegaban de la calle o por llamadas telefónicas".

Empero, el vicepresidente del Comité Cubano Pro Derechos Humanos, Jesús Yanes Pelletier, denunció que el domingo 7, mientras se dirigía a la casa del líder de esa organización, Gustavo Arcos Bergnes, fue agredido a palos por partidarios del gobierno. Yanes, de 77 años de edad, presentaba una herida en la cabeza y algunas contusiones.

El semanario *Juventud Rebelde*, en su edición del domingo 7, dio a conocer que uno de sus reporteros visitó, el día anterior, una "gran unidad de infantería, cuyos vehículos recién desconservados (*sic*) se mantienen nuevos y preparados para ser abordados por las tropas convenientemente entrenadas y armadas". El semanario reprodujo la declaración del coronel Luis Armando Gilbert, jefe de la unidad, donde aseguró que sus "soldados y oficiales se encuentran listos para ejecutar las misiones necesarias tanto contra los imperialistas si intentan atacarnos, como para enfrentar junto al pueblo a los quintacolumnistas del enemigo".

Todas las paradas de servicio de transporte público cercanas al Puerto habanero fueron reubicadas a zonas apartadas para impedir concentración de personas. Así, las rutas 15, 27 y 18 que terminaban en zona portuaria quedaron ubicadas a cinco cuadras de su paradero tradicional. Los trabajadores del puerto recibieron la orden de redoblar "las guardias obreras" en turnos de hasta seis horas y, "como sea, impedir otro secuestro de naves". Aparte, las fuerzas de la Policía y del Ministerio de Interior incrementaron su personal y vehículos en el Comando Portuario.

Los organismos de seguridad e inteligencia, los cuarteles militares y estaciones de Policía recibieron la orden de "estado de alerta". Ningún "combatiente puede desplazarse a ningún lugar sin antes comunicar su ubicación", comentó un funcionario del Departamento Técnico de Investigaciones (DTI) de La Habana.

En la mayoría de oficinas públicas colindantes con el Puerto y el Malecón habaneros los empleados realizaron turnos de guardia y debían avisar dónde localizarlos fuera del horario de trabajo normal "en previsión de una llamada de emergencia". Los comités del Partido Comunista de Cuba (PCC) alertaron a sus militantes sobre posibles "actos contrarrevolucionarios". Pidieron además comunicar inmediatamente a los Comités de Defensa de la Revolución y a la Policía sobre el "más mínimo incidente". A la par, las Brigadas de Respuesta Inmediata (organizaciones de civiles creadas en cada centro de trabajo, oficina o barrio) se reorganizaron y programaron guardias y turnos de vigilancia.

El fin de semana concluyó con el acto de homenaje póstumo al suboficial Gabriel Lamoth Caballero, fallecido el jueves 4 de agosto. Desde tempranas horas, centenares de ciudadanos cubanos se congregaron en la Plaza de la Revolución para despedir el cadáver del policía. En el acto, el general de división y primer sustituto del Ministro de las Fuerzas Armadas, Ulises Rosales del Toro, reiteró el pronunciamiento del presidente Fidel Castro al acusar a Estados Unidos como causante de los enfrentamientos callejeros. Instó a la población a apoyar a la Policía y a "defender los postulados nobles de la Revolución y de nuestro comandante Fidel Castro".

El presidente cubano se encontraba en Bogotá, Colombia. Asistía a los actos de transmisión del poder invitado por el mandatario electo Ernesto Samper. En Colombia, Castro minimizó los aconte-

cimientos y dijo que todo "estaba en calma" y con el "apoyo de todo el pueblo".

La mayoría de medios de comunicación subrayaron que la "situación volvía a la normalidad" o "volvamos al trabajo creador y patriótico". Por la noche, se retransmitieron las imágenes de la llegada de Fidel Castro a Bogotá, luciendo por primera vez una guayabera blanca en lugar de su tradicional uniforme verde olivo. Mientras tanto, en distintos puntos de la costa cubana decenas de ciudadanos preparaban sus embarcaciones para emprender la travesía. Otros, como se comprobó más adelante, estudiaban los puntos vulnerables de puertos, naves y medios navegables estatales para robarlos o secuestrarlos a pesar de las advertencias gubernamentales. En muchos se repetía como eco la frase que por días deambulaba de boca en boca: "Llegó la hora, nos fuimos". Posteriormente varios hechos agudizaron lo que comenzó a llamarse la crisis de los balseros.

### Como sea, por donde sea

El lunes 8 de agosto, cerca de las cinco de la tarde, una nave de la Marina Revolucionaria partió de la Unidad Militar 4349, en el Puerto de Mariel, con destino al muelle de playa La Boca. Era una embarcación de fabricación cubana, de ferrocemento, de ocho metros de eslora (largo) por tres de manga (ancho). Transportaba a tres trabajadores civiles que regresaban a sus hogares luego de terminar sus labores. Al llegar al muelle desembarcaron los trabajadores y subió el soldado Leonel Macías. Pidió que lo llevaran a su unidad militar pues se le habían acabado las vacaciones y debía entregar un certificado médico. El teniente de navío Roberto Aguilar Reyes autorizó su arribo y, con los tres tripulantes de la nave, emprendió el regreso. A la altura de la ensenada Lazarete, Leonel Macías invitó a los tripulantes a comer pizza. De una bolsa hizo el gesto de sacar la pizza pero sacó un revólver. El teniente Aguilar Reyes, quien se encontraba sentado en la popa, al ver el arma intentó sacar la suya, pero Macías se adelantó y le hizo dos disparos —uno en el abdomen y otro en la cabeza— que lo tiraron al agua. Inmediatamente Macías amenazó a los tres tripulantes y les obligó a navegar hasta el muelle de la arenera cercano a la fábrica de

cemento de Mariel. Antes de llegar los conminó a tirarse al piso y él tomó el mando de la nave. En el muelle de la arenera abordaron 25 personas. Todos se encontraban ocultos entre la maleza del sector. Al alejarse, Macías obligó a los tres tripulantes (Arnel Batista, Osmany Pérez y Yasimel Fernández) a tirarse al agua. La embarcación tomó rumbo norte y se alejó.

La noticia se regó en la Isla por "Radio Bemba" (de boca en boca). Los medios de comunicación cubanos mantuvieron total hermetismo. Ningún funcionario brindó información del caso, a pesar de que fueron las propias autoridades cubanas las que informaron a los guardacostas estadounidenses del secuestro de la nave.

Ese mismo día, al caer la tarde, en un punto de la costa habanera conocido como La Puntilla, al oeste de La Habana, una lancha rápida recogió a 15 personas que la esperaban identificándose con vestidos similares. Otros individuos que aspiraban a subirse en la lancha fueron rechazados por sus ocupantes.

Por la noche, los primeros despachos de agencias de prensa firmados en Washington destacaron la denuncia del gobierno cubano y la búsqueda de los guardacostas estadounidenses de la nave sustraída por la fuerza en el puerto de Mariel. Inmediatamente después, el portavoz de la Oficina de Intereses de Cuba en Washington, Rafael Dauzá, informó que "un grupo de cubanos tomó el control de un Ferry arrendado por la armada cubana en el puerto de Mariel" y en el incidente "asesinaron a un teniente que custodiaba la embarcación y obligaron a cuatro marinos a saltar al agua". "Este tipo de acción es consecuencia de la bienvenida de héroes que se da a los cubanos que salen de la Isla ilegalmente, una vez que llegan a Miami", añadió Dauzá.

El portavoz del Servicio de Guardacostas en Miami, Luis Raúl Díaz, declaró a la agencia UPI que funcionarios cubanos notificaron a las autoridades estadounidenses "que la nave había salido de Mariel alrededor de la 17:40 (21:40 GMT) del lunes". Díaz destacó: "nuestras embarcaciones y aviones que operan en el área están informadas acerca del Ferry pero no lo han detectado, ni están haciendo esfuerzos especiales para encontrarlo".

Al siguiente día la guardia costera estadounidense interceptó, a 96 kilómetros de Cayo Hueso, la nave secuestrada. A bordo estaban ocho mujeres, dos niños y 16 hombres. Según las informaciones de

los guardacostas, al momento del hallazgo la nave "hacía agua" (se hundía). El soldado Leonel Macías González, de 19 años, autor del secuestro, fue retenido por dichas autoridades, acusado por el gobierno cubano del asesinato del teniente Roberto Aguilar.

Ese mismo día, martes 9, una avioneta de fumigación cubana fue secuestrada por el piloto de la nave Jorge López Morales y aterrizó después en Cayo Maratón con los 14 miembros de una familia.

El gobierno de Clinton expresó su preocupación por la "alarmante tendencia al uso de la fuerza por parte de quienes pretenden salir de Cuba". Reiteró que no consideraba cambiar su política hacia Cuba. El portavoz del Departamento de Estado, David Johnson, dijo que "los secuestradores de aeronaves todavía pueden ser procesados bajo las leyes vigentes en Estados Unidos". Sin embargo, Johnson señaló que no estaba en vigencia un acuerdo bilateral entre Cuba y Estados Unidos que castigara el secuestro de aviones o de otro tipo de naves, ya que La Habana no renovó tal pacto cuando expiró el 15 de abril de 1977.

Mientras tanto, en el Puerto de Mariel fuertes medidas de seguridad impidieron a la prensa extranjera acercarse al lugar y verificar lo que los rumores regaron: dispositivos militares y de la marina rastreaban la zona en búsqueda del cadáver del teniente Aguilar Reyes.

Durante la mañana del jueves 11 de agosto, en los estudios del Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT), se editó un video con los detalles del rescate del cadáver del marino asesinado el día anterior a las 11 de la mañana. Sin embargo, se esperó hasta la noche para que fuera el presidente Fidel Castro quien ofreciera la noticia y reiterara la posición de su gobierno sobre los acontecimientos y la actitud del gobierno de Clinton.

Luego de explicar los pormenores del hecho y de criticar la forma en que la prensa había abordado el tema, Fidel Castro, categórico, dijo: "No sólo vengo a denunciar un crimen más, vengo a demostrar el cinismo con que se manejan y se manipulan todas estas cosas".

Después, casi al finalizar su comparecencia televisiva, Fidel Castro expresó:

"Nosotros no les estamos exigiendo (a Estados Unidos) relaciones diplomáticas, ni amorosas, ni nada de eso. Nosotros lo que les

exigimos es que nos respeten, que cese el bloqueo, que cese la política de subversión y el estímulo y la exhortación al sabotaje y al crimen que hacen constantemente; que les den a los ciudadanos cubanos el mismo tratamiento que les dan a los demás, o que si les quieren dar un tratamiento distinto sea para bien y no para mal. No para querer destruir al país, no para querer ensangrentar el país; que cesen su estrategia de querer destruir la Revolución, porque estaremos en un mundo unipolar, pero un mundo muy difícil de gobernar, y estamos en un mundo donde la historia ha demostrado que el que resiste triunfa, el que resiste es invencible”.

Todo ese fin de semana la Isla estuvo envuelta en festejos y actos de apoyo a la Revolución y en conmemoración del 68 cumpleaños del presidente Fidel Castro. En las capitales de provincia se cortaron pasteles y se cantaron vivas al mandatario cubano. Los niños fueron agasajados en La Habana con dulces y chocolates. La Unión de Jóvenes Comunista realizó un acto musical masivo en el mismo lugar donde el 5 de agosto se protagonizaron los violentos incidentes (La Punta de la Bahía). El acto se tituló: *De por vida con Fidel*.

En apariencia, todo volvía a la normalidad.

El domingo 14 de agosto, en la tarde, al terminar el acto de duelo por la muerte del teniente Roberto Aguilar Reyes en el puerto de Mariel, 729 cubanos abordaron, en el mismo puerto, el buque *Jussara*, de bandera maltesa, con la intención de viajar a los Estados Unidos. Muchos de ellos participaban en el acto del duelo. Esta nave, arrendada por empresas cubanas, descargaba combustible en puertos de la Isla. Al momento del abordaje de los 729 habaneros, poseía 500 toneladas de combustible por entregar. Partía esa tarde para el puerto de Matanzas, al este de La Habana.

Según versiones recogidas en el Mariel, el capitán de origen griego (de quien no se dijo el nombre) pasó el fin de semana de jurga por las calles del pueblo “invitando” a todo el que quisiera irse, que él lo llevaría “encantado de la vida”. Le tomaron la palabra: alrededor de las 3 de la tarde los “invitados” se concentraron en el muelle de la terminal de azúcar donde se encontraba atracado el *Jussara*. Miembros de las Brigadas de Respuesta Rápida intentaron detener el abordaje. Entre gritos e insultos los cientos de prófugos subieron al barco luego de que el capitán de la nave primero bajó unas escalerillas y luego soltó las amarras.

Inmediatamente el buque fue retenido por las autoridades cubanas con dos remolcadores y cadenas atadas a la proa. El gobierno de la Isla consideró que dejar salir al navío “crearía un mal precedente”. El presidente Fidel Castro visitó en dos ocasiones el lugar y dispuso dar alimentación y atender la salud de los ocupantes hasta que decidieran descender de la nave.

Una nota del Ministerio de Interior (MININT) de Cuba, indicó: “Se ha creado así una situación compleja pues el país no puede autorizar la salida de ese barco, ya que tal hecho constituiría un precedente sumamente negativo que podría poner en peligro el transporte marítimo, el suministro de las termoeléctricas, el comercio exterior y el abastecimiento de la población”.

Esa misma noche seis de los ocupantes abandonaron la nave maltesa. Las autoridades cubanas negociaron con los ocupantes “una salida pacífica y sin retaliaciones (*sic*)”. Poco a poco los cientos de cubanos salieron de la nave: unos se lanzaron al agua y nadaron hasta la orilla; empapados y enfangados retornaron a sus casas. Otros esperaron por las embarcaciones que los aguardaban. Todos regresaron a sus hogares sin pasar el control policial.

Varias personas sufrieron heridas al abordar y luego al descender del buque. Un niño de tres años de edad fue hospitalizado de urgencia por una fractura en el cráneo que se provocó al caer luego de que su tío lo soltara desde el buque.

Entre los ocupantes, 253 pobladores de Mariel, había familias enteras con ancianos y niños. Casi todos se negaron a comentar los pormenores del hecho. Los pocos que hablaron a la prensa nacional dijeron que el rumor de que un buque iba a sacar “a todo el que quisiera” llegó a sus oídos y se fueron.

“Cuando me enteré de lo ocurrido corrí hacia el barco y me monté con mi niño. No sabía ni lo que hacía. Ya arriba nos atendieron muy bien y hasta nos dieron de comer espagueti”, declaró la joven Teresa López. “Al convencerme de que no me podía ir, me tiré al agua”, dijo Héctor Frómata. Al consultársele los motivos de su intento de salida, expresó: “Aquí no hay comida. Por eso, nada más”.

Dirigentes del Partido Comunista indicaron que sin la colaboración de los familiares de los ocupantes el desenlace hubiera llevado más de las 26 horas que duró la crisis.

“Yo defiendo esta Revolución con todo, con la vida y con la sangre. Yo soy de los Lander que no se van. Esta situación del bloqueo no es fácil que la resista la población. Yo ayudé a bajar porque a esta gente los defiendo, no los ataco”, dijo Mario Leyva Lander quien pidió a su cuñado que bajara.

El secretario de PCC de provincia Habana, Cándido Palmero, reconoció “errores en la formación de los jóvenes que desean abandonar el país” y que muchos de ellos “son hijos de militantes comunistas”.

### Operación “costa distante”

Entre el lunes 15 y el viernes 19 de agosto, las costas cubanas se convirtieron en muelles abiertos a lanchas, balsas o cualquier cosa que flotara. Las imágenes recorrieron el mundo entero. Miles de cubanos abandonaron la Isla con rumbo Miami.

Las autoridades cubanas se hicieron de la vista gorda. A prudente distancia observaron sin inmutarse. La situación tomó tintes de espectáculo y algarabía para quienes miraban desde lejos. Pero para las autoridades estadounidenses y para los cubanos residentes en Estados Unidos se convirtió en un motivo de angustia y desesperación.

Entre la comunidad cubana de Miami —concentrada fundamentalmente en el barrio Little Havana— circularon rumores, préstamos y preparativos para “rescatar” a sus familiares en la Isla. En las principales cafeterías de Little Havana, cada mañana viejos anticastristas no disimulaban su disposición. Por ejemplo, Frank Ferrer dijo que tenía lista una flotilla de 25 a 30 barcos para partir hacia Cuba: “Nuestro objetivo no sólo es sacar a la familia, sino a los disidentes y a los presos políticos”.

Mayra Cárdenas, de 45 años de edad y asistente médica, más mesurada y prudente, pagó 8 mil dólares para sacar a su hijo: “Estoy esperando que llegue. Me dijeron que me colocaban a mi hijo en Cayo Hueso y que luego se pagaba”. Efectivamente el viernes 12 de agosto reunió a sus dos hijos. A su otra hija, la trajo vía Suecia, la semana anterior, pagando 5 mil dólares. “Tal vez hubiera sido mejor que viniera directo en barco junto a mi hijo, pero nadie es adivino para saber lo que iba a pasar”, comentó Mayra.

En La Habana, María de los Ángeles Rodríguez, de 38 años de edad, ama de casa, residente del barrio El Cerro, dijo el domingo 14 de agosto: “Tengo todo listo para irme mañana. Mi tío de Miami me llamó para que estuviera lista con mis cuatro hijos. Debo estar en un punto de la costa que no puedo decirle porque si no todo el mundo se va a querer montar. Hablé con mi tío casi toda la semana pasada y nos pusimos de acuerdo. En este barrio todo el mundo está llamando a Miami para que los vengan a buscar”.

El martes 16, un grupo de congresistas —entre los cuales estaban los representantes del estado de La Florida— se reunió con Michael Skhol, asistente de la Subsecretaría de Estado para Asuntos Interamericanos y después jefe de la delegación estadounidense que firmó el acuerdo migratorio del 9 de septiembre. En dicha reunión discutieron la posibilidad de poner en marcha la *Operación Costa Distante* en previsión de una avalancha de balseros.

Esta *Operación Costa Distante* fue un plan concebido por el Servicio de Inmigración y Naturalización de los Estados Unidos en el mes de abril de 1994 y coordinado por la Fiscalía General de Estados Unidos y el gobernador de La Florida, Lawton Chiles, con la asesoría de 40 agentes federales. Su objetivo inicial fue evitar que embarcaciones procedentes de Cuba llegaran a las costas del sur de La Florida e impedir que barcos de Miami se dirigieran a la Isla a recoger ciudadanos cubanos. Lo harían mediante un bloqueo masivo de barcos de la Marina estadounidense alineados en el estrecho de La Florida entre Cayo Hueso y La Habana. El plan contemplaba también la detención de quienes violaran estas disposiciones, así como el procesamiento judicial de los dueños de las embarcaciones, incluida la confiscación de las mismas. Además, en caso de adoptarse, el plan involucraría a 40 instituciones gubernamentales que podrían ser convocadas por la Fiscal General, Janet Reno.

En una inesperada conferencia de prensa, el jueves 11 por la tarde, Janet Reno advirtió: “Toda embarcación con bandera estadounidense que parezca dirigirse a Cuba va a ser detenida y abordada por la guardia costera u otras autoridades para averiguar su destino y si se determina que van a recoger cubanos, la nave será confiscada y abordada por la guardia”. Para demostrar que la cosa iba en serio Reno informó de la detención de tres residentes de La Florida que supuestamente habían viajado en una lancha a la Isla y

llevado a 17 refugiados. Eso sí, dejó claro que a aquellos cubanos que "lleguen por sus propios medios se les facilitará el ingreso al país en el marco de la política migratoria que favorece a quienes huyen del régimen de La Habana". Además, Reno subrayó que los cubanos que usaran la violencia a la hora de secuestrar embarcaciones o aviones para huir a los Estados Unidos serían procesados de acuerdo con la ley. Las contradicciones de Reno tornaron más confuso el panorama en ambas orillas. Después, la situación tomó matices singulares y, en esa medida, varió la reacción de las autoridades estadounidenses.

Mientras Skhol y los congresistas se reunían en Washington, el 11 de agosto, en Miami, el administrador de la ciudad, César Odio (cubano de nacimiento), sesionaba con los jefes de Policía (Donald Warshman) y Bomberos (Carlos Jiménez) para formular un plan local de emergencia. Al mismo tiempo, en el Condado de Dade, al sur de La Florida, una comisión permanente se preparó para el inminente éxodo masivo. El administrador de ese condado, Joaquín Aviñó, escribió una carta a Janet Reno solicitándole que liberase 35 millones de dólares (un fondo de emergencia creado en 1986 para este tipo de casos) para afrontar la "situación que se nos viene encima". Además, pidió al gobernador Lawton Chiles declarar el "estado de emergencia migratoria".

El Hogar de Tránsito para Refugiados Cubanos, situado cerca de Cayo Hueso, prácticamente agotó sus recursos debido a la cantidad de refugiados que se lanzaron al mar. Esa semana escasearon la ropa, los cepillos dentales, dentífricos y artículos de primera necesidad. El presidente de esta entidad, Arturo Cobo, declaró que el cuidado de balseiros les costaba 10 veces más que el año 1993. Y advirtió que si continuaba el mismo ritmo, a finales de mes se quedarían sin fondos.

El grupo de voluntarios Hermanos al Rescate, por intermedio de su director José Basulto, manifestó que necesitaban fondos adicionales para "lidiar con la emergencia". Hermanos al Rescate realizó vuelos de siete a 12 horas diarias. Cada misión de siete horas costaba mil dólares. Basulto dijo que de continuar la situación buscarían recolectar 500 mil dólares para atender la "oleada que nos espera".

El jueves 18 de agosto, ante la inminencia de una avalancha de balseiros (tan sólo el día anterior llegaron 500), Lawton Chiles

declaró el estado de emergencia migratoria. A pesar de ello aseguró que la situación estaba bajo control. Sin embargo, desde Washington, Janet Reno indicó que el flujo de refugiados no constituía una emergencia y advirtió sobre el riesgo de ser "melodramático".

Conforme el panorama se agudizó y volvió tenso, aumentaron las llamadas telefónicas entre la Casa Blanca y Miami. Una de ellas, el 19 de agosto, fue a la oficina del gobernador Lawton Chiles. Le pidieron que reuniera al presidente de la Comisión de Dade, Arthur Teele, al administrador de Miami, César Odio, al director de la Cumbre Hemisférica, Luis Lauredo, y a la veterana demócrata María Elena Toraño. A todos se les indicó que saldrían a las 4:30 de la tarde del aeropuerto Fort Lauderdale en el jet de Jorge Mas Canosa (Presidente de la organización anticomunista Fundación Nacional Cubano Americana), directo a Washington.

Por la tarde, en conferencia de prensa, Bill Clinton anunció que los inmigrantes ilegales cubanos serían concentrados en la base naval que mantiene Estados Unidos en la provincia de Guantánamo. Además, dispuso un cerco naval de 30 naves de la Marina estadounidense para impedirles el arribo a las costas, recogerlos y transportarlos.

A las 7:45 p.m. ingresó el presidente Bill Clinton a la sala oval en compañía del vicepresidente Al Gore y de Janet Reno. Los invitados felicitaron a Clinton por la medida anunciada esa tarde. El mandatario estadounidense les dijo que quería consejo y apoyo para un plan de cuatro puntos que puso a su consideración. La mayoría estuvo de acuerdo. Jorge Mas Canosa, alterado, respondió que "si se va a castigar a Castro, hay que quitarle la última pata de la silla". Clinton le replicó: "El bloqueo total está en el paquete. Pero no queremos hablar de eso ahora. Queremos ver cómo funcionan estas medidas". Luego de varios intercambios de opiniones y de tragos, Clinton pidió al grupo que se quedara esa noche en Washington para revisar y formular las medidas. A las 9 p.m. el presidente estadounidense se puso de pie. Lo detuvo Al Gore: "Déjeme decirle, señor Presidente, que ésta ha sido la mejor fiesta de cumpleaños a la que he asistido jamás". Efectivamente, de ese modo, Bill Clinton celebró su *Happy Birthday*. Cumplió ese día 48 años de edad.

La determinación de la administración estadounidense fue dete-

ner el éxodo sin acceder a las presiones de Fidel Castro. El sábado 20 de agosto un comunicado indicó que la “solución para los muchos problemas de Cuba no es un éxodo incontrolado, sino que pasa por la libertad y la democracia en ese país”. Y anunció las siguientes medidas:

- Prohibir el envío de remesas de dinero de cubanos residentes en Miami a sus familiares en la Isla.
- Reducir las categorías de personas residentes en Estados Unidos que podrían viajar a Cuba. Por tanto, los vuelos entre Miami y La Habana se redujeron a dos veces por semana.
- Incrementar los recursos económicos y horas de transmisión de Radio y TV Martí.
- Solicitar al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas condenar al gobierno de Castro por violaciones a los derechos humanos.

Las medidas se justificaron, según el comunicado, para limitar la capacidad del gobierno cubano de acumular moneda extranjera (se calcula que por concepto de remesas de dinero a Cuba ingresaban entre 500 y 1 000 millones de dólares anuales) y mejorar la capacidad de Estados Unidos de expandir el flujo de información hacia el pueblo cubano.

Pese a tales medidas, Bill Clinton acabó con 28 años de una política migratoria que dejaba el paso libre de los cubanos hacia Estados Unidos. Para las administraciones de Ronald Reagan y George Bush esto pudo significar su autoaniquilación con la comunidad cubana de Miami. Desde los años 60, el gobierno estadounidense concedió permiso de residencia a los refugiados de la Isla que llegaban a Estados Unidos en embarcaciones o eran rescatados en alta mar por los guardacostas. Más aún, con la denominada *Ley de Ajuste Cubano* (1966), Washington legisló y legalizó la entrada, por cualquier medio y vía, de todo cubano que abandonara el archipiélago. De ahora en adelante se establecía una nueva figura en la legislación estadounidense: la existencia de cubanos ilegales en Estados Unidos.

### Salir de la isla para llegar a la isla

Si el objetivo de las medidas fue atenuar la salida masiva, en la práctica fracasaron. El éxodo de cubanos no paró. Al contrario,

cada día aumentó el número de balseiros. El servicio de Guardacostas estadounidense reportó que sólo entre el sábado 20 y el domingo 21 de agosto recogieron a 2 401. Es decir, casi igual número de los que llegaron durante todo 1992.

Diariamente, en algunos puntos de las costas cubanas, cientos de personas se adentraron al mar rumbo a La Florida en improvisadas embarcaciones. Lo hicieron de manera abierta y con la anuencia de las autoridades de la Isla.

Agolpadas junto con balseiros, informantes y curiosos, las cámaras fotográficas y de televisión extranjeras capturaron imágenes que recorrieron el mundo: abordajes en frágiles embarcaciones de jóvenes, mujeres, ancianos, niños y hasta perros y gatos domésticos; adioses con lágrimas, rezos y discursos; hundimientos prematuros a escasos 300 metros de la orilla del mar...

Incluso, algunos cubanos se dieron el lujo de armar con toda calma sus balsas sobre la costa o de transportarlas en los toldos de autos que recorrieron las calles de La Habana. Antes, armar una balsa era el asunto más clandestino de la Isla: por la noche, en un cuarto de la casa, las ventanas cerradas, sin que se enterara ni el vecino y, por supuesto, la salida se hacía al anochecer para no ser detectados por los guardafronteras.

Es más, los viajeros no eran numerosos, tan sólo pequeños grupos de parientes o amigos muy cercanos. Ahora, muchos balseiros llegaban acompañados de sus familiares quienes —cual terminal de autobuses— los despedían con besos, abrazos y recomendaciones: “Escríbeme en cuanto llegues y me saludas a Chuchi”, le dijo Amalia Ramírez a su hijo Javier —de 23 años—, quien con su esposa y su hija de brazos se embarcó con otras 10 personas, el sábado 20 de agosto, en una balsa hecha con madera, hule espuma y cámaras de autobús.

La inventiva popular comenzó a llamar a las balsas “pasaportes”. Quien deseaba partir para Guantánamo preguntaba “¿Tiene un pasaporte?” El significado era: “puedo comprar un espacio en una balsa para salir”. Y como no todo el mundo tenía dólares para viajar, el negocio comenzó y terminó con la venta de inmuebles, muebles, electrodomésticos y hasta recuerdos de familia. En la ciudad de Matanzas, Reina Alfonso Jorín pagó 5 mil dólares por el “visado” de ella, su esposa y la hija de ambos de ocho años. Para esto vendió

todas las pertenencias de su casa. El 29 de agosto montaron en una lancha de 18 pies de eslora atracada en el muelle de la costa norte del Puerto de Matanzas. Allí esperaron que otro grupo de familias subiera. Como la nave no se llenó ni el dueño se conformó con el dinero recaudado, esperaron hasta el domingo 3 de septiembre, cuando Candelario Suárez le entregó al dueño de la lancha mil dólares más. A las dos de la mañana partieron y a las 9:15 a.m. fueron rescatados por el escampavía *Chandeleur*, a unas 20 millas al norte de Matanzas. Al día siguiente se hallaban en la base naval de Guantánamo.

Desde el 5 de agosto hasta el 12 de septiembre la vida cotidiana en Cojimar se alteró. Sus 300 metros de playa rocosa y sucia fueron escenario de un espectáculo antes insólito: cientos de cubanos con improvisadas embarcaciones se lanzaron al mar. Lo hicieron a la luz del día, ante la mirada vigilante, pero permisiva, de la policía y en medio de la algarabía de unos 200 vecinos y espectadores.

“Rema, rema / no te hace falta equipaje; rema, rema / nadie detiene tu viaje”, coreaba al ritmo de la canción de Magneto un grupo de jóvenes cuando cuatro balseiros hacían esfuerzos por adentrarse en el mar en una improvisada lancha de madera y hule espuma.

Eran las 7:30 de la tarde del jueves 25 de agosto. En escasa media hora otras cuatro balsas entraron al mar ante los gritos —unos a favor y otros en contra— de muchos de los asistentes. “Escribes y mandas fula (dólares)”, les gritaban por un lado; “Entre menos ganado más alimento”, gritaban por otro:

—Ahí quepo yo, llévame contigo—, rogaba un mulato adolescente a Manuel Díaz quien, junto con otras tres personas, se disponía a partir.

—No jodas, no cabes...

Cojimar es un pueblo pesquero tendido de panza al sol en la orilla de la playa a escasos 15 kilómetros de La Habana. Por sus calles estrechas la vida pasaba desganada. Apenas se le conocía porque allí llegaba Ernest Hemingway, en la década del 50, a beber y a pescar. Uno de sus habitantes, Gregorio Fuentes, es el personaje de la famosa novela *El viejo y el mar*. Los 10 mil habitantes de Cojimar mantienen sus costumbres provincianas: laboriosos por el día, salen al portal de sus casas por la tarde y se recogen al caer la noche. Su

vida, empero, cambió en los primeros días de agosto: se convirtió en el puerto de embarque favorito de los balseiros.

Sentada en el balcón de su casa de Cojimar que da a la costa llamada *El Teniente*, la señora Magali Fernández observaba atónita el *show*. “Estoy aquí desde las 11 de la mañana y han salido como 30 balsas”.

—¿Y las lanchas guardafronteras?

—Eso es lo que yo me pregunto. Hace unos meses la *Griffing* (lancha guardacostas) pasaba a cada rato y los policías recorrían por parejas la zona.

Un rústico velero no pudo adentrarse al mar y regresó a la orilla. Sus ocupantes (seis jóvenes) lo cargaron y —rodeados de chiquillos y perros— se adentraron por las estrechas calles de Cojimar. Al doblar una esquina se encontraron de frente con la patrulla 249 de la Policía Nacional Revolucionaria. Todos se quedaron quietos. La patrulla —como si no existieran— los esquivó y siguió de largo. Un mes atrás, los jóvenes hubieran ido a la cárcel.

Los balseiros estaban conscientes de que salían de la Isla de Cuba para llegar a la Isla de Cuba (La Base Naval de Guantánamo). No les importaba. Desde su lógica, el gobierno estadounidense y las organizaciones de Miami “algo tienen hacer por nosotros”. En la playa rocosa de Cojimar, mientras armaba su balsa, Ramón Estévez reflexionaba: “Nosotros los cubanos, a diferencia de los haitianos, tenemos organizaciones fuertes en Miami. Hay un *lobby* en el Congreso. Algo tienen que hacer. No nos van a dejar botados ahí todo el tiempo”. Magali Fernández lo secundó: “cualquier cosa es mejor que esto. Te aseguro que cuando menos nos van a dar de comer tres veces al día”.

Se calcula que una de cada tres personas que intentaron salir de la Isla lo lograron. Una tercera parte se ahogó en el mar, murió de insolación o fue tragada por los tiburones. La otra tercera parte regresó por temor, cansancio, deshidratación, insolación o porque su embarcación no soportó la inclemencia del mar. Si en todos esos días el Servicio de Guardacostas recogió cerca de 30 mil personas, los cálculos restantes dan la idea del fenómeno que se vivió por esos días.

De manera oficial, el gobierno cubano mantuvo vigilancia en las fronteras. Pero permitió salir a los cubanos que lo hacían con

recursos propios. "Es claro que Washington no puede culparnos de que ciudadanos cubanos, usando sus propios medios y sin que medien actos de violencia, hayan emprendido el camino hacia 'la tierra prometida'. Warren Christopher dijo hace unos días que serían bien recibidos", apuntó el viernes 19 de agosto el diario *Granma*.

Pero para salir por cuenta propia, los cubanos necesitaban también dólares: rentar una casa en la playa para preparar la salida costaba 50 dólares diarios; una embarcación de 26 pies de eslora, 3 000 dólares; un motor Volvo de 75 caballos para lancha, alrededor de 2 000 dólares; un hábil marinero cobraba, por sacar a altamar a una familia, 200 dólares.

Como los balseros aumentaron, el negocio para la construcción de balsas también se disparó: una cámara (tubo de llanta) de autobús que costaba un dólar, subió a 10; tornillos de cinco pulgadas, con sus respectivas tuercas, costaban 25 centavos de dólar cada uno, pero durante esos días valían un dólar; un polín de madera que costaba cinco dólares subió a 30. Entre el 5 y 12 de agosto una balsa podía costar 100 dólares; después no se encontraba por menos de 500 dólares.

Lo que se prohibió fue robar embarcaciones propiedad del Estado o subirse a barcos de empresas extranjeras. Ahí la postura fue inflexible. En el primer caso, porque Cuba perdería sus embarcaciones, de por sí limitadas. En el segundo, porque interrumpiría el comercio marítimo, pilar de la economía dada la condición de isla. En ambos casos, el gobierno cubano apeló a las leyes internacionales de tráfico y piratería marítimas.

Lo que amedrentó a muchos fueron los cadáveres que comenzaron a llegar a las costas. En Cojimar, el cadáver de un joven de unos 20 años, destrozado, hinchado y en estado de descomposición, puso a pensar a los que armaban sus embarcaciones en la orilla. Ese 26 de agosto, además, se anunciaban fuertes vientos y torrenciales aguaceros para los próximos días.

### Sentarse a conversar

Desatada la crisis de los balseros, cada quien se aprestó a hacer su juego. Fidel Castro mostró una carta: eliminar el éxodo de balseros

cubanos si Bill Clinton se sentaba a negociar no sólo un acuerdo migratorio, sino —a su decir— el problema de fondo: el bloqueo económico de Estados Unidos contra Cuba. Sin mostrar todo su juego, intentó a la vez dividir al exilio y enfrentarlo a Clinton a tres meses de elecciones en La Florida. Bill Clinton, por su parte, jugó a evitar otro "Mariel" sin ceder a las presiones de Fidel Castro para entablar conversaciones que fueran más allá del tema migratorio. Al mismo tiempo, quiso asegurar el voto de La Florida en las elecciones de noviembre de ese año con una alianza coyuntural con los grupos anticastristas de línea dura en Miami.

Las organizaciones del exilio de La Florida —encabezadas por Jorge Mas Canosa— sacaron un "as" de su manga: aprovecharon la coyuntura para prometerle a Clinton apoyo en las próximas elecciones a cambio de un recrudescimiento del bloqueo. Eso les permitió de momento recuperar su tradicional predominio en el exilio, disminuido por el auge de organizaciones liberales y moderadas.

El "comodín" para todos fue el éxodo de los balseros.

Si se incrementaba desmesuradamente, Fidel obligaría a los demás a cambiar su juego: las medidas de Clinton quedarían rebasadas y el exilio sin discurso. Si se mantenía o disminuía, Clinton tendría mayor margen para manejar su política exterior y su campaña electoral en La Florida.

Como ya se dijo antes, el 20 de agosto Clinton puso sobre la mesa cuatro medidas: restringir el número de categorías de personas que podrían viajar de Estados Unidos a Cuba, prohibir las remesas económicas de familiares hacia la Isla; aumentar las transmisiones de Radio y TV Martí, y pedir una condena al Consejo de Seguridad de la ONU.

El 23 de agosto Fidel Castro soltó otra carta: adoptó medidas para hacer más flexible el flujo migratorio de cubanos dentro y fuera de la Isla. En conferencia de prensa, José Cabañas Rodríguez, director de Asuntos de Cubanos Residentes en el Exterior —adscrito a la Cancillería—, informó que a partir de ese día los cubanos que salieran "legalmente" de la Isla podrían venir de visita sin mayor contratiempo. Quedó eliminado el requisito de esperar un mínimo de cinco años para poder regresar. Por salidas ilegales se entiende a las personas que viajaron a otro país con pasaporte y

permisos de salida y que luego “desertaron”. Obviamente, quedan excluidos los “balseros”, quienes nunca hicieron ningún trámite para salir legalmente.

Cabañas anunció además otras medidas: la edad mínima para obtener permiso de salida temporal se redujo de 20 a 18 años. El tiempo de esos permisos de salida temporal se extendió de seis a 11 meses. De ahí en adelante se aceptó la repatriación de los residentes cubanos en el exterior que desearan regresar de manera definitiva a la Isla. Para ello, el requisito fundamental era “no haber participado en ningún tipo de actividad en contra de la Revolución”. Finalmente, Cabañas dijo que se concedía a los cubanos que habitaran en el exterior un “permiso de residencia”. Esta última medida tendría “carácter restringido” para evitar los trámites burocráticos.

Como la medida no tuvo eco en el otro lado del estrecho de La Florida, el 24 de agosto desde Nueva York, Fernando Remírez Estenóz, vicescanciller de Cuba y embajador de la Isla ante Naciones Unidas, dijo que “la única manera de detener el éxodo de cubanos hacia La Florida es iniciar negociaciones directas para levantar el bloqueo económico que Estados Unidos mantiene contra la mayor de las Antillas desde hace tres décadas”.

Peter Tarnoff, subsecretario de Estado estadounidense, rechazó que Washington iniciara negociaciones con Cuba para poner fin a la crisis de los balseros. “La propuesta de Remírez carece de sentido. No creemos que sea necesario”, dijo ese mismo día en conferencia de prensa en la capital estadounidense.

William Perry, ministro de Defensa de Estados Unidos, declaró, tras un recorrido por las instalaciones de la Base Naval de Guantánamo, que el Pentágono “tiene capacidad para mantener indefinidamente a los cubanos que sean trasladados a esta Base”. Y anunció que las instalaciones para albergar a los cubanos se ampliarían para recibir, “si es necesario”, a 40 000. Es decir, no diálogo, no negociación, no acuerdo.

En vista de que Clinton no cedía, Fidel Castro —sabedor de que otra intervención suya sería transmitida a Estados Unidos por la cadena CNN, de su amigo Ted Turner— apareció en televisión el 24 de agosto por la noche. De entrada, hizo una larga cronología de los hechos que provocaron “esta crisis compleja”. Rechazó luego que su gobierno estimulase el éxodo de balseros hacia Esta-

dos Unidos y acusó al gobierno estadounidense de aplicar una “política contradictoria” para resolver la crisis. Aseguró que Clinton “cedió a las presiones de la mafia de ultraderecha de Miami” para adoptar el sábado 20 de agosto medidas adicionales para apretar el bloqueo contra su país:

“Decimos que el bloqueo compulsa el éxodo y responden con más bloqueo; decimos que las emisiones radiales subversivas estimulan las salidas y responden con más emisiones subversivas; decimos que son las necesidades económicas las que impulsan a la gente a irse del país y responden con más medidas que aumentan las necesidades económicas”.

Enfatizó que un eventual bloqueo naval de Estados Unidos contra Cuba —no descartado por la administración de Clinton— “no resolvería el problema, por el contrario: lo multiplicaría”, pues propiciaría un éxodo masivo debido a la seguridad de los balseros de que alguien los va a recoger en el mar: “Sería una catástrofe. ¿Y si eso no resuelve?, entonces la solución sería invadir Cuba. ¿Y eso que significaría?... un genocidio a los ojos del mundo”.

Dio cifras para demostrar que Cuba siempre evitó las salidas ilegales al mismo tiempo que el gobierno estadounidense las impulsaba. Según Castro, el acuerdo migratorio firmado por ambos países en 1984 obligaba a Estados Unidos a otorgar por año hasta 20 000 visas de residentes a ciudadanos cubanos, pero otorgó menos de mil al año. Washington concedió en los últimos cuatro años sólo 5% de las visas para reunificación familiar (11 222) y en cambio dio 11% (17 210) de visas para refugiados políticos (“contrarrevolucionarios y sus familias”, como los calificó Fidel). Es decir, “que entre menos visas legales otorgaba, más permitía que entraran los cubanos por vía ilegal”.

Más aún, según el presidente de la Isla, Cuba impidió que en los últimos cuatro años salieran por vía ilegal 37 801 personas, y Estados Unidos recibió a 13 275 cubanos que, sin excepción, llegaron por balsas, secuestraron una nave o asesinaron a alguien para salir.

“¿Queda o no demostrado matemáticamente que ellos estimularon siempre las salidas ilegales?, ¿puede echársenos la culpa a nosotros?”, preguntó Castro.

“Clinton debió prever las consecuencias de esto. Esta adminis-

tración también es responsable de que se haya creado una situación así. Debió advertir primero las consecuencias y tomar medidas después. Pudo discutir con nosotros, llegar a un acuerdo. Pero pudo más la demagogia y las campañas políticas”, señaló Castro en referencia a las presiones de los grupos anticastristas de Miami a tres meses de las elecciones en La Florida.

“Resultaba —subrayó Castro— que nosotros éramos los que cuidábamos la frontera de Estados Unidos y si se producía un incidente a nosotros nos echaban la culpa”.

Entonces dio a conocer las “nuevas instrucciones” a las tropas Guardafronteras para “flexibilizar al máximo” sus actividades, aplicadas desde los primeros días de la crisis: “No realizar ningún disparo contra quien intente salir por vía ilegal, a menos que sea en defensa propia o en resguardo de instalaciones del Estado. Seguir a naves que provenientes de Estados Unidos intenten recoger a cubanos en las costas de la isla. De manera amable persuadirlos de que regresen vacíos a Estados Unidos pero no obstruirlos por la fuerza. Darles ayuda en combustible si lo requieren. Claro, con pago al contado en dólares. A los balseros que se encuentren en altamar, exhortarlos a que regresen al país e informarles de su posible situación en la Base Militar de Guantánamo. No impedir su salida si persisten en su intento e, incluso, proporcionarles agua y alimentos si así lo requieren. No tratar de interceptar a embarcaciones en altamar así sean estatales o privadas. Procurar evitar el secuestro de las naves en tierra. No perseguir los intentos de salir por medios propios, salvo en casos de Unidades Militares o cuando penetren naves con fines contrarrevolucionarios”.

Fidel Castro argumentó que “no se nos puede pedir ahora que usemos la fuerza para impedir las salidas ilegales”. Y recordó que ningún gobierno persigue a los emigrantes de su país. Puso como ejemplos los casos de México y República Dominicana. Subrayó, finalmente, que para buscar una salida a esta situación “es necesario que ambas partes tengan una voluntad de llegar a un acuerdo”.

La jugada quedó planteada y Fidel Castro se dispuso a esperar la respuesta estadounidense. Su mejor presión continuó siendo el éxodo de balseros. Empero, en la Casa Blanca la indecisión fue la característica que comenzaron a atacar medios de comunicación influyentes (*The New York Times* y *The Washington Post*).

Entonces, el jueves 25, sin que mediara aviso previo ni consulta directa, el ex mandatario James Carter llamó a la oficina del Palacio de la Revolución en La Habana y habló más de 15 minutos con Fidel Castro.

Carter —quien reveló su diálogo con Fidel cuando viajó a Haití, en septiembre de ese año— le indicó al presidente cubano que creía llegado el momento de sentarse a conversar y que él estaría dispuesto a interceder con Bill Clinton para acelerar un encuentro entre delegaciones de ambos países. Le dijo que había visto su intervención por televisión y que respetaba su disposición a resolver el diferendo. Le comentó que en la Casa Blanca también había la misma disposición para solucionar “los más pronto que se pueda” este problema.

Castro, por su parte, fue todo oídos. Se pusieron de acuerdo en mantener la comunicación y que todo quedaba ya en manos de los funcionarios que cada gobierno designara.

El sábado 27, el Departamento de Estado emitió un comunicado oficial en el que indicó que en la siguiente semana se efectuaría una ronda de conversaciones, exclusivamente sobre asuntos migratorios, entre delegaciones de Cuba y Estados Unidos, en algún lugar de Nueva York.

Alentado por la decisión, el secretario de Estado Warren Christopher declaró que “si Castro adopta medidas claramente democratizadoras, el gobierno responderá de un modo cuidadosamente equilibrado”. Indicó además que el mandatario Bill Clinton deseaba un cambio pacífico y democrático en Cuba y que “nuestra política no está centrada en la destitución de Castro”.

Para facilitar las conversaciones y tener el margen necesario para negociar, el 28 de agosto Fidel Castro giró nuevas “instrucciones” a sus tropas Guardafronteras. Éstas consistieron en “prohibir la salida a personas que utilicen medios propios, inadecuados e inseguros” y que, además, “lleven a bordo a niños o adolescentes en edad de enseñanza secundaria”.

En una carta difundida por los medios de comunicación locales, el líder de la Revolución ordenó aplicar estas medidas en tierra mediante la persuasión y sin empleo de armas de fuego. Aunque no descartó el uso de la fuerza, dijo que ésta sería con carácter de “excepción”.

El lunes 29 de agosto, "ex presos políticos" iniciaron una huelga de hambre en las inmediaciones de la Sección de Intereses de Estados Unidos en La Habana para presionar al gobierno de Washington a que los acogiera en su "programa de refugiados políticos". Comenzaron la huelga 16 personas la mañana del lunes y había unas 50 por la tarde del martes. Todas aseguraron ser "disidentes políticos" del régimen de Castro. La mayoría tenía causas penales por delitos que iban desde "salida ilegal" hasta "atentar contra la seguridad del Estado cubano".

Algunos habían sido retenidos por días y otros purgaron años de cárcel. Ninguno, empero, dijo pertenecer a alguna organización política opositora. A la mayoría de ellos, la sección consular de Estados Unidos les negó la visa como "refugiados políticos" o les pospuso de manera indefinida la respuesta. Con la huelga de hambre pedían que ese programa se hiciera efectivo y fuesen trasladados a territorio estadounidense o al de otro país que los recibiera. Lo curioso fue que la policía cubana —siempre dura con todo lo que huele a disidencia política— les permitió realizar la huelga sin molestarlos hasta que el 5 de septiembre desistieron de su actitud.

A excepción del mal tiempo —que lo redujo sustancialmente del 26 al 28 de agosto—, nada detuvo el oleaje humano mar adentro. Ni las medidas anunciadas por Clinton de llevarlos a la Base Guantánamo, ni las noticias sobre las condiciones de vida en esa zona militar; ni la disposición de Fidel Castro de impedir que niños y adolescentes abordaran las balsas; ni trozos de madera y hule espuma que el mar regresó a la costa; ni las truculentas historias sobre ahogados y tiburones que contaron algunos balseros que regresaron: nada.

Y es que el inicio de las conversaciones entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos —anunciadas para el 1 de septiembre en Nueva York— estimuló aún más el éxodo. La creencia generalizada fue que un acuerdo entre ambas naciones pondría fin a la anuencia de los guardafronteras cubanos para dejar salir de la Isla.

Si el sábado 27 y el domingo 28 de agosto fueron rescatados sólo 84 balseros, al día siguiente —cuando la tormenta tropical pasó— los guardacostas estadounidenses recogieron a 231; el martes 30 a 1 234 y el miércoles 31 a 2 000. En tres días se recuperó la tendencia de rescatar a 100 balseros cada hora. Para el primero de septiembre

el número total de cubanos llegado en un mes a la Florida era de más de 25 mil, de los cuales 23 mil fueron transportados a la Base Naval de Guantánamo. El resto se trasladó a centros de detención en Miami y en Texas.

Como sabían que los iban a llevar a la Base Naval de Guantánamo, muchos cubanos se ahorraron el trayecto por el estrecho de La Florida y el rescate de los guardacostas. Se fueron directo a la Base. De acuerdo con el Pentágono, durante la crisis de los balseros llegaron a este lugar 537 cubanos en frágiles embarcaciones, 55 lo hicieron nadando desde Caimaneras o desde una costa cercana al enclave militar y 41 personas lo hicieron caminando. En el último caso, tuvieron que atravesar un campo minado de un kilómetro. Según los analistas militares la zona es la más minada del continente. Se trata de una franja de "tierra de nadie" que separa los límites de Cuba y de la Base Militar.

El 30 de agosto el ejército estadounidense comenzó a construir en Panamá campamentos para recibir, por un periodo de seis meses, a unos 10 mil balseros cubanos. Hasta mediados de noviembre llegaron a ese país más de 5 000. Uno de ellos fue Noel Robaina, primo del canciller Roberto Robaina.

Pese a que todos sabían que los gobiernos de Cuba y Estados Unidos firmarían un acuerdo migratorio, los balseros siguieron saliendo en una carrera contra el reloj. El día 9 de septiembre se dio a conocer en toda la Isla la disposición oficial de prohibir el traslado de embarcaciones a la costa a partir del domingo 11 de septiembre y la salida de cualquier embarcación desde el martes 13.

En Cojimar —convertido desde el inicio del éxodo en el puerto predilecto de los balseros— seis balsas partieron en la madrugada del sábado 10. Con estos últimos balseros en el mar concluía el mayor éxodo de cubanos en los últimos 14 años. Muchos otros se quedaron con sus "naves" hechas.

### **Siempre negociar, nunca ceder**

Las negociaciones generaron las más diversas expectativas. Algunos llegaron a pensar que sería la gran oportunidad de adelantar la discusión acerca del bloqueo. Pero los principales voceros dejaron entredicho que en ningún momento se abordaría el tema.

Estados Unidos preparó un equipo de nivel intermedio encabezado por Mike Skol, asistente de la Subsecretaría de Estado para Asuntos Interamericanos.

Cuba, en cambio, mandó a sus mejores hombres para estas lides: José Arbesú, jefe del Departamento América del Comité Central del Partido Comunista y ex jefe de la Sección de Intereses de Cuba en Washington; Carlos Fernández de Cossío, jefe del Departamento de Norteamérica de la Cancillería; Olga Miranda Bravo, vicepresidente de la Asociación de Juristas de Cuba y Balquiría Fernández Valdez, jefa del Servicio de Migración del Ministerio del Interior y experta en asuntos migratorios. Presidió la delegación Ricardo Alarcón, presidente del Parlamento cubano, ex canciller y ex embajador de Cuba en Naciones Unidas. Alarcón era el hombre de Fidel Castro con más experiencia y conocimiento sobre estos temas, pues encabezó las negociaciones que culminaron en el acuerdo migratorio con Estados Unidos de 1984.

En días previos al encuentro, Washington y La Habana recibieron comunicados y mensajes de los gobiernos del área para exhortarlos a ampliar el diálogo y, de una buena vez, resolver sus diferencias. El gobierno de Carlos Salinas "ofreció", una semana antes de las conversaciones, sus "esfuerzos para coadyuvar al diálogo" entre ambos países. Canadá observó que el gobierno estadounidense debería levantar el embargo económico, pero el de Castro debería también hacer cambios internos. El entonces presidente español, Felipe González, los exhortó a poner "lo mejor de cada uno para saldar positivamente el viejo diferendo".

Sólo en Miami hicieron malos gestos a las conversaciones. Las organizaciones anticastristas más acérrimas, durante dos marchas efectuadas el anterior fin de semana, rechazaron todo diálogo y se pronunciaron por el juego rudo: bloqueo naval contra Cuba o eliminar la neutralidad estadounidense y permitirles partir con armas hacia la Isla. "Guerra / guerra", coreaba una multitud de 15 000 personas que se congregaron en Miami durante el sepelio de un balsero que llegó muerto a La Florida. Sin embargo, Jorge Mas Canosa, presidente de la Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA) pidió tiempo a sus huéspedes del exilio en espera de que el presidente Bill Clinton "resuelva favorablemente" el conflicto.

En las "declaraciones de calentamiento" Cuba y Estados Unidos probaron fuerzas. El equipo cubano planteó abiertamente su juego: forzar el tema migratorio a una negociación que incluyera el conjunto de las relaciones bilaterales y en la que el bloqueo ocupara un lugar fundamental. "Las conversaciones no pueden ser sólo sobre el tema migratorio, porque en el fondo la causa es mucho más que eso... La realidad del país está expresamente ligada al bloqueo", dijo el 29 de agosto en Brasilia el canciller cubano Roberto Robaina.

Estados Unidos, por su parte, restringió las conversaciones exclusivamente al tema migratorio: "No nos sorprendería que sacaran el asunto del embargo, pero no lo permitiremos", dijeron fuentes de la Casa Blanca a la agencia *Efe*, en Washington. Si así fuera, Estados Unidos pediría entonces cambios en la política interna de Cuba: elecciones libres, pluripartidismo y libertad de expresión.

"Si Castro adopta medidas claramente democratizadoras, el gobierno de Clinton responderá de un modo cuidadosamente calibrado", dijo Warren Christopher, secretario de Estado, el 29 de agosto. Más aún, indicó que Washington deseaba un cambio pacífico y democrático en Cuba y que su política no estaba centrada en la destitución de Fidel Castro del poder.

Robaina contraargumentó desde Brasil, donde realizaba una visita oficial. "No nos pueden pedir nada a cambio de levantar el bloqueo, porque éste es por sí mismo injusto". Y enfático remató: "Todo es negociable, excepto la soberanía e independencia de mi país".

De entrada, si el tema se centraba en lo migratorio, Cuba exigiría las visas de residentes negadas desde 1984, fecha en que se firmó el acuerdo de migración. De acuerdo con una cláusula de este convenio, Estados Unidos debía otorgar "hasta 20 mil visas anuales", lo cual significaba entregar en ese lapso unas 200 mil a igual número de ciudadanos cubanos. Sólo otorgó 11 200, 7.1% del total prometido. El gobierno de Clinton no quería hablar de visas acumuladas, pues la cláusula no lo obligaba a dar estrictamente las 20 mil anuales. La palabra "hasta", que aparece en la cláusula, es un tope máximo, pero legalmente nada le obligaba a cumplirlo.

Fidel Castro efectuó un movimiento de reconocimiento: uno de sus amigos, Gabriel García Márquez, se reunió —junto con el

escritor mexicano Carlos Fuentes— con Bill Clinton el lunes 29 de agosto. Tras el encuentro —efectuado en la casa del novelista estadounidense Williams Styron, en Martha's Vineyard (Massachusetts)— el escritor colombiano reconoció que el tema Cuba fue abordado de manera inevitable. Dos días después García Márquez estaba en La Habana conversando con su amigo Fidel Castro. La idea de reunir a Clinton con los dos escritores latinoamericanos surgió por iniciativa de García Márquez y Fuentes, quienes tenían interés de hablar con el presidente estadounidense sobre América Latina, en general, y sobre México y Cuba, en particular.

Durante nueve días los ojos se volcaron sobre la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, donde se reunieron ambas delegaciones, en espera de un resultado alentador para ambas partes.

Los dos primeros días se lograron varios adelantos. Principalmente en el reconocimiento y repaso del acuerdo de 1984, el cual para Estados Unidos sirvió como punto de partida. Cuba aceptó y planteó que si empezaban por ahí todo marcharía positivamente. Como todo parecía ir bien, el viernes 2 de septiembre, por la noche, la delegación cubana propuso fijar una fecha para negociaciones “más amplias”. El sábado, ambas delegaciones consultaron a sus gobiernos. En La Habana las indicaciones no variaron: se negocian visas y se acuerdan fechas para conversaciones más amplias. Además, no podían dejar de lado que Estados Unidos se comprometiera al control de la emigración tal como lo hace con el resto del mundo. En Washington la actitud era indeclinable: sólo hablar de visas y fin de éxodo.

Del domingo 4 al martes 6 todo se desarrolló en función de cuántas visas al año otorgaba Estados Unidos. El equipo estadounidense indicó que podría llegar a un mínimo de 20 mil. “Sería un caso de excepción y de privilegio para Cuba”, manifestaron. El equipo cubano, en principio, manifestó que eso no satisfacía la demanda y la deuda “histórica” que tenían con la Isla desde 1984. Para ellos esa cifra sumaba cien mil visas. Además, Ricardo Alarcón manifestó que si se llegaba a firmar un acuerdo en esos términos el éxodo concluiría. Incluso, exigió Alarcón, “si con ello el éxodo concluye, las medidas que agudizaron el bloqueo (las adoptadas por Clinton el 20 de agosto) carecen de todo sentido”.

El lunes 5 el portavoz de la delegación estadounidense, David

Johnson, mostró su pesimismo por la posición cubana: “Es mi deber advertir contra las especulaciones prematuras sobre la eventualidad de un acuerdo”.

Para el miércoles 7 ambas delegaciones llegaron con propuestas más flexibles. Estados Unidos se comprometía a quitar la alfombra roja con la que recibía a todo cubano que salía de la Isla. Daba fin a la condición privilegiada si el gobierno de Fidel Castro controlaba y ponía término a las salidas ilegales. Además, ofreció un mínimo de 20 mil visas anuales. Cuba aceptó, pero pidió a cambio que se levantasen las sanciones del 20 de agosto. Quedaron en reunirse al día siguiente para hacer las consultas pertinentes. Ricardo Alarcón viajó a La Habana en un jet autorizado por el Departamento del Tesoro. Habló con Fidel Castro más de dos horas y, resuelto, volvió con la determinación de adoptar el acuerdo que no incluyó la abolición de las medidas del 20 de agosto, así como dejar el margen abierto para nuevas consultas y encuentros.

El viernes 9, por fin, ambas delegaciones alcanzaron los llamados *Acuerdos de Nueva York*.

El texto establece que ambos gobiernos “normalizarán sus procedimientos migratorios” y asegurarán “que la migración entre los dos países sea segura, legal y ordenada”.

Estados Unidos se comprometía a otorgar anualmente “un mínimo” de 20 000 visas para residir en su territorio. Ello sin contar las visas que —de acuerdo con su legislación— debía otorgar a parientes directos de ciudadanos estadounidenses de origen cubano.

Además, “como medida adicional y extraordinaria entregará visas a cubanos que ya cumplieron con los requisitos de emigración y que están en una lista de espera (alrededor de 6 000 personas)”.

Cuba, por su parte, se comprometía a “tomar las medidas efectivas en todo lo que esté a su alcance para impedir las salidas inseguras, usando fundamentalmente métodos persuasivos”.

El acuerdo apuntaba que los gobiernos de ambas naciones “reconocen su interés común en impedir las salidas riesgosas desde Cuba que ponen en peligro las vidas humanas”.

Señalaba que “a los inmigrantes rescatados por mar no se les permitirá entrar en Estados Unidos, sino que serán llevados a instalaciones de refugio fuera del territorio estadounidense”. Y

ratificaba que Washington eliminaría "la admisión provisional de todos los migrantes cubanos que lleguen a territorio de los Estados Unidos por vías irregulares".

Establecía además que ambos gobiernos "cooperarán para impedir el transporte ilícito de personas con destino a Estados Unidos. Tomarán también medidas efectivas para oponerse al uso de la violencia" por parte de las personas que desviasen aeronaves y embarcaciones hacia La Florida.

En referencia a los balseros cubanos ubicados en campamentos en la Bases Militares de Guantánamo y de Panamá, se decía que "los que quieran regresar de manera voluntaria lo harán a través de conductos diplomáticos". No se mencionaba, empero, qué se haría con el resto de los refugiados que insistieran en permanecer en las instalaciones militares. Una declaración de la Ministro de Justicia estadounidense, Janet Reno, señaló que estarían ahí "de manera indefinida".

El gobierno estadounidense dijo que aplicaría el acuerdo en los siguientes términos:

"Los familiares de cubanos con residencia legal en Estados Unidos pueden solicitar visa para reunirse con ellos. Por esta vía pueden emigrar los hijos adultos, solteros y personas que habitan en la misma residencia y formen parte del mismo núcleo familiar, en una cantidad que oscila entre los 6 y 8 mil anuales.

"El Programa para Refugiados Políticos, creado originalmente para ex prisioneros políticos, se abre para personas que han sido víctimas de persecución religiosa, profesionales separados de sus cargos y a defensores de derechos humanos que han padecido debido a sus actividades políticas. Por esta vía podrán emigrar a los Estados Unidos entre 3 y 6 mil personas.

"Hasta completar el cupo de 20 mil al año, el gobierno otorgará, mediante el sistema de lotería, visas a todos los cubanos, incluyendo aquellos que no tengan ningún familiar en Estados Unidos, que soliciten su inclusión en este programa migratorio.

"Además, por única vez, se ofrece la oportunidad a aquellos cubanos que se encuentran en la lista de espera de emigración hasta el 9 de septiembre de 1994 y que por algún motivo no habían tenido la ocasión de viajar a los Estados Unidos.

"A todos los candidatos a emigrantes legales se les exige cumplir

requisitos médicos, no poseer antecedentes penales y no constituir carga pública".

El documento fue calificado por el gobierno cubano como "positivo". Ricardo Alarcón, presidente del Parlamento cubano y jefe de la delegación de su país, dijo: "Es un paso apreciable en el contexto de una situación anormal, pues a partir de esta noche hay un área de las relaciones bilaterales donde tendremos normalidad".

Entrevistado por la televisión cubana desde Nueva York, Alarcón declaró que "lo más importante fue demostrar que con Cuba se puede discutir y arribar a acuerdos mutuamente ventajosos".

A juzgar por el documento, éste fue un triunfo para Washington. La negociación fue rápida (duró sólo una semana) y efectiva: se centró exclusivamente en el problema migratorio sin involucrar —como lo deseaba el gobierno de Fidel Castro— el bloqueo económico.

Además, no se salió de los parámetros que originalmente se propuso el gobierno de Bill Clinton: no otorgar más de 27 000 visas para residentes al año. De lado quedó la solicitud cubana que —según trascendió— pedía a Estados Unidos una cuota de más de 100 000 visas al año.

En La Habana levantó sospechas el hecho de que el gobierno de Castro aceptara detener el éxodo de balseros para llegar a un acuerdo que, en esencia, era el mismo que se firmó en 1984. Este también estipulaba que Estados Unidos otorgaría hasta 20 000 visas.

Además, con un agravante: el documento no anuló las medidas decretadas por Bill Clinton en agosto para reforzar el embargo, fundamentalmente la relativa a la cancelación de las remesas de dinero que enviaban los cubanos de La Florida a sus familiares en la Isla.

"La delegación estadounidense no estaba en condiciones de dar una respuesta en ese momento sobre las medidas recientes para endurecer el bloqueo", dijo Ricardo Alarcón. No obstante, confió en que en un "plazo relativamente corto esas medidas puedan ser suprimidas". Explicó que "el presidente Clinton las tomó en un contexto de crisis, se debe esperar que tras la aplicación de este acuerdo la crisis quede superada y, por tanto, las medidas sean eliminadas".

Para los analistas políticos el perdedor fue el exilio anticastrista. Alarcón fue en eso enfático: "La mafia ultraderechista de Miami quedó desfasada. El gobierno de Estados Unidos, en lugar de declarar la guerra, se sentó a discutir con nosotros. Y eso sólo puede hacerse cuando hay un gobierno estable y serio".

Como estaba previsto, las conversaciones se repitieron: una en La Habana (del 24 al 26 de octubre de 1995), y otra, de nuevo en Nueva York (del 18 al 20 de enero de 1995). En términos generales, ambas delegaciones se mostraron satisfechas con el cumplimiento técnico de los acuerdos. El problema estaba en los puntos que quedaron fuera de él: las medidas decretadas por Bill Clinton el 20 de agosto y qué hacer con los 30 000 balseros acantonados en las bases militares de Guantánamo y Panamá.

### Guantánamo y Panamá: fuga imposible

La de Guantánamo es una bahía de bolsa alargada. Un boquete abierto en un costado de la Isla. Tiene 20 kilómetros de longitud y 400 kilómetros cuadrados de extensión. La Base Naval estadounidense ocupa la mitad de la bahía: la que da al mar Caribe. Tiene 10 kilómetros de fondo, 28 kilómetros de perímetro y una superficie —en tierra y mar— de 117 kilómetros cuadrados.

Hasta antes de convertirse en centro de refugiados, fue un lugar para entrenamiento y abastecimiento de embarcaciones militares. Tiene dos aeropuertos: uno en cada entrada de la bahía. El mayor de ellos, conocido como Tres Piedras, con una extensión de 3.5 kilómetros cuadrados, puede recibir todo tipo de avión, incluido el F-8. En sus hangares hay aviones de combate TA-4 y F-16. Existen cinco instalaciones navales para atender a 10 buques de guerra, incluso los grandes portaviones CV-66. Tiene también amarraderos flotantes con capacidad para 40 barcos más. Existen además diversos campos de tiro: para tanques, artillería y aviación. En la parte que da a la bahía existía una típica villa estadounidense de 7 500 habitantes (de ellos 2 500 militares). Posee un malecón y amplias avenidas donde es constante el tráfico de autos último modelo. Edificios públicos de una docena de pisos. Un hospital naval con capacidad de mil camas. Un hotel y varias posadas. Unidades habitacionales. *Kindergardens* y *Highs Schools*. Parques recreati-

vos y centros comerciales. La cadena de hamburguesas *Mac Donalds*, por ejemplo, tiene varios locales en este lugar. Con la llegada de los balseros, la mayoría de las familias de los soldados regresó a Estados Unidos.

Lejos de ahí, desperdigados en áridos terrenos, están ubicados los campamentos para refugiados donde se albergaron 14 000 haitianos (obligados después a repatriarse) y 23 000 cubanos. Son rectángulos de tiendas de campaña amarillas y verdes rodeadas por cercas de alambre y con vigilancia militar. Están separados unos de otros: uno en el campo de Tiro de Infantería con 160 casas de campaña donde se alojan unos 3 000 personas. Otro a varios kilómetros de cara al mar con 12 000 personas más y uno ubicado en el que era el antiguo campo de golf de los oficiales estadounidenses con 7 000. El sol cae a plomo en ese desierto de arena y sal y la temperatura es, en promedio, de 36 grados centígrados. Cada grupo de 160 carpas militares tiene una hilera de letrinas móviles. Los campamentos no tienen espacio para que los refugiados se muevan con amplitud.

Los balseros, por las tardes, trataban de conciliar la siesta, deambulaban sin saber qué hacer, mientras otros hacían colas con baldes frente a las cisternas de agua. Comían todos los días arroz amarillo y frijoles muy picantes, que no son del gusto de los cubanos.

El martes 6 de septiembre de 1994, en el campamento del campo de Golf, los cubanos decidieron jugar un partido de fútbol. En la parte más reñida del encuentro, un mal pase sacó el balón de la cancha. Uno de los jugadores fue por él. Saltó la cerca de un metro de alto y dos marines le cayeron encima. Lo iban arrestar por salir sin permiso de la cerca de alambres.

El jugador forcejeó con los marines. Su esposa, con varios meses de embarazo, pidió auxilio del otro lado de la cerca. Los otros jugadores también gritaron. El hecho llamó la atención de 640 cubanos que se encontraban en los campamentos. Se acercaron a la cerca y reclamaron que se dejara en paz a su compañero. Y empezaron las pedradas. La trifulca duró una hora y media. La guardia controló la situación con el leve saldo de los dos marines heridos.

Tal disturbio alertó sobre una eventual "explosión violenta" de los refugiados en la base militar.

De suceder, existía el peligro de una desbandada hacia territorio

cubano cuya línea fronteriza está fuertemente minada. Dicha explosión —a juicio de las autoridades militares cubanas— provocaría un “peligroso incidente” entre las tropas de ambos lados de esta frontera y pondría en peligro la paz de la región.

Previsores, los gobiernos de Cuba y Estados Unidos firmaron un acuerdo de comunicación directa entre los mandos militares de ambos lados de la frontera, como parte de un eventual operativo de emergencia que también incluía despliegue de ambulancias, hospitales móviles, altoparlantes y cámaras de televisión.

Al mismo tiempo, Estados Unidos inició el traslado de cientos de cubanos con destino a Panamá. Fue —a juicio de analistas— una forma de desactivar la “bomba de tiempo” o, al menos, de repartirla para amortiguar su efecto.

De poco sirvió tal medida: los incidentes violentos y las fugas de refugiados hacia territorio cubano se repitieron constantemente. Hasta enero de 1995, 650 balseiros repitieron la odisea de escapar, pero ahora en sentido contrario: de la Base Naval de Guantánamo a territorio de la isla (otros 456 cubanos fueron repatriados “de manera voluntaria”). Llegaron a La Habana en ocho vuelos directos desde el enclave militar).

Sabedor de que disturbios y hechos violentos podrían generarse en los campamentos militares en Guantánamo y Panamá, el gobierno estadounidense llegó a un acuerdo con el régimen de Fidel Castro para sacar “por razones humanitarias” a unos 3 000 niños con sus respectivos padres (unas 8 000 personas en total).

Otórgó luego su anuencia para que España retirara a los balseiros reclamados por familiares residentes en la península Ibérica e hizo gestiones para que otros países, como Venezuela y Costa Rica, hicieran algo similar.

En eso estaba. Pero un error de procedimiento para trasladar a 124 balseiros hacia Estados Unidos y España desde Panamá desencadenó los “más graves disturbios” ocurridos en los campamentos de refugiados: 2 000 amotinados; 1 000 evadidos; unos 250 soldados heridos, 20 vehículos militares destruidos y un clima de incertidumbre y tensión.

Los campamentos militares de Panamá estaban ubicados en una área llamada Nuevo Emperador, a 10 kilómetros de la ciudad y parte de la zona del Canal. Cuatro campamentos con capacidad para

albergar cada uno a 2 500 personas, abarcaban una totalidad de 10 hectáreas y en ellas existían alrededor de 255 tiendas de campaña.

Sus límites eran, por un lado, una orilla del Canal de Panamá; del otro, la selva, y del otro, instalaciones militares. Cada campamento estaba rodeado por cercas de tres metros de altura con alambre y púas. La vigilancia era permanente y no existía la comunicación con el exterior.

Los primeros 42 balseiros llegaron el 5 de septiembre en un avión Hércules C-130 procedentes de la Base Naval de Guantánamo. En las escalerillas gritaron: “Al fin somos libres. Abajo Castro” y con la mano levantada hicieron la V de la victoria.

Entrevistados por periodistas locales, estos balseiros dijeron que se trasladaron voluntariamente porque en Guantánamo les prometieron que “de aquí sería más fácil salir para Miami”.

En tres semanas, los campamentos se llenaron. Al operativo se le llamó “Refugio Seguro”. Campamentos similares se estaban preparando en Granada, Dominica y Honduras.

La Casa Blanca acordó con el gobierno de Ernesto Pérez Balladares hacerse cargo de la seguridad (1 319 soldados estadounidenses y 470 civiles) y de los gastos: 35 millones de dólares sólo en la construcción de los campamentos.

Más aún, se comprometió a que la estancia sería temporal: no más de seis meses. Luego serían repatriados, llevados a otros países o admitidos en territorio de Estados Unidos.

Desde noviembre, las autoridades estadounidenses de los campamentos hicieron entrevistas a cientos de balseiros en Panamá. Se trataba de seleccionar quiénes podrían entrar y bajo qué programa. Pero los días pasaron y no les decían nada. Aumentó la inquietud y la frustración. Luego resultó que los seleccionados eran 47 personas y había que esperar a que se escogiera otro grupo.

El gobierno español analizó los casos de unos 400 balseiros. Hizo una selección de sólo 74 personas.

En la tarde del miércoles 7 de diciembre, decenas de cubanos del campamento Uno —llamado Willie Chirinos, famoso cantante de salsa de Miami— empujaron la puerta principal en demanda de información sobre su estado migratorio. Al tratar de poner orden se generalizó la trifulca.

Unos 300 refugiados tiraron parte de la cerca del campamento y

100 intentaron darse a la fuga. Se enfrentaron con un centenar de soldados, 40 de ellos resultaron heridos. A pedradas y palos destruyeron una docena de vehículos militares. Unos 30 cubanos se tiraron a las aguas del Canal de Panamá e intentaron llegar a la otra orilla. Otros tomaron rumbo a la selva en busca de una carretera.

Por la noche los disturbios se extendieron al campamento número Dos, llamado Celia Cruz. Pero fue sofocado por los militares que usaron toletes y gases lacrimógenos.

Al siguiente día —jueves 8— los disturbios se generalizaron: unos 2 000 balseros rompieron cercas e intentaron huir. Con piedras, palos y ramas de árboles se enfrentaron a los militares. Hubo 213 soldados heridos. La televisión panameña mostró escenas de soldados estadounidenses sangrando cuando eran transportados a hospitales de la ciudad.

El grueso de los balseros que se fugaron se encaminaron hacia la selva. El Consejo de Seguridad y Defensa Nacional decretó "Estado de Alerta". Cientos de soldados estadounidenses y policías panameños iniciaron la búsqueda. Se instalaron retenes militares en las carreteras aledañas y helicópteros rastrearon la zona selvática cercana a los campamentos.

Según la teniente coronel Melanie Reeder, vocera del programa "Refugio Seguro", la mayoría de los evadidos fueron capturados o regresaron por su propio pie a los campamentos. No obstante, dos cubanos murieron ahogados en las riveras del Canal. Otros siete fueron capturados semanas después en zonas aledañas a la ciudad.

Su frustración fue mayor unos días después: el gobierno de Balladares se negó a renovar el permiso de estadía (que vencía el 6 de marzo de 1995) y —con tales antecedentes— ningún otro país los aceptó. El gobierno decidió regresarlos, otra vez, a la Base Militar de Guantánamo.

Tras conocer la noticia, medio centenar de balseros intentó suicidarse bebiendo shampoo y otras sustancias o ahorcándose, según declaró Liliana Levy, portavoz del Comando Sur, quien añadió que la mayoría de los intentos eran fingidos y preparados sólo para llamar la atención de la prensa y de las autoridades panameñas.

¿Qué hacer con los balseros cubanos?

Ricardo Alarcón comentó a principios de enero de 1995 —en

una reunión con visitantes estadounidenses de la organización "Libertad para Viajar"— que sólo había tres opciones.

- Una: mantenerlos en la Base Naval de Guantánamo de manera indefinida, con el consecuente peligro para la seguridad militar de ambos países. (Una desbandada de balseros en una zona fuertemente militarizada podría provocar un incidente bélico de consecuencias imprevisibles).
- Dos: permitir a una parte la entrada a Estados Unidos, de manera gradual y sólo por razones humanitarias. La Habana ya había dado su anuencia para que entraran infantes huérfanos, ancianos y enfermos crónicos (unos 500 en total). La ministro de Justicia Janet Reno anunció en diciembre que también se permitiría la entrada a niños (unos 3 000) acompañados de sus familiares directos (unos 8 000 en total). El problema, a decir de Alarcón, era que "una entrada masiva o sin orden de balseros a Estados Unidos puede estimular la salida ilegal de más ciudadanos cubanos argumentando que, finalmente y pese a todo discurso en contra, sí se puede entrar a territorio estadounidense".
- Tres: que regresaran a Cuba. Pero La Habana no quería una repatriación masiva y argumentaba que la política estadounidense de dar asilo a todo cubano que llegara a ese país fue lo que los impulsó a salir. Por tanto, el gobierno de Castro revisaba caso por caso y decidía "casuísticamente" la autorización para el retorno, lo que hacía el proceso lento y tortuoso.

El entrapme migratorio se resolvió el 2 de mayo de 1995. En esa fecha Cuba y Estados Unidos firmaron un acuerdo complementario en materia migratoria. Washington se comprometió a aceptar en su territorio a los balseros que hasta entonces se encontraban refugiados en la Base Naval de Guantánamo y a impedir el ingreso de nuevos inmigrantes ilegales, los cuales serían repatriados a la Isla. Cuba, por su parte, se comprometió a impedir las salidas ilegales de su territorio. Este acuerdo fue negociado fuera de las conversaciones migratorias oficiales entre Washington y La Habana. Fue pactado por Ricardo Alarcón, presidente del Parlamento cubano, y Peter Tarnoff, subsecretario de Estado estadounidense, en Toronto, Canadá. Culminó así la llamada crisis de los balseros.

### ¿Y después qué?

Sin el apoyo de la Unión Soviética y del campo socialista, con un bloqueo económico recrudecido por Estados Unidos, con una economía colapsada y un descontento interno creciente, Fidel Castro hizo gala de maestría y de habilidad políticas durante la crisis de agosto y septiembre de 1994. El Habanazo primero, y la crisis de los balseros, después, dejaron de ser —como muchos temieron o desearon— “el principio del fin” de la Revolución cubana y se convirtió sólo en un capítulo más del diferendo entre Cuba y Estados Unidos.

Más aún, Castro obligó a Washington a revisar su política migratoria después de 28 años de vigencia e hizo una “pequeña sangría” en su cuerpo social que, a ojos vistas, le fue necesaria: sacó por esta vía una parte del descontento que existía en la Isla, sobre todo al más radical y violento.

El problema, empero, no quedó resuelto, pues los motivos que lanzaron a miles a irse en balsa eran básicamente internos. Como apuntó el intelectual Cintio Vitier en el semanario *Juventud Rebelde* (18 de septiembre de 1994): “Hay un hecho implacable que está más allá de toda explicación o argumento: los que se van, asumiendo mortales riesgos, son cubanos a quienes la palabra de Martí no ha llegado. ¿Culpa suya o culpa nuestra? No importa ya. Nuestro deber es que no siga ocurriendo.

”A casi 36 años del triunfo de la Revolución, comprobamos crecientes zonas de descreimiento y desencanto en los jóvenes tanto iletrados como pertenecientes a minorías intelectuales. Sabemos que este fenómeno de nihilismo juvenil es universal y que en nuestro país no es mayoritario. Pero en este campo las minorías tienen un peso específico imprevisible y la Revolución, por muy masiva que sea, tiene que ver en cada joven desmoralizado, escéptico político, marginal o antisocial, un innegable y doloroso fracaso”.

Y concluyó: “La Revolución no se puede resignar a este tipo de fracaso, por relativo que sea. La Revolución no puede conformarse con decir que los que se lanzan al mar en embarcaciones frágiles y arriesgan las vidas de sus niños y ancianos son delincuentes, son irresponsables, son antisociales. En todo caso son nuestros delincuentes, nuestros irresponsables, nuestros antisociales. La Revolu-

ción también se hizo y se hace para ellos, no puede admitir que sigan siendo subproductos suyos”.

Las palabras de Vitier dieron en el centro de un debate que se produjo en la Isla después de la crisis de los balseros. Un debate circunscrito a las charlas de amigos, intelectuales o académicos sin posibilidades de ampliarse ni de publicarse: el éxodo de cubanos no es un asunto migratorio que se resuelve en un consulado con miles de visas. Hay en él raíces políticas, económicas y hasta culturales; envuelve a la sociedad toda y su solución es responsabilidad fundamental del gobierno de la Isla.

Además, el acuerdo migratorio firmado entre Cuba y Estados Unidos no resolvía entonces el dilema de muchos cubanos: quedarse en la Isla a vivir por un modelo que da aparentes muestras de agotamiento o emigrar para enfrentarse a una dinámica que los puede desconocer o anular como miembros de una nación distinta a la suya. Incluso, no todos los que se van son delincuentes, criminales o “subproductos de la Revolución”. Y si lo son, ¿la Revolución no se vanaglorió siempre de contar con la mejor educación, seguridad social y de ofrecer a sus ciudadanos todas las posibilidades de realización personal? ¿Ahora les desconoce su capacidad de pensar con cabeza propia y los califica como “instrumentos del imperialismo”? La mayoría de los balseros son jóvenes menores de 30 años nacidos en la Revolución. ¿En dónde se “contaminaron”? ¿Por qué prefirieron una base militar estadounidense a su propia casa? Algunos justificaron del siguiente modo: “Mi problema no es a dónde me voy, sino de dónde me voy”.

## 2. Todo pasa y todo queda

En lo económico: cambiar para subsistir y desarrollarse. En lo político: “no renunciar jamás” al sistema socialista. Tal fue el compromiso expreso que asumió el régimen de Fidel Castro para el periodo especial.

Y es que, junto a una acelerada apertura económica externa y una gradual —pero irreversible— reforma económica interna, el gobierno cubano mantuvo los rasgos esenciales de su sistema político durante los cuatro primeros años del periodo especial.

Confirmó el modelo de partido único —el Partido Comunista de Cuba (PCC)—, que, para sus dirigentes, “orienta, cohesiona y une a la nación cubana”, acechada permanentemente por “el imperia-lismo norteamericano”.

Para sus detractores, en cambio, el sistema de partido único “niega la democracia y favorece el control estatal, aun en la vida privada de las personas”.

La sociedad civil se mantuvo organizada en instituciones de masas, sujeta al corporativismo y clientelismo políticos. La participación política continuó circunscrita a los canales institucionales de la Revolución. Fuera de ellos, la ley y el poder real del Partido y del Estado “estigmatizó”, “marginó” y “reprimió” a quienes de manera individual o en grupos los cuestionaron.

Las organizaciones disidentes —tan abundantes como pequeñas y efímeras— quedaron en *off side*. Nada pudieron hacer. En el proceso electoral que vivió la Isla en febrero de 1993 —en el que, de manera natural, debieron expresarse— fueron marginadas. Luego fueron rebasadas y anuladas por los acontecimientos del 5 de agosto de 1994 y la posterior crisis de los balseros.

La información y los medios de comunicación siguieron bajo el control del PCC y de su Departamento de Orientación Revolucionaria (DOR). Carlos Aldana, el 14 de marzo de 1992, durante los festejos del Día de la Prensa cubana, fue categórico: "En estos tiempos si se es revolucionario, si se está hasta las últimas consecuencias con el proyecto histórico del socialismo e independencia nacional de la nación cubana, hay que ser oficialista y tener coraje moral, político e intelectual para ser oficialista con altísimo nivel, porque nosotros tenemos la verdad, la vida ha demostrado que nuestro Partido tiene la verdad...".

Permitir a los creyentes y religiosos el ingreso al PCC, elegir por voto secreto y directo a los diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular (ANPP) y darle a ésta un protagonismo mayor para, en teoría, equilibrar los poderes del gobierno y del PCC, así como iniciar conversaciones con la comunidad en el exilio, fueron para el gobierno de Fidel Castro cambios significativos y en "consonancia" con los nuevos tiempos.

Para sus detractores, por el contrario, fueron hechos "cosméticos" que maquillaron el inmovilismo político.

En todo caso, cada "proceso político" iniciado por el régimen de Castro —por mínimo que fuera— le otorgó poder o justificación legal para aplicar sin mayores contratiempos una irreversible reforma económica. Es decir, un gobierno legitimado por unas elecciones *sui generis* —a las que asistió el 97% de los votantes— se dijo con autoridad suficiente para aplicar medidas económicas impensables en otros tiempos. Fue como una especie de cheque en blanco que tuvo Fidel para administrar, como mejor considerase, la crisis del periodo especial.

Analistas y observadores, empero, aseguran que los cambios económicos tendrán efectos directos en la vida política de Cuba. El trabajador por cuenta propia, por ejemplo, no dependerá ya de las esferas estatales y por tanto no les deberá lealtad ni compromiso. Otros más, incluso, al ser empleados por firmas comerciales extranjeras, quedan fuera de su control político e ideológico.

Aurelio Alonso, investigador del Centro de Estudios de América, en el estudio *Las reformas cubanas y la introducción de la lógica del mercado en el sistema económico*, advierte: "Es difícil que la transformación de la economía mantenga inmovible el

régimen político, so riesgo de que la transición se vaya de control y que el sistema termine por ceder.

"La solución —apunta— pasa por profundizar el proceso de democratización dentro de las coordenadas del socialismo estructural, pues más que la pureza moral del partido-vanguardia es el reforzamiento de un verdadero poder popular con autoridad y control real. Este es el factor decisivo que impedirá que los costos sociales de la reforma económica se salgan de control, desborden el sistema y arriesguen un hundimiento irreparable".

### Salvar a la revolución

Meses antes de que el socialismo desapareciera estrepitosamente y a escasos días de iniciarse el IV Congreso del PCC, el poeta y ensayista cubano Roberto Fernández Retamar propuso una relectura y reinterpretación de los clásicos del marxismo.

Por esos días los dirigentes intermedios no sabían cómo explicar a los militantes de sus comités partidistas la magnitud ni las consecuencias del colapso socialista en Europa.

En las aulas los profesores universitarios no hallaban cómo decir a sus alumnos que el socialismo era reversible. Tal aseveración, meses atrás, podía significarles la suspensión en la asignatura *Socialismo científico*.

En general, a pocos meses de concluir 1991 los acontecimientos habían transformado el mundo. Incluso su geografía debía ser trazada de nuevo: desapareció la URSS, aparecieron nuevas repúblicas, las Alemanias se hicieron una, etcétera.

Con todo eso, Fidel Castro lanzó la convocatoria al IV Congreso del Partido Comunista de Cuba.

Previamente se hicieron consultas y reflexiones en todos los núcleos del PCC. El documento rector fue el titulado *Llamamiento al IV Congreso del PCC*. De él se desprendió un "amplio y rico" debate que anunció "aires transformadores" para Cuba. Había un común denominador: nadie estaba contra la Revolución, pero los cuadros querían cambios: mayor apertura política, espacio para la crítica y la autocrítica, tolerancia para el que —sin ser enemigo— piensa y opina diferente.

Admitían que el país enfrentaba una crisis pero, "entre todos"

había que abordarla y afrontarla; y, frente al “mundo unipolar” que surgía no había más alternativa que “defender el proyecto social cubano”.

Pero el IV Congreso —celebrado del 10 al 13 de octubre de 1991— apagó las expectativas: nada de cambios espectaculares ni de reformas que alteren el proyecto de la revolución socialista.

Transmitido parcialmente por los medios nacionales de comunicación, vedado para la prensa extranjera y celebrado a puertas cerradas, el Congreso no tuvo mucho que informar. Más bien dio para reflexionar. El comentario periodístico en las agencias y diarios internacionales fue: “El Congreso llamó a la movilización para que nada se mueva”.

La única resolución aparentemente novedosa fue la recomendación para que las futuras elecciones a la Asamblea Nacional del Poder Popular (ANPP) —equivalente al Parlamento— y sus pares municipales fueran por voto directo y secreto. Todas las demás resoluciones eran parte ya del Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas iniciado en 1985.

El IV Congreso, pues, no se inclinó por los cambios, sino que abogó por hacer más profundos los que ya estaban en marcha. El mismo Fidel Castro lo dejó claro: “En el IV Congreso habrá cambios, pero dentro de la Revolución, serán cambios revolucionarios. Y, desde luego, no habrá recambios. La Revolución no se hizo dentro de una esfera de cristal. Ahora las adaptaciones y readaptaciones que hay que hacer son infinitas. Y nadie nos va a regalar nada”.

El gobierno y el PCC reconocieron “la situación crítica” de la Isla. Por eso, el Congreso debió tener una importancia especial. Uno de los retos era producir más y fomentar la inversión extranjera. Pero el reto no fue ninguna novedad. Inclusive, ya se hacía desde la formulación de la Ley 50 en 1982. La perforación petrolera, por ejemplo, crecía desde hacía tiempo. La inversión extranjera estaba presente en la playas de Varadero y en la infraestructura turística que se implementaba desde años atrás.

En los discursos iniciales del Congreso, sobre todo el de Fidel, se habló de la crisis, de lo que se estaba haciendo y de lo que se debería hacer. Y se trazaron los principios de la acción y las rutas del camino. Tampoco eso fue novedad. Ya lo había dicho Fidel y

lo había repetido el pueblo cubano: “Nos defenderemos solos circundados por un mar de capitalismo. Nuestra meta es salvar el socialismo”.

El sábado 12 de octubre, segundo día del Congreso, se aprobó el ingreso en las filas del PCC de los creyentes de todas las religiones. Tampoco fue novedad. De hecho las conversaciones sobre el tema daban por sentada su aprobación, independiente del Congreso. Fidel ratificó lo expuesto desde hacía buen tiempo fue: “un error y una injusticia haber excluido a los creyentes, especialmente a los cristianos”.

Como para demostrar que estaban preparados para cualquier eventualidad, el presidente cubano explicó en su discurso inaugural que su gobierno, “desde hace más de dos años, empezó a elaborar planes, como una prueba de realismo, previsión y premonición. Hablamos de los nuevos planes de desarrollo el 26 de julio de 1989 y dije que si el campo socialista desaparecía, seguiríamos defendiendo el socialismo y, si la Unión Soviética se desintegraba, aun en esa increíble circunstancia, nosotros seguiríamos defendiendo el socialismo”.

Algunos delegados, se supo después, pidieron fortalecer la crítica y la autocrítica. Lo cual tampoco era novedad. Ya se venía haciendo, desde que empezó el Proceso de Rectificación y se consideró un equívoco haber calcado en forma “errática e incompleta” los sistemas de Europa del Este. El Che Guevara, tiempo atrás, había ya advertido sobre el error de copiar los modelos de esos países.

Se mantuvo la validez de la *Guerra de todo el pueblo*, como sostenimiento óptimo de la defensa del país, “frente a las realidades impuestas por la geografía y por la coyuntura internacional”.

Y, para recalcar la diferencia entre el comunismo cubano y los europeos, las imágenes que presidieron las sesiones del Congreso fueron las de Carlos Marx y José Martí. En anteriores reuniones partidistas no faltaban las de Federico Engels ni mucho menos la de Vladimir I. Lenin. Muchos observadores apreciaron como muy “sintomático” este detalle.

Roberto Robaina —entonces primer secretario de la UJC— hizo una dura crítica al pasado, pero reafirmó “la lealtad del Partido a la línea de acción aprobada por el III Congreso”. Se sumó a la crítica

del Che Guevara sobre los modelos eurocomunistas, que “condujeron a la enajenación de las conciencias y a un considerable deterioro de la ideología”. Todo esto era ya parte del proceso de rectificación desde hacía varios años.

Como pocos, el tema de la prensa fue muy debatido. Varios periodistas criticaron “la rigidez y la verticalidad” de la información, así como el “temor de los propios trabajadores de la prensa” a la hora de abordar problemas esenciales del país. Pidieron más crítica, mayor flexibilidad y la posibilidad de hacer reportajes con una mirada “amplia y objetiva” de los cambios en el mundo.

Fidel Castro, al abordar el tema, frenó la discusión. Dijo: “El periodista es un militante de la Revolución, la prensa es un instrumento de la Revolución, y el deber primero del periodista es apoyar y defender la Revolución”. Coincidió con algunos de los expositores en cuanto a la defensa de la Revolución sin dejar de señalar sus defectos. Pero insistió: “Los periódicos son de la Revolución y para la Revolución, nuestro camino consiste en saber cómo utilizamos los medios de manera óptima para apoyar la causa revolucionaria, desarrollarla e ir hacia el perfeccionamiento de la sociedad”.

Muchos otros temas salieron a relucir: el mercado negro, la prostitución, la delincuencia asociada a la corrupción, la malversación, el desvío de recursos, el robo —“todo el mundo está robando”, se comentaba en el Partido y en la calle— y las demás sombras de la vida cubana de entonces. Contra todo eso, la decisión fue el endurecimiento: más y mejores controles, mayores y más duras exigencias, reforma del sistema penal, más rigor en el sistema carcelario. En fin, “poner orden en la indisciplina social”.

Fidel Castro dijo que estos delitos “son resultado de la debilidad, de la tolerancia y de la negligencia”. Había que dar “una dura batalla contra las manifestaciones antisociales”.

La única novedad de hecho fue la resolución del Congreso de recomendar a la ANPP que instituyera el voto directo en la elección de los diputados a las asambleas nacional y provinciales, para “perfeccionar —dijo Fidel— la estructura del actual gobierno cubano, porque queremos que nuestro sistema sea aún más democrático de lo que es ahora”. Pero “estas modificaciones no se hacen para complacer a nadie”. Por el contrario, “es bueno que hablemos de democracia de una vez, olvidándonos de los criterios del mundo.

Parto de la convicción de que nuestro sistema es el más democrático del mundo. Y ahora deseamos hacerlo todavía más perfecto. La gran mentira del mundo es que la democracia es la fragmentación de la sociedad en mil pedazos. Es una pluriporquería. No queremos fragmentar a nuestra sociedad, ni podemos, ni debemos, ni tenemos derecho a hacerlo, porque sería suicida”.

La idea del voto directo —y aun la iniciativa— se mencionó ya durante el proceso de rectificación, “para permitir la elección a la Asamblea de diputados que fueran independientes y hasta no comunistas, con tal que tuvieran arraigo y apoyo populares”, como era el caso de muchos líderes naturales de la población y también para reforzar la autonomía del poder legislativo, “máximo órgano de la soberanía popular”.

Hasta esa fecha los cubanos podían elegir por voto directo a los representantes de las circunscripciones —núcleos sociales y poblacionales pequeños, de unas tres o cuatro manzanas— y a los jefes provinciales de gobierno —presidentes municipales o alcaldes. Desde esa fecha podrían elegir también, por voto universal y directo, a sus diputados de la Asamblea Nacional, quienes eligen al Presidente del Consejo de Estado.

En el ámbito internacional, Cuba —fue la conclusión esperada— reforzaría sus lazos con China, Vietman y Corea del Norte, ante la desaparición del socialismo europeo y voltearía la cara hacia su espacio natural: América Latina.

Se canceló “definitivamente” el comercio campesino privado, más conocido como mercado libre campesino. Se trataba de que los campesinos pudieran vender libremente sus productos a la población a precios regulados por la oferta y la demanda.

Años atrás este mecanismo económico generó diversas posiciones sobre su necesidad y eficiencia. En el *Proceso de llamamiento* al Congreso un buen número de cubanos se pronunció por volver a establecer el mercado libre campesino ante la evidencia de la poca oferta estatal de productos alimenticios. Otros, por el contrario, opinaron que éste había enriquecido de manera desleal a un pequeño sector de productores y especuladores y que, ante la escasez de bienes agropecuarios, había que racionar y controlar todos los productos y los precios de todos ellos.

El delegado de la provincia Pinar de Río, Manuel Álvarez, en su

intervención señaló que no venía “a defender con una bandera aquí el famoso mercado libre campesino, vengo a criticar el problema que ha generado y que ha traído como consecuencia la especulación y el mercado negro que sí se ha desarrollado con mucha fuerza y no sólo ahora, porque estemos en la situación de periodo especial, sino que se venía ya produciendo desde antes”.

Según el delegado pinareño, recogió varias opiniones que criticaban la desaparición de tal mercado y de que no existan medidas efectivas contra la bolsa negra, porque “ahora la gente no va al mercado, sino al campo a pagar precios superiores”.

Otros delegados apoyaron la decisión de “no dar marcha atrás” con la política agraria. La intervención de Fidel Castro determinó lo que se acordaría después: “Nosotros cometimos un gran error, un enorme error cuando hicimos el mercado libre campesino, pero somos un Partido donde el centralismo democrático existe y hay que obedecerlo. Si ustedes acuerdan mañana el mercado libre campesino, soy el primero que lo obedezco...”

Agregó: “lo que establecimos con ese mercado libre fue un proceso de corrupción de los campesinos, de afectación a los principales renglones de la economía, y por poco se embarcan en eso las cooperativas y las empresas del Estado”.

Tres años más tarde, obligado por las circunstancias de la crisis económica, Fidel dio marcha atrás: autorizó un mecanismo similar de producción y comercio pero bajo otro nombre: mercado agropecuario.

El Congreso reeligió a Fidel Castro como su secretario general y líder indiscutible. Las resoluciones económicas, entre otras, fueron: aumentar la producción alimentaria, mayor apertura a las inversiones extranjeras, especialmente latinoamericanas, impulsar la exportación de productos tradicionales —café, tabaco, azúcar, cítricos, mariscos y níquel— y de biotecnología, y desarrollar el turismo. Acordó, además, promover nuevas formas de organización y salarios. Nada de esto fue nuevo.

Elegió un nuevo Comité Central, al que se otorgaron poderes especiales para que, en cualquier “momento crítico que pueda enfrentar el país, adopte las medidas políticas y económicas que correspondan y promueva las leyes y acciones necesarias para cumplir el objetivo supremo: salvar la patria, la Revolución y el socialismo”.

Las posibles diferencias entre supuestos sectores del Partido considerados rivales o en pugna por “mantener la ortodoxia” o “darle nueva cara al Partido” no fueron evidentes. Algunos periodistas y analistas esperaban que el sector “reformista” impusiera en esta ocasión su “plataforma”.

El periodista Andrés Oppenheimer en su libro *La hora final de Castro* relata: “Al hojear los documentos, los delegados no se encontraron una sola palabra sobre el plan de limitar algunos de los poderes de Castro. Los proyectos de resolución no mencionaban la propuesta de crear el nuevo cargo de primer ministro. No se aludía a un posible referéndum para introducir importantes reformas en la Constitución. La propuesta de establecer los mercados libres para los agricultores, uno de los reclamos públicos más difundidos en las asambleas de base del Llamamiento al Cuarto Congreso, se había esfumado del texto.

“Lo que era peor para los reformistas, los delegados al Congreso venían de los sectores más conservadores del Partido Comunista. La mayoría eran hombres de mediana edad vestidos en uniformes militares o con convencionales guayaberas y zapatos de cuero negro. Casi 700 de ellos eran funcionarios de la burocracia del Partido; unos 240 eran miembros de las fuerzas armadas, entre los cuales habían 35 generales y 53 coroneles; los restantes eran ministros del gobierno (Cuba tenía casi 50 funcionarios con rango de ministro y unos 200 viceministros), jefes de organismos oficiales y diplomáticos.

“El número de trabajadores era relativamente reducido y había menos de 150 intelectuales, académicos y estudiantes, los sectores más progresistas del partido. En resumidas cuentas, el comité de selección de los delegados encabezados por Fidel Castro había elegido a un grupo de dóciles *apparatchiks* entre los 46 mil candidatos propuestos por las organizaciones de base.

“En una situación numérica muy desventajosa, los reformistas tendrían que luchar cuesta arriba para reintroducir sus propuestas en los proyectos de resolución redactados por los delegados de línea dura. Habían participado en las primeras etapas de los preparativos para el Congreso y consideraban que habían preparado el camino, pero el comité de organización encabezado por Castro había eliminado la mayoría de sus sugerencias de los proyectos de resolución”.

De acuerdo con algunos periodistas extranjeros acreditados en Cuba en ese momento, fue imposible conocer si hubo divergencias de fondo y que éstas se hicieran evidentes en posiciones de grupo. Trascendió, empero, que no hubo acuerdo general en la redacción de los documentos propuestos como proyectos de resolución. Militantes comunistas reconocieron que muchas sugerencias y propuestas no se consideraron.

Además, por obvias razones, un momento tan crítico como el que vivía en ese entonces Cuba justificó la inexistencia de acuerdos globales o posiciones unánimes. Sin embargo, por encima de las especulaciones y apreciaciones, no fue evidente la existencia de grupos o corrientes en el Congreso. El único dato trascendente y novedoso fueron los tres votos en contra de Fidel Castro a la hora del conteo en la elección del primer secretario general del Partido. Así mismo, hubo cuatro votos en contra de Raúl Castro para el cargo de segundo secretario general. Nunca antes se registró un hecho así.

### Legislar para los nuevos tiempos

Por primera vez desde que fue promulgada (febrero de 1976), la Carta Magna de la Revolución cubana fue modificada el 12 de julio de 1992. Se le hicieron “sólo los cambios indispensables”, porque era “ilógico hacer una nueva Constitución durante el año más difícil del periodo especial”, declaró en esos días el presidente del Parlamento, Juan Escalona.

Tal como quedó redactada la Constitución, a decir de varios diputados, sería vigente hasta superar el periodo especial. Ante el pleno de la ANPP que analizó las reformas, Escalona reiteró: “Con todo el caudal de experiencia acumulada durante el periodo especial y con la seguridad de que no volveremos a él, habrá entonces llegado el momento de escribir la nueva Constitución que recogerá todas nuestras tradiciones revolucionarias”.

El proyecto de reformas constitucionales —elaborado por una comisión del Parlamento y otra del Comité Central del PCC— fue aprobado el domingo 12 de julio por el “voto nominal y unánime” de los 469 diputados presentes en la sesión. Los 25 ausentes —informó la prensa cubana— lo fueron por “causas justificadas”.

No hubo, en los hechos, modificaciones importantes al proyecto de reformas presentado. Los debates —en los que oficialmente hubo 296 intervenciones y a los que no tuvo acceso la prensa extranjera— fueron para precisar conceptos y para afinar la redacción de los artículos sujetos a modificación. Nada salió de la línea marcada por el proyecto original.

Se modificaron 73 artículos, 14 se derogaron y 10 se introdujeron. La nueva Constitución tiene 15 capítulos en lugar de los 13 anteriores. 137 artículos en lugar de 141.

Casi todas las modificaciones fueron propuestas por el IV Congreso del PCC y se referían a medidas y fenómenos que estaban en proceso de aplicación legal o que en la práctica se producían.

De entrada, la nueva Constitución no hace mención alguna a la Unión Soviética y a los países ex socialistas como la anterior donde el *Preámbulo* declaraba: “Apoyados en el internacionalismo proletario, en la amistad fraternal, la ayuda y la cooperación de la Unión Soviética y otros países socialistas y en la solidaridad de los trabajadores y los pueblos de América Latina y el mundo...”.

En el mismo *Preámbulo* la nueva Constitución destaca que la guía de los ciudadanos cubanos es “el ideario de José Martí y las ideas políticas y sociales de Marx, Engels y Lenin”. En la anterior señalaba únicamente a la “doctrina victoriosa del marxismo-leninismo”.

La nueva Carta Magna conserva la referencia al nombre de Fidel Castro como guía de la Revolución triunfante del Moncada.

Se aprobaron los artículos que volvieron laico al Estado cubano después de más de 15 años de “ateísmo” y que “proscriben” y “sancionan” la discriminación por motivos religiosos. El artículo octavo dice: “El Estado reconoce, respeta y garantiza la libertad religiosa”. El artículo 41 modificado dice: “La discriminación por motivos de ideas religiosas está proscrita y es sancionada por la ley”.

Para formalizar la apertura económica y dar garantías a los capitales foráneos, la nueva Constitución plantea que la propiedad estatal socialista será sobre “los medios fundamentales de producción” y ya no sobre “la totalidad” de ellos. Eliminó el carácter “irreversible” de la propiedad estatal socialista y dio paso a la empresa mixta con capital extranjero y otras formas de asociación económica donde la propiedad estatal ya no es exclusiva. Además,

libró al Estado del monopolio del comercio exterior permitiendo que las compañías mixtas con inversión foránea puedan importar y exportar con relativa autonomía. Mantiene, no obstante, “la dirección y el control” sobre este comercio.

La nueva Carta Política del Estado cubano introduce un capítulo íntegro —*La extranjería*— con un sólo artículo que iguala derechos y deberes para los ciudadanos cubanos y para los extranjeros que residen en Cuba. Obliga a los últimos a someterse a las leyes y a los tribunales cubanos.

Mantuvo inalterable el artículo 5: “El Partido Comunista de Cuba, martiano y marxista-leninista, vanguardia organizada de la nación cubana, es la fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado, que organiza y orienta los esfuerzos comunes hacia los altos fines de la construcción del socialismo y el avance hacia la sociedad comunista”. El leve agregado fue la inclusión del adjetivo *martiano* al PCC.

Derogó el artículo 99 que daba derecho al secretario general de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) a participar en las sesiones de los Consejos de Estado y Ministros.

Se aprobaron también las reformas a los “Órganos Locales del Poder Popular” para darles “mayor fuerza política” y “mayor agilidad administrativa”. Se introdujo el voto directo y secreto para elegir diputados a la Asamblea y se instauró un articulado con el propósito de establecer el Estado de Emergencia y la doctrina de la defensa militar de la Revolución.

En las modificaciones aprobadas llamó la atención el aumento de las atribuciones otorgadas a Fidel Castro como presidente del Consejo de Estado y Jefe de Gobierno de Cuba.

De acuerdo con el artículo 93, ya reformado, el presidente cubano no sólo representa al Estado y al Gobierno y dirige su política general: organiza, dirige y preside las actividades de los consejos de Estado y Ministros; controla y atiende las actividades de los ministerios y “demás órganos centrales de la administración”; “propone” a los miembros del Consejo de Estado, o su sustitución por otros, y “desempeña la Jefatura Suprema de las Fuerzas Armadas Revolucionarias”. A partir de esa fecha, puede además “determinar” la organización general de las instituciones armadas, presidir el Consejo de Defensa Nacional y declarar el

“Estado de Emergencia Nacional”, “dando cuenta de su decisión tan pronto las circunstancias lo permitan...”.

Para declarar el Estado de Emergencia, la Constitución reformada recurre a los Consejos de Defensa en sus diferentes niveles: nacional (presidido por Fidel Castro), provincial, municipal y zonal (presididos por los secretarios del PCC de cada provincia, municipio o zona) como instancias que, “en tiempos de paz”, se preparan para dirigir en sus respectivos territorios la “movilización general o el estado de emergencia”. Entrarán en acción ante la “inminencia de una agresión, desastres naturales o catástrofes u otras que por su naturaleza, proporción o cantidad afecten el orden interior o la seguridad o estabilidad del Estado”.

El artículo tercero de este capítulo indica: “Contra cualquiera que intente derribar el orden político, social y económico establecido por esta Constitución, todos los ciudadanos tendrán el derecho de combatir por todos los medios, incluyendo la lucha armada, cuando no fuera posible otro recurso”.

De lo que se pudo conocer, la mayoría de los debates sobre las modificaciones constitucionales se refirieron a los órganos locales del Poder Popular. Este capítulo tuvo cambios en sus 18 artículos. Quedaron intactos, en cambio, los artículos referentes a las estructuras superiores del Poder Popular y del Gobierno, así como la forma en que se accede a ellos. La elección de los miembros del Consejo de Estado continuaría por voto de los diputados de la Asamblea y no —como siempre demandaron los opositores al régimen de Fidel— por el voto directo de los electores. Los miembros del Consejo de Ministros —máximo órgano ejecutivo de la administración— serían designados como hasta esa fecha: a propuesta del presidente del Consejo de Estado (Fidel Castro) y con el aval de la Asamblea Nacional.

Presente en los debates del Parlamento, el presidente cubano defendió el proyecto de reformas:

Cuando el diputado Roberto Dearriba propuso modificar el inciso e) del artículo 105 de Proyecto de Reformas —que establece la atribución de la Asamblea Provincial para nombrar o sustituir a los miembros de la administración local— Castro se opuso a tal proposición porque, según dijo, extender las facultades para proponer nombramientos traería el peligro de provocar caos.

Cuando el diputado Pedro Cruz Vento aludió al funcionamiento del Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros, Castro defendió esa instancia al enfatizar su "carácter operativo y coordinado en medio de las difíciles y tensas situaciones que se enfrentan".

Cuando la diputada Dulce María Torres pidió explicación sobre el incumplimiento del artículo 43 —que se refiere a la igualdad que deben tener cubanos y extranjeros para entrar en los mismos hoteles, playas y restaurantes— Fidel defendió por casi una hora la necesidad de "exportar el turismo" como vía para el ingreso de divisas a Cuba y la imposibilidad de controlar, debido a la insuficiencia de espacios turísticos, el acceso de los cubanos por medio de entregarles dólares o subir los precios. Lamentó que por este motivo se desate en el extranjero una campaña en contra, acusando al gobierno cubano de discriminación. Negó que por este motivo su gobierno haga concesiones. "Si un día van a destruir la Revolución que la destruyan junto a nosotros; si un día van a desaparecer la Revolución cubana que desaparezca junto a nosotros. Pero no va a desaparecer en virtud de concesiones, claudicaciones o cobardía nuestra", apuntó.

Al final de la sesión del Parlamento el presidente cubano destacó: "Me parece que en estos 16 años (los que duró la Constitución modificada) nuestro sistema político marcha". Confío en que los diputados estén convencidos de "que nuestro sistema es el más democrático del mundo, y ahora lo vamos a someter a nuevas pruebas. Vamos a demostrar cómo se puede hacer Revolución con principios democráticos; vamos a demostrar cómo se puede practicar la democracia con un partido. Además lo vamos a hacer en las condiciones más difíciles".

Concluyó: "Podemos sentirnos orgullosos de lo que hemos hecho, de la firmeza que hemos mantenido, de no haber hecho la menor concesión en los momentos difíciles y cuando nos hemos quedado prácticamente solos en el mundo defendiendo el socialismo".

### **Apostar a lo seguro**

En medio de la peor crisis económica de la Revolución, los cubanos participaron, por primera vez desde 1959, en elecciones "directas".

El 29 de octubre de 1992 el Parlamento aprobó una nueva ley

electoral y, de inmediato, inició un intenso proceso electoral que concluyó en un "plebiscito" de Fidel Castro y su Revolución.

Tuvo dos momentos clave: unas primeras elecciones el 20 de diciembre de 1992 para elegir a los delegados de las asambleas municipales, y otras, el 24 de febrero de 1993, para los delegados de las asambleas provinciales (congresos locales) y diputados de la ANPP, de cuyo seno salieron los 31 miembros del Consejo de Estado y su presidente, máxima posición política del país que, de nueva cuenta, ocupó Fidel Castro.

No fueron, ni con mucho, las elecciones que occidente esperaba: con varios partidos políticos, campañas electorales y votaciones directas para presidente de la República.

Incluso, los grupos políticos disidentes de la Isla —alrededor de 50, calificados por el gobierno como "ilegales"— no tuvieron posibilidad de acceder en la contienda a cargo alguno. Las reglas del juego que impuso la ley electoral cubana los dejó prácticamente al margen.

Y es que el pluripartidismo es, para el gobierno de Fidel Castro, "mera politiquería", "puro circo" donde se gastan millones de pesos y se hacen promesas que no resuelven nada. En estos procesos —según el régimen de La Habana— no postula ni elige el pueblo, sino los partidos políticos. Prevalecen en ellos el individualismo y los intereses de los sectores económicos.

Además, argumenta una razón fundamental: el partido único garantiza la unidad de la nación cubana, la defensa de su Revolución y la viabilidad del socialismo que, pese a sus problemas internos y los cambios mundiales, el gobierno de la Isla lucha por mantener.

El propio Fidel lo explicó el 29 de octubre de 1992 durante la sesión de la ANPP, en que se aprobó la nueva Ley Electoral. Dijo: "En Europa del Este les impusieron el multipartidismo y desbarataron esas repúblicas. En los países africanos, que tenían un sólo partido, la ofensiva reaccionaria occidental logró fraccionarlos al imponerles un pluripartidismo... (entonces) un principio fundamental es no caer jamás en el error de aceptar el pluripartidismo porque eso significa, frente al acecho exterior, fragmentar en mil pedazos una sociedad que sólo puede resistir con el grado de unión con que cuenta".

Y, enfático, advirtió: “El pluripartidismo es una concesión que no puede hacerse jamás”.

Para Fidel el problema estriba entonces en establecer la democracia a pesar de existir sólo un partido. “El principio democrático consiste en que el partido no postule, ni elija, sino que lo haga el pueblo”, aseguró. La nueva Ley Electoral, según Fidel, viene a perfeccionar este principio que data de 1975, cuando se creó la primera legislación al respecto.

Tan convencido estuvo de lo anterior que afirmó: “el sistema electoral cubano es el más democrático del mundo”. Eso, sin embargo, “no nos lo va a entender el mundo occidental. Nuestra Ley Electoral la van a cuestionar de todas formas... y por todos los medios la van a impugnar”, agregó.

Y sí.

Disidentes dentro y fuera de la Isla y observadores internacionales comentaron que las reformas electorales cubanas fueron un “maquillaje” usado para conservar el mismo “régimen antidemocrático” y aseguraron que esas elecciones fueron una “farsa”.

La reforma electoral cubana modificó los mecanismos de postulación de candidatos y su votación. Anteriormente la votación era “indirecta”: la población votaba en su barrio para elegir delegados a la asamblea de su municipio. Estas asambleas nombraban a los delegados para las asambleas provinciales y éstos hacían lo mismo para elegir a los diputados a la ANPP, quienes a su vez escogían a los 31 miembros del Consejo de Estado, presidido tradicionalmente por Fidel Castro.

La nueva Ley Electoral estableció las “votaciones directas”: desde los delegados municipales hasta los diputados —no así los miembros del Consejo de Estado— fueron electos por “voto secreto y directo” de la población. Debían tener, además, el 50% más uno del total de votos, de lo contrario quedaban descartados.

Esto significó que, por primera vez, Fidel Castro y otras figuras históricas de la Revolución fueron sometidas a una votación para ser diputados, sin lo cual no podrían ser miembros, ni mucho menos dirigir, el Consejo de Estado, máxima instancia legal del poder en la Isla.

Las elecciones fueron, pues, “una especie de plebiscito que muestra claramente hasta dónde llega el apoyo de nuestra población

a la Revolución en momentos en que hay gente irritada por las dificultades que estamos enfrentando”, declaró el 31 de octubre de 1992 Juan Escalona, entonces presidente de la ANPP.

En conferencia de prensa con corresponsales extranjeros, Escalona se preguntó: “Aquí nadie está obligado a votar. ¿Qué pasa si los candidatos no obtienen el 50% de los votos de la población?, ¿qué tú crees?, ¿es plebiscito o no?, y si Fidel no obtiene más de ese 50%, ¿es plebiscito o no?... Ese es el riesgo del voto directo”.

En apariencia fue un juego electoral muy abierto. En realidad, no lo fue tanto. Si las votaciones directas pudieron representar algún “riesgo”, los mecanismos para postular candidatos lo desvanecieron.

Ciñéndose a la nueva Ley Electoral, quien designó al 50% de los precandidatos fue una Comisión Nacional de Candidaturas (CNC) constituida por miembros de las Organizaciones de Masas: los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), La Federación de Mujeres Cubanas (FMC), la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), la Federación de Estudiantes de Enseñanza Media (FEEM) y la Central de Trabajadores de Cuba (CTC).

Para sus tareas, la CNC descansó en comisiones de candidaturas para cada una de las provincias y los municipios. Estas recibieron propuestas y, según Escalona, hicieron consultas en su respectivo nivel para proponer precandidatos a las distintas asambleas. De tal suerte que un delegado para la asamblea municipal pudo ser propuesto para ser diputado de la Asamblea Nacional. Lo pudo ser, según la Ley, incluso cualquier ciudadano si la CNC lo designaba.

Para los grupos disidentes este mecanismo fue una “trampa electoral”: “No hay posibilidad de libre postulación. Quien primero designa candidatos son estas comisiones integradas por miembros de organizaciones de masas que no son independientes del aparato gubernamental ni de su partido: el Comunista de Cuba”, dijo Rolando Prats, coordinador de la *Corriente Socialista Democrática*, organización disidente en la Isla.

Escalona, el presidente de la Asamblea Nacional, negó que esto fuera así: “Las comisiones de candidaturas no van a prefabricar candidatos. Van a recoger muchísimas opiniones y propuestas de las organizaciones de masas. No de sus direcciones, sino de las

asambleas y plenos que éstas van a tener y donde el pueblo va a exponer libremente sus opiniones sobre la gente que quiere”.

Escalona rechazó también que las organizaciones de masas sean meras “correas de transmisión” de las decisiones del gobierno o del PCC. “Las organizaciones de masas trabajan en función de sus propios intereses, y a veces hay contradicciones entre lo que plantean éstas y lo que el gobierno está haciendo... Lo que ocurre en Cuba es que no hay antagonismos, que es diferente a las contradicciones, y las contradicciones las resolvemos en el seno de nuestro partido”.

A pregunta expresa de si los disidentes podían ser postulados, Escalona expresó: “si el pueblo los nombra y elige, ¿por qué no?”

En la práctica, los disidentes quedaron eliminados. Para empezar no contaron con reconocimiento legal y quedaron imposibilitados por la ley para realizar propaganda y proselitismo político. Sus dirigentes —desconocidos para la inmensa mayoría de la población— habían sido expulsados de las organizaciones de masas, que eran las que habían propuesto a los precandidatos; más tarde ellos mismos desistieron de participar en las asambleas barriales de distrito para “no legitimar un proceso fraudulento”.

El proceso electoral cubano tuvo los siguientes pasos:

El miércoles 4 de noviembre de 1992 se constituyó la Comisión Electoral Nacional (CEN) —designada un día antes por el Consejo de Estado—, su función fue organizar el proceso, efectuar las elecciones y certificar su validez. Entre el 5 y el 10 de noviembre designó a las comisiones electorales en las provincias, municipios y circunscripciones electorales.

El 14 de noviembre se constituyó la CNC, que a su vez designó las comisiones de candidaturas para las provincias y municipios.

Entre el 15 y el 30 de noviembre, los vecinos de cada barrio se reunieron para elegir en su circunscripción a los precandidatos a delegados para las asambleas municipales. La Comisiones Municipales de Candidaturas recibieron las propuestas. El 20 de diciembre, los cubanos asistieron a votar por los delegados a las asambleas provinciales. La gran mayoría de los candidatos alcanzaron el 50% más uno del total de votos, y sólo un porcentaje mínimo fue sustituido y —como lo prevé la ley— votado en segunda vuelta como delegados a las asambleas municipales.

En enero de 1993 se constituyeron las Asambleas Municipales. De entre sus delegados, las comisiones de candidaturas propusieron precandidatos a las asambleas provinciales y a la Asamblea Nacional. Estas propuestas las recibió la CNC, que a su vez escogió como precandidatos a otros cubanos que no son delegados. Se trataba, según Escalona, de personalidades que no fueron designados en su circunscripción pero que por méritos propios merecían estar en la Asamblea Nacional: científicos, académicos, artistas o figuras políticas del país.

La CNC recibió las propuestas de precandidatos, que fueron miles, e hizo una primera selección. Tomó en cuenta un requisito de la nueva Ley Electoral: que la mitad de los diputados saliera de los delegados de asambleas municipales y la otra estuviera integrada por las “personalidades nacionales” propuestas por esta Comisión.

La CNC regresó a la asamblea municipal a por lo menos el doble de precandidatos por cada escaño. Los delegados de la asamblea municipal votaron para elegir a los candidatos. Hubo aquí una nueva selección. Quedó un candidato por cada escaño correspondiente al municipio.

Pasado el filtro de la asamblea municipal, los candidatos, ahí sí, fueron sometidos a la votación de la población el 24 de febrero de 1993. Los cubanos votaron entonces por un candidato para cada escaño. No tuvieron, como en los países capitalistas, dos o más candidatos que se disputaran un sólo lugar en la Asamblea Nacional. “Es una ilusión llegar a imaginar que vamos a ser o parecer un poquito más democráticos por poner un número mayor de candidatos”, dijo Fidel durante la sesión de la ANPP donde se aprobó la Ley Electoral.

“Si se trata de que la gente tenga más por quién votar —agregó— bastaría con aumentar 50% el número de diputados. Serían candidatos de relleno, como en los países capitalistas. Pero aquí no le estamos quitando el derecho a la gente de votar por varios, al contrario: le estamos dando derechos para votar por todos, por uno o por ninguno”.

Luego, Castro advirtió del inconveniente que traería consigo el voto directo para más de una candidatura por escaño: la “competencia entre los revolucionarios”.

“Donde se ponga una candidatura de 10, hasta los más honestos revolucionarios querrán ser electos, y los que tienen relaciones o medios de influir de una manera o de otra, o pueden salir más veces en los medios de comunicación masiva, ya van a empezar a ser favorecidos de una manera directa o sutil”. Y advirtió que esto puede introducir la “politiquería” y la división en las elecciones.

Antes de que el pueblo votara por ellos, los candidatos a diputados se dieron a conocer por una biografía pegada en murales, con fotografía y todo. Luego hicieron en conjunto recorridos por los vecindarios y centros laborales del municipio que les correspondió. Fueron una especie de campañas electorales para que la gente los conociera.

“Desde luego, ningún candidato en este país va a estar loco para prometer que va a arreglar una escuela, o que va a tapar un bache. Eso eran promesas de los partidos de antes, luego ninguno hacía nada. No se trata de eso. No hay programas de candidatos, hay un programa del país por el que luchamos todos”, explicó Juan Escalona.

“Me parece —agregó— que es un principio elemental de respeto a la población que pueda ver a sus candidatos, que les pregunten sobre su vida, sobre sus tareas revolucionarias, sobre los problemas que le interesan. Ya entonces la gente puede hacer un juicio sobre ellos y dirá: este me parece inteligente o este me parece medio bobo”.

Fueron tan complicados los mecanismos del sistema electoral cubano que, en tono de broma, Escalona comentó a los corresponsales: “hasta yo me equívoco”.

—Si los reporteros no lo entendemos bien y usted reconoce que a veces se equivoca ¿Cómo lo va a entender el pueblo cubano?

—Todo esto se va a desmenuzar para que lo entiendan los trabajadores, los estudiantes. Es decir, se va a discutir en un proceso previo, breve e intenso, para dar a conocer el contenido de la Ley... Claro que, en última instancia, al ciudadano sólo le interesa saber cómo va a votar, dijo.

Fue un proceso electoral que, a juicio del gobierno de Fidel, “perfeccionó su sistema democrático”; “limitado” para las expectativas de occidente y, ciertamente, inédito para la mayoría de los casi 8 millones de personas que en Cuba tienen derecho al voto.

## Votar en blanco

Bajo la luz de una lámpara, Eloína Santana Pérez se ajustó las gafas y, ante media docena de vecinos, se dispuso a contar los votos emitidos para elegir al delegado municipal.

Eloína —de 55 años, ama de casa— fue presidenta del Colegio Electoral (casilla) número 79, de la circunscripción 40 en el barrio Fuente Blanca, del municipio de Guanabacoa, uno de los más pobres de Cuba y ubicado a escasos 15 kilómetros de la ciudad de La Habana.

Conforme fue depositando las boletas de escrutinio sobre una mesita de madera, Eloína y sus vecinos se sorprendieron: entre las boletas a favor de los candidatos, hubo muchas otras en blanco o anuladas por rayaduras, o por una tachadura que abarcó toda la boleta o por un “No” escrito en el centro de ella.

Al final, fueron más los votos anulados o en blanco (163) que los obtenidos por alguno de los dos candidatos: Caridad Vidal (156 votos) y Justino Figueroa (162 votos). Ello, a pesar de que el 95% de los electores de este Colegio fueron a votar.

Celebradas el domingo 20 de diciembre de 1992 para elegir a más de 13 000 delegados municipales, las votaciones en Cuba contaron con una asistencia masiva de la población: 97.2% de un total de casi ocho millones de electores.

Para el gobierno de Fidel Castro, tal asistencia a las urnas fue un “sí” por “Cuba Socialista”; una “victoria de la Revolución” lograda en el “peor momento” de la aguda crisis económica que vivía la Isla.

Sin embargo —dado que la alta asistencia es tradicional en este país y de que existieron “mecanismos” para “estimular” la votación de la población—, el régimen de La Habana desestimó los votos en blanco o anulados que —según observadores electorales— pudieron reflejar un “rechazo” a la Revolución. Más aún, no proporcionó información al respecto.

“Ese porcentaje (de los votos anulados o en blanco), no ha sido procesado. Es imposible dar ese tipo de datos en un plazo tan breve. Se darán los datos ‘cualificadores’ una vez que se tengan los resultados de todo el proceso electoral (marzo del 1993)”, dijo una y otra vez Carlos Amat Flores, presidente de la Comisión Electoral

Nacional (CEN) y por entonces Ministro de Justicia de Cuba. Y, ante la insistencia de los enviados y corresponsales extranjeros, declaró: "Estos datos se darán tan pronto lo decidamos..."

—¿Cómo?, ¿cuando lo decidan o cuando los tengan?

—Cuando se puedan procesar. No somos magos para dar estos datos a 12 horas de concluidas las votaciones. Eso no lo hacen ni los países desarrollados...

De los más de 13 000 delegados elegidos el 20 de diciembre de 1992, surgió la mitad de los candidatos a diputados para la Asamblea Nacional. La otra mitad fue presentada en febrero por la CNC, que durante la primera quincena de diciembre recibió "las propuestas" de seis organizaciones de masas del país: CDRs, ANAP, FMC, FEU, FEEM y CTC.

Todos los "listados" presentados por estas organizaciones —que celebraron sesiones plenarias— estuvieron encabezados por Fidel Castro y su hermano Raúl, quienes desde el principio se perfilaron como seguros candidatos a diputados para la Asamblea Nacional. Y es que sólo el que es diputado tiene derecho a ser miembro del Consejo de Estado.

De acuerdo con la Ley Electoral cubana, todos los candidatos debieron obtener el 50% más uno del total de votos de sus electores. Para lograrlo, el gobierno de Fidel Castro desplegó una intensa campaña de propaganda y activó los "mecanismos de información" de sus organizaciones:

"Son tiempos de unir", "Sí por Cuba", "Un voto por la independencia, la soberanía y la dignidad", "A votar temprano", rezaron las consignas pegadas en mamparas y paredes de La Habana y repetidas en la radio y la televisión de Cuba, las cuales, además, dedicaron en la víspera programas especiales sobre el proceso electoral.

Durante la semana previa, en los centros de trabajo y de educación superior se "invitó" a los cubanos a asistir a las urnas. En algunas escuelas primarias —como la *Renato Guitart*, en el barrio de Miramar— los profesores pidieron a los alumnos que insistieran a sus padres ir a votar e, incluso, acompañarlos.

Dirigentes vecinales de los CDR asistieron casa por casa para recordar que "hay que asistir a votar, compañero". Muchos entregaron a los electores especies de citatorios donde se inscribió la

ubicación del Colegio Electoral (casilla) y el número de lista en que sus nombres aparecieron en el registro electoral. Fueron los casos, por ejemplo, del CDR número 5 de la calle L, del barrio El Vedado; o los tres CDRs del colegio número 3 de la circunscripción 7 del municipio Playa, en La Habana.

Más aún, durante el día de las votaciones "personal de apoyo" de los CDRs visitó casas de vecinos que pasado el medio día no habían asistido a las urnas.

—Compadre, pero ¿qué pasa, si te estamos esperando para votar—, decían en tono amistoso, pero insistente.

Rafael Herrera López mandó decir al Colegio Electoral 5 del barrio de La Víbora que no asistiría a votar por encontrarse enfermo. El CDR decidió enviarle la boleta electoral a su casa con uno de los pioneros (escolares de primaria que durante la votación "hicieron guardia" en las urnas).

En la circunscripción 60 del municipio rural de Artemisa, una "guagua" (camión) pasó por los electores de los caseríos de El Tejar, Calderín y Finca Abreo para que pudieran asistir a las urnas ubicadas en la finca El Chalet, en el kilómetro 2.5 de la carretera Cayajabos.

Amelia Lombirá, instructora del PCC de la Provincia Ciudad de La Habana, llegó casi al cierre de las votaciones al Colegio Electoral 99, de la zona 51, barrio La Lima del municipio Guanabacoa:

—Y qué, ¿cómo andan...?

—Llevamos el 98.25% de los votantes.

—Qué cosa más linda, yo creo que ustedes van a ser un Colegio que se va a ganar la cerveza a granel...

Entrevistada entonces por los autores, Lombirá explicó: "Se da un ticket para que los colegios electorales que logren mayor porcentajes de votación puedan adquirir cervezas. Además, a los 34 primeros votantes les regalamos flores y al CDR que primero termine de traer a sus electores, que en este caso fue el número 7, se les va a dar un diploma de reconocimiento por su trabajo organizado. Estos son pequeños estímulos electorales que hemos pensado para apoyar el 'Sí por Cuba'", agregó.

—¿El que existan 'estímulos' como el reparto de cerveza y que camiones recojan a la gente para llevarla a votar es válido en un proceso electoral donde el voto no es obligatorio? ¿No se empuja

de esa manera a la gente —aunque no sea de manera coercitiva— a que asista a las urnas?

El presidente de la CEN, Carlos Amat, sostuvo: “Hemos puesto camiones para los movilizados de la agricultura (personas de la ciudad que hacen trabajo voluntario en el campo) y para los estudiantes que están becados. Proporcionar el transporte para que los electores puedan ejercer su derecho al voto me parece lo más normal. No sé si en su país eso pueda parecer extraño...”

“Para el caso de la cerveza, puedo suponer que el propio CDR del que me habla se haya organizado para festejar el triunfo de su candidato. Tampoco tiene nada de extraño que ese CDR haga algo así. No creo que por ello deba derivarse alguna duda o suspicacia sobre la naturaleza de este proceso donde, se lo aseguro, a nadie se le obligó a votar si no lo deseaba...”

El domingo 20 de diciembre de 1993, a partir de las siete de la mañana cuando los Colegios Electorales iniciaron sus actividades, los cubanos se volcaron a las urnas: un primer “corte” con información oficial de las nueve de la mañana daba ya cifras de asistencia abrumadora: 41.33% del total del electorado; el “corte” con información de las 11 horas no dejaba dudas: 75.03% de asistencia; y el que contenía información de las tres de la tarde era definitivo: 94% del total del electorado.

Los funcionarios electorales cubanos estaban eufóricos. Los resultados rebasaban sus propias expectativas: esperaban una asistencia a las urnas ligeramente arriba del 80%, consecuencia de las condiciones de crisis económica extrema. Luego, los reportes dieron cuenta de una tranquilidad absoluta y, también, de “entusiasmo” en los sufragios.

Amat Flores declaró por la tarde: “con su alta participación, el pueblo de Cuba ha dado una respuesta masiva y contundente a las campañas del enemigo contra el país”.

A las 11:10 Fidel Castro llegó al colegio electoral 5, circunscripción 13, en el barrio del Vedado. Era el número 24 de la lista de electores. Vitoreado por más de un centenar de vecinos que lo esperaban a la salida del Colegio Electoral, Fidel votó y habló con la prensa cubana (a la extranjera le fue impedido el acceso).

Dijo que estas votaciones eran “una expresión de valentía de la Revolución y de confianza del pueblo” en los difíciles momentos

por los que atravesaba la Isla. Comentó que las reformas electorales efectuadas eran “justas y necesarias”. Sostuvo que este “proceso atrae a la gente, quien está respondiendo con entusiasmo”. Expresó que “es imposible que estas votaciones sean más populares”.

Y enfático aseguró: “Estoy absolutamente convencido de que estamos a la vanguardia en la democracia. Que lo reconozcan o no en el exterior, eso es otra cosa”.

A las seis de la tarde, los Colegios Electorales efectuaron el escrutinio a la vista de quien —de acuerdo con la Ley Electoral— lo deseara. Los resultados intercambiados entre reporteros y corresponsales extranjeros que asistieron a conteos de votos en algunas casillas, confirmaron la asistencia masiva de los electores, pero con diferentes grados de votos efectivos: Colegio 157, circunscripción 7 del barrio céntrico del Vedado: 21% de votos anulados; Colegio 79, circunscripción 40 del municipio de Guanabacoa: 33% de votos en blanco y anulados; circunscripción 60 del municipio de Arrollo Naranjo: 20% de votos invalidados...

El interés dejó de estar en si la gente votaba o no, sino en la forma en que había votado: por un sí (voto válido), o por un “no” a la Revolución (voto en blanco o anulado)

Ávidos de información sobre los resultados electorales tras el cierre de las casillas, los reporteros esperaron el parte informativo de la CEN programado para las nueve de la noche. Pero nada. Se dijo entonces que hasta las 11 de la noche porque los cortes de luz habían retrasado el envío de información de provincias orientales como Holguín o Sancti Spiritus y lo mismo había sucedido en algunos municipios de La Habana. Pero a las 11 tampoco hubo nada y algunos esperaron infructuosamente hasta la una de la madrugada del 21, hora en que estaba programado el último “corte” de información.

—Se les cayó el sistema, fue el comentario entre corresponsales y enviados mexicanos a La Habana, en referencia a “la caída del sistema” de cómputo durante las votaciones en México en 1988.

Finalmente, a las dos de la tarde del lunes 21, el presidente de la CEN, Amat Flores, dio las cifras oficiales de asistencia a las urnas: 97.2% de un total de siete millones 762 000 electores. El restante 2.8% se abstuvo de votar porque estuvieron enfermos, estaban de viaje, eran “movilizados” a la agricultura o a la construcción o “porque decidieron no votar”.

Según Amat Flores, se eligieron 13 865 delegados y sólo 433 Colegios Electorales fueron a segunda vuelta el domingo 27 porque sus candidatos no alcanzaron el 50% más uno de los votos. De los candidatos ganadores 13.5% fueron mujeres y 16.4% fueron jóvenes menores de 30 años. "Tenemos elementos para sentirnos más que satisfechos de nuestras elecciones", aseguró.

Amat, sin embargo, defraudó a la prensa extranjera: no proporcionó datos sobre los votos anulados. "Para nosotros los datos que les dimos son los significativos. Los otros datos, que implican mayor detalle, no han sido procesados".

—¿Por qué no se proporcionan?

—Es imposible dar ese tipo de datos en un plazo tan breve. Se darán los datos "cualificadores" una vez que se tenga los resultados de todo el proceso electoral (marzo de 1993).

—Pero el dato de los votos anulados es casi automático, va integrado a la información que el Colegio Electoral transmite...

—No nos puede pedir que en menos de 12 horas se tenga ese tipo de estadística. No somos magos.

—Bueno, dénos los de la capital, que por estar cercanos de la Comisión Nacional se debieron tener más rápido.

—Los resultados de la capital entraron al último. En la mayoría de sus municipios se fue la energía eléctrica y tuvimos problemas con la comunicación.

—¿Y eso no estaba previsto?

—Sí se había previsto, se utilizaron mecheros para contar los votos, pero a esa hora la gente ya estaba cansada.

—Y entonces ¿cuándo se darán los resultados?

—Tan pronto lo decidamos...

En un ambiente caldeado, reporteros extranjeros cuestionaban al responsable electoral de la Isla que hubiera dado estadísticas hasta del número de mujeres y jóvenes que resultaron electos y no de un dato "elemental" como el de los votos anulados.

—¿Cómo interpreta usted los votos anulados?

—La importancia de los votos anulados no se la restamos, sino que simplemente procesarlos a tan sólo 12 horas de que concluyeron las elecciones nos es imposible.

Amat pidió entonces "no adelantar conclusiones" de las elecciones efectuadas ese domingo hasta tener los datos completos. Ad-

virtió que "no se pueden sacar conclusiones de lo que vimos en un colegio electoral, porque un colegio entre 20 600 no significa nada. Hacer esta generalización sería poco serio..."

Y ante la insistencia, exclamó: "ustedes creen que la Revolución es tan ingenua para escamotear una información al final de todo un proceso transparente. Lo que no podemos, porque no sería serio, es dar un dato del cual no estamos seguros".

### Fidel en campaña

"El Voto Unido": Tal fue la "estrategia política" de Fidel Castro para lograr el apoyo electoral de los cubanos en las votaciones del 24 de febrero de 1993.

Se trató de que los casi ocho millones de electores de la Isla emitieran su voto por absolutamente todos los candidatos a las 14 asambleas provinciales (especies de congresos locales) y a la ANPP.

Para facilitar tal Voto Unido, los ciudadanos cubanos sólo tuvieron que escribir una "X" en el círculo que apareció en la parte superior de las boletas electorales. De este modo, no tuvieron que marcar por cada uno de los candidatos en ellas registrados. Fue, pues, un voto en bloque de cada elector que aseguró la presencia de la totalidad de los 589 candidatos a diputados en el Parlamento.

Se evitó así el peligro de los votos nulos y en blanco que en las elecciones municipales de diciembre de 1992 significaron, a juicio de observadores políticos, una expresión de descontento por la situación económica de la Isla. La cifra oficial de estos votos no fue divulgada. Extraoficialmente se calculó entonces que fue entre el 20 y el 30% del total de la votación. Esto significó que cerca de millón y medio de cubanos o votó en blanco o anuló su voto. (Las estadísticas electorales emitidas posteriormente revelaron que los votos nulos y en blanco sólo fueron del 10%)

Se evitó también el peligro de la "dispersión de los votos". Es decir, que el elector al escoger sólo alguno de los candidatos de la lista que aparece en la boleta, desecha a los demás. Esto pudo provocar que algunos candidatos, sobre todo las "figuras históricas de la Revolución", no alcanzaran el 50% más uno de la votación, necesario para —de acuerdo con la Ley Electoral— ser diputado.

Y es que, ante la ausencia de candidatos de oposición, los

grandes rivales del régimen socialista fueron el descontento por la crisis económica y el desgaste de sus dirigentes, muchos de ellos con alrededor de 30 años en el poder.

Es más, para asegurar la presencia total de los candidatos, ese 50% más uno se midió no sobre el total de los electores que asistieron a las urnas, sino sobre el total de votos válidos. Quedaron excluidos del resultado final los votos nulos y blancos.

Por si fuera poco, la CEN, "con base en un acuerdo del Consejo de Estado", autorizó casillas especiales para que votaran los ciudadanos que no se encontraban en su lugar de residencia: los "movilizados" en la agricultura, en la construcción y en las Fuerzas Armadas, los enfermos en los hospitales, los ancianos, los inválidos y hasta los tripulantes de aviones y barcos.

Al mismo tiempo —y sobre todo en la recta final de las elecciones— el gobierno de Castro intensificó la propaganda electoral. Prensa, radio y televisión dedicaron amplios espacios para persuadir a la población de que, según los lemas, había que "votar por todos", otorgar "el voto unido", "todos son nuestros candidatos", "Sí por Cuba" y "Valen Todos", éste último tomado del título de la telenovela brasileña *Vale Todo* que en ese entonces tuvo cautivados a los cubanos y cuyo tema musical fue usado en algunos spots propagandísticos.

Luego, casa por casa, persona por persona, los miembros de más de 100 mil CDRs y brigadas estudiantiles y de la UJC "enseñaron" a votar y "esclarecieron" dudas sobre un proceso electoral nuevo para la población.

"Aquí ya vinieron tres veces. Ya les dije que sí voy a votar y que sé cómo hacerlo. Pero ellos insisten. Quieren irse convencidos de que voy a votar por todos", comentó Magalys Hernández en su casa de la calle Infanta, en el populoso barrio de Centro Habana, en la capital de la Isla.

Por primera vez desde el triunfo de la Revolución, el miércoles 24 se eligieron, de manera "directa y secreta" a 1 190 delegados provinciales y a 589 diputados a la Asamblea Nacional. Entre éstos últimos, a excepción de disidentes, hubo de todo: artistas como Silvio Rodríguez y Pablo Milanés; deportistas como el célebre pelotero Víctor Mesa y el recordista mundial Javier Sotomayor; la científica y creadora de la vacuna antimeningocócica, Concepción

Campa; el religioso Raúl Suárez Ramos; el cineasta Alfredo Guevara, etcétera.

Aunque la tesis de Fidel fue que el PCC no postulaba ni elegía, y no era requisito ser uno de sus miembros para ser propuesto, resultó que casi el 90% de los candidatos a diputados fueron militantes comunistas confesos; 287 candidatos —prácticamente la mitad— fueron funcionarios del PCC, de las organizaciones de masas, de las Fuerzas Armadas, del Ministerio del Interior y de las Asambleas del Poder Popular.

Por supuesto, el candidato que más destacó fue Fidel, postulado por el distrito siete de Santiago de Cuba (considerada como *cuna* y *bastión* de la Revolución). Activo, sonriente, carismático, haciendo gala de energía y de su mejor oratoria, Fidel fue de reunión en reunión, de mitin en mitin, hablando y convenciendo a los cubanos del significado de este proceso electoral.

Dictó líneas de trabajo y orientaciones ideológicas en un encuentro con los candidatos el día seis de febrero; fue del ocho al 11 de ese mes a Santiago de Cuba: se reunió con sus electores directos, platicó con ellos, bromeó, sonrió. Fue a las comunidades serranas de Hongolozongo y Puerto de Moya, compartió con los mineros de la Mina del Cobre (la más vieja del continente), visitó el puerto de Boniato donde estuvo preso por primera vez en 1953, asistió a escuelas y hospitales.

Se salió del programa y recorrió barrios humildes como el de la Risueña. Se bajó del Jeep, transitó por sus calles sin asfalto y estrechó las manos de la gente que salió de sus pequeñas casas de madera. Le aplaudieron, le gritaron, lo ovacionaron... como si fuera un candidato típico de un país capitalista.

Luego, regresó a La Habana —considerada por él mismo como la plaza más difícil en estas elecciones— y acompañó a los principales candidatos en sus encuentros con los electores, sobre todo en algunos de los barrios más "calientes": La Habana Vieja, Centro Habana, 10 de octubre, la residencia estudiantil de Doce y Malecón. Saludó, invitó a la gente a expresarse, los escuchó, los aplaudió, luego —sin hacerse del rogar— habló: "este proceso electoral es más complicado en La Habana que en el resto del país", les dijo para advertir que aquí era donde "a la Revolución se le somete a la prueba más fuerte".

Exaltó los valores de los candidatos propuestos por esta ciudad. Reiteró que ningún país es tan valiente como Cuba para hacer elecciones en medio de una aguda crisis, “prácticamente de guerra no declarada”. Hizo referencia constante a lo que fueron las elecciones en la Isla antes de la Revolución y lo que son en las “democracias representativas”. “Allá el pueblo no postula ni elige, lo hacen los partidos y las empresas electorales. Cuatro gatos hacen una lista de candidatos y sólo uno o dos alcanzan los votos suficientes, los demás son de relleno”. Finalmente expresó su confianza en obtener — pese a los problemas que sufría la capital— la “victoria absoluta” en las votaciones.

### La estrategia del “voto unido”

Para Fidel el “Voto Unido” no fue una simple consigna, fue una “estrategia política” para “salvar a la Revolución” y “darles duro a los yanquis”.

“El sistema multipartidista lo quiere introducir el imperialismo en nuestro país como instrumento de división y desintegración de la sociedad”, afirmó Fidel el 11 de febrero en una reunión en Santiago de Cuba con los candidatos de esa provincia, para explicar el por qué no existía aquí la competencia entre los candidatos.

“La sociedad ideal para el imperialismo y la explotación —aseguró— es la dividida y fragmentada, porque las fuerzas de la nación se parcelan y entran en guerra unas con otras, al servicio de intereses partidistas”.

En cada discurso, Fidel reiteró la necesidad de que la gente votara por todos los candidatos. Reconoció el peligro de que se sufragara en las boletas sólo por alguno de ellos y no por los demás. Esta “dispersión del voto” sería provocada —según él— porque algunos candidatos son más conocidos que otros, aunque todos tengan capacidad y méritos. “Las elecciones no constituyen un concurso de popularidad; son en todo caso, un concurso de méritos y capacidades”, señaló.

Las consecuencias del voto disperso serían, en primer lugar, la repetición de las votaciones para los candidatos que no lograran el 50% más uno de los sufragios válidos. Esto distraería al país, ocupado en sobrevivir a sus penurias económicas. Por otro lado,

haría evidente el no apoyo de los electores a la Revolución o alguno de sus dirigentes.

Por eso para el presidente cubano fue necesario “enseñar a votar y defender el Voto Unido. Eso es lo que le conviene al país... hay que conquistar al que pueda ser conquistado. No vamos a dejar al enemigo a que confunda más al que ya está confundido. Hay que hacer acopio de paciencia, de inteligencia, hay que hacerles ver que lo que se está jugando en este periodo especial es la Revolución, el Socialismo y la Patria, demasiado sagrado para que se pueda actuar irresponsablemente”.

Y, enfático, Fidel instruyó: “visito al vecino, visito al otro, visito a la pariente que anda medio disgustada, que no entiende y anda rabiando por una cosa o por otra, y trato de persuadirla en nombre de los valores que representa la Revolución... Esa es la tarea de las organizaciones de masas, de los militantes del Partido y de la Juventud Comunista. Es la batalla política que hay que hacer casa por casa y persona por persona”.

Castro se refirió a las distintas opciones que tenían los electores cubanos en términos de blanco y negro: “los que quieren que Cuba se convierta en un Miami, en una colonia yanqui... Ya me imagino lo que harán: o no votarán, o anularán las boletas o se pondrán a inventar cosas que de alguna manera perjudiquen”.

El 24 de febrero —día de las elecciones—, la estrategia política del Voto Unido le salió a pedir de boca: fueron elegidos la totalidad de los 589 candidatos a diputados al Parlamento y los 1 190 candidatos a las 14 asambleas provinciales de la Isla.

Es decir: de todas, todas.

De acuerdo con los datos oficiales —dados a conocer el viernes 26 por la tarde por el presidente de la CEN—, asistieron a las urnas 99.62% de los casi ocho millones de electores cubanos; 88.4% cruzó con una “X” el circulito de la papeleta que significó el Voto Unido por todos los candidatos; 4.6% emitió sólo por algunos de los candidatos; 3.9% anuló su voto y 3.1 sufragó en blanco.

Quedó así eliminado el peligro de los votos nulos o blancos, considerados por observadores políticos como expresiones de inconformidad por la aguda crisis económica que padece la Isla.

“Victoria contundente”, “milagro político”, “lección al imperialismo”, “revolución en los sistemas electorales”, fueron algunas de

las frases usadas por Fidel Castro al término de la jornada electoral donde él mismo fue elegido —con el 99.7% de los votos— diputado por el distrito siete de Santiago de Cuba.

Fue la primera vez que el líder de la Revolución cubana se sometió a una “votación directa y secreta” de sus electores. Él, sin embargo, dijo que esperaba que fuera la última pues, añadió, ya estaba viejo.

Por la mañana, sin embargo, Fidel —entonces con 66 años— era un joven: temprano recorrió algunos colegios, cerca de las 10 asistió a sufragar en la casilla 799 de su distrito, dialogó con los reporteros cubanos y extranjeros, salió a la calle a saludar a sus electores que lo ovacionaron; más tarde hizo un recorrido al poblado de El Cobre donde improvisó un *sui generis* encuentro entre los vecinos y los periodistas extranjeros; por la noche —hasta la una de la madrugada del jueves 25— contestó preguntas de los enviados y corresponsales de prensa.

El distrito número siete de Santiago de Cuba no fue como cualquiera: aquí, por primera vez, Fidel Castro se sometió al voto de unos 42 mil electores.

Ubicado en la parte norte de la ciudad de Santiago de Cuba, comprende la zona urbana Micro-Siete, el área semiurbana de El Boniato y la rural de El Cobre, a los pies de una parte de la Sierra Maestra donde Fidel se refugió para iniciar la Revolución.

Centro de atención nacional e internacional, este distrito tuvo un “trabajo previo”: durante la víspera, personal del Poder Popular (el ayuntamiento) de Santiago de Cuba pintó algunas fachadas de edificios y, junto con los vecinos, arregló calles y parques; los mercados y tiendas de barrio, “casualmente”, dieron una dotación adicional de algunos alimentos y cuadrillas de técnicos en electrónica, electricistas, albañiles y peluqueros ofrecieron gratis sus servicios a los vecinos.

A una cuadra de la escuela donde Fidel votó, en uno de los parques de Microsiete, una larga hilera de cubetas esperaba un camión cisterna del municipio.

—¿Es para recoger agua?

—No, chico, qué va... es para coger cerveza.

Al mismo tiempo, este distrito fue preparado a conciencia para votar: a través de los Consejos Populares de las comunidades que

lo conforman y de los CDRs, los electores de Fidel asumieron el “reto nacional” de terminar la votación con la totalidad de posibles sufragantes antes que el resto del país. A las 8:30 de la mañana —hora y media después de que el Colegio iniciara sus trabajos— tenía que haber sufragado la inmensa mayoría.

Se organizaron: cada CDR efectuó la *Operación tun-tun*: consistió en tocar las puertas de los vecinos para explicar cómo se debe votar. Además, los pioneros y brigadas estudiantiles hicieron recorridos para fomentar el “a votar temprano” y, por supuesto, el Voto Unido.

A las 9:45 horas llegó Fidel Castro al Colegio Electoral número 799, circunscripción 98, ubicado en un centro escolar de Microsiete. Después de depositar su voto, se acercó para conversar con el centenar de periodistas cubanos y extranjeros, quienes amontonados atropellaban preguntas.

Atento, jovial, el líder cubano dijo sentirse emocionado porque “ahora nos confrontamos directamente con las masas”. Reconoció que su principal temor durante esta etapa fue la “dispersión de votos” que hubiera obligado al país a repetir las elecciones donde los candidatos no alcanzaran el porcentaje mínimo de votación.

Rechazó tajante que estas elecciones fueran pensadas para que el gobierno de Estados Unidos adoptara una posición distinta hacia Cuba. “Nuestro proceso —señaló— no se lleva a cabo por razones de política externa”. Dijo esperar, no obstante, justeza de los gobiernos para reconocer “la valentía” del pueblo cubano al “efectuar estas elecciones dentro del periodo especial”.

—Después de estas elecciones ¿se plantea el voto secreto y directo para elegir al Consejo de Estado y a su presidente?

—No lo hemos planteado. No somos partidarios de esa fórmula porque le da demasiado poder al presidente y nosotros preferimos una dirección colegiada. ¿Te imaginas el poder de una persona si de pronto recoge millones de votos? Lo que nosotros necesitamos es reducir ese poder— dijo el Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, el Jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y Secretario General del PCC.

Expresó a continuación no tener culpa de que en la calle “sólo se hable de Fidel”. Aseguró, sin embargo, que “este pueblo no es de analfabetos ni de caudillos”.

Luego Fidel invitó a los periodistas a un “espontáneo recorrido” por alguno de los colegios electorales de la provincia santiaguera. El mismo encabezó el convoy en un jeep militar. Llegó a El Cobre, a unos 70 kilómetros de la ciudad de Santiago. De espontáneo no tuvo nada. Todo mundo ya los esperaban.

Entre conga y guaracha, porras y consignas, los pobladores recibieron a los visitantes. “Pa’ lo que sea / Fidel. Pa’ lo que sea / Fidel...”, coreaban a gritos.

El cuerpo de seguridad del Comandante en Jefe no se daba abasto para detener a la gente que quería tocar a su líder.

A empellones, Fidel, periodistas, guardias de seguridad y “colados”, llegaron al centro del parque, donde el mandatario cubano improvisó una singular entrevista colectiva. De manera abierta y a voz en pecho invitó a los corresponsales a hacerle preguntas al pueblo, “lo que quieran, no tengan límite”, dijo.

Algunos periodistas europeos cedieron a la tentación. Recibieron a cambio una andanada de consignas y discursos llenos de loas a la Revolución y a Fidel, quien en el centro, como moderador de asamblea, repartía la palabra.

En conferencia de prensa efectuada por la noche en el auditorio del Hotel Santiago, anunció su próximo retiro: “espero que mis compatriotas no me exijan que dentro de cinco años (periodo que dura el Parlamento) yo sea postulado otra vez como candidato. Aceptar la postulación en pleno periodo especial tiene mérito. Cuando éste haya desaparecido y yo espero que lo haga en cinco años, me sentiría con derecho a protestar. Y aunque siguiera existiendo periodo especial espero que mis compatriotas comprendan que existen otros que pueden hacerlo igual o mejor que yo”.

Comentó que “el tiempo pasa y hasta los corredores de maratón se cansan. Esta carrera ha sido larga. Creo que ya he corrido más de 42 kilómetros en esta maratón revolucionaria”.

—Entonces, ¿será presidente sólo los próximos cinco años?

—Ojalá no sea necesario, porque cinco años en estas condiciones de trabajo son muy duros. Qué dirá la vida, qué dirá la salud... tendría que esperar a que la naturaleza me privilegie todavía más.

Se refirió también a su propia muerte: “No va a pasar nada, lo que sucede a los hombres es morirse constantemente. Nos hemos

esforzado por crear aquí no un sistema caudillista que dependa de los hombres. Se acabaría la obra revolucionaria cuando se acabe tal hombre. Nosotros hemos construido sobre ideas y nuestro pueblo sigue a ideas y no a hombres, está preparado para conocer que nadie es eterno y que tienen que arreglárselas prescindiendo de cualquier hombre”.

Animado, pese a la larga jornada, Castro calificó de verdadero “milagro político” la permanencia de su Revolución a pesar de la aguda crisis económica que afectaba a la Isla.

Aseguró que después de estas elecciones a nadie debe quedarle “margen de duda del apoyo inmensamente mayoritario de la población a la Revolución, cualesquiera que puedan ser las quejas o las dificultades”.

Más aún, dijo que las elecciones cubanas significaron “una revolución” en el sistema electoral y “una gran apertura revolucionaria”. Comentó que le gustaría que todas las elecciones en América Latina fueran “tan puras y justas como las nuestras”, donde “la gente humilde del pueblo llegue al Parlamento” y donde “no sea comprado ni un solo voto”.

Katy Salermo, corresponsal de la agencia italiana ANSA, preguntó: ¿Qué opciones electorales civilizadas tienen los cubanos para manifestar su desacuerdo? ¿Los votos blancos y nulos no son una expresión de descontento?

Molesto, Fidel Castro rechazó que estos votos expresaran opinión alguna: “¿Por qué considerar válido el voto de alguien que quiso anular su boleta? Él sabe cómo es la ley. Si él quisiera no anularía el voto. El voto en blanco es como el que no sufragó, se podía haber quedado en su casa”.

Aseguró que, como regla, aquellos que votaron en blanco o anulaban su voto “se identifican plenamente con el imperialismo y su política” y obedecen a sus “instrucciones”, las cuales son transmitidas a través de “decenas de estaciones de radio instaladas en Estados Unidos”. “Entonces —dijo— es cuestión de decidir entre la línea del imperialismo y la línea de la Revolución”. Y explicó que no se dieron a conocer estos datos en forma inmediata en las elecciones del 20 de diciembre pasado, porque “el imperialismo quería pulsar las fuerzas que tenía la Revolución”.

## La reelección de Fidel

Sobre el estrado de la ANPP, 14 jóvenes se encaramaron unos sobre otros para formar una pirámide humana. Del centro de ella emergió una chica en cuya playera sobresalía el 95.06% del Voto Unido que logró la Revolución en las elecciones del 24 de febrero de 1993.

Luego, con música de Pablo Milanés y Silvio Rodríguez —también diputados—, decenas de escolares inundaron la sala para entregar abrazos y banderitas de Cuba a los legisladores entrantes.

En sesión solemne, el nuevo Parlamento cubano festejó así el “triumfo de la Revolución” en un proceso electoral que el 15 de marzo de 1993 vivió su momento culminante: la reelección, por tercera vez, de Fidel Castro como presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, máximas instancias de gobierno en la Isla.

Nadie, ni dentro ni fuera de Cuba, dudaba que así fuera. Las expectativas estaban puestas sobre los restantes miembros del Consejo de Estado y del Presidente de la ANPP.

La postulación de Ricardo Alarcón de Quesada —hasta ese momento canciller de la Isla— como titular de la Asamblea causó sorpresa en el ambiente político cubano y, a la vez, reflejó el ascenso de una nueva camada de administradores y políticos de la Revolución.

Y es que, con la elección de los restantes 30 miembros del Consejo de Estado, Fidel reacomodó a los hombres de su equipo gobernante. Fue renovada más de la mitad de los 31 miembros de dicho Consejo. Quedaron fuera “figuras históricas” de la Revolución como Carlos Rafael Rodríguez, Ramiro Valdés, Melba Hernández, José Ramón Fernández, hombres que iniciaron el proceso revolucionario y que desde entonces se mantuvieron en el poder. Otros, en cambio, se afianzaron: Raúl Castro, Juan Almeida Bosque, Osmany Cienfuegos, Pedro Miret...

Con todo, se reafirmó una generación de dirigentes menores de 45 años —nacidos al calor de la Revolución— que, poco a poco, viene escalando espacios en la política y la administración cubanas. Destacan: Carlos Lage, Roberto Robaina, Abel Prieto, Esteban Lazo. Se incluyen en estas esferas de poder, dos dirigentes juveniles, casi recién salidos de las aulas: Felipe Pérez Roque y Enith Alern Prieto, con 28 y 24 años respectivamente, a la fecha de su

elección. Todos escalaron por los diversos y difíciles caminos de la burocracia política de Cuba sin poner en duda su afinidad ideológica con la Revolución ni cuestionar jamás el liderazgo histórico de Fidel Castro.

Teóricamente, el máximo órgano del Estado cubano es la ANPP. Como ésta sesiona durante dos periodos al año, en escasos dos días, delega su poder en el Consejo de Estado, que permanentemente asume la función de legislar y gobernar.

Como presidente del Consejo de Estado, Fidel es también, por ley, presidente del Consejo de Ministros. Esta instancia tiene las funciones ejecutivas: aplica las medidas administrativas y económicas que el Consejo de Estado dispone. Su Comité Ejecutivo —una especie de coordinación de gabinete— se reúne puntualmente cada semana para revisar la situación económica de la Isla. Su secretario es Carlos Lage, electo como uno de los cinco vicepresidentes del órgano gobernante.

Hasta aquí —de acuerdo con analistas políticos— se tendría una República con asiento parlamentario. Algunos medios de prensa extranjera comparan incluso la función de Carlos Lage con la de un primer ministro dependiente de las decisiones de un cuerpo colegiado (El Consejo de Estado) donde la posición de Fidel es determinante.

Hay, sin embargo, otra instancia que ejerce el poder real: el Partido Comunista. Dicha prerrogativa le es reconocida incluso por la propia Constitución. El Buró Político del PCC es su órgano máximo y reúne a los 25 hombres que en torno a Fidel toma las decisiones de fondo en este país. Aunque no puede emitir leyes, ni tiene atribuciones ejecutivas, sus “recomendaciones” son recibidas y formalizadas sin modificación sustancial.

El ejemplo más claro de ello fueron las reformas a la Constitución de Cuba, la apertura económica, la creación de la nueva Ley Electoral y las características mismas de los últimos comicios. Todas estas medidas fueron discutidas y aprobadas en primera instancia por el PCC en su IV Congreso en octubre de 1991. El PCC, además, acapara con sus cuadros todas las organizaciones sociales y los resortes económicos del país. No hay cuadro dirigente, así sea a nivel medio, que no sea su militante confeso, a pesar de que en Cuba sólo el 10% de la población está afiliada a él.

Ante el poder del PCC, es evidente la debilidad del Parlamento. La elección de Ricardo Alarcón como presidente de la ANPP fue interpretada en el ambiente político de la Isla como un intento por equilibrar —así sea un poco— tal situación. De acuerdo con algunos diputados electos, se trató de “rescatar” las funciones que, además de las legislativas, tiene en teoría todo Parlamento: comunicación permanente de los diputados con sus representados y mecanismos de gestión y de fiscalización sobre ministerios y demás órganos de gobierno. Se habló incluso de profesionalizar a algunos diputados y, de entrada, iniciar la discusión de una ley orgánica para los Órganos del Poder Popular que “amarre” jurídicamente su nuevo papel “protagónico”.

Con todo, para cualquier político cubano la aspiración máxima es llegar a ser miembro del Consejo de Estado, o del Buró Político, o de ambos (de hecho, la mitad de los miembros del Consejo de Estado lo son también del Buró político). Sólo así se podrá estar en el círculo íntimo de Fidel.

### Los hombres de Fidel

De acuerdo con datos biográficos proporcionados por Jean-François Fogel y Bertrand Rosenthal en el libro *Fin de siglo en La Habana*; Andrés Oppenheimer en *La hora final de Castro* y Tad Szulc en *Fidel: Un retrato crítico*; así como información obtenida por los autores, estos son —tras la elección del Consejo de Estado en 1992— algunos de los principales hombres de Fidel:

**Raúl Castro:** de 62 años, estuvo en todas las acciones militares y políticas organizadas por Fidel, desde el asalto al Cuartel Moncada, en 1953, hasta el triunfo de la Revolución en el 59. Es el número dos del sistema y, legalmente, el sucesor de Castro si este muriera o se retirara: es el segundo secretario del Partido Comunista y primer vicepresidente de los Consejos de Estado y de Ministros.

Es también el ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. A su cargo tiene las funciones militares que en Cuba abarcan desde la conformación de un ejército regular hasta programas económicos de gran envergadura, como el Plan Turquino (que intenta desarrollar las regiones montañosas). Raúl tiene amplia influencia en las

actividades del Partido. No pocos funcionarios y políticos de alto nivel se formaron bajo su protección. Observadores extranjeros han hecho incluso una clasificación de los “raulistas” como grupo de poder dentro de las filas de la Revolución.

Según Fogel y Rosenthal, Raúl extiende también su influencia en el área del espionaje y de la inteligencia. La ejerce por medio de uno de sus “hombres de confianza”, Abelardo Colomé Ibarra, ministro del Interior, nombrado también vicepresidente del Consejo de Estado.

Aunque ha crecido bajo la protección de Fidel —a quien le profesa lealtad y admiración públicas—, Raúl ha demostrado talento propio: es uno de los fundadores y organizadores de las dos instituciones con más prestigio en el país: el ejército y el partido.

Durante 1994, Raúl aumentó su papel protagónico. Comentados fueron sus discursos que llamaron a la productividad y al debate “crítico” dentro del Partido. Por primera vez en la historia de la Revolución fue Raúl y no Fidel quien pronunció el discurso central del aniversario del 26 de julio. Anunció en septiembre la apertura de los “mercados agropecuarios”, medida que amainó la presión social ante la escasez de alimentos.

**Carlos Lage Dávila:** Es el cerebro y conductor de la política económica. Se le conoce como el “Administrador de la crisis”. Es un impulsor decidido de la apertura de la economía que vive actualmente la Isla. Pocos dudan de que en este momento es el número tres del sistema: secretario del Consejo de Ministros y de su Comité Ejecutivo, miembro del Buró Político y ahora, uno de los cinco vicepresidentes del Consejo de Estado. En diarios y revistas europeas se comparan sus funciones con las de un Primer Ministro.

Dicen Fogel y Rosenthal: “Si Fidel dirige a Cuba en periodo especial como una sociedad anónima en banca rota y es el presidente de Cuba S. A., su director general es Carlos Lage Dávila”.

Con 42 años, Lage es también el máximo representante de una generación que está accediendo a las instancias del poder en la Isla. Pediatra de formación —aunque después se graduó en Ciencias Sociales— ha hecho una carrera meteórica en 15 años: dirigente de la FEU, de la UJC y miembro del Equipo de Coordinación y Apoyo del Comandante en Jefe. De figura delgada y calvicie prematura,

Lage sorprende por su sencillez, su lenguaje preciso y por su movilidad: se le ve lo mismo en reuniones ministeriales para resolver asuntos económicos, que pedaleando su bicicleta para llevar o recoger a sus hijos de la escuela.

**Ricardo Alarcón de Quesada:** doctor en Filosofía y Letras, de 57 años, basó su carrera política fundamentalmente en el servicio exterior: director del Departamento de América Latina del Minrex, vicescanciller, embajador de Cuba ante las Naciones Unidas y canciller de julio de 1992 al 15 de marzo de 1993, fecha en que fue nombrado presidente de la Asamblea Nacional.

Según Fogel y Rosenthal: "Desde hace tiempo los diplomáticos estadounidenses tomaron la costumbre de utilizar a Ricardo Alarcón para transmitir discretamente mensajes de importancia... Goza de la reputación, justificada, de tener acceso a Fidel para todos los asuntos 'discretos' y sirvió de enlace para las comunicaciones esenciales sobre el tráfico de droga antes de que explotara el caso Ochoa".

Experto en el sistema político estadounidense y las relaciones internacionales, fue él —y no el canciller Robaina— quien encabezó las negociaciones sobre migración con Estados Unidos tras desatarse en agosto de 1994 la llamada crisis de los balseros.

**Juan Almeida Bosque:** Tiene la misma edad de Fidel y —al igual que Raúl— desde siempre estuvo a su lado: en el ataque al Moncada, en la Cárcel en la Isla de Pinos, en el exilio en México, en el yate *Granma* y en la guerra de la Sierra Maestra como jefe del Tercer Frente Oriental. Es uno de los cuatro "Comandantes de la Revolución" aún vivos, y el único que, además de Fidel, se mantiene en la cúspide del poder: miembro del Buró Político, vicepresidente del Consejo de Estado —ratificado el 15 de marzo de 1993— y Presidente del Comité Nacional de Revisión y Control del Partido Comunista, cargo que le da el poder de auditor político del sistema.

Fogel y Rosenthal dicen: "Es el único negro que tuvo una comandancia. Es siempre usado como factor de cohesión castrista en el este del país, donde la población de origen africano es más numerosa".

De trato amable y sencillo, Almeida comparte sus actividad política con sus habilidad en el arte: pinta, escribe versos, novelas

y es autor de canciones como "Lupe" que —a decir del semanario *Juventud Rebelde*— "canta toda Cuba".

**José Ramón Machado Ventura:** médico de 62 años. Es el organizador del Partido Comunista con —según Tzulc— gran influencia sobre Fidel. Es miembro del Buró Político y fue ratificado como vicepresidente del Consejo de Estado. Oppenheimer lo cataloga como la cabeza visible de la vieja guardia que durante el IV Congreso del Partido Comunista se opuso a mayores cambios en el área política y electoral.

De acuerdo con Oppenheimer, Fogel y Rosenthal, Machado Ventura debe su carrera y "hasta su vida misma" a Raúl Castro: fue jefe de los servicios médicos en el Frente Oriental comandado por Raúl, quien después lo promovió para el ministerio de Salud Pública. "Cuando era director de los servicios médicos de La Habana —cuentan Fogel y Rosenthal— su auto fue usado para transportar armas con el fin de derrocar a Fidel. Esto pudo costarle un pelotón de fusilamiento, pero Raúl guardó silencio y lo protegió. Ha tenido en respuesta un hombre leal y de tiempo completo al servicio de la Revolución".

De baja estatura, calvo y de bigote tupido, Machado Ventura es de personalidad reservada: rehuye las cámaras y los actos de masas. Su actividad es "en corto y a puerta cerrada". Goza en el Partido de fama por su honradez y excesiva austeridad, característica que ha intentado imponer en los demás cuadros del Partido.

**Roberto Robaina:** ex profesor de matemáticas, dirigente estudiantil, excombatiente en Angola y líder de la UJC hasta abril de 1993, cuando —con 37 años y para sorpresa de propios y extraños— fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores.

Es, sin duda, uno de los miembros más jóvenes del círculo íntimo de Fidel. "Robertico", le llama éste afectuosamente y hay quien lo considera como el "hijo putativo de Fidel". Desde 1991 es miembro del Buró Político y del Consejo de Estado.

Antes de ser nombrado Canciller, Robaina cumplió "satisfactoriamente" una misión compleja: que la Revolución no perdiera para sí a las generaciones que nacieron después del triunfo de Fidel en 1959, sobre todo ahora que los jóvenes son los que más resienten la crisis económica. Intentó para ello quitar la imagen aburrida y burocratizada de la UJC: organizó paseos ciclísticos por el malecón,

montó discotecas al aire libre, patrocinó conciertos de *rock*, a los que incluso asistió Fidel.

De lenguaje directo y abierto, su estilo mismo es informal: como dirigente juvenil asistía a las reuniones del Partido y del Consejo de Estado con playera, mezclilla y tenis, que contrastaban con las almidonadas guayaberas de sus interlocutores. Ahora como canciller, usa sacos informales sobrepuestos sobre playeras sin cuellos, casi siempre de color negro.

Desde que está al frente de las relaciones exteriores, sostiene una intensa "ofensiva" diplomática: realiza giras por todo el mundo para hablar de "los esfuerzos de la revolución cubana por sobrevivir y adaptarse al mundo". Realiza también reconciliaciones políticas con gobiernos otrora desafectos y auspicia negocios para la Isla.

**Osmany Cienfuegos Gorriarán:** arquitecto de 63 años, hermano del célebre Camilo Cienfuegos. Era el secretario del Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros. Fue desplazado por Lage. Es ahora Ministro de Turismo, actividad considerada por el régimen como prioritaria. También era uno de los vicepresidentes del Consejo de Estado hasta que el 15 de marzo de 1993 —de nueva cuenta— Lage ocupó su lugar.

Aunque se le considera de los dirigentes históricos (fue ministro de Obras Públicas al triunfo de la Revolución) no participó en combates revolucionarios en Cuba. Pasó la guerra de la Sierra Maestra con un grupo de comunistas en México.

Según Tad Szulc, "Osmany aparece raras veces en público, es el clásico 'hombre en la sombra', tranquilo y gris, un ejemplo de que ya no es absolutamente necesario ser un caballero fidelista para ejercer poder en la Isla".

**Abelardo Colomé Ibarra:** militar de carrera de 54 años. Es ministro del Interior, miembro del Buró Político y fue nombrado el 15 de marzo de 1993 uno de los cinco vicepresidentes del Consejo de Estado. Se le considera uno de los hombres de Raúl: fue siempre su segundo desde la época de la guerra en la Sierra de Cristal en 1958 y responsable de la contrainteligencia militar de las Fuerzas Armadas. En 1975 fue enviado a Angola con la misión de parar a las fuerzas sudafricanas que se encontraban a menos de 50 kilómetros de Luanda, la capital angolana. Lo cumplió a sangre y fuego. Fue por ello condecorado como Héroe de la República.

Raúl mismo lo promovió al ministerio del Interior después que el anterior ministro, José Abrantes, se vio involucrado en el caso Ochoa: un escándalo por narcotráfico que vinculó a altos funcionarios cubanos en 1989.

**José Ramón Balaguer:** de 61 años. Médico y también ligado a Raúl en el principio de su carrera: fue miembro del Ejército Rebelde en el Segundo Frente y jefe de los servicios médicos de las Fuerzas Armadas. Atendió a principios de los ochenta en el secretariado del Partido la Ciencia, la Cultura y el Deporte (él mismo es experto en artes marciales). Fue Jefe del Partido en Santiago de Cuba y le tocó vivir directamente la desintegración de la URSS como embajador de Cuba en Moscú. En octubre de 1993 fue llamado para hacerse cargo del área ideológica y de Relaciones Internacionales del Partido en sustitución de Carlos Aldana, considerado entonces como el número tres del poder en Cuba. Oficialmente Aldana cayó en desgracia tras conocerse sus vínculos con un caso de corrupción con la empresa electrónica Sony. Su sustitución por Balaguer fue interpretada por los grupos disidentes dentro y fuera de la Isla como el afianzamiento de la línea ortodoxa de Fidel.

A mediados de 1994 fue trasladado "temporalmente" a la provincia de Granma después de que sus entonces dirigentes provinciales expusieran un informe "superficial y apologético" sobre su situación económica.

**José Miyar Barrueco:** mejor conocido como *Chomy*. Ratificado como secretario del Consejo de Estado. Médico de 60 años que conoció a Fidel en la Sierra Maestra. Es —a juicio de Szulc— la persona más llena de trabajo en Cuba. Relata el escritor: "Chomy tiene su propio despacho en la planta baja del Palacio de la Revolución, pero está a la entera disposición de Castro noche y día, y asiste a la mayor parte de las reuniones oficiales, así como a sesiones con visitantes extranjeros, que a menudo se prolongan hasta la madrugada. Cada vez que Fidel tiene una idea, una pregunta o algo que pedir —o sea, continuamente—, Chomy lo escribe y después pasa las instrucciones pertinentes a los funcionarios apropiados. Chomy, que cuenta con una exigua plantilla de seis personas, sólo queda libre para atender su papeleo cuando Castro se va a dormir. Tiene bajo su trabajo la organización y reorganización de los horarios del jefe y la dirección de la división histórica del

Consejo... Es un hombre abatido, superficialmente afable, obsesionado en fotografiar a Fidel todo el tiempo y con todo el mundo... Ejerce el poder del portero de la casa”.

Desde 1993, Chomy ha ido delegando sus responsabilidades en Felipe Pérez Roque, un ex dirigente estudiantil de 28 años que ahora Fidel ha tomado bajo su tutela. Chomy se encarga paulatinamente del desarrollo del Polo Científico en la ciudad de La Habana: un complejo de modernos laboratorios y fábricas para la producción biotecnológica y farmacéutica, otra de las ramas económicas prioritarias para la Isla.

**José A. Naranjo:** hasta enero de 1995 fue responsable del Grupo de Coordinación y Apoyo del Comandante en Jefe, una especie de oficina de la Presidencia que consta de un grupo de 20 personas, todos jóvenes y cuidadosamente escogidos, libres de cruzar todas las líneas burocráticas del Partido y del Gobierno. Realizan informes, diligencias políticas y revisiones y seguimientos administrativos para Fidel. De él dependen directamente y a él le rinden cuentas. Son los ojos y oídos de Fidel, y Naranjo —comúnmente llamado Pepín— tiene el poder de un superministro.

Este grupo —conocido como “el equipo de Fidel”— funciona también como un formador de cuadros administrativos y políticos de alto nivel: de él han salido Carlos Lage, el actual responsable de la economía; Rafael Set Pérez, director del extinto Instituto del Turismo y ahora responsable de una de las tres cadenas hoteleras de la Isla; Sonia Rodríguez Cardona, ministra del desaparecido Comité Estatal de Abastecimiento Técnico Material; Ramón Aispiolea, director del Instituto de Hidrografía; Felipe Pérez Roque, una especie de secretario privado de Fidel; Bárbara Castillo, ministra de Comercio Interior, etcétera.

En enero de 1995, Pepín fue sustituido por Wilfredo López Rodríguez, su segundo de abordó. No significó, empero, que saliera del círculo íntimo de Fidel. Trascendió que se haría cargo de alguna corporación de comercio e industria internacional en “alguna rama prioritaria” para la Isla.

Casi todos los *cubanólogos* ceden a la tentación de clasificar a los hombres de Fidel en grupos. Oppenheimer los dividió en los reformistas: aquellos que quieren mayor apertura económica y mayor flexibilidad política y los de línea dura, que piensan que en

estas condiciones de crisis una mayor apertura puede provocar lo mismo que en la ex Unión Soviética. Ubicó entre los primeros a Carlos Aldana (ya fuera del poder), Carlos Lage y Roberto Robaina. Y de los segundos pone como cabeza visible a José Ramón Machado Ventura, el secretario de organización del Partido. Para Oppenheimer, en el cuarto Congreso fue evidente que ganaron los de línea dura.

Fogel y Rosenthal hacen algunas divisiones entre La Vieja Guardia (caracterizada por las figuras históricas de la Revolución), los “raulistas” y las nuevas generaciones.

En la Habana, sin embargo, no son evidentes grupos o tendencias dentro del equipo gobernante, que se presenta como un bloque compacto alrededor de la figura de Fidel.

No hay grupo ni siquiera entre los que quedaron fuera del poder: Carlos Rafael Rodríguez, ideólogo e intelectual de la Vieja Guardia, artífice de la creación del PCC, salió debido a su avanzada edad (80 años) y su deteriorado estado de salud; José Ramón Fernández, conocido por todos como el *Gallego*, quedó fuera del Buró Político en 1991 y salió de una vicepresidencia del Consejo de Estado. Después de su actuación como ministro de Educación ha realizado “misiones especiales” para Fidel que si bien no son de poca monta, lo alejan más del equipo gobernante: organizador de los Juegos Panamericanos en La Habana en 1991; representante personal de Fidel en visitas protocolarias y de cortesía, etc.; Ramiro Valdés, uno de los cuatro Comandantes de la Revolución, por mucho tiempo el “brazo derecho” del Che Guevara; fundador del sistema de Inteligencia y contrainteligencia en Cuba y hasta 1986 ministro del Interior.

De acuerdo con Szulc, Fogel y Rosenthal, Ramiro Valdés tuvo un enfrentamiento directo con Raúl Castro y, poco a poco, ha ido perdiendo poder: dejó el Buró Político en 1991, no resultó propuesto en el Consejo de Estado en marzo de 1993 y en abril fue removido del Instituto de Sistemas Automatizados y Técnicas de Computación, con lo que quedó completamente relegado del poder.

Conforme la reforma económica que aplicó el régimen de La Habana se hizo más profunda y compleja, Fidel amplió la renovación de sus cuadros. Poco a poco, cambió a políticos de viejo cuño y burócratas tradicionales por hombres relativamente jóvenes, con

más currículum técnico y exitosos en sus anteriores misiones administrativas políticas. Incluso, el requisito de ser miembro del Comité Central del Partido Comunista para acceder a cargo ministerial fue pasado por alto en algunos casos.

En agosto de 1993, cuatro ministros en áreas clave de la economía fueron sustituidos por hombres catalogados como promotores de una mayor apertura en la economía cubana. Algunos, incluso, se habían pronunciado de manera abierta por medidas contrarias a la ortodoxia socialista.

Nelson Torres —ingeniero civil de 43 años— fue nombrado ministro del azúcar. Su encomienda: levantar la producción del dulce, de la que depende el 80% de los ingresos del país. En 1993, la zafra fue apenas de 4.2 millones de toneladas —casi dos millones menos que el año anterior— y reportó una pérdida de 500 millones de dólares para la Isla.

Antes de su nombramiento, Nelson Torres era el primer secretario del Partido Comunista en la provincia de Cienfuegos, una de las más industrializadas del país. Su mérito fue mantener la marcha de la provincia con un mínimo de recursos. Más aún, fue esta provincia la que más azúcar produjo el año 1992 y la que pudo enfrentar con relativo éxito el desempleo y la zozobra que produjo la paralización en la Central nucleoelectrónica de Juaraguá, en la refinería de este territorio —por cierto, la más grande del país—, en la contracción de las operaciones de sus puertos y el cierre de otras industrias.

Alfredo Jordán Morales fue nombrado ministro de Agricultura. Anteriormente fue jefe del PCC en Las Tunas, provincia oriental que destacó por su producción agrícola y su autosuficiencia alimentaria. Y este fue precisamente el reto de Jordán Morales: reactivar el programa alimentario que en ese año (1993) tuvo déficit en todos los órdenes: frutas, hortalizas y viandas (tubérculos), para no hablar de la producción de cárnicos, prácticamente colapsada.

Silvano Colás Sánchez —general brigadier de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y cercano a Raúl Castro— fue nombrado ministro de Comunicaciones. Según medios oficiales tendrá que poner orden en este sector que está al borde de la catástrofe, sobre todo ahora que Cuba plantea garantizar infraestructura en esta rama para hacer factible la inversión extranjera.

El caso más interesante fue, empero, el de José Luis Rodríguez, nombrado presidente del Comité Estatal de Finanzas. Académico de formación, era hasta su nombramiento subdirector del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM). Desde este cargo y dada su cercanía a Carlos Rafael Rodríguez —considerado por muchos como uno de los ideólogos de la Revolución—, este nuevo ministro realizó asesorías en materia económica para el Consejo de Finanzas y trabajos especiales para el Equipo de Apoyo del Comandante en Jefe. Desde 1992 sus análisis advertían sobre el agravamiento de la situación y planteaba medidas “no ortodoxas” para reactivar la economía de la Isla.

En enero de 1995 Fidel volvió a reestructurar su gabinete: seis ministros —incluidos dos vicepresidentes— y el presidente del Banco Nacional de Cuba fueron sustituidos por, de nueva cuenta, dirigentes frescos y con mentalidad de apertura que aplicarían las nuevas reformas económicas previstas para el futuro.

La renovación del gabinete sucedió básicamente en áreas relacionadas con la economía: Transporte, Pesca, Industria Ligera, Economía y Planificación, Comercio Interior y Trabajo y Seguridad Social.

La sorpresa mayor la constituyó la sustitución de José A. Naranjo Morales, ministro de gobierno y jefe del Equipo de Coordinación y Apoyo del Comandante en Jefe. Lo reemplaza su segundo de abordo, Wilfredo López Rodríguez.

En la Isla se espera que Naranjo Morales sea —a diferencia de los otros sustituidos— “trasladado a otras responsabilidades”.

Fueron sustituidos Leonel Soto y Antonio Rodríguez Maurel, vicepresidentes del Consejo de Ministros, instancia ejecutiva del gobierno. El primero fue designado gerente de la Editorial SI-MAR S.A. Soto es considerado como hombre cercano a Fidel Castro y uno de los representantes de la “vieja guardia” dentro de la nomenclatura cubana. Hasta antes de su sustitución era el encargado de las relaciones económicas con Rusia. Firmó con Moscú los protocolos de entendimiento durante estos años de periodo especial y negoció los intercambios de azúcar cubana por petróleo ruso.

El otro vicepresidente, Rodríguez Maurel, fungía también como ministro de Economía y Planificación. Lo sustituyó Osvaldo Martínez Martínez, presidente de la Comisión de Asuntos Económicos

del Parlamento y director del Centro de Estudios de la Economía Mundial (CIEM).

Osvaldo Martínez —economista que viene del ámbito académico— es considerado como “reformista”. Es —junto con José Luis Rodríguez, ministro de Finanzas, y Carlos Lage, secretario ejecutivo del Consejo de Ministros— uno de los impulsores de la apertura económica de la Isla. Son públicas sus declaraciones para llevar la economía cubana hacia un sistema mixto donde, afirma, la propiedad y los negocios privados jueguen un papel a la par de la propiedad estatal y cooperada.

Salvador Valdéz Mesa, segundo secretario de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), fue designado ministro de Trabajo y Seguridad Social en lugar de Francisco Linares Calvo.

Este último cambio fue interpretado en La Habana como un movimiento político: se esperaba que con las medidas de ajuste económico medio millón de empleados perdieran su empleo o fueran reubicados.

La designación del dirigente sindical “puede buscar cierto equilibrio político en los efectos laborales que van a tener las reformas económicas”, comentaron analistas políticos en La Habana.

Por otra parte, durante 1994 el sistema cubano renovó a ocho de los 14 jefes partidistas provinciales —algunos fueron trasladados a otros territorios— con importantes movimientos en los burós políticos regionales. Salieron hombres de 50 años o más y entraron jóvenes con menos de 40.

Los casos más notorios fueron: Jorge Luis Sierra, quien a los 33 años se convirtió en primer secretario del PCC en la provincia de Holguín, y Miguel Díaz-Canel Bermez, quien con 34 años fue nombrado primer secretario de la provincia Villa Clara. Este último es un ingeniero electrónico que luce una amplia cabellera, *jeans* y camisetitas. A toda hora trabaja con su computadora y —para disgusto de muchos dirigentes antiguos— realiza su labor “con mucha independencia”.

### 3. Concesiones al capitalismo

En la confluencia de las calles 23 y L, en el barrio habanero de El Vedado, un anuncio luminoso da la hora e inaugura la publicidad capitalista: *Hollywood Cigars*.

En contraesquina, el Hotel Habana Libre —símbolo de la Revolución, ahora administrado por el grupo español Guitar— da entrada por una puerta lateral a decenas de cubanos que, dólares en mano, quieren comprar ropa y víveres. Ahí mismo, varios jóvenes compran por un dólar una cerveza *Miller* en una máquina automática.

En el área, “jineteros” —cubanos que viven ilegalmente del turismo— y “trabajadores por cuenta propia” se confunden y, a cielo abierto, ofrecen mercancías y servicios: artesanías en madera y piel, pizzas y pastelillos, taxis con autos particulares e instalación de antenas parabólicas.

Obligado por las penurias económicas, el gobierno de Fidel Castro se olvidó de la ortodoxia socialista y puso en marcha una liberación económica que, poco a poco, cambió el rostro de la Revolución: autorizó, por ejemplo, una virtual zona franca para la entrada de diversos productos a la Isla, un casino en un cruceiro que comparte con una firma italiana y un banco con capital extranjero.

Durante los dos primeros años del periodo especial, la estrategia económica del gobierno cubano recayó sobre todo en medidas hacia el exterior: apertura al capital extranjero, reorientación de su comercio internacional y desarrollo de industrias clave generadoras de divisas: turismo, azúcar, biotecnología, níquel, tabaco...

Sin embargo, las estructuras de las exportaciones cubanas presentaron un problema de mediano plazo. El estudio *Cuba: Los retos de la economía* (diciembre de 1993), del Centro de Estudios de América (CEA) —organismo consultor del PCC—, lo explica: en 1990, el 90% de las exportaciones cubanas recayó en productos con precios estancados o en franco retroceso (azúcar, níquel, tabaco, etc.), y sólo el 10% en productos “dinámicos” o en expansión (turismo, biotecnología, microelectrónicos).

Según este estudio, al concluir 1995 podría observarse un cambio: el 70% de las exportaciones serán de sectores estancados y 30% de los dinámicos.

Pero —acota— “aun en el mejor escenario de crecimiento de los fondos exportables, los ingresos que se pueden obtener en este periodo no compensarán el mínimo de las importaciones que el país necesita”.

A partir de julio de 1993 el gobierno de Castro aplicó, además, reformas a su economía interna: autorizó a los ciudadanos cubanos el uso de dólares, la venta de productos y servicios por cuenta propia y la creación de nuevas cooperativas agrícolas.

Fidel Castro reconoció entonces que no había de otra: en julio de 1993 se agotaron las reservas energéticas y la falta de liquidez llegó a su punto más bajo. Sin recursos y sin créditos, el país se paralizó casi por completo. El análisis *Cuba: Economía en '93 y Perspectivas '94* del Centro de Estudios de la Economía Cubana (CEEC) —publicado en mayo de 1994— ofrece datos sobre la situación que prevaleció en 1993: caída del Producto Interno Bruto del 33% respecto de 1989; descenso del Producto Social Global del 50%; baja en la inversión bruta de 77%, y reducción en la capacidad de compra del 80% (de 8 500 millones de dólares en 1989 pasó a 2 200 millones en 1992 y a 1 750 millones en 1993).

Públicamente Fidel aceptó en julio de 1993: “Sí, (las medidas) son concesiones al capitalismo, pero tenemos que hacerlas para sobrevivir”.

No obstante, para Fidel Castro las “concesiones al capitalismo” no significan “capitulación del socialismo”.

“Nosotros no renunciaremos a nuestras ideas, ni renunciaremos a los principios del marxismo... Que nadie se confunda en el mundo que porque hagamos una empresa mixta estamos renunciando al

socialismo”, dijo el 7 de noviembre de 1993 ante una asamblea del PCC en La Habana.

Y enfático agregó: “Estamos dispuestos a adoptar las medidas prácticas que sean necesarias, hacer cuanta apertura sea necesaria, sí, bajo la dirección del Partido (Comunista) y de los trabajadores, no bajo la dirección de burgueses ni de capitalistas, sino bajo la dirección del pueblo, del proletariado. Sí, proletariado, porque esta es una revolución proletaria”.

Con todo, según analistas locales y extranjeros, las medidas son “duales y contradictorias”:

Por un lado, la apertura al capital extranjero es “intensa y audaz”: Cuba abre sectores de la economía que antaño consideraba tabús y, con relativo éxito, se inserta en un mercado mundial al que estuvo ajeno.

Por el otro, empero, la reforma interna es “gradual” y “precau- da”. El mercado doméstico es exclusivo del Estado: ningún extranjero o cubano con capital puede poner un negocio privado que venda u ofrezca servicio de manera directa a la población. Las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC) —especie de cooperativas agropecuarias— ocupan una tierra que sigue siendo estatal y sólo un 20% de su producción se puede vender libremente a la población; los trabajadores por cuenta propia no pueden crear microempresas, ni ocupar empleados, ni ser competencia para el Estado en áreas que éste se reserva para sí (el turismo, por ejemplo).

Las medidas financieras son —a juicios de expertos— “tímidas” ante el temor gubernamental de aplicar las “políticas de *shock*” del neoliberalismo —tantas veces criticadas por Fidel Castro— y de perder control sobre sus efectos políticos y sociales: desempleo estructural, desigualdad social, mayor inconformidad y pérdida de consenso.

Y es que, aparentemente, el gobierno de Castro reaccionó instintivamente conforme se le presentaron situaciones económicas imprevistas. Es decir, adoleció —o nunca se hizo evidente— de una estrategia económica integral y a largo plazo para hacer frente a su crisis estructural.

El citado estudio *Cuba: los retos de la economía*, dijo al respecto: “El agravamiento de la situación económica, generada por la desintegración del socialismo en Europa y la desaparición de la

URSS impusieron una dinámica de emergencia para resolver los problemas más urgentes que han colocado en un segundo plano la definición de un nuevo 'sistema de dirección de la economía'... Este 'sistema de dirección' —cuya articulación es condición necesaria para recuperar la economía en su conjunto— debe definir de manera orgánica las formas de relación de los diferentes sectores de la economía, el régimen de propiedad, los niveles de la autonomía y de subordinación de empresas, el lugar y el carácter de la planificación, el financiamiento bancario, el subsistema de normas, los mecanismos de formación de precios, el sistema fiscal, las escalas salariales, etcétera”.

Acostumbrada a la estabilidad socialista, la población cubana, por su parte, se enfrentó a cambios que le afectaron y que poco entendió. Las medidas económicas adoptadas por el gobierno no aliviaron hasta el momento su situación: careció cada vez más de los servicios y de los productos de consumo básico: alimentos, calzado, vestido, transporte, energía eléctrica, gas doméstico... casi todo.

Impávida, observó como —en un país que se reivindica “hasta la muerte” como socialista— surgía una nueva clase social que, con acceso a los dólares, sobrellevó sin mayores problemas la crisis económica. Nacían “los nuevos ricos” de Cuba.

### La estrategia de los pivotes

Enfrentada a una dura realidad, la economía cubana se descubrió en 1991 pequeña, dependiente del exterior, pobre en recursos energéticos y sumamente deficiente. Aferrado al socialismo, el gobierno de Fidel Castro no tuvo muchas alternativas: “resistir” fue la consigna.

Sin créditos y urgido de dinero, el gobierno de la Isla decidió imponer un severo programa de racionamiento y, al mismo tiempo, concentrar todos sus recursos y energías en aquellas ramas de la economía que fueran exportables: azúcar, turismo, biotecnología, níquel y tabaco, fundamentalmente.

Su estrategia parecía simple: éstas ramas —junto con la apertura al capital— generarían las divisas que a mediano plazo reactivarían la colapsada economía de la Isla. Funcionarían, pues, como “pivotes” para sacarla a flote.

Solos o con inversiones conjuntas, las autoridades cubanas se dedicaron a desarrollar tales industrias. Al cabo de cuatro años, su éxito —difundido con profusión por el gobierno de la Isla— estuvo marcado por las fluctuaciones de los mercados internacionales, por la falta de eficiencia interna para “sacarle todo el jugo” a estas industrias y por la depresión y casi olvido de las demás ramas productivas que se mantuvieron paralizadas. De acuerdo con el citado análisis *Cuba: Economía '93 y Perspectivas '94*, durante estos años se utilizó menos del 20% de la capacidad industrial del país.

### El turismo: “La salvación”

De todos, el turismo fue el pivote que concentró la atención mayor. Apostaron a él por ser un sector de rápida recuperación de la inversión y por tener Cuba las condiciones propicias: miles de kilómetros de playas vírgenes y paraísos naturales; un pueblo alegre y hospitalario, una sólida y atrayente cultura y el halo de misterio que en occidente hace atractivo un sistema socialista.

A partir de 1988, año en que el gobierno cubano decidió impulsar el turismo, esta rama es la única de su economía que creció de manera sostenida. Según estadísticas del Ministerio del Turismo (MINTUR), en 1990 Cuba recibió 340 mil visitantes, en 1992 a 490 mil, en 1993 a 700 mil y en 1994 —con todo y crisis de los balseros— 750 mil.

Esto significó para Cuba la entrada bruta de 530 millones de dólares en 1992, de 700 millones en 1993 y de 850 millones en 1994. El turismo desplazó así a la producción de azúcar como principal fuente de ingresos brutos del país. Su ritmo de crecimiento prevé la construcción de, por lo menos, cuatro mil habitaciones por año, aunque hay disponibles y sin ocupar unas 17 mil.

“Sólo con la rama del turismo se podrá reconstruir todo lo que perdimos económicamente con la desaparición del campo socialista y la desintegración de la URSS”, dijo Castro al inaugurar el 12 de noviembre de 1993 un lujoso hotel en Cayo Coco, con 458 habitaciones, administrado por la cadena española Guita.

Los cálculos del líder de la Revolución son optimistas: “un día, a partir de los éxitos y crecimientos que vamos alcanzando (en el

turismo), tenemos que recibir 10 millones de turistas y los ingresos brutos por año pueden elevarse entre 10 000 y 15 000 millones de dólares". (Esto es, diez veces más de lo que actualmente recibe Cuba por el total de sus exportaciones, incluido su principal rubro: el azúcar).

Son tantas las esperanzas puestas en este sector que, a juicio del presidente cubano, puede absorber hasta 20 mil millones de dólares. Afirmó que los capitales están llegando a Cuba con tal rapidez que cuando Washington decida levantar el embargo "no quedará ni siquiera un metro cuadrado de playa" donde los estadounidenses puedan invertir.

En ese afán, el gobierno de Castro dejó en manos de grupos extranjeros la administración de sus principales hoteles; reorganizó a los organismos del sector y creó el MINTUR e, incluso, fue más allá: autorizó lo que la Revolución prohibió en 1959 por ser un "vicio del capitalismo": el juego y el casino. Sólo que en altamar, fuera de sus costas.

Se trata del crucero *Santiago de Cuba*, de fabricación noruega, de 140 metros de eslora, con oficialidad noreuropea y tripulación mixta, arrendado por la empresa *Havana-Cruises*. Dicha empresa es una sociedad mixta integrada por Fratelli-Cosulich S. P. A. (firma italiana que posee el 50% de la inversión) y las corporaciones cubanas Havanatur y Acemex, con 25% cada una.

A partir de diciembre de 1993 este crucero inició recorridos marítimos de siete días por Santiago de Cuba, Casilda, Cayo Largo, Cozumel (México) y La Habana con un costo de 1 100 dólares por persona. Otro recorrido de seis días incluye el puerto jamaicano de Montego Bay y cuesta 1 400 dólares. Una ganga si se consideran los servicios: peluquería, gimnasio, discoteca, cafeterías, estudios fotográficos, tiendas, un hospital, restaurante, bares, un centro nocturno con espectáculo cubano y, la novedad: un casino.

Ignacio Rodríguez, funcionario de Havanatur, aclaró que el casino sólo funciona a 12 millas de la costa cubana pues la legislación de la Isla prohíbe los juegos de azar en el territorio nacional.

Durante la inauguración del crucero italo-cubano, el 12 de diciembre de 1993, Osmany Cienfuegos, responsable del régimen de la Isla en área del turismo, negó que la presencia de un casino en este crucero, operado con participación del Estado cubano, signi-

fique una modificación en la política turística del gobierno de Fidel Castro.

Abordado por los corresponsales extranjeros sostuvo: "Todos los cruceros del mundo tienen casinos y éste no iba a ser la excepción". Expresó que a este barco no se le permitirá hacer uso del juego mientras esté en puerto cubano, de la misma manera que "a ningún crucero del mundo se le permite usar su casino cuando llega a algún país, así existan legalmente en su territorio los juegos de azar". Por ello, agregó, "este casino no tiene nada que ver con Cuba".

El funcionario se quejó de la difusión "sensacionalista" del casino en este crucero por parte de sus "amigos de la prensa" y aseguró que este tipo de preguntas eran "jodedoras". Afirmó además que el barco no era propiedad del gobierno de Castro, sino que una empresa mixta italo-cubana lo arrienda para prestar un servicio turístico. "Ojalá fuera propiedad nuestra y ojalá tuviéramos no uno, sino muchos cruceros, y en todos los casos operaría conforme las reglas internacionales", añadió.

—¿Un ciudadano cubano con dólares podrá subir a este barco?, se le preguntó a Osmany Cienfuegos.

—Nuestros ciudadanos tienen pocos dólares y los ocupan en necesidades primarias y no para montarse en un crucero. Pero en el hipotético caso de que hubiera, cuando esté fuera de las aguas jurisdiccionales cubanas puede jugar casino si él quiere. Si llega (el cubano) a otro país y cumple con sus leyes, puede hacer con sus dólares lo que quiera.

### Todo es turismo

Para atraer visitantes, los cubanos hacen del turismo un arte e inventan todo tipo de modalidades: Turismo de Salud, Turismo Ecológico, Turismo Sindical, Turismo Militar, Turismo Político...

Si usted tiene problemas de salud, la empresa Servimed le ofrece los mejores especialistas de la afamada medicina cubana, más habitaciones, recorridos por La Habana y una noche en el Cabaret Tropicana.

Si usted es dirigente sindical, una corporación de turismo y la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) le ofrecen un programa que

incluye un recorrido por el Museo de la Revolución, una visita a un centro laboral y una jornada de trabajo voluntario.

Si prefiere algo más audaz, vaya a Caimaneras y desde el mirador Los Malones admire las maniobras militares del ejército estadounidense en la Base Naval de Guantánamo.

¿Algo más chic? Compre un paquete para participar en un evento político en La Habana. Puede ser el Congreso de Pedagogía o algún encuentro de Solidaridad. Recibirá, además de una extensa agenda de actividades sociopolíticas, explicaciones detalladas de la realidad cubana por parte de especialistas y, si corre con suerte, posiblemente Fidel asista al evento. Si de casualidad un fotógrafo del Palacio de las Convenciones captura su imagen junto a la del Comandante en Jefe, por cinco dólares se lleva la fotografía.

El extremo: Cuba se opuso a la presencia de observadores internacionales para las elecciones que efectuó en febrero de 1993, pero vendió paquetes turísticos para quienes estuvieran interesados en conocer su proceso electoral. La empresa Cubanacán ofreció tres opciones: visitar un colegio electoral: ocho dólares por persona; con desayuno incluido en *Bazar 43*: 14 dólares; con comida en *La Ferminia* o en *La Estancia*: 20 dólares. Se le llamó *Turismo electoral*.

Pese al éxito del turismo, sus ingresos netos no son, ni con mucho, los mejores. Osmany Cienfuegos reconoció que de cada dólar que entra al país por esta vía, sólo 30 o 40 centavos son ganancias netas. El resto se gasta en los insumos para dar servicio al turista. Y es que Cuba no produce por su cuenta muchos de los productos que ofrece a sus visitantes. Tiene que importarlos. Las playeras y souvenirs con logotipos de Cuba son, por ejemplo, adquiridas en Venezuela o Taiwan; lo es también el agua potable embotellada y, a mediados de 1993, se importaron toneladas de vegetales y frutas para surtir las ensaladas y cocteles que ofrecieron a sus clientes los hoteles de cuatro y cinco estrellas.

Luego, la operación administrativa del turismo mostró deficiencias. La solución: entregarla a grupos empresariales extranjeros y aprender de ellos. "Queremos que nuestras instalaciones sean más eficientes y, también, que ahí se preparen nuestros gerentes y empleados gracias a la experiencia de nuestros asociados extranjeros", dijo Abraham Maciques, por entonces presidente de la corporación de turismo Cubanacán, en noviembre de 1993.

Así, el hotel Cuatro Vientos, en Camaguey, pasó a la compañía Raytur Caribe; Villa Coral, a la Golden Tulip, de Holanda; Carisol y Los Corales, en Santiago de Cuba, a la cadena alemana LTI; el hotel Riviera, en la Habana, pasó a Kawama Caribbean Hotels; el Cohiba al grupo Sol Melfa y el hotel Habana Libre —símbolo de la Revolución— al consorcio español Guitart Hoteles.

Para acelerar la eficiencia turística, en abril de 1994 el gobierno cubano reestructuró este sector: otorgó plena autonomía a las empresas estatales y con estructuras flexibles para enfrentarse a un mercado de libre competencia. Tres cadenas hoteleras, una de marinas portuarias, cuatro operadoras y una agencia de publicidad estatal reemplazaron a un consorcio estatal que lo controlaba todo.

Se creó, además, el Ministerio de Turismo. Su estructura, empero, es sumamente pequeña: 70 empleados. Su función: dictar las líneas políticas del sector y regir como árbitro entre las empresas recién creadas. A diferencia de las tradicionales estructuras estatales, no administrará recurso alguno.

### Los tragos amargos del dulce

Hasta 1994, la principal rama económica de Cuba fue la producción de azúcar: generaba el 20% del Producto Social Global; cubría el 57% de la tierra cultivable de la isla; ocupaba a casi medio millón de trabajadores (la tercera parte de la PEA de Cuba) y aportaba el 80% de los ingresos en dólares del país.

Cuba era el tercer productor mundial de azúcar y el mayor exportador: sus zafras tradicionales oscilaban entre 7 y 8 millones de toneladas. Pero en el periodo especial esta producción se desplomó. Si en 1991 produjo 7.5 millones de toneladas, en 1992 bajó a 7 millones —con sólo el 30% de los recursos—, en 1993 cayó a 4.2 millones de toneladas y en 1994 sólo a 4 millones de toneladas. La peor cosecha azucarera en 35 años de Revolución.

El precio del dulce cubano siempre —antes y después de la Revolución— estuvo sujeto a precios preferenciales. Primero con Estados Unidos y después con la URSS. El régimen de Moscú llegó a pagar al de La Habana un precio de 24 centavos de dólar por libra, cuando en el mercado mundial estaba a menos de la mitad.

Cuando desapareció la URSS, Cuba perdió tales precios. Por esta diferencia, el gobierno de Castro afirmó que en 1991 dejó de recibir 2 469 millones de dólares de la Unión Soviética y 270.5 millones más de Europa del Este.

Los precios no preferenciales oscilaron en estos últimos cuatro años entre los ocho y los 12 centavos de dólar. Cada punto que sube o baja son millones de dólares que están en juego para Cuba. Lo cual, por cierto, demuestra la vulnerabilidad de este sector.

En 1993 el gobierno de Castro postergó algunos contratos de entrega para 1994, recompró 400 mil toneladas de su propia azúcar a casas comercializadoras para no incumplir compromisos ya hechos. Debido a ello, la Isla dejó de recibir 500 millones de dólares. Las causas: falta de combustible y piezas de repuesto para centrales azucareras y equipos mecánicos del sector, ausencia de fertilizantes y plaguicidas; menor "disponibilidad de caña" y factores climatológicos adversos.

En diciembre de 1993 Lionel Soto, entonces vicepresidente del Consejo de Ministros, declaró: "De acuerdo a lo pactado con los rusos, sus suministros tienen que pagarse con las ventas de azúcar, que podrían ser no menores de dos millones de toneladas físicas al año".

Pero, acotó: "Aseguraremos zafra, pero debemos entregar azúcar, lo que quiere decir que las nuevas relaciones con Rusia exigen un estricto cumplimiento de los términos contractuales".

Para 1994, la situación empeoró: las autoridades cubanas decidieron prolongar hasta junio la zafra a fin de cosechar la mayor cantidad posible de gramínea dulce. Tradicionalmente a finales de abril o principios de mayo concluye el corte de caña.

Otra vez: excesiva humedad en los suelos a causa de las lluvias, carencia de fertilizantes y combustibles, precipitaciones a la hora del corte, fueron, entre otros, los problemas de esta zafra.

Agravó su situación el compromiso adquirido con Rusia para venderle azúcar a cambio de insumos. El semanario *Trabajadores* presentó, el 19 de diciembre de 1994, un panorama desolador para la zafra del siguiente año: "habrá menos recursos, con los cañaverales diezmados, con los trabajadores mal vestidos y mal calzados, con difíciles condiciones de vida y de trabajo".

Nelson Torres, ministro del Azúcar, reconoció que la falta de "medios materiales" es la principal dificultad a enfrentar: faltan

neumáticos y refacciones de tractores, oxígeno, combustible, herbicidas, fertilizantes... todo.

Fue tal la preocupación que el gobierno de Castro tomó una decisión otrora impensable: abrió este sector estratégico a la inversión extranjera y toda su infraestructura (considerada como una de las más grandes en América Latina) es objeto de negociación.

Más aún, "las primeras negociaciones para la inversión foránea en el sector podrían concluir exitosamente a fines de enero o principios de febrero de 1995", declaró el 26 de diciembre Octavio Castilla, viceministro cubano de Inversión Extranjera y Cooperación Económica.

Las empresas interesadas son árabes e inglesas, comentó el viceministro Castilla. Las centrales azucareras con más posibilidades de inversión son las ubicadas en las provincias de La Habana, Cienfuegos y Santiago de Cuba, debido a su cercanía a puertos de embarque.

Fidel Castro reconoció que la industria azucarera necesita financiamiento exterior para recuperar sus niveles de producción. "Hoy dependemos de la caña...no podemos renunciar a ella", dijo.

### **Biotecnología: apostar al futuro**

Considerada como de las mejores del mundo, la biotecnología y la industria farmacéutica cubanas sorprenden por sus resultados: en menos de 10 años generaron ya 160 productos médico-farmacéuticos.

He aquí algunos: la vacuna contra la meningitis tipo "B"; el *Interferón*, para tratar la hepatitis, el cáncer y la leucemia; el *Factor de crecimiento epidérmico*, para la reconstrucción del tejido de la piel, principalmente en quemaduras; la *Melagenina*, para tratar el vitiligo; la *Streptokinasa*, para prevenir infartos cardíacos, y el *Policosanol* (mejor conocido como PPG) para controlar el colesterol.

El problema mayor de los cubanos es, empero, producirlos a gran escala y comercializarlos en el mercado internacional, dominado por los grandes consorcios farmacéuticos del mundo.

Un ejemplo: el PPG—que los "jineteros" venden en la Isla como estimulante sexual— fue recomendado a fines de 1993 por la Universidad de Ginebra para ser incluido en los catálogos mundia-

les de los fármacos por ser el producto anticolesterol "más importante" de los últimos tiempos. Pero los grandes laboratorios impugnaron tal recomendación y aconsejaron el producto *Mevacor*, del laboratorio estadounidense Merck, cuyas ganancias por la venta de este fármaco se estiman en 1 600 millones de dólares.

A pesar de que la información de las operaciones comerciales es restringida por las autoridades de la Isla, trascendió la venta de vacunas antimeningocócicas a Brasil por 100 millones de dólares en 1990, por 82 millones de dólares en 1991, y a Argentina por 15 millones de dólares en 1994.

Durante una gira por América Latina en abril de 1994, el canciller cubano Roberto Robaina ofreció a los gobiernos de Uruguay, Perú, Argentina y Colombia, pagar la deuda cubana con medicamentos y vacunas.

Según Manuel Limonta, director del Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología (CIGB), los ingresos de Cuba por esta vía "son menores a los 300 millones de dólares". No obstante, las autoridades de la Isla esperan que para el quinquenio 1995-2000 pueda generar más de 1 000 millones de dólares. Eso sin contar con los importantes ingresos que le reportaría el descubrimiento de vacunas contra el cólera y el Sida que —aseguran— se tendrán antes de terminar el milenio.

La biotecnología cubana es, pues, más una promesa de largo alcance que una realidad inmediata, cuya potencialidad puede —a juicio de científicos internacionales— generar tantos ingresos como los aportados por el turismo o el azúcar.

### Los pivotes tradicionales

Otros dos productos cubanos tradicionales completan el cuadro de los pivotes: los minerales (sobre todo el níquel) y el tabaco.

Cuba posee el 37.3% de las reservas mundiales de níquel y se coloca como uno de los más grandes extractores mundiales de este mineral, que sirve lo mismo para producir aceros inoxidables y aluminios, que tintes textiles y otras aleaciones de uso industrial.

Su problema: no tiene la capacidad industrial y tecnológica para explotarla al máximo: en 1992 produjo 40 mil toneladas cúbicas y en 1993 avanzó a 50 mil toneladas. Lo óptimo sería producir 100

mil toneladas anuales (y aún así Cuba tendría reservas probadas para 200 años).

El Parlamento de Cuba aprobó el 22 de diciembre de 1994 una Ley de Minería que ofrece ventajas arancelarias, protección al capital y concesiones territoriales por 25 años para la explotación de estos recursos.

Durante la sesión del Parlamento, el ministro de la Industria Básica, Marcos Portal, informó que la Isla fue dividida en 37 regiones mineras y que hasta el momento la mayoría está contratada: más de 30 bloques por un total de 30 000 kilómetros cuadrados.

Las firmas extranjeras que participaban, hasta mediados de 1994, eran 10 canadienses, una francesa, una italiana y una australiana. Se negociaban además contratos con una empresa panameña y una venezolana.

Los principales minerales que se encuentran en el subsuelo de la Isla son: oro, plata, cobre, zinc, cobalto y níquel. Estos últimos son los más abundantes. Sus reservas son de 800 millones de toneladas, un 37% de las reservas mundiales.

La industria del níquel —la más desarrollada— produjo en 1994 30 200 toneladas. Casi la totalidad se exportó a 26 países. Los ingresos son calculados extraoficialmente en unos 500 millones de dólares e hicieron de esta industria la tercera generadora de divisas para la Isla.

Con todo, la producción del níquel fue menor a las expectativas (se esperaban unas 50 000 toneladas) y a la capacidad real de producción (más de 100 000 toneladas anuales). Por ello, los cubanos ofrecen tanto capacidades ociosas como territorios vírgenes para la exploración y explotación. No en balde aseguran que es el país que posee las más grandes reservas mundiales de este mineral.

La empresa canadiense Sherrit Incorporated de Canadá inició desde 1992 una inversión por 1 200 millones de dólares para la explotación, industrialización y venta del níquel en los yacimientos de Moa, en la provincia de Holguín. Es tal el crecimiento de esta firma conjunta que maneja ahora tres sociedades, incluye un convenio para que una filial de la Sherrit opere el 50% de la planta Pedro Soto Alva, en Moa, y la parte cubana controla a cambio la mitad de las acciones de una planta en Saskatchewan, Canadá.

La compañía Western Mining, de Australia, y la Commercial

Caribbean Nickel S. A. de Cuba firmaron una carta de intención para explorar y explotar y, de encontrarse níquel, procesar un yacimiento en Pinares de Mayarí, en el oriente de la Isla. La operación se calcula en 500 millones de dólares.

Una asociación multinacional se creó en julio para explotar un yacimiento de cobre en Mantua. Las empresas son Scintres-Caribe (para investigación aerogeofísica); la Heath & Sherwood y la estatal Cubanex (para la perforación) y la Vald'or (para las investigaciones geofísicas).

GeoMinera S. A. inició la explotación de una mina de oro en el poblado de Santa Lucía, en la provincia occidental de Pinar del Río. Según las predicciones, la producción podrá ser de unos 500 kilogramos anuales del metal precioso con un 99% de pureza.

El 27 de diciembre de 1994, la compañía canadiense Yutel Geominera descubrió una mina de oro en una zona cercana a El Cobre, en Santiago de Cuba. La mina es una mancha acuífera de unos 200 metros de extensión e igual profundidad. Tiene un concentrado aproximado de un gramo por tonelada. Yutel Geominera realiza en Cuba inversiones a riesgo con un capital de 2.5 millones de dólares en proyectos que van desde la central provincia de Villa Clara hasta la oriental Santiago de Cuba.

Al tabaco, por su parte, le afectaron las condiciones climáticas y problemas legales en los países donde vende la mayoría de su producción: España, Francia e Inglaterra.

Considerado el primer producto que exportó la Isla —lo llevaba Cristóbal Colón en su primer viaje de regreso a España—, la producción alcanzaba anualmente los 100 millones de habanos en 25 diferentes marcas. En 1990 el tabaco reportó 115 millones de dólares a la mayor de las Antillas.

Pero su producción bajó 20% en 1992 debido a la falta de combustibles, fertilizantes y herbicidas. Esto ocasionó una disminución de la materia prima: faltaron las hojas del “volado”, “seco”, “ligero” y “capa”, cuya mezcla es indispensable para que el “torcedor” realice la “ligada” que necesita todo habano.

En marzo de 1993, la Tormenta del Siglo y posteriores lluvias afectaron las plantaciones de tabaco de la región de Pinar del Río —donde se concentra el 80% de su producción— y la caída fue del 40 por ciento.

Por si fuera poco, el gobierno de Cuba enfrentó diferentes líos legales ante tribunales europeos que le quitaron por dos años la venta de algunas de sus tradicionales marcas. La *Davidof* fue entregada a su supuesto propietario Zino Davidoff, quien alegó que su apellido había sido usado sin su autorización. Las marcas *Montecristo*, *H. Upmann* y *Larrañaga* fueron retiradas de circulación en Francia —el segundo mercado en importancia— ante el reclamo de la sociedad antillana *Cuban Cigar Brand*, curiosamente subsidiaria del consorcio de Estados Unidos *Consolidated Cigar Corporation*. Y una disputa con la empresa española *La Tabacalera* le obligó suspender sus ventas de varias de sus marcas en su mercado tradicional, España, país que consume anualmente 40 millones de habanos.

El panorama fue, pues, desalentador, o —como dicen los conocedores— “escaso en humo”.

Para 1994, empero, los resultados fueron alentadores: se produjeron 80 millones de unidades con una entrada similar de dólares.

### **Cuba for sale**

“Nosotros (los cubanos) nos estamos volviendo burgueses también, no porque nos estemos enriqueciendo como personas, sino porque estamos aprendiendo a comerciar, a negociar y porque estamos haciendo muchas cosas nuevas con la experiencia de ustedes”, dijo el líder de la Revolución cubana, Fidel Castro, ante sorprendidos empresarios de todo el mundo asistentes a la premiación de la XI Feria Internacional de La Habana, en noviembre de 1993.

Y sí.

Como nunca, el gobierno de Castro promueve y sostiene reuniones con empresarios de todas partes para que inviertan en Cuba o comercien con ella; cambia sus leyes o las hace flexibles para dar seguridad jurídica y ventajas al capital extranjero que difícilmente un país capitalista puede ofrecer; reestructura su aparato administrativo en áreas del comercio internacional y seduce, promete y compromete, de manera personal, y a veces caso por caso, a los hombres de negocios con ofertas en teoría irresistibles.

No hay prácticamente rama alguna de la economía donde los cubanos no inviten a invertir, inclusive en áreas estratégicas y

otrora consideradas tabús para una economía socialista: la industria azucarera, los energéticos, el transporte, el níquel, el tabaco, el turismo, los cítricos, los servicios... todo.

Poco a poco, los empresarios extranjeros pasan por alto las disposiciones y presiones del gobierno norteamericano —que prohíbe todo trato comercial de sus subsidiarias con la Isla y ha llegado al extremo de tratar de imponer sus leyes por encima de las normas internacionales mediante la llamada “Ley Helms Burton”— y se arriesgan a invertir y negociar con el régimen socialista de Castro.

Y es que los cubanos ofrecen comercio e inversión para la Isla en prácticamente todo el mundo: Londres, Roma, París, Tokio, México e, incluso, Nueva York, el centro financiero de Estados Unidos, cuyo gobierno mantiene desde hace tres décadas un bloqueo económico en contra de la Isla. No faltaron, por supuesto, los contactos directos por medio de delegaciones enviadas ex profeso.

Durante 1993 y 1994, cada mes llegaban a Cuba decenas de delegaciones de empresarios de todo el mundo que regresaban con promesas, planes y hasta cartas de intención. De ello no escaparon, incluso, empresarios que otrora eran considerados de derecha o anticomunistas. Tales son los casos de la baronesa Iand Yung de Inglaterra; el príncipe de Francia, Jean Poniatowsky, el empresario estadounidense David Rockefeller; el “zar de los medios de comunicación”, Ted Turner; los modistos Luciano Benneton y Pierre Cardin...

Otros —menos famosos y, a veces, oscuros— hacen negocios en la Isla sin referencia alguna a su pasado. Es el caso de Carlos Cardoen, empresario chileno que vendió armas al gobierno de Augusto Pinochet y ahora produce jugos en la Isla bajo la marca cubana Taoro; de Rafael Eitan, señalado como ex espía de los servicios secretos de Israel y que también invierte en la industria de los cítricos; del terrateniente hondureño Miguel Facusse, acusado de pertenecer a escuadrones de la muerte en su país y que tiene la concesión de 20 000 hectáreas para la siembra de palma africana, de la que se extrae aceite vegetal, uno de los productos más escasos en la isla, del prófugo de la justicia norteamericana Frank Terpil y —hasta su detención— de Robert Vesco, presunto estafador internacional.

## Cuba: “casi el paraíso”

Para garantizar la presencia de capital extranjero en Cuba, el gobierno de Fidel Castro hizo reformas legales y aplicó mecanismos de comercio exterior acordes con la economía mundial.

Ya desde octubre de 1991 el IV Congreso del PCC aprobó la creación de asociaciones con capital extranjero como complemento del estatal. En julio de 1992 el Parlamento cubano reformó la Constitución de la Isla: puso fin al monopolio estatal sobre los medios de producción y reconoció la propiedad de empresas mixtas con capital externo.

En septiembre de 1995 el Parlamento cubano aprobó la primera Ley para la Inversión Extranjera, que establece de manera clara las reglas para los negocios foráneos en la isla, da plazos y fija condiciones y responsabilidades. En el fondo, el gobierno intentó con esta ley dar mayor seguridad a los empresarios sobre sus inversiones.

Con un criterio “flexible” en la aplicación de leyes y reglamentos, los negociadores cubanos ofrecen a los inversionistas extranjeros ventajas que difícilmente puede ofrecer algún país capitalista: mínimos impuestos, repatriación libre de utilidades, recuperación de capital en un lapso de dos a cinco años, autonomía propia frente al Estado cubano y plena libertad de organización y administración interna, concesiones de tierra y propiedad por 25 años o más, mano de obra barata y sumamente calificada... Casi el paraíso.

El gobierno cubano creó además un “grupo negociador central” para atender las propuestas de inversión. Este grupo depende del Ministerio de Inversión Extranjera y Cooperación Económica y está muy ligado a Fidel y al responsable de la economía, Carlos Lage. Permitió además la formación de Consultores Asociados (CONAS), una sociedad civil de asesoría técnica y jurídica para los empresarios extranjeros.

Para negociar y operar con las compañías foráneas, el gobierno de Castro creó empresas estatales y reorganizó otras que funcionan con relativa autonomía y bajo las modalidades del mercado internacional. Cubaniquel, Servimed, Cubanacán, Cubalse, son empresas que van tomando características de *holdings*.

Cimex, por ejemplo, es una de las empresas autónomas más

grandes de Cuba. Interviene en los servicios de financiamiento y otras transacciones del mercado internacional; exporta mariscos, ron, *software* para la industria azucarera y productos de biotecnología. Importa a su vez para tiendas cubanas que venden en dólares. Es dueña de una pequeña flota mercante, cuyos barcos visitan regularmente puertos del Caribe. Es uno de los depositarios del Banco Financiero Internacional de Cuba, por medio del cual participa en las transacciones bursátiles del mercado internacional. Cimex tiene 48 compañías subsidiarias y 12 asociadas que operan en nueve países europeos, seis latinoamericanos, en Japón y Canadá.

Hasta fines de 1994 se habían formado 173 empresas mixtas o negocios conjuntos entre Cuba y el capital foráneo de 38 países, fundamentalmente de España, Canadá, Francia, México, Alemania e Italia. La inversión directa superó las 1 500 millones de dólares. Además, el gobierno de Castro estudiaba a fines de 1994, unas 200 nuevas propuestas de inversión, según informó el viceministro de Inversión Extranjera, Octavio Castilla.

Hasta principios de 1996, había 212 empresas con inversión directa en Cuba. Eso quería decir que, pese a los esfuerzos de los cubanos, la inversión foránea no creció lo esperado: aportó apenas el 3% de los ingresos del país y ocupó al 5% de los trabajadores de la esfera productiva.

Por otra parte, más de 500 firmas extranjeras de 47 países mantienen oficinas y representaciones en La Habana para efectuar básicamente negocios conjuntos de comercio.

Durante la XI Feria Internacional de La Habana, celebrada del 31 de octubre al 7 de noviembre de 1993, 900 firmas de 45 países se acercaron al mercado cubano. Entre ellas 38 firmas mexicanas. La mayoría, pequeñas y medianas empresas regionales, que básicamente desean comercializar productos alimenticios e insumos industriales. Un año después, en la edición XII de la Feria, el número de participantes se había cuadruplicado: 4 000 hombres de negocios de 80 países.

—¿Existe contradicción entre la inversión extranjera y el sistema socialista?

Rodeado de reporteros, Carlos Lage, secretario del Consejo de Ministros y el "cerebro y conductor" de la política económica del

régimen, respondió: "No hay contradicción, sino complementariedad. El sistema socialista es compatible con los mecanismos del mercado. La diferencia es que en los países capitalistas las ganancias producidas por esta inversión son para unos cuantos y aquí se distribuyen con los criterios de una economía planificada".

Lage explicó que la apertura a los capitales extranjeros pretende traer inversión directa, generar empleo, incorporar eficiencia y tecnología y abrir mercados.

He aquí algunas de estas inversiones directas, las cuales eran, hasta fines de 1994, ejemplos recurrentes expuestos por las autoridades de la Isla:

- El grupo *Sol* de España, cuyo dueño es Gabriel Esquerrer —propietario de 183 hoteles en el mundo—, construyó en Varadero el hotel Sol-Palmeras. Costó 40 millones de dólares y tiene 460 habitaciones y 200 *bungalows*. Es copropietario con la empresa estatal Cubanacán. Al lado de este hotel, el grupo Sol construyó otro: el Meliá Varadero. Tiene 490 habitaciones y costó 70 millones de dólares. Es considerado el más lujoso de la Isla. Existen, además, proyectos para que este mismo grupo construya el hotel Meliá-Las Américas con 250 habitaciones de superlujo y un campo de golf de 18 hoyos. Administra, finalmente, el Hotel Meliá-Cohiba, considerado el más lujoso de La Habana.
- Cuba firmó un contrato por seis años con el consorcio francés formado por la Total Petroleum y la Compagnie Européene de Pétales. El consorcio financia la exploración petrolera en la plataforma marítima de la Isla. Si encuentra petróleo, el gobierno de Cuba retiene el 50% de la producción y de las ganancias. En términos similares firmaron convenios las empresas Taurus Petroleum de Suecia y la Nort West Energy LTD, de Canadá.
- La compañía minera canadiense Sherrit Gordon realiza una inversión a cinco años de 1 200 millones de dólares para la extracción e industrialización del níquel. El contrato es más de "riesgo" que de "servicio". Las ganancias dependen de la calidad y cantidad de níquel producido, lo que, al parecer, no representa mayor problema, pues Cuba tiene una de las más grandes reservas del mundo.

- Scharapharm, compañía alemana, construyó, en sociedad con Cuba, una fábrica de vitaminas y otros productos farmacéuticos que no requieren prescripción médica. La empresa de mercadotecnia Asturcoex venderá el equipo médico Lasermed, desarrollado por Cuba, que trata las enfermedades con helio y neón.
- El grupo Domos, del empresario mexicano Javier Garza Calderón, obtuvo la concesión para operar las telecomunicaciones en Cuba. Para ello creó con el gobierno de la isla la empresa mixta Etecsa. Se trataba —hasta su salida en 1997— de la mayor inversión conjunta en la Isla: 1 400 millones de dólares en cinco años. Tenía la particularidad de ser la primera inversión extranjera que se abría para el mercado interior. Con ella, además, Cuba terminó de saldar su deuda externa con México que era de 310 millones de dólares. Y es que el gobierno cubano ofreció a México lo que ha negado a otros países: pagar deuda con inversión. El proyecto de Domos comprendía telefonía inalámbrica, televisión por suscripción y otros servicios. Pretendía también instalar una red digital de larga distancia de microondas y fibra óptica con cobertura nacional, así como enlaces vía satélite y un cableado submarino para la comunicación futura con Miami y el resto del territorio estadounidense y del Caribe.

## 4. Regreso al futuro

Obligado por las circunstancias, el gobierno de Fidel Castro inició reformas internas impensables en una economía socialista: autorizó a los cubanos el uso de dólares; permitió el Trabajo por Cuenta Propia —como primer paso a una posible propiedad privada en pequeño—; creó un sistema de Cooperativas Agrícolas; abrió mercados agropecuarios e industriales con precios regidos parcialmente por la ley de la oferta y la demanda; reestructuró y redujo el aparato estatal e inició una política fiscal y financiera de corte capitalista.

Fueron medidas que aplicó de manera gradual: en distintos momentos y con distintos grados de profundidad. Comenzó en julio de 1993 con la despenalización del dólar y año y medio después no acababan de aplicarse las referentes a la reestructuración del aparato estatal y a las reformas fiscal y monetaria.

Así, intentó sanear las finanzas del país cuyo desequilibrio era, en marzo de 1994, alarmante: un exceso de circulante superior a los 11 000 millones de pesos; un déficit fiscal de 4 200 millones y subsidios a la agricultura y a la industria azucarera por 7 000 millones de pesos. Todo a un cambio oficial de un peso por un dólar.

Al finalizar 1994 las medidas —sobre todo en el ámbito financiero— tuvieron efecto: 72% de reducción del déficit público; disminución en 32% de subsidio para compensar las pérdidas de las empresas estatales, y crecimiento del 25% de los ingresos del Estado por vía del cobro de impuestos y el aumento de tarifas y servicios, según informó el ministro de Finanzas, José Luis Rodríguez, al proponer, el 20 de diciembre de ese año, la Ley de Presupuesto del Estado para 1995.

Rodríguez señaló además que hubo “crecimiento físico en 18 de

las 21 ramas industriales”. Destacaron el níquel, la industria farmacéutica, el tabaco, la construcción y el turismo. Este último pasó a ser, sin duda, la rama económica que generó más ingresos brutos a la Isla (850 millones de dólares), superiores incluso a la tradicional fuente de divisas: el azúcar.

Además, por primera vez desde que comenzó la crisis, se recuperó en 60% el valor del peso respecto del dólar: de una paridad de 120 pesos por dólar, quedó, a fines de 1995, en 40 pesos por dólar y en los meses siguientes se estabilizó entre 20 y 25 por peso. Tales resultados pusieron optimistas a los cubanos. “Tocó fondo” la crisis económica y, para 1995, “iniciará el despegue”, declararon entonces los responsables de la economía del gobierno cubano.

El propio Fidel Castro fue explícito: “Ya nosotros paramos la caída... Ya hoy empezamos ligeramente a recuperarnos... Las medidas que se han ido tomando —con calma, ecuanimidad, sentido común y orden—, ya empiezan a producir sus primeros frutos y nos estimulan a seguir por el camino que llevamos”.

El líder de la revolución cubana pidió, empero, tener calma. “Hay que ser pacientes, no hacernos ilusiones de ninguna clase”, dijo ante científicos y técnicos cubanos reunidos en La Habana el 16 de diciembre de 1994.

Y es que el optimismo del gobierno cubano puede frustrarse. No están asegurados los ingresos de divisas de los que depende la economía cubana para efectuar sus compras de, básicamente, combustible, alimentos e insumos industriales.

Su agricultura —pese a la creación de las Unidades de Producción Cooperada (especies de cooperativas) y un mercado agropecuario regido parcialmente por la ley de la oferta y la demanda— no garantiza la autosuficiencia alimentaria y se estima que destinará alrededor de una cuarta parte de sus ingresos en dólares a la importación de alimentos.

El gobierno estadounidense no autorizaba aún, a principios de 1995, las remesas que cubanos residentes en Estados Unidos enviaban a sus familiares en la Isla y que —de acuerdo con analistas— suponen entradas por unos 500 millones de dólares.

Lo peor: para 1995 la Isla afrontaba una previsible debacle en su principal industria —la azucarera— cuya zafra se estimaba entre 3.5 y 4 millones de toneladas, la más desastrosa de la Revolución.

“Las reformas internas en Cuba son necesarias, pero todavía distan de ser suficientes”, advirtió en diciembre de 1993 el estudio *El Futuro de la Economía Cubana: una visión desde Europa*, elaborado por Manuel Iglesia Caruncho, director del Instituto de Cooperación Iberoamericana.

“La estrategia del gobierno cubano, hace recaer un peso excesivo en la apertura económica externa y regatea soluciones a los problemas que padece la economía interna... La ausencia de éstas últimas constituye, sin duda, el mayor obstáculo para lograr la recuperación y el crecimiento económico”.

Para analistas locales y extranjeros, el régimen de Castro no estableció de golpe las medidas internas —que, por cierto, son muy similares a las que aplicaron los gobiernos de los países de América Latina— por temor a sus efectos sociales y políticos: desigualdad social, desempleo estructural, irritación de la población, pérdida de consenso y falta de credibilidad en un régimen que —de buenas a primeras— tendría que hacer lo que siempre criticó: un ajuste económico con medidas de *shock*, al estilo de las recetas del neoliberalismo.

Prefirió hacerlo a su manera, con mecanismos políticos previos que midieran el apoyo de la población o permearan en ellas los efectos de las medidas económicas, las justificaran y después las legalizaran. Surgieron así resoluciones de la ANPP, Parlamentos Obreros, Asambleas de la Eficiencia y otras iniciativas para las cuales —a decir de las autoridades— “se consultó al pueblo”.

El canciller Roberto Robaina lo dijo en varias ocasiones: “cambiaremos, pero lo haremos a lo cubano y sin renunciar a nuestro sistema socialista”.

Ante la urgencia de los propios economistas cubanos por no retrasar más las medidas —bajo riesgo de hacer más difícil y compleja la crisis—, Carlos Lage, secretario del Consejo de Ministros, atajó: “tan peligroso como atrasar medidas es adelantarlas. Nosotros las estableceremos de acuerdo con las particularidades de nuestra realidad”.

El estudio *Las reformas cubanas y la introducción de la lógica del mercado en el sistema económico. Apreciaciones sobre los efectos sociales*, realizado por Aurelio Alonso, investigador del CEA, aseguró que estas medidas “introducirán inevitablemente la

lógica del mercado en el sistema socialista”, pero, al mismo tiempo, intentan “que el Estado mantenga su predominio en la propiedad, el control y la capacidad de autodeterminación”.

“Se trata, pues, de implantar una economía socialista de carácter mixto, en la que el sistema cubano sea capaz de servirse de los mecanismos del mercado sin que tenga que sucumbir ante ellos”.

Señaló, empero, efectos y defectos de estas medidas. Para empezar, “rompió con el principio de equidad social” y —junto con la pauperización de la gran mayoría de la población— propició el surgimiento de un sector social privilegiado que no necesariamente milita o simpatiza con la Revolución.

Más aún: “creó el peligro de un grupo con prebendas económicas en los segmentos de la burocracia política y administrativa del régimen, para el cual —hasta el momento— no hay antídoto”.

Con todo, Fidel Castro se pronunció por tomar las medidas económicas que considere necesarias. El primero de mayo de 1994, ante los diputados que ese día aprobaron un acuerdo de “recomendaciones” para sanear las finanzas del país, el Comandante en Jefe dijo: “Que quede muy claro: vamos a tomar las medidas que sean necesarias aunque al otro día nadie nos quiera ni saludar”.

### El príncipe y el mendigo

Sobre 5a. avenida, en el barrio habanero de El Náutico, un supermercado estatal se muere de aburrimento: anaqueles vacíos y desvencijados; paredes sucias y descarapeladas; un mural, amarillo y percutido, con la leyenda *Venceremos*, y dos empleados que —a falta de clientes— se espantan la moscas con su delantal. De vez en cuando, algunas personas —casi todos mayores de edad— recogen una cuota semanal de cinco libras mensuales de arroz y de seis huevos semanales por persona.

A este supermercado le llaman “El Mendigo”.

Justo a su lado, un supermercado de la corporación Cubalse ofrece en dólares: abarrotes, ferretería, cafetería, mueblería y hasta florería. Muy bien pintado y con ventanales de vidrios ahumados, sus estantes rebozan de mercancías. Su actividad es febril: decenas de cubanos hacen fila en los distintos departamentos y autos salen y entran de su estacionamiento.

A este le llaman “El Príncipe”.

“El Príncipe” y “El Mendigo” son dos caras de una misma realidad: escasa oferta para los cubanos que se atienen a la tradicional Libreta de Abastecimiento y, en contraparte, una oferta cada vez mayor de productos en dólares.

Entre ambas alimentan un mercado negro que salta a la vista: cualquiera —“apático” o “militante”, “disidente” o “revolucionario”— recurre a él para satisfacer una o varias de sus necesidades: la leche fresca para los niños, el aceite para cocinar, la refacción para el automóvil o la bicicleta; la cerveza y el ron para la ocasión especial... de todo.

El Programa de Racionamiento —y por el cual es común identificar el periodo especial— es el aspecto más doloroso de la crisis cubana. Provocó un progresivo e “igualitario” deterioro en el nivel de vida de los cubanos, apenas compensado con la seguridad social (salud, educación, subsidio al desempleo, etcétera) que el régimen de Castro se empeñó en conservar.

La primera acción del programa de austeridad fue la desaparición progresiva del mercado libre u oficialmente designado “Mercado Paralelo”. Consistía en la compra de los más diversos productos a precios “no subsidiados”, sin demérito de los que se vendían —éstos sí subsidiados— a través de la Libreta de Abastecimiento.

Un mecanismo similar al Mercado Paralelo regresó en octubre de 1994 bajo el nombre de Mercado Agropecuario. Este, empero, relegó aún más a un plano secundario el abastecimiento de productos por “la Libreta”, como le llaman comúnmente los cubanos.

Dicha libreta es un cuadernillo de 13 por 8.5 centímetros donde se anotan los nombres de la familia y las cuotas mensuales que se van asignando. Existe una libreta para productos alimenticios que se distribuyen por la bodega, la carnicería, la panadería y “el mercadito” del barrio. Y existe otra más para los productos industriales: zapatos, ropa, electrodomésticos, etcétera.

Hasta antes de “la despenalización del dólar” (julio de 1993) y de la reapertura del Mercado Agropecuario (octubre de 1994) eran documentos preciados por los cubanos. Después, algunos dijeron: “no valen nada”. Con ellos pueden, en teoría, adquirir 63 productos que se entregan en cuotas fijas. Están ahí desde el pan y la leche hasta una lavadora. Sin embargo, el número de mercancías se

redujo a menos de la cuarta parte y las cantidades distribuidas fueron cada vez menores.

Durante el primer semestre de 1994 la situación de algunos productos de primera necesidad fue la siguiente:

- Arroz: 2.3 kilogramos al mes por persona a un precio de 24 centavos la libra. La producción nacional garantiza el 60% del consumo de la "libreta", el restante 40% se importa de China y Vietnam.
- Pan: uno diario por persona al precio de cinco centavos. Cuba no produce trigo ni tiene capacidad para procesarlo. Se importaban alrededor de un millón de toneladas de la ex URSS. Ahora se importan en una cantidad mucho menor de Canadá y de algunos países de América Latina.
- Frijol: medio kilo por persona al mes a 20 centavos la onza. La producción nacional satisface sólo el 30% de las necesidades. El restante 70% se importa.
- Leche: de fresca sólo se entregaba un litro cada tercer día para menores de siete años y mayores de 65 años. Por prescripción médica se distribuía al mes un kilo de leche en polvo. Como este producto escaseaba, regularmente era sustituido por otro de fabricación cubana llamado "cerelac". Costaba un peso con 50 centavos y, a decir de los cubanos, "sabe a rayos, chico". La leche en polvo fue uno de los alimentos más afectados con la caída del campo socialista. Se importaban 23 000 toneladas de la República Democrática de Alemania y otras 10 000 de la URSS.
- Huevos: cinco por persona a la semana a 60 centavos la unidad. Se dejó de importar de la ex URSS y es un producto tan codiciado como escaso.
- Carne: no existía como tal en ninguna tienda o bodega estatal de abastecimiento de la Isla. En su lugar se entregaba el "picadillo extendido": una combinación de carne molida con soya importada de China. Correspondían 345 gramos por persona cada nueve días. Si no llegaba a la bodega se entregaba "Fricandel": una combinación de carne de pollo con aditivos. El cerdo —fundamental en la comida criolla cubana— desapareció de las carnicerías inmediatamente después de que fue decretado el periodo especial. La crisis y una

epidemia de fiebre porcina redujeron su existencia. La masa ganadera —la mayoría de propiedad estatal— es, como en la India, "sagrada": está prohibido sacrificarla en aras de recuperar la producción de leche. El sacrificio ilegal de una res se castiga hasta con tres años de cárcel.

- Prendas de vestir: cuatro metros de tela y dos prendas de vestir por persona cada dos años, así como una pieza de ropa interior por persona en el mismo periodo. La producción de la Isla cayó de 85 millones de metros de tela en 1989 a 40 millones en 1992. Paradójicamente, Cuba tiene capacidad para producir 300 millones de metros de tela al año, pero carece de recursos para comprar algodón y otros insumos.
- Calzado: un par de zapatos cada dos años. A fines de los años 80 Cuba producía 20 millones de pares de calzado. Desde el periodo especial no se produjo ni uno más, a no ser por los zapatos artesanales que se venden en ferias populares y de manera particular.
- Cigarrillos: cuatro cajetillas de 20 unidades al mes por persona. Su costo era de 20 centavos y en junio de 1994 pasó a 1.60 pesos. Considerado el país tabacalero por excelencia, durante 1993 tuvo un déficit mensual de 12 millones de cigarrillos. Este tipo de mercancías, que en otros países se consideran no básicos, en Cuba adquieren prioridad: por naturaleza el cubano es un habitual fumador, bebedor de café y consumidor de ron. Por tanto, su ausencia provoca en la población cierto estado de angustia.

La escasez de productos se agudizó al mismo ritmo del periodo especial, al punto de que en los primeros tres meses de 1994 no hubo aceite comestible ni detergente. De dos tubos de pasta de dientes se redujo a uno por familia al mes. Desde 1992 sólo se puede obtener mensualmente media barra de jabón por persona. El yogurt aparece y desaparece cada dos meses.

Claro, toda esta situación variaba en dependencia de los abastecimientos que obtenía Cuba en su comercio exterior.

—¿Hay hambre en Cuba?

En septiembre de 1992 —ya en pleno periodo especial— Eugenio Rodríguez Balari, asesor del Consejo de Ministros y director del Instituto Cubano de la Demanda Interna, aseguró:

—No hay hambre en Cuba. Radicalmente lo digo: no la hay en ninguna región del país.

Argumentó: "Por muy reducida que esté la dieta alimenticia, nadie se queda sin comer. Los niveles de consumo de la población se redujeron entre 150 y 200 calorías, pero se mantuvieron en niveles de 2 600 calorías per cápita, situación holgada desde el punto de vista nutricional y fisiológico".

Además, "existe una red de 16 000 comedores en todo el país que diariamente proporcionan cuatro millones de raciones alimenticias. El niño tiene asegurada la comida en la escuela, el enfermo en el hospital y el obrero en su fábrica. Esto —que en cantidad es como si le diéramos de comer diario a un país como Costa Rica— aligera el consumo de la Libreta de Abastecimiento, porque el que almuerza en el trabajo o en la escuela ya no lo hace en su casa".

Y preguntó: "¿Si hubiera hambruna podría mantenerse la actividad en el país?, ¿nuestros jóvenes, hombres y mujeres podrían atravesar kilómetros diarios en bicicleta sin caer como moscas por el cansancio y la debilidad?"

Pero en la población el criterio generalizado, dada la escasez, es que sí había hambre. No era extraño desconocer a un amigo, luego de dos años sin verlo, excesivamente delgado (de 10 a 15 kilos menos), con la piel reseca y con signos de envejecimiento. Ninguno, empero, pudo decir que a diario fue a dormir sin ingerir algún alimento. Es común oír que ahora el cubano "no come lo que quiere, sino lo que puede".

Tampoco es extraño ver a ancianos vestidos en harapos buscando en botes de basura desechos para alimentarse o prendas de vestir.

En última instancia, es evidente que para los cubanos sin ingresos de dólares la provisión de alimentos se volvió una odisea.

La carencia y escasez de productos básicos llevaron a las amas de casa a "inventar" platos y menús que corren de mano en mano con chispas de humor e ingenio: de las tortas de carne a la de "cerelac", del picadillo de cerdo al de cáscara de plátano, de la mayonesa natural a la de papa, y del bistec de res se pasó al bistec de cáscara de toronja.

Este último, por ejemplo, se prepara con la corteza de la toronja. Se sazona y empaniza. Si se consigue aceite se fríe. Luego se sirve con vegetales (si se los encuentra).

Y es que, como dicen los cubanos, "siempre hay manera de resolver la jama (comida)".

Diariamente, medio centenar de jóvenes se montan en cámaras de neumáticos y se adentran al mar por el Malecón habanero. Pescan con redes y anzuelos decenas de ejemplares de distintas especies marinas que luego venden por su cuenta. Otros esconden en sus estrechos patios o en las tinas de los baños a cerdos que engordan para alguna ocasión especial, para su consumo o su venta, tanto de la carne como la manteca. Como tal acción está prohibida por las autoridades sanitarias de la Isla, a los cerdos les extirpan las cuerdas de la garganta. Son cerdos mudos que, a no ser por su olor, no delatan a su propietario.

La carencia de combustible para cocinar dio paso a la leña; la ausencia de detergentes y desinfectantes para lavar ropa y limpiar sanitarios, a las plantas blanqueadoras; la escasez de medicamentos a las hierbas medicinales.

En lo más íntimo, las cubanas sufren mensualmente porque las carencias llegaron al extremo: no existen toallas sanitarias para la menstruación. Ante tal dificultad, usan algodón (cuando lo encuentran), pañales para niños o toallas viejas que arreglan y lavan diariamente.

El salario de los cubanos fluctúa entre 125 y 400 pesos al mes. Al cambio oficial eso equivaldría a la misma cantidad en dólares. Sin embargo, en el mercado negro, el más dinámico y al que regularmente se acude, el cambio era, en mayo de 1994, de 100 pesos por un dólar. En otras palabras, los cubanos ganaban menos de cuatro dólares al mes.

Para diciembre de ese mismo año —debido a los éxitos relativos de medidas para sanear las finanzas públicas— el cambio bajó a 40 pesos y un cubano ganaba cerca de diez dólares al mes, pero se le iban rápidamente porque los precios en pesos subieron estrepitosamente al liberarse parcialmente en el mercado no controlado.

Con todo, las autoridades de la Isla decían que los cubanos ganaban tanto o más que el promedio de los trabajadores en América Latina pues, aducían, en el salario cubano no se consideran los gastos en educación, salud y seguridad social que en otros países son muy caros y en Cuba gratuitos.

A mediados de 1994 un padre de familia con tres hijos gastaba

menos de la cuarta parte de su salario en productos obtenidos por la libreta. Es decir, le escaseaban productos y le sobraba dinero cubano. Lleno de necesidades y con billetes en el bolsillo le resultaba tentador recurrir al mercado negro, mejor conocido en Cuba como la "bolsa". En diciembre de ese año, tuvo la opción del Mercado Agropecuario o de Productos Industriales, pero los precios entonces se dispararon y el dinero se acababa de todos modos sin cubrir todas sus necesidades básicas.

Los precios del mercado negro eran, a veces, 1 000% arriba de los precios de productos regulados por la Libreta.

Algunos ejemplos:

Una barra de jabón para lavar ropa, 60 pesos (0.60 usd). Una libra de arroz, 40 pesos (0.40 usd). Azúcar blanca refinada, 15 pesos. Aceite comestible, botella de un litro, 180 pesos; una libra de frijoles, 30 pesos; una de café, 30 pesos; un huevo 10 pesos; un pantalón de mezclilla, 1 500 pesos; un par de tenis; 3 000 pesos... Y así por el estilo.

Es decir, un especialista médico con un sueldo de 450 pesos (de los más altos en Cuba), alcanzaba en esas fechas a comprar en un mes apenas 20 huevos y un litro de aceite.

El mismo médico, que aunque no fumara recibía mensualmente una cuota de cuatro cajetillas de cigarrillos, pudo venderlos todos a 80 pesos. Compensó así su "bajo salario" y, sin proponérselo, entró al mercado negro. Era, pues, difuso el límite entre lo legal y lo ilegal.

De acuerdo con el citado estudio *Cuba: los retos de la economía*, del CEA, en 1989 —antes de decretarse el periodo especial— por cada peso cubano había 30 centavos circulando en el mercado negro. Para mediados de 1994 había 60 centavos en ese mercado y el exceso de circulante era de 11 000 millones de pesos.

### ***Business are business***

De boca en boca, en el barrio corre la noticia de que hay mercancía en la casa del "bisnero": el "socio fuerte" que compra y vende "por la libre". Los artículos que ofrece son diversos: desde comestibles y ropa hasta equipos de sonido y videograbadoras marca *Sony* o *Hitachi*. Unos los obtuvo de la fábrica o de la bodega que abastece

a los cubanos por medio de la Libreta de Abastecimiento; otros los compró en las bodegas importadoras o en las tiendas en dólares. A él se puede recurrir para hacer alguna compra sobre pedido que, "por una comisión", procura cumplir.

El bisnero no tiene una gran bodega. Sus transacciones comerciales son pequeñas, pero constantes. En un día vende 20 pares de tenis, en otro, varias cajas de ron, luego decenas de latas de leche en polvo, después grabadoras, y así, día con día.

"Esto hay que hacerlo con cuidado, si no se jode el negocio", dice "el viejo Antonio", recostado en su mecedora a la entrada de su casa, en La Habana Vieja. "Caballero, la gente tiene necesidad y, bueno, nosotros de alguna manera les resolvemos, porque puede pedirme lo que sea y en unos días puedo tenerlo, pero le cuesta más. El riesgo tiene su precio".

Roberto Miyar también es bisnero. Su especialidad: los productos del campo. Cada semana va de "compras" a los pueblos y villas cercanas a La Habana: Guanabacoa, Santiago de las Vegas, Artemisa, Güira de Melena, Batabanó...

En su viejo auto Skoda lleva de todo: jabones de baño y para lavar ropa, bolsas de detergente, tubos de pasta dental, botas de plástico, peinetas para pelo y una bicicleta.

"Llegó el habanero", corre la voz de casa en casa en Las Cañas, pueblo distante una hora de la capital de la Isla. Y mientras negocia la bicicleta por un cerdo de 200 libras en casa de Emilio, llegan a verlo señoras con pollos, ramilletes de plátanos, bolsas llenas de ajos y cebollas y manojos de zanahorias.

"El habanero" no para de hablar. Gesticula y hace cuentas frente a una libreta azul. Una bolsa de detergente la cambia por un pollo de cinco libras; las botas de plástico por un lechón de 80 libras; las peinetas por ajos y cebollas.

Y si no es trueque, da y recibe dinero: a 40 pesos una barra de jabón de baño, la misma que mediante la Libreta de Abastecimiento debiera venderse a 40 centavos. La carne de cerdo la compra a 50 pesos la libra y la vende a sus clientes en La Habana a 100 y hasta 150 pesos la libra.

Regresa cargado de productos agrícolas y con más dinero que con el que llegó: 15 000 pesos. En el camino explica: "En el campo está la jama (comida) que hace falta en la ciudad, pero no hay otros

productos que, escasos y todo, sí existen en la ciudad. Como la distribución está de madre, el *bisnes* es ser intermediario: llevar de aquí pa' llá y virar cargado de regreso".

—Pero se lleva tremenda ganancia...

—Y qué tu cré, ¿qué es por gusto? Es la necesidad de resolver. Mira que el negocio tiene su riesgo. Si te atrapan, ya te jodiste.

En enero de 1994, en las entradas de la ciudad de La Habana se establecieron retenes policiacos para evitar que autos y camiones transportaran ilegalmente mercancías. Si una persona llevaba más de 22 libras de algún producto, le era confiscado y se levantaba una acta de amonestación. Incluso, cada chofer de camión con productos del campo podía ser acompañado por un guardia para que "vele por la carga".

En su emisión nocturna del 2 de abril de 1994, la televisión cubana señaló que las medidas para garantizar el abasto de los productos del campo a la ciudad podrían incluir la vigilancia armada en "el propio surco, los vehículos de transporte y los lugares de venta a la población".

Según las autoridades de la Isla, el 30% de la producción agrícola era desviada hacia el mercado negro. A su decir, la situación era más preocupante en marzo y abril, cuando ocurre la cosecha de primavera. En ella se recogen para todo el año productos agrícolas de primera necesidad para el cubano: papa, col, ajo, zanahoria, malanga y yuca.

Al mismo tiempo, las autoridades crearon destacamentos armados para cuidar sus granjas ganaderas, sujetas de innumerables robos, y ampliaron las sanciones para quien robara o sacrificara ilegalmente una res. La televisión estatal informó, en abril de 1993, sobre el juicio a ocho hombres que mataron a una docena de reses en una finca estatal y se llevaron la carne para venderla en el mercado negro. El fiscal pidió penas de ocho a 15 años de cárcel por "atentar contra la economía y la seguridad del Estado".

Y es que, en el campo, el principal delito es el robo de productos agrícolas y de ganado vacuno, cuya carne es prácticamente prohibida como alimento de los cubanos. Según el diario *Granma*, el 32% de los delitos graves tuvieron que ver con este tipo de hurtos.

## Operación "maceta"

La parte más visible del mercado negro fue, sin embargo, la que trae consigo el turismo. Se trata de los "jineteros" y las "jineteras" que pululan en los hoteles y en las zonas turísticas. Ellos venden productos cubanos a precios más bajos que los ofrecidos por las tiendas para turistas: ron, tabaco y el famoso PPG, un fármaco de fabricación local que elimina el exceso de colesterol y cuyo efecto secundario es estimular la potencia sexual. También cambian dólares por pesos y, si el turista se deja, le piden algún producto que luego ellos revenden al triple.

Las jineteras, por su parte, brindan compañía y sexo a cambio de que el turista les invite la cena, la bebida y la diversión, les compre ropa o les llene la despensa. Hasta antes de la despenalización del dólar (julio de 1993) pedían que les compraran productos en las tiendas exclusivas para extranjeros. A partir de esa fecha, exigen dinero en efectivo: 50 dólares la noche en promedio.

Los jineteros y los bisneros —frecuentemente son ambas cosas— actúan en apariencia de manera independiente. Muchos, no obstante, están coordinados por una incipiente mafia. Hay detrás de ellos varios hombres con los suficientes contactos dentro y fuera del área estatal que aseguran las operaciones, abastecen de productos y les cambian dólares. A estos hombres se les conoce como "macetas".

De acuerdo con el estudio *Cuba: Economía en '93 y Perspectivas '94*, del CEEC, el 51% del exceso de circulante de la economía cubana estaba en cuentas de ahorro. En ellas su distribución era desigual: sólo el 1% de los ahorradores (unas 5 000 personas) tenían más del 25% del dinero ahorrado (unos 1 000 millones de pesos). Esto quiere decir que son unas cuantas "macetas" los que concentran el circulante en el mercado negro. No todo, empero, lo tienen en cuentas de ahorro: también poseen autos, joyas, casas y otras propiedades...

Durante la sesión del Parlamento cubano efectuada el primero de mayo de 1994 —y que abordó las finanzas del Estado—, algunos diputados se quejaron de que los "macetas" fueran los grandes beneficiarios de la crisis y de las medidas económicas adoptadas por el gobierno. Fidel Castro anunció que el primer

decreto económico sería el de recuperar para el Estado los bienes mal habidos.

El 28 de mayo de ese año, la Fiscalía General del Estado informó de la detención de 150 "macetas", quienes quedaron sujetos a investigación por "enriquecimiento ilícito". Se les decomisaron 60 viviendas, 200 vehículos y accesorios, grandes cantidades de dinero en efectivo y pertenencias personales. Sólo en la ciudad de La Habana, había 35 detenidos reportados y se habían decomisado 42 vehículos, 313 accesorios para automotores, nueve viviendas, 470 animales, 75 joyas y 439 555 pesos. La base de su "enriquecimiento" fue —según consignó el semanario *Tribuna de La Habana*— la producción de artículos de plástico, la venta de animales para cultos religiosos de origen africano (muy extendidos en la Isla), los talleres mecánicos y de carpintería y la comida elaborada.

Según la Fiscalía, buena parte de ellos "tenía responsabilidades" en fábricas, talleres, comercios minoristas y unidades gastronómicas estatales.

Y es que la mayor parte del mercado negro se alimenta del robo al Estado. De acuerdo con datos oficiales, en 1993 se cometieron en La Habana un promedio diario de 2 700 delitos. El 60% de ellos tuvieron que ver con el robo de productos y bienes estatales que fueron a parar al mercado negro. Otro fue el robo de bicicletas, cuyo uso es actualmente el principal medio de transporte en las ciudades de la Isla.

Carlos Manuel Novo Muñoz era gerente de una tienda de electrónicos. Desde su cargo tenía montada una red de 23 personas que surtían estos productos a ciudadanos cubanos y extranjeros. Era un "maceta" que por cada televisor o videocasetera obtenía una ganancia de 40 dólares. Fue sentenciado a cinco años de cárcel por el Tribunal Provincial de La Habana.

Carlos Hecheverría y Eduardo Sáenz tenían una banda de robar bicicletas. Las desarmaban y las vendían en el mercado negro. (El precio oficial de una bicicleta era de 120 pesos para trabajadores y 65 pesos para estudiantes). Ellos vendían las piezas al precio del mercado negro: una llanta 150 pesos; un rin, 400 pesos; un manubrio, 500 pesos. Fueron sentenciados por el Tribunal Provincial de La Habana a 18 años de prisión.

La despenalización del dólar y el trabajo por cuenta propia

—medidas adoptadas por el gobierno cubano a partir de julio de 1993— intentaron captar divisas y abrir la posibilidad del empleo privado. Sin embargo —contrario a los propósitos originales— dichas medidas reforzaron la actividad del mercado negro: la economía se dolarizó y no fue fácil diferenciar a ojos vistas, lo legal de lo ilícito.

Un panadero —por ejemplo— podía ofrecer pasteles. Pero ante el desabasto de harina, azúcar y pastas, no era claro para el propio gobierno la forma en que conseguía los insumos para hacerlos: por "desvío" de productos de una panadería estatal o por compra de los insumos en dólares en la "diplotienda".

Al calor de estas medidas aparecieron decenas de restaurantes clandestinos (conocidos como *Paladares*), discotecas privadas, peluquerías y salas de belleza, casas de masajes y hasta posadas que por 15 dólares facilitaban por una noche una habitación amueblada para las parejas urgidas de intimidad.

De pronto aparecieron también taxistas privados en un país sin transporte ni gasolina. Igualmente, había técnicos que tocaban a las puertas para ofrecer antenas parabólicas o plantas de luz, ambas de fabricación artesanal.

En diciembre de 1993 y en mayo de 1994 el gobierno dictó decretos contra aquellos empleos y lugares que —a su juicio— quedaban fuera del marco de las medidas aprobadas. En abril de 1994 aplicó la "Operación Girón 94": decenas de casas particulares que ofrecían estos servicios fueron cerradas, la mercancía confiscada y los propietarios detenidos.

Pasado el operativo policiaco, estos negocios privados volvieron a florecer. Sólo que ofrecieron sus servicios con mayor "discreción" y hasta los llevaban a domicilio.

### Del miedo al orgullo

—Ya viene, ya viene, gritó a todo pulmón el empleado del "diplomercado" de 70, en Miramar, el más grande de la Isla.

Decenas de personas se agolparon por la estrecha puerta del depósito de cárnicos. Un carrito de supermercado asomó apenas y un alud de manos se le fue encima para tomar paquetes de picadillo de res y pollos congelados. En rebatinga, cubanos —dólares en

mano— y diplomáticos extranjeros se disputaban la escasa carne que ese día —viernes 6 de agosto de 1993— había a la venta en toda La Habana.

Un diplomático africano —ataviado con su traje típico: gorro y túnica de seda— perdió un pedazo de tela y la compostura: a manotazo limpio recuperó un pollo para su cena. “Esto es inadmisibles —decía—, esta tienda es exclusiva”.

Pero los cubanos no hicieron caso, se agolparon en la tienda “exclusiva para diplomáticos” e hicieron “compras de pánico”. Largas colas se formaron en sus entradas para adquirir los productos de primera necesidad que, en contraste, no existían en las bodegas cubanas que funcionan a través de la tradicional Libreta de Abastecimiento. Carnes, lácteos, conservas, jabones, ropa y calzado desaparecieron rápidamente de anaqueles y aparadores.

Una semana antes, durante el acto de aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, Fidel Castro anunció la medida que dio un giro a la vida económica de la isla: la “despenalización del uso del dólar para los cubanos”.

Y es que, reconoció, no había de otra. En medio de la crisis del periodo especial, Cuba se quedó sin reservas financieras. No tenía dinero ni para comprar lo más necesario: petróleo, medicinas y alimentos.

Necesitaba, pues, captar las divisas que circulaban en el mercado negro cubano y las que pudieran entrar por cualquier vía hacia la población de la Isla: por las propinas del turismo, por los sueldos de cubanos en empresas extranjeras instaladas en Cuba al calor de la apertura económica, por los ingresos de ciudadanos cubanos que trabajaban en el exterior (como artistas y deportistas) y, sobre todo, por las remesas de dinero y mercancías que enviaban los familiares que viven en el extranjero, fundamentalmente en Miami.

Durante su discurso del 26 de julio, Fidel Castro describió el panorama de la crisis que se vivía en ese momento: “La capacidad de importación pasó de 8 139 millones de dólares en 1989 a 2 236 en 1992 y este año (1993) apenas alcanzó los 1 719 millones; la Tormenta del Siglo (que en marzo de ese año afectó ocho de las 14 provincias de la Isla) causó daños por 1 000 millones de dólares; la zafra azucarera produjo 2 millones 280 mil toneladas menos que

el año anterior y Cuba perdió por ello 450 millones de dólares; la cotización del níquel bajó ese año 1 000 dólares por tonelada; los precios del camarón y la langosta bajaron 1 500 y 500 dólares la tonelada respectivamente, etcétera.

“El país —dijo Fidel— necesita como mínimo siete millones de toneladas de petróleo para poder mover la economía y no tenemos suficientes divisas; necesitamos comprar medicamentos para la población, hay aquí un déficit de 300 medicamentos de primera necesidad y tampoco tenemos divisas para comprarlos, y tenemos que comprar alimentos y piezas de repuestos y muchas otras cosas, y todo se paga con divisas”.

En un discurso previo, ante los diputados cubanos en junio de 1993, Fidel reconoció que, frente una economía en crisis —que a duras penas garantizaba los productos básicos a la población—, los cubanos recurrían con mayor frecuencia y sin recato al uso de dólares para adquirir sus productos

“El Período Especial —sostuvo Fidel— nos obliga a inventar. Son cosas difíciles que no nos gustaban, pero la vida nos impuso el desarrollo del turismo, éste las propinas y éstas la circulación de divisas. De ahí la necesidad de establecer tiendas para que los dólares que se adquieran por el turismo se gasten, si no andarían circulando por ahí”.

Sobre los envíos de dólares por los familiares de Miami —donde se concentra la mayor parte del exilio—, Fidel comentó que *Furry* (Abelardo Colomé Ibarra, Ministro del Interior), le entregó un jabón, “muy bien envuelto, bonito, de esos que traen los turistas. Pero el jabón tenía un huequito y había allí dos mil dólares y en otro mil. Así que la divisa convertible entra aquí de contrabando y nadie lo puede evitar”.

Ante las diversas maneras en que los cubanos se hacen de los dólares, Fidel Castro exhortó a los diputados a pensar con “imaginación y realismo”. Exclamó: “¡Qué!, ¿vamos a dejar circulando solas esas divisas? Van a circular de cualquier manera. Uno de los problemas que debemos plantearnos entonces es si legalizamos o no la tenencia de divisas y que deje de convertirse en un delito en el que participan miles y miles de personas. ¿Para qué?, pues para recaudar esas divisas.”

El mandatario cubano exhortó a “despenalizar” ese delito, “por-

que nosotros no podemos reprimir estas acciones con medidas policíacas, no alcanzaría la policía para el país”.

Antes del discurso de Fidel, la tenencia y tráfico de divisas era el delito más recurrente en Cuba. El Código Penal (Ley No. 62 de 1984) establecía en su artículo 235: Privación de libertad de 2 a 5 años o multas de 300 a 1 000 cuotas (sujeta al criterio del juez) por tráfico de divisas, y de tres meses a un año de cárcel o de 100 a 300 cuotas por tenencia indebida de divisas.

Autorizado el uso de dólares por los cubanos, las colas no desaparecieron, sólo cambiaron de lugar: de las bodegas a las droguerías. No pareció importar que éstas últimas registraran un aumento de precios del 50% en agosto y 30% en noviembre de ese año.

A marchas forzadas, las autoridades de la Isla adaptaron, en agosto de ese año, 16 tiendas para mercancías en dólares a cargo de la corporación CIMEX. En diciembre de 1993 adaptaron otras 42 tiendas y para mediados de 1994 se calculaba en más de 100 las tiendas con productos en dólares.

Luego, el régimen de La Habana hizo más flexibles los mecanismos de entrada de mercancías y dinero de cubanos residentes en Miami y amplió el número de visas para que éstos pudieran visitar el país.

Para analistas dentro y fuera de la Isla, fue claro que la despenalización del dólar significó un giro en la política económica de Fidel y su gabinete. Fue un salto de la “ortodoxia socialista” al “realismo económico”.

Fidel —el hombre que satanizó la moneda del imperialismo y que fustigó a los emigrados de Miami— reconoció ante la prensa cubana un día después de su discurso del 26 de julio: “Sí (las nuevas medidas económicas), son concesiones al capitalismo que tenemos que hacer, pero para salvar precisamente al socialismo... Hay tareas que reclaman mucho sacrificio y algunas de las cosas que estamos haciendo son concesiones, pero hay que hacerlas...”.

Una semana atrás, ante participantes del Foro de Sao Paulo aseveró: “Hacer concesiones, sí, porque no nos queda otra, pero siempre salvando los principios y la independencia... No nos gustan, pero son necesarias”.

El 16 de julio de 1993, ante un centenar de empresarios que asistieron a la reunión de *Euromoney III*, Carlos Lage, secretario

ejecutivo del Consejo de Ministros, dijo: “Sin renunciar a los principios esenciales del socialismo, la apertura económica en Cuba llegará hasta donde sea necesario... No somos dogmáticos, la idea de la propiedad estatal de los medios de producción no tiene ya carácter absoluto.”

Más aún: “... si hay cambios en Cuba tendrán que ser hacia el capitalismo, hacia la propiedad privada y no hacia las nacionalizaciones, porque más nacionalizaciones, más revolución y socialismo en Cuba del que hubo ya no puede haber más”.

El efecto previsible de la despenalización del dólar fue, sin duda, la desigualdad social: sólo los que tuvieran acceso a dólares podrían sobrellevar la crisis, los demás tendrían que atenerse a su salario y a la Libreta de Abastecimiento. Fue la ruptura de la igualdad social tantas veces pregonada por un régimen socialista.

Carlos Lage justificó: “Habrá diferencias sociales, pero éstas no podrán ser tan grandes como en otros países capitalistas”. Aseguró que ante tal situación “es importante que la población comprenda la conveniencia de adoptar tal medida para captar divisas que luego se reviertan en beneficio de todos”.

El estudio *Las reformas cubanas y la introducción de la lógica del mercado en el sistema económico. Apreciaciones sobre los efectos sociales*, anteriormente citado, señaló: “Las medidas del gobierno cubano introdujeron la lógica del mercado en el sistema cubano, y con ella vinieron efectos que pueden deformar y desvirtuar definitivamente el sentido del proceso de transformación revolucionaria”.

Esta deformación —anotó— se presenta en “la ruptura del principio de equidad que ha orientado la economía cubana durante 30 años”. Reconoció que a ello contribuyó el mercado negro, que satisfizo ciertas necesidades y ejerció un “efecto disociador” en la economía formal.

“Los costos tendrán que ser asumidos por el sistema que no tiene otra salida que hacer espacio a las desigualdades sociales con las nuevas medidas económicas”. Y reiteró que “existen esferas de la burocracia que comienzan a encontrar beneficios y privilegios en su función de dar servicio al capital, tanto extranjero, mixto, de autogestión estatal y, veladamente, al subterráneo”.

Y ante el riesgo de que “se implante el clientelismo”, preguntó:

“¿Terminarán estas esferas de la burocracia por involucrarse en un proceso de acumulación (léase enriquecimiento) o habrá antídoto político y social eficaz para este mal que hay que prever desde ahora?”

Un año después de aplicadas las medidas, en La Habana era evidente una disparidad social: ésta llegaba al extremo de ver a funcionarios de corporaciones cubanas viajar en autos Toyota último modelo y hablar por teléfono celular; ir de compras a las diplotiendas y, junto con sus familias, coincidir con diplomáticos en algunos de los restaurantes o clubes sociales y deportivos exclusivos de la ciudad.

Carlos Lage reconoció, en noviembre de 1993, que los efectos de esta medida no sólo eran sociales, sino también políticos. “No siempre el que va tener acceso a los dólares es el que más méritos tenga por su trabajo”, dijo.

La referencia fue clara: los “revolucionarios” tradicionales, o los sectores que siempre apoyaron al régimen son los que, en términos generales, no tienen acceso a los dólares. Los que sí tienen acceso no son necesariamente los más comprometidos con la Revolución.

### **De lo ajeno a lo propio**

En su camino hacia la liberación económica el gobierno de Fidel Castro autorizó el trabajo por cuenta propia y, con ello, abrió la posibilidad de asentar la pequeña propiedad en la Isla.

Por primera vez desde 1968 —cuando el gobierno cubano abolió por completo la propiedad privada y el trabajo particular— trabajadores manuales, artesanos, agricultores y técnicos recibieron la autorización para ofrecer productos y servicios directos a particulares y acordar directamente con ellos el precio de la transacción.

Mediante el decreto-ley número 141 del Consejo de Estado y la resolución conjunta número 1 de los Consejos Estatales de Finanzas (CEF) y de Trabajo y Seguridad Social (CETSS) —publicados el ocho de septiembre de 1993 por la Gaceta Oficial de la República de Cuba—, el gobierno estableció los mecanismos para aplicar esta medida, considerada como la segunda en importancia tras la despenalización del uso de dólares.

El Estado, empero, se reservó un papel regulador y estableció

algunas normas e impuestos. Creó un “Registro de Contribuyentes” al que, en teoría, se debieron inscribir todos los trabajadores por cuenta propia; impuso el pago de una cuota fija mensual que variaba entre 40 y 80 pesos en tanto aplicaba un impuesto progresivo al margen de las ganancias.

Unos meses después, el gobierno autorizó a los universitarios y a los profesionales —excepto maestros y médicos— a trabajar por cuenta propia. Redujo o eliminó el subsidio que los cubanos reciben cuando no tienen empleo —equivalente al 70% de su último salario—, si sus ingresos por el trabajo particular “así lo justifican”. Finalmente, prohibió el empleo de personal asalariado por parte del ciudadano que recibió la autorización del trabajo por cuenta propia.

Aunque permitió la venta directa entre particulares y el libre establecimiento de los precios de los productos y servicios, el Estado —según este decreto— adoptó medidas para “evitar la proliferación excesiva de vendedores” y trató de evitar “el surgimiento de intermediarios o parásitos que lucren y se enriquezcan con el esfuerzo de los demás”.

No permitió, finalmente, que las entidades estatales adquirieran servicios y productos de los trabajadores por cuenta propia, salvo en la renta de la transportación animal, las actividades vinculadas a la agricultura y la compra de productos para la industria local y alimenticia.

Anexa a los decretos apareció una lista de 117 personas que serían ser autorizadas a trabajar por cuenta propia: desde taxistas, mecánicos, carpinteros y personal doméstico, hasta operadores de equipo de audio, decoradores, elaboradores de comida y joyeros. Medio año después, la lista se amplió hasta unos 150 giros de actividades económicas.

Osvaldo Martínez, entonces presidente de la Comisión de Asuntos Económicos del Parlamento cubano, director del Centro de Estudios de la Economía Mundial y posteriormente nombrado ministro de Economía, señaló el 7 de septiembre de 1993 que la autorización del trabajo por cuenta propia era, en los hechos, un retorno parcial a la iniciativa privada. “Creo que sí puede esperarse que comiencen a permitirse varias modalidades de iniciativa privada que de hecho existen en el sector informal (mercado negro)”,

dijo. Afirmó también que el trabajo por cuenta propia “es algo con lo que el socialismo puede coexistir perfectamente” y que “se impone como una necesidad”.

Explicó: “Existen en Cuba una fuerza de trabajo subutilizada y también una serie de producciones y servicios que el Estado no puede aportar en las circunstancias actuales”. Incluso, hay actividades que el Estado “en ninguna circunstancia tal vez pueda realizar en condiciones de efectividad”. Se trata, en fin, de resolver esos pequeños pero a la vez fundamentales problemas de la población basándose en su iniciativa y creatividad.

Amparado por este decreto, la actividad comercial privada creció rápidamente: antenas parabólicas, libros y revistas, artesanías, comida, taxis particulares, afiches y un conjunto interminable de antigüedades caracterizaron este comercio, en un intento por satisfacer las necesidades que el cubano no encuentra en el mercado estatal.

A la par de un mercado oneroso en divisas —principalmente en el sector del turismo— y de un abastecimiento escaso por parte de las tiendas estatales, la vida comercial cubana concentró su dinámica en las ferias artesanales, negocios semiclandestinos, ventas de puerta en puerta y las “ofertas” de lo insólito: pinturas, muebles y joyas de la época de la Colonia.

En la medida en que los ajustes a la economía advirtieron a la población de “mayores sacrificios”, los cubanos buscaron la alternativa en el trabajo por cuenta propia.

En Semana Santa de 1994 los choferes de la empresa estatal de taxis *Panataxi* se quejaron de que era “más fácil hacer pasar un camello por el ojo de una aguja, que un turista por las puertas de sus autos”, según confesaron al semanario *Tribuna de La Habana* y la revista *Bohemia*.

La causa: los choferes particulares cobraban a mitad de precio todo viaje contratado por turistas. De este modo la empresa perdió en marzo 35 mil dólares. Es decir, esa cantidad circuló por manos de taxistas “piratas”. Febrero fue el mes de mayor pérdida para *Panataxi*: 62 mil dólares.

Bibliotecas completas se pusieron a la venta en el parque del Palacio del Segundo Cabo, lugar preferido de los turistas. Desde la *Poesía Completa de Lezama Lima*, hasta las *Obras Completas del*

*Che*, o una colección de variadas ediciones de *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier se ofrecían en menos de diez dólares.

Urgidos por la tenencia de dólares los cubanos sacaron de sus hogares los libros que hasta hacía poco habían adquirido en dos y tres pesos. Hubo quienes vendieron en 25 dólares la novela *El Jardín*, de Dulce María Loynaz, premio Cervantes 1992. La particularidad: primera edición de 1954 autografiada por la autora.

Otros cubanos también sacaron preciados tesoros y los vendieron a turistas extranjeros: joyas, pinturas, grandes espejos de roca, tapices, lámparas de cristal cortado y muebles de maderas finas, heredados de sus antepasados.

Aunque las autoridades cubanas mostraron escepticismo sobre el crecimiento desmesurado del comercio privado, la población manifestó que en este negocio muchos encontraban una forma de vida “honesta y lucrativa”.

Hasta diciembre de 1994 se habían registrado ante las autoridades cubanas 160 000 personas como trabajadores por cuenta propia. Sin embargo, algunos observadores consideraban que había otras 100 000 personas que, sin registro oficial alguno, ofrecían sus mercancías o sus servicios. Un año después la cifra de legalizados aumentó a 200 000.

Andrés Oppenheimer, analista periodístico de los fenómenos cubanos, observó en el trabajo por cuenta propia un efecto político contrario al régimen de Fidel. En un artículo publicado en el diario *Miami Herald* el 23 de septiembre de 1993, expresó que con este autoempleo se golpea al clientelismo político del gobierno cubano. Al perder el Estado el monopolio del empleo —uno de los recursos para cohesionar y controlar a la población—, miles de ciudadanos, ahora independientes, no se verán comprometidos a guardar lealtad con un régimen del que no dependen ni laboral ni económicamente.

El decreto que autorizó el trabajo por cuenta propia dejó en completa libertad a los ciudadanos para acordar el precio de los productos. Casi todos aprovecharon: cobraron en dólares o al cambio del mercado negro: 70 pesos por dólar en diciembre de 1993, 100 pesos por dólar en mayo de 1994.

También el decreto prohibió el trabajo asalariado. Sin embargo, florecieron en La Habana discretos restaurantes, salas de belleza y

de masajes, tintorerías, etc., en las que fue evidente el trabajo de terceras personas.

La dificultad mayor para albañiles, carpinteros, panaderos y demás trabajadores particulares fue el suministro de materias primas, pues no había cemento ni tabiques para muros, madera para puertas, ni harina para pan o pasteles.

Obviamente, los obtenían de personas que los sustraían ilícitamente de las bodegas del Estado o del mismo cliente que los compraba en dólares. Como la existencia de insumos fue rebasada por la demanda de estos servicios, proliferaron las ventas de productos sencillos, básicamente artesanales y sin ningún valor agregado.

Con todo, el negocio de mayor rentabilidad fue el de comida. Al no lograr el gobierno cubano satisfacer la demanda nacional, aumentaron los comerciantes de carne, arroz, aceites y huevos.

Mención especial merecen los restaurantes privados conocidos como Paladares. Montados en salas y terrazas de las casas habaneras, ofrecían menús nacionales e internacionales. Parecía que para ellos no había escasez: verduras, frutas, carnes cocinadas con distintas especias, cervezas y vinos importados, pastelería francesa... todo.

Incluso, eran más baratos: si un coctel de langosta costaba siete dólares en el restaurante de cualquier hotel de turismo, en el paladar costaba tres dólares; si un plato criollo (cerdo asado con malanga y congri) costaba ocho dólares en cualquier restaurante de la especialidad, en el paladar lo ofrecían a dos dólares.

El nombre Paladar provino de la telenovela brasileña *Vale todo* que se transmitió en Cuba a mediados de 1993 y que tuvo en vilo a los espectadores de la Isla. La novela abordó la vida de una muchacha ingenua pero inteligente que —en medio de una trama amorosa— empieza vendiendo emparedados en las playas de Río y termina como una gran empresaria de la industria alimenticia en Brasil. Su negocio se llamaba “Paladar”.

Estos restaurantes florecieron a tal punto que para diciembre de 1994 había —según reconocieron las autoridades cubanas— más de mil en La Habana y 4 mil en toda la Isla.

Durante la sesión del Parlamento cubano celebrada los últimos días de diciembre de 1993, se atacó duramente estos negocios. Los diputados señalaron que era un comercio que competía de manera

desleal con el turismo y que propiciaba el robo y el desvío de mercancías destinadas al uso estatal. El gobierno los prohibió. De manera discreta, empero, continuaron.

A principios de 1994 el Ministerio del Trabajo emitió un decreto que fijó una sanción de 1 500 pesos cubanos y el decomiso de las mercancías a las personas que tuvieran este tipo de negocios. También fue infructuoso.

En abril hubo otro intento, esta vez mayor, la ya citada operación “Girón 94”, y se hizo extensivo para el “comercio ilegal” del mercado negro. Civiles y uniformados decomisaron mercancías de los paladares y detuvieron a sus propietarios. También arrestaron “merolicos” que vendían productos en la calle y levantaron multas a jineteras.

Pasado el escándalo, los paladares volvieron de nueva cuenta, aunque con mayor discreción.

Para principios de 1995 —y ante los previsibles ajustes de personal en empresas estatales y oficinas públicas— las autoridades permitieron estos negocios, aunque con altos impuestos y limitaciones. Un paladar, por ejemplo, no puede tener más de 12 sillas, ni emplear asalariados, ni vender algunos productos como carne de res y mariscos. Este tipo de negocios fueron, no obstante, un colchón que amortiguó un creciente desempleo y una respuesta a la demanda permanente de productos alimenticios.

### La semilla sin riego

Alimentar a una población de 11 millones de habitantes resultó una hazaña para un país que en los 80 dependió de la importación: en 1989 se importaron alimentos por 1 000 millones de dólares, equivalentes al 57% de las proteínas y al 51% de las calorías que consumía la población. La agricultura cubana fue insuficiente y, además, deficiente.

Y es que en Cuba el 57% de la tierra cultivable se dedica a la siembra de caña de azúcar —principal rubro de exportación—, en demérito de los productos para el autoconsumo.

Más todavía: el 75% de la población es urbana y sólo un 25% habita en el campo, con una fuerte tendencia a la migración hacia las ciudades. Luego, el 80% de la tierra en Cuba era propiedad

Estatal —organizada en empresas centralizadas— que ocupaba por salario fijo a obreros agrícolas. El restante 20% de la tierra pertenecía a Cooperativas de Producción Agropecuaria y a productores individuales.

Por si fuera poco, la agricultura se sostuvo a un alto costo: con recursos técnicos y aseguramientos importados y con subsidios que —junto con el área cañera— sobrepasaban los 2 500 millones de pesos.

Para 1990 —tras la desaparición del campo socialista—, Cuba cayó en la cuenta de que su área agrícola estaba limitada por la producción de azúcar, con un rendimiento escaso por hectárea y despoblada. Apenas el 15% de la fuerza laboral se dedicaba a labores agrícolas y su rendimiento era de cinco horas diarias de trabajo. También encontró que su agricultura —al igual que otros sectores— era sumamente dependiente del exterior: para hacerla funcionar requería maquinaria, refacciones, combustible, fertilizantes, herbicidas y otros insumos que necesitaba importar.

De un millón 300 mil toneladas de fertilizantes que se importaron en 1989, para 1992 sólo fueron 300 mil toneladas. En el mismo lapso, los cereales y proteínas para la alimentación del ganado pasaron de 600 mil toneladas a 476 mil. Además, de cinco mil toneladas de diesel empleados en la agricultura no cañera, el consumo se redujo a sólo mil toneladas. En igual sentido, de 80 millones de dólares destinados a comprar herbicidas y pesticidas, la cifra disminuyó a 30 millones en ese periodo.

Al arrancar el periodo especial el gobierno de Castro puso énfasis en lo que llamó Programa Alimentario que, dijo, debía atenerse a recursos propios. Ante la falta de combustible, con 180 mil bueyes sustituyó la maquinaria agrícola. Sin fertilizantes, buscó sustitutos biológicos de fabricación local. Con escasa mano de obra, recurrió —como al triunfo de la Revolución— a los “movilizados”: estudiantes, funcionarios, oficinistas, médicos, amas de casa y trabajadores —cuyas fábricas estaban semiparalizadas— fueron utilizados en faenas agrícolas. De acuerdo con las autoridades de la Isla, en los primeros dos años del periodo especial laboraron en el campo más de medio millón de ciudadanos. Iban por periodos de 15 días, dos meses, seis meses y hasta dos años.

Tras una ligera mejoría en el primer semestre de 1992 —la

producción de viandas y vegetales creció un 24%—, en general los resultados de la agricultura fueron desalentadores. De acuerdo con el citado análisis *Cuba: Economía en '93 y perspectivas '94*, del CEEC, en 1993 el rendimiento agrícola cayó en 50% respecto de 1989.

A la falta de insumos, combustibles y fertilizantes, se sumó, en marzo de 1993, una inusual tormenta tropical llamada “del Siglo”. Afectó los campos agrícolas y fue seguida, primero, de fuertes lluvias y, después, de una prolongada sequía.

El 10 de septiembre de 1993, el Buró Político del PCC acordó crear las Unidades Básicas de Producción Cooperadas (UBPC), cooperativas que —a diferencia de las que se conocen en otros países— no se crearon por la asociación de propietarios independientes, sino por descentralización de las tierras del Estado. Esto es, las empresas agrícolas estatales se dividieron en Unidades, y las tierras se entregaron en usufructo a los trabajadores. En teoría, éstos se organizaron por su cuenta para —con autonomía de gestión— producir y vender al Estado. Sus ganancias están sujetas a lo que produzcan y las utilidades se reparten según el trabajo desarrollado por cada uno (o sea, se acabó el salario fijo).

Son autofinanciables: asumen ahora los gastos y las pérdidas. Pasan a su propiedad —con ventas a crédito— la maquinaria y los insumos, y entre sus trabajadores escogen un Consejo de Dirección.

Aunque el Estado les impone un cultivo específico (caña de azúcar, plátano, arroz, etc.), tienen un área independiente para cultivar productos de autoconsumo: papas, arroz, cebollas, ajo, etc., así como espacio para la cría de vacas, cerdos y pollos.

Para arraigar al trabajador en las UBPC se le dotó de vivienda propia. Se utilizaron primero los campamentos agrícolas de los “movilizados” y, gradualmente, se les construyeron casas y departamentos para mudarse con su familia. Es decir, al lado de las tierras agrícolas, en teoría, abrir un pequeño poblado con escuela, médico de la familia y tienda.

La “autonomía” de las UBPC es, sin embargo, limitada: las tierras continúan siendo propiedad del Estado y éste decide el producto que deben sembrar, la cuota mínima de producción y el precio al que deben vender.

Aunque teóricamente los cooperativistas son dueños de la producción, sólo el “excedente” de una cuota asignada por el Estado

puede ser vendido a particulares a través de los Mercados Agropecuarios. En promedio, esta cuota equivale al 20% de su producción. El restante 80% se vende al Estado, el cual la distribuye a la población a través de la Libreta de Abastecimiento. Un racimo de plátano —que en el mercado negro costaba 100 pesos en diciembre de 1993— no podía ser vendido por la UBPC en más de un peso. Lo cual, a juicio de los analistas, hace parcial la medida y frena los estímulos para producir y para repoblar el campo.

En su estudio *Las reformas cubanas y la introducción de la lógica de mercado en el sistema económico*, de noviembre de 1993, el investigador Aurelio Alonso consideró necesario, para asegurar los bienes agrícolas a la población de la Isla, modificar de manera gradual el uso de la tierra cultivable.

Explicó: “En China y Vietnam —países de donde se tomó la experiencia de las UBPC— la producción agrícola responde, en primera instancia, al autoabastecimiento, y en segunda, a la exportación. El arroz sirve a ambos fines. Pero a diferencia del arroz, el azúcar no puede proveer la alimentación básica de un país si constituye, en lo esencial, un producto a exportar. Por tal motivo, la seguridad alimentaria requiere también que Cuba modifique progresivamente este uso de suelo”. Esto es: ir produciendo menos azúcar y más alimentos.

Fidel Castro aclaró que ello es imposible. En una entrevista con Mario Vázquez Raña, director de *El Sol de México* —publicada en febrero de 1995— explicó que debido a las características de la tierra cubana —excesiva humedad, clima ciclónico, suelos duros, vegetación agresiva— es siempre más costoso sembrar caña de azúcar que maíz, trigo y otros granos básicos que, inevitablemente, se tendrán que importar.

“No es razonable que en las condiciones de nuestro clima utilizemos toda la tierra cañera para las producciones de granos (básicos). Es antieconómico desde cualquier punto de vista”, dijo Castro, y agregó: “No podemos aspirar a una autarquía en la alimentación, eso es un sueño, una utopía, de ninguna manera vamos a producir todos los alimentos que necesitamos, una cantidad de ellos tenemos que importarlos”.

Para febrero de 1994 se habían constituido 1 645 UBPC dedicadas al cultivo de la caña de azúcar —el renglón más importante de la

economía cubana— y otras 838 para otros productos: tabaco, café, arroz y cultivos varios (frutos, hortalizas y tubérculos). De un total de 5 millones 100 mil hectáreas de tierra cultivable que tiene el Estado, ha entregado cerca de la quinta parte (938 188 hectáreas).

Sus resultados, empero, están por verse.

### Bajo las leyes del mercado

Tras el Habanazo y la crisis de los balseros en agosto de 1994, el gobierno de Fidel Castro liberó parcialmente sectores de lo que hasta hacía poco era su coto exclusivo: el mercado interno.

Sin la posibilidad de satisfacer la demanda de bienes básicos, el régimen cubano devolvió la iniciativa a diversos productores y prestadores de servicios. Lo hizo de manera parcial y gradual. Así, autorizó en octubre de 1994 un Mercado Agropecuario y, para diciembre siguiente, un Mercado Industrial y Artesanal para vender “excedentes de producción”.

Dichas medidas significaron un respiro para los cubanos que vivieron el vendaval de la llamada crisis de los balseros. Fue claro para ellos que el asiento de este fenómeno fue la profunda crisis económica de la Isla. Internamente, algo había que hacer.

“Las medidas adoptadas para estimular la producción no significan una renuncia al sistema de economía planificada”, dijo tajante Carlos Lage, secretario ejecutivo del Consejo de Ministros tras ser aprobado el Mercado Agropecuario.

“Nosotros —aseveró— hemos agregado a nuestra organización económica estos mecanismos de mercado y creemos que puede ser un complemento útil para enfrentar la situación actual”.

Los Mercados Agropecuarios, Artesanal y de Servicios son un sistema de compra y venta de productos básicos bajo las leyes de la oferta y la demanda. Al estilo capitalista, el productor —sea campesino, artesano o empleado estatal— impone sus precios y el Estado supervisa la gestión mercantil. Funcionaban así, en diciembre de 1994, un total de 147 locales agropecuarios en toda la Isla, y una veintena para bienes duraderos (zapatos, ropa, muebles, artesanías).

Sólo que los productos que se ofrecieron son sólo los “excedentes” de las producciones agropecuarias e industriales contratadas

por el Estado. Los vendedores debían, por tanto, entregarle primero a él una cuota a precio fijo.

Para el caso del Mercado Agropecuario, una resolución conjunta de los ministerios de Agricultura y de Comercio Interior impidió también la venta libre de los siguientes productos: carnes de res, caballo, mulo y burro; leche fresca, café, tabaco y cacao, así como sus derivados. Además, no se permitió la venta de arroz de los complejos arroceros "que será contratado al Estado en su totalidad".

De acuerdo con el decreto que creó este Mercado, las firmas adscritas al gobierno tuvieron primero que cumplir sus compromisos "destinados a asegurar las actividades económicas, sociales, de la defensa y las dirigidas a fondos exportables". Es decir, antes de vender en este nuevo mercado debieron entregar al Estado las cuotas acordadas con él.

Cada mercado contaba con inspectores para cobrar los impuestos, velar por el orden y la limpieza y controlar que no se violaran los contratos establecidos. Además, estos centros de venta fueron obligados a cubrir sus propios gastos y sus empleados recibían el dos por ciento de las utilidades.

El 1 de octubre —día en que se inauguraron los Mercados Agropecuarios— desde muy temprano cientos de personas hicieron largas colas para ingresar al local del mercado de Cuatro Caminos, uno de los más grandes de La Habana.

La actividad fue febril ese día: amas de casas, obreros, profesionistas se agolparon en torno a puestos colmados de carnes y verduras y, desacostumbrados, no hallaban cómo regatear ante los gritos y pregones del vendedor: "Arriba, caballeros, acá está la mercancía".

Los productos de mayor demanda fueron la carne de cerdo, el plátano y el arroz. Los precios fueron bajos en comparación en el mercado negro, pero muy por arriba del mercado oficial.

Caridad Villar —una empleada del Banco Nacional de Cuba— regateó carne de conejo con el nuevo vendedor. Con su pañoleta en la cabeza y su bolsa de mandado, manoteó y pidió explicación sobre un precio tan alto: 160 pesos por pieza.

Luego se quejó: "Lo único malo de esto es que la plata no alcanza para comprar todo lo necesario. Mira, con un sueldo como el mío, de 165 pesos, es imposible adquirir por lo menos 10 libras de arroz".

El ministro de Agricultura de Cuba, Alfredo Jordán, dijo que el

Mercado Agropecuario "dará un significativo impulso a la siembra de productos, al tiempo que aportará ingresos al Estado" escaso en la actualidad para cubrir las necesidades de fertilizantes, semillas, maquinaria y equipo de riego.

Reconoció que "esta medida no es una fórmula mágica para elevar la producción", aspira, empero, a "erradicar el mercado negro", "propiciar excesos productivos", brindar una "opción a la población" y "usar todas las tierras que hoy no se cultivan".

Hasta octubre de 1994 los cubanos sólo podían acceder a productos agropecuarios a través de la Libreta de Racionamiento, en tiendas que venden en dólares o por intermedio del próspero mercado negro. Por la Libreta de Racionamiento cada familia "tenía garantizado" el "abastecimiento mínimo", pero dada la fuerte escasez de alimentos la mayor parte de la población acudía a la venta ilícita bajo el peligro de sanciones penales tanto para vendedores como para compradores.

"Mantendremos la Libreta de Abastecimiento para las personas que tienen bajos ingresos y van a recibir la misma cuota que ahora", añadió Jordán.

El entonces ministro de Comercio Interior, Manuel Vila Sosa, aseguró, en diciembre de 1994, que el Mercado Agropecuario estaba "prácticamente consolidado y en buena marcha". Y dio una cifra relevante: diariamente se vendían 4 millones 700 mil pesos y el 70% de sus vendedores eran campesinos independientes.

El Mercado Artesanal e Industrial, por su parte, inició con menos fuerza: 16 locales en La Habana, algunos semivacíos y con productos artesanales mal hechos y sin demanda.

Los puestos más atractivos para los cubanos fueron los que ofrecieron zapatos, muebles y ropa.

—A 50 pesos, a 50, cuántas se va a llevar... —gritó a todo pulmón Nicanor Rosales, levantó la mano derecha y sobre su dedo índice dio vueltas a unas diminutas pantaletas amarillas.

Un grupo de mujeres se amontonó para ver las prendas íntimas que ese 1 de diciembre de 1994 —día de la apertura del Mercado Industrial— ofreció la Empresa de Producciones Varias del Ministerio del Interior.

—Eha, si están carísimas —le increpó una de ellas.

—Si te las llevas puestas te las rebajo a la mitad, mi vida.

## Nuevo aparato, vieja burocracia

El Comité Estatal de Abastecimiento Técnico Material (CEATM) era el símbolo de la economía centralizada de Cuba. A través de sus dependencias, localizadas en toda la Isla, autorizaba la distribución de insumos y repuestos para la mayoría de ministerios y organismos estatales. Desde un lápiz y una goma para oficina hasta una repuesto industrial pasaba por el filtro de esta institución.

Ahora, sus miles de empleados —otrora orgullosos de pertenecer a este poderoso Comité— quedaron en el aire: primero, porque dada la escasez existente en la Isla poco tenían que distribuir; después, porque hubo una reorganización del aparato estatal y en ella el CEATM desapareció.

En Cuba existían 32 instituciones con rango de ministerios, así como 10 institutos adscritos a la estructura central de la economía. Entre ellos, según afirmó Enrique Martínez, vicepresidente de la ex Junta Central de Planificación Económica, “se producían desajustes y entorpecimiento en la gestión pública”.

El 22 de abril de 1994, siete Comités Estatales e institutos que tenían rango de ministerios desaparecieron por el Decreto Ley número 147 del Consejo de Estado. Otros 17 ministerios e institutos de la administración central, empero, continuaron “con las atribuciones y funciones que le están legalmente asignadas”.

Los ministerios que sufrieron cambios son básicamente los dedicados a la economía y estaban organizados para responder al CAME, formado por la ex URSS y los países socialistas europeos.

Por ejemplo, el Instituto del Turismo se convirtió en Ministerio (MINTUR) y creó tres cadenas hoteleras independientes y varios organismos de apoyo que funcionarán de manera descentralizada y autofinanciable. Más aún: estas cadenas competirán entre ellas para ganarse el turismo internacional sin ningún respaldo estatal. Esto es: a la libre competencia.

El decreto estableció que, “como resultado de las extinciones y fusiones decretadas”, habrá un “ajuste” en todas las oficinas del aparato estatal para “racionalizar sus respectivas atribuciones, funciones, organización interna y plantas laborales”.

Otorgó un plazo de tres meses para presentar al Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros —encabezado por Carlos Lage— una

propuesta sobre cómo se reorganizarán cada uno de sus ministerios, lo que incluye desde cómo distribuir y controlar sus recursos hasta cuántos empleados le son estrictamente necesarios.

El 25 de enero, en una entrevista publicada en el periódico *Granma*, Carlos Lage informó que 5 284 trabajadores quedaron “disponibles” (o sea, despedidos) en los 27 organismos de la Administración Central.

De acuerdo con el estudio *Cuba: Los retos de la economía*, del CEA, durante los últimos cinco años el Estado cubano “absorbió improductivamente a unos 600 mil trabajadores”. Estas medidas implicarían revertir gradualmente esta situación, particularmente aguda en un país cuya Población Económicamente Activa es de tres millones de personas.

El 11 enero de 1995, George Carreazo Moreno, subdirector del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM) —institución consultora del gobierno cubano—, informó que las autoridades de la Isla aplicarían un programa de “redimensionamiento del sector estatal” y “racionalización de las empresas públicas” con medidas más profundas que las establecidas hasta esa fecha.

Durante un seminario sindical de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), Carreazo dijo que ello implicaría reducir el exceso de personal en empresas que buscan la eficiencia económica. Aclaró, empero, que en Cuba no existe, en realidad, un problema grave de oferta de empleo.

Explicó: “El problema no es que falte empleo, sino que existe una desigual distribución del mismo: sobra en unos sectores y falta en otros. Lo mismo ocurre con la capacitación de los trabajadores: los hay calificados para unas funciones que actualmente no tienen oferta y se adolece de calificación para otros puestos”.

Apuntó que en el extremo de ambos casos, el trabajo por cuenta propia es “un colchón” que amortigua el efecto del desempleo.

Hasta esa fecha 160 000 personas tenían licencia para trabajar por cuenta propia. Se calculaba, sin embargo, que otros 100 000 cubanos trabajaban sin autorización y de manera clandestina: carpinteros, mecánicos, taxistas, panaderos, peluqueros, cocineros y otros que laboraban en talleres y negocios montados en sus casas. Para el experto, el proceso de ajuste económico, y su consiguiente cuota de desempleo, debe ser un “proceso paulatino”. Más aún, este

problema "debe tratarse con mucho cuidado para no dañar el consenso social de la Revolución". Y calculó un recorte "del 30 o el 40% de los trabajadores en los sectores afectados" por el programa de racionamiento económico.

En el mismo evento, Pedro Ross, secretario general de la CTC, calificó de "especulativa" la cifra de 500 000 cubanos despedidos y adujo que el desempleo en la isla era "relativo" pues, señaló, "tenemos sectores donde hacen falta trabajadores". Puso los casos del turismo y la construcción, rubros que han crecido al calor de la apertura extranjera.

Aseguró, incluso, que "en Cuba no se puede hablar todavía de desempleo absoluto. Lo que hay es una redistribución, una reubicación de personal y reconversión de oficios".

Dijo que para ello "hemos convenido con el Estado las facilidades para que los trabajadores se capaciten y reorienten su profesión sin perder su salario". Sin embargo, reconoció que sería afectada un 30% de la fuerza laboral de los sectores en reestructuración. "Estamos hablando de entre 400 000 y 500 000 trabajadores", el equivalente a un 15% de la PEA de la Isla.

Pero no sólo las empresas estatales reducen personal, el Hotel Habana Libre, por ejemplo, inició un reajuste de empleados a partir de que el grupo español Guitart se hizo cargo de su administración. De 1 100 empleados quedaron 500.

Fidel Castro reconoció el 7 de noviembre de 1993 como un error de la Revolución el contratar trabajadores sin ton ni son. "Les ocurrió (a los ministerios) lo mismo que a todo: las plantillas infladas, la tendencia al exceso de personal, el paternalismo, la falta de exigencia, nuestra supergenerosísima legislación laboral y todos los vicios que la Revolución creó, digámoslo con franqueza y no con malas intenciones, no por falta de amor al pueblo y a los trabajadores, sino por exceso de amor al pueblo y a los trabajadores".

### Clases de neoliberalismo

Obligado a entrar de lleno a una economía de mercado, el gobierno de Fidel Castro descentralizó también su estructura productiva y de servicios.

Cada organismo del Estado que no desaparezca o se fusione adoptará una administración autónoma. Y si es productiva, debe ser rentable. Para ello cambió los procedimientos contables. Ya no trabaja mediante "balances de bienes materiales" —típico mecanismo económico del socialismo ortodoxo—, sino por "sistema de cuentas nacionales".

Las empresas estatales que exportan productos e importan insumos pueden realizar las transacciones con el exterior de manera directa, sin la intermediación de organismos del Estado. Un ejemplo: en la comercialización de cítricos no interviene ya el ministerio de la Agricultura, y la empresa cubana que lo realiza redujo su planta laboral de 156 trabajadores a 25.

Por si fuera poco, el presupuesto es aprobado ahora por programas y en función del rendimiento de cada organismo. Y si antiguamente las pérdidas se anotaban en el rubro de gastos, sin determinar responsabilidad alguna, hoy se establecerán auditorías para impedir este defecto o vicio burocrático.

En teoría el régimen castrista intenta tener un Estado socialista con mecanismos capitalistas de control administrativo.

De acuerdo con un documento que resume una reunión entre el ministro de Finanzas, José Luis Rodríguez, y los dirigentes de los Organismos de la Administración Central del Estado —efectuada el 18 de octubre de 1993—, se debe "eliminar el carácter formal del presupuesto de gastos corrientes resaltando su carácter de ley y elevando el papel de los ingresos". Además, "cambiar la política de subsidios a las pérdidas en el sector estatal", pues "actualmente es un proceso prácticamente automático y se debe establecer la diferencia entre lo que son los factores externos y la responsabilidad empresarial".

Para preparar a sus cuadros, el régimen de Fidel Castro organizó y promovió asesorías internacionales. De España, de Chile, de la Comunidad Económica Europea y de México, expertos en finanzas y mercadotecnia llegan a La Habana para dar conferencias magistrales, cursos, talleres y seminarios a dirigentes empresariales, funcionarios y dirigentes obreros.

El caso de México es singular: como parte de un convenio entre el CECE de Cuba y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México (CONACYT), se realizaron cinco seminarios sobre Moder-

nización tecnológica y estrategias competitivas. Los ofrecieron expertos en economía y finanzas del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), centro de enseñanza que formó a buena parte de los cuadros dirigentes del gobierno del presidente Carlos Salinas de Gortari dentro de la escuela económica del neoliberalismo.

Los seminarios, efectuados entre octubre de 1993 y febrero de 1994, abordaron materias como Administración estratégica de la mercadotecnia, Empresas internacionales multinacionales y transnacionales, Negocios en ambientes de competencia, El gerente global, Limitaciones del proteccionismo, Sistemas impositivos, Control de presupuesto público, etcétera.

Obviamente, el lenguaje económico nada tiene que ver con lo que los funcionarios y dirigentes cubanos aprendieron de la escuela marxista. Y hasta en cursos dados a dirigentes sindicales la palabra "proletario" fue sustituida por "empleado" y la "plusvalía" fue hecha a un lado por la "rentabilidad".

La asesoría, en algunos casos, no se limitó a cursos y seminarios, llegó a recomendaciones. En la última semana de julio de 1993, Carlos Solchaga, líder del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en el Parlamento español y ex ministro de Finanzas del gobierno de Felipe González, viajó a La Habana por invitación de Fidel Castro. Se reunió con investigadores y responsables clave de la economía, quienes le proporcionaron información sobre la situación en la Isla.

De acuerdo con el diario español *El País* (julio de 1993), Solchaga presentó un informe con recomendaciones y, en cena privada con Fidel Castro, dijo que la crítica situación de Cuba no se debía, en lo fundamental, al bloqueo impuesto por Estados Unidos, sino a la ineficacia del sistema económico socialista aplicado en la Isla.

Luego comentó que Madrid favorecía las privatizaciones como medio para generar fondos que ayuden a conservar los sistemas de salud y educación cubanos, considerados pilares de la Revolución.

Según *El País*, funcionarios cubanos revelaron que Solchaga dividió las industrias de la nación caribeña en tres: las viables, las no viables pero que pudieran serlo si se reestructuran, y las que no lo serán nunca. En esta última categoría, según el diario, está el 40% de la industria de Cuba.

### Temor del shock

Temeroso de aplicar una terapia de shock al estilo neoliberal, el gobierno de Fidel Castro aplicó gradualmente medidas económicas "dolorosas" para su población, pero "necesarias" para su economía: aumento de precios y tarifas, reducción de subsidios, creación de impuestos y canje de moneda.

Optó, en primer lugar, por "buscar consenso dentro de su población" y por recibir de su Parlamento "un cheque en blanco" para tomar las medidas en el momento y la forma en que "lo considere conveniente".

"Nos reservamos el cuándo y el cómo de aplicar estas medidas... Así como un general no dice cuándo va a atacar, a nosotros nos deben permitir guardar el secreto de la táctica, aunque la estrategia ya se ha discutido de manera global", dijo Castro el primero de mayo de 1994, durante la sesión del Parlamento que discutió las finanzas del Estado.

Antes de que el Parlamento adoptara las medidas económicas en lo que restaba del último semestre de 1994, Castro —movido por motivos políticos— sugirió realizar previamente un "proceso de consulta entre los trabajadores".

Se organizaron asambleas por cada centro de trabajo, los cuales se denominaron *Parlamentos obreros*. De acuerdo con las autoridades de la Isla, se efectuaron de enero a marzo 80 000 asambleas en las que participaron tres millones de obreros, campesinos y burócratas. En ellas, los diputados tuvieron oportunidad de "intercambiar" con los trabajadores puntos de vista sobre la "realidad económica de la Isla y la necesidad de fortalecer las finanzas del Estado, aumentar la producción y la eficiencia", amén de "recibir nuevas propuestas que, desde la base, enriquezcan el debate parlamentario".

En realidad, de acuerdo con analistas políticos cubanos, la jugada de Fidel fue más allá: permear en los trabajadores la idea de que las próximas medidas económicas son "dolorosas" pero "necesarias" y amortiguar con ello los efectos de su aplicación. Buscó, además, obtener un "voto de confianza" de cada una de estas asambleas obreras para ejecutar sin contratiempo las medidas y, según ellos, descargar sobre la sociedad esta responsabilidad.

En dichas asambleas los trabajadores tuvieron oportunidad de

denunciar “ineficiencias y corruptelas” en su empresa y proponer y aceptar medidas económicas que los afectaban.

De acuerdo con los balances preliminares publicados por la prensa cubana, en estas asambleas se habló de reducir y/o eliminar subsidios a empresas no prioritarias (el 60% de ellas no es rentable) y reorganizarlas para volverlas eficientes. Así como hacer más rígida la vigilancia para evitar la corrupción y el “desvío” hacia el mercado negro de recursos del Estado. “Liberar” los precios de algunos productos; cobrar la entrada de algunos espectáculos públicos que hoy son gratuitos o a muy bajo precio (cines, teatros, estadios, etcétera); aceptar que es necesario aplicar impuestos a los ingresos de la población (aunque no necesariamente a los salarios) y reconocer que hay más empleados de los que se necesitan y por tanto, es necesario “reubicarlos” o despedirlos.

Tales asambleas fueron seguidas de una intensa campaña de prensa en favor de “la eficiencia económica”. Entre enero y marzo de 1994 algunos editoriales del semanario *Trabajadores* fueron realmente alertadores: “Se acabó el igualitarismo... En adelante los beneficios extra a los del Estado dependen exclusivamente del esfuerzo individual”; “El Estado no puede subsidiar la ineficiencia y la corrupción”; “El socialismo no es sinónimo de paternalismo”.

Anunciadas desde julio de 1993, las medidas para sanear la economía de la Isla se discutieron en el Parlamento cubano hasta mayo de 1994. Tal hecho provocó conjeturas en el ambiente cubano. Cómo aplicar tales medidas y con qué ritmo fueron, al parecer, el centro de un debate sordo dentro del equipo de Fidel Castro, quien —como el hombre fuerte del país— fue siempre el “fiel de la balanza”.

Según fuentes extraoficiales, mientras algunos abogaban por una aplicación más acelerada y estricta de las necesarias medidas para equilibrar las finanzas y reorganizar globalmente la economía, otros alertaban sobre los peligros políticos y sociales de establecerlas de manera rápida: desempleo estructural, desigualdad social, mayor inconformidad y pérdida de consenso.

Entre los primeros se encontraban economistas “técnicos” como José Luis Rodríguez, ministro de Finanzas, y Osvaldo Martínez, entonces presidente de la Comisión Económica del Parlamento y luego ministro de Economía. Entre los segundos, según estas fuen-

tes, estaban políticos de la “vieja guardia”: José Ramón Balaguer, secretario de Orientación Ideológica del PCC; José Ramón Machado Ventura, secretario de Organización del PCC y Pedro Ross Leal, dirigente de la CTC.

Así, José Luis Rodríguez se pronunció, en enero de 1994, por la estricta y ordenada aplicación de medidas para sanear las finanzas del país, cuyo desequilibrio era, dijo, “alarmante”. Pedro Ross Leal no negó tal realidad, pero atacó las “medidas tecnocráticas” y se pronunció en favor de los “criterios políticos” que en la reforma económica tomen el sentir de los trabajadores. “El meollo de los problemas está en la producción y en la eficiencia y no en la creación de impuestos”, añadió.

El propio Fidel Castro fue el fiel de la balanza. Durante la sesión del Parlamento efectuada el primero de mayo, algunos diputados se pronunciaron por “congelar las cuentas bancarias de los macetas” y “sacarlos de la circulación por medio de un cambio de moneda”. Osvaldo Martínez alertó sobre los peligros que ello entrañaría: los macetas no tienen todo su dinero en el banco, sino invertido en bienes; un canje de moneda sin respaldo provoca la reproducción del problema y congelar cuentas bancarias crearía desconfianza en el sistema bancario.

Pero Fidel Castro lo paró en seco: “Nadie esta hablando de eso... El problema es más complejo: ni los expertos que dicen que saben alcanzan a comprender la extensión del problema... Yo presto mucha atención a los técnicos de la economía, pero desconfío de ellos porque nos pueden embarcar”.

Y como para no dejar dudas reiteró: “Seremos los políticos, con la colaboración de los técnicos, los que tomemos las decisiones”.

Para Fidel una cosa era clara: debían tomarse medidas económicas pero sin renunciar al socialismo. “Cuba está dispuesta a hacer las concesiones que sean indispensables para adaptar su economía a la nueva realidad internacional sin renunciar a los principios socialistas”, aseguró al término de los debates parlamentarios, el 2 de mayo de 1994.

Avalado por el Parlamento de la Isla, el 20 de mayo el Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros emitió un acuerdo que elevó los precios de algunos productos y servicios con el propósito de “eliminar de manera gradual el exceso de circulante”.

Así, los cigarrillos pasaron de 1.60 pesos a 10 pesos en "venta liberada" (fuera de la Libreta de Abastecimiento); la cerveza pasó de 40 centavos a 1.20 pesos la botella de 350 mililitros; el ron, de 11 a 40 pesos la botella de 750 mililitros, etcétera.

De acuerdo con el ministro de Finanzas, José Luis Rodríguez, el aumento de precios en los cigarros representaría ingresos de 1 454 millones de pesos; el de la cerveza, 135 millones; el del combustible, 80 millones de dólares, y el de tarifas eléctricas, 112 millones de pesos.

Uno de los primeros efectos de las medidas que aplicó el gobierno cubano fue la caída de la paridad del dólar con respecto al peso. Entre septiembre y octubre de 1994 la conmoción sacudió a los "cambistas" y compradores de dólares. De pronto, nadie compraba los productos que se ofertaban en dólares; preferían el peso nacional.

De un día para otro, a mediados de octubre, la paridad bajó de 120 pesos por un dólar a 25 por uno, principalmente en La Habana.

Carlos Lage, cerebro y conductor de la política económica de Cuba, aseguró, el 30 de octubre, que la "revalorización del peso es resultado positivo de las medidas adoptadas y debemos de esperar un poco más de tiempo para calificarlo como un resultado definitivo". Y advirtió que para ello era necesario que "crezca la oferta de productos a la población".

Para Lage, la revalorización del peso no significaba un repunte económico en la Isla. "No se puede hablar de recuperación de la economía cubana. No estamos en esta situación y debemos decirlo con sinceridad", apuntó.

Y al finalizar 1994 el optimismo acogió a las autoridades cubanas. Antes y después de las sesiones ordinarias del Parlamento del 20 de diciembre, varias medidas, declaraciones y cifras demostraban "lo justo de la estrategia".

Lage afirmó: "El decrecimiento y el deterioro económico se han detenido por fin". Y señaló que "sólo el socialismo nos permitió resistir primero, y poder emprender ahora una segunda etapa, con medidas que son irreversibles".

José Luis Rodríguez, ministro de Finanzas, señaló a principios de diciembre que hubo "crecimiento físico en 18 de las 21 ramas industriales". Destacaron: el níquel, la industria farmacéutica, el tabaco, la construcción y el turismo. Este último pasó a ser, sin

duda, la rama que generó más ingresos brutos a la Isla: 850 millones de dólares.

El 20 de diciembre —al proponer la Ley de Presupuesto del Estado para 1995— José Luis Rodríguez, ministro de Finanzas y Precios, rindió su informe en el que destacó los logros alcanzados por el gobierno en materia de "saneamiento financiero interno".

En un tono calificado de "cauteloso optimismo", el ministro informó de la reducción del 72% del déficit fiscal respecto del de 1993; del crecimiento de los ingresos del Estado en un 25%, y de la reducción en un 40% de los subsidios por pérdidas a las empresas estatales.

Más aún, proyectó para 1995 una reducción del déficit presupuestal de 1 000 millones, 69% menos que en 1994; una disminución de las subvenciones a los gobiernos de las provincias y de los municipios de 50%, y una reducción del 34% para financiar las pérdidas de las empresas estatales, objetivos que el gobierno cumplió con creces.

Durante su intervención, Osvaldo Martínez, el entonces presidente de la Comisión de Asuntos Económicos del Parlamento, calificó de alentadores los resultados obtenidos por el manejo financiero del gobierno cubano.

Dijo: "Los tiempos que vivimos no son de elogios fáciles, pero creemos que sería injusto no reconocer los resultados alentadores que —como reflejo de un buen comienzo en el saneamiento financiero— se han obtenido en el manejo del presupuesto durante 1994".

Martínez hizo un análisis del proyecto de Ley antes de pedir su aprobación. Aseguró que los resultados de las políticas para sanear las finanzas internas "excedieron las expectativas".

Al pasar lista de los gastos sociales proyectados para 1995, Martínez subrayó el aumento porcentual del presupuesto para educación (4.4%), salud (1.9%), vivienda (4.1%) y asistencia social (58.4%).

"Aquí se ponen de manifiesto los rasgos distintivos de nuestra forma socialista de reducir el déficit sin arrasar con los gastos sociales ni estrangular a la población", afirmó.

Y agregó: "En Cuba —aun en las más difíciles condiciones imaginables— las prestaciones sociales se aseguran y el Estado no escapa por la puerta falsa de privatizar responsabilidades sociales básicas, sino que las asume a plenitud".

No obstante, el gobierno de Castro buscó que el gasto de la seguridad social fuera compartido por los trabajadores, pero no hubo acuerdo sobre cuánto descontar al salario, de por sí menguado por la crisis, los nuevos impuestos y los aumentos en precios y tarifas. El salario de los cubanos era, en promedio, de 200 pesos mensuales, equivalentes en el mercado negro a cuatro dólares.

Y es que el efecto de los logros macroeconómicos del gobierno era escaso o nulo para la mayoría de los cubanos. Inusualmente, la agencia cubana *Prensa Latina* publicó una encuesta aplicada a tres mil familias cubanas sobre el poder de compra de su salario. Implícitamente reconoció que en la Cuba socialista había diferencias sociales: sectores de altos ingresos y otros de bajos ingresos. La mayoría de éstos dijeron que no podían cubrir sus gastos con el salario que percibían.

Las estimaciones y datos del gobierno cubano fueron avalados por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en su informe de 1994. Cuba —según dicha Comisión— detuvo su fuerte deterioro y “muestra indicios de recuperación en algunos sectores”.

Dice el informe: “Después de la profunda contracción productiva registrada entre 1991 y 1993 (del 40% en esos tres años), pareciera que la economía cubana ha tocado fondo en 1994, con estancamiento en aquel bajo nivel y con un producto que en rigor arrojó un nulo crecimiento”:

La prensa cubana reflejó el ánimo oficial: “El anuncio de avances sustanciales en el saneamiento de las finanzas internas y un posible fin del descenso en la economía de la Isla, parece ser el mejor regalo para los cubanos después de otro difícil año”, dijo la agencia *Prensa Latina*. Y más: “Los cubanos recibirán el año nuevo sin uvas ni champán, pero sí con aumentos en los beneficios de seguridad social, educación y salud”.

### Impuestos para todos

Acostumbrados a la gratuidad, los cubanos empezaron a compartir una de las angustias de todo ciudadano del capitalismo: pagar impuestos.

Y es que, si la Revolución se los quitó como otra de sus conquis-

tas, la misma Revolución se los impuso como una necesidad para su sobrevivencia.

Los impuestos se aplicaron sobre propiedades, arrendamientos, transporte, peaje, publicidad, utilidades, ingresos personales... En principio las autoridades establecieron 11 impuestos, tres tasas y una contribución.

Pero fueron progresivos y —socialismo puro— son para todos: cubanos y extranjeros, ganen pesos o dólares. Ni los diplomáticos se salvan, pues sólo quedan exentos los que representen a países que no cobren impuestos a sus pares cubanos.

Obviamente, las tasas impositivas son escalonadas y —como en cualquier país— pagan más lo que más ganan: hasta el 50% del total de sus ingresos.

La “nueva era tributaria” tiene como propósitos equilibrar las finanzas públicas, redistribuir los ingresos ante el surgimiento de los llamados “nuevos ricos”, sostener las tradicionales “conquistas de la Revolución” —salud, educación, bienestar social— aún gratuitas, y evitar que florezca una clase poderosa que salga del control —o dispute el poder— del régimen de Fidel Castro.

En los hechos se trata de una verdadera ofensiva fiscal: en agosto de 1994 el gobierno de la isla aprobó la Ley Tributaria, en marzo siguiente creó la Oficina Nacional de Administración Tributaria (ONAT); en el verano ofreció cursos para 1 200 inspectores fiscales y auditores, a algunos incluso los mandó a España para capacitarse; en agosto aprobó una Ley de Auditoría; finalmente se dispuso a crear la infraestructura que le permita, puntual, cobrar los impuestos con un ejército de inspectores y una red de oficinas por municipios y con sistemas computarizados. Aunque se calcula que 92% de las contribuciones las hace el sector estatal, en ellas se incluyen algunos impuestos con impacto directo en la población, como los referidos a la circulación de cigarros y bebidas, amén de otros servicios como agua, luz y teléfono.

El cobro de los impuestos en dólares es particularmente duro: un mínimo de 10% para el que gane hasta 2 400 dólares al año y aumenta progresivamente hasta 50% para el que obtenga anualmente 60 000 dólares. Quedan exentas las remesas familiares enviadas desde el exterior, ingresos por jubilaciones, retribuciones de funcionarios extranjeros y representantes de organismos interna-

cionales y diplomáticos, siempre y cuando sus gobiernos dispensen el mismo trato a los representantes cubanos en sus países.

El gobierno cubano aplicó, a mediados de 1994, impuestos aduanales que en algunos casos llegaron al 100%. Así, toda persona que interne al país mercancía con valor comercial superior a 100 dólares, paga el equivalente de su precio en impuesto aduanal.

Luego anunció el cobro de impuestos progresivos por ganancias a los taxistas particulares y a los dueños de los restaurantes privados, los paladares, que ofrezcan servicio en pesos o en dólares. Lo mismo hará con los otros 200 000 trabajadores por cuenta propia registrados en 109 actividades económicas. En principio pagaban una cuota fija que iba de 20 a 80 pesos mensuales, luego el gravamen se hizo móvil y oscila entre el 20% y el 100% de acuerdo con la especialidad y la ganancia.

También anunció que las personas que alquilan habitaciones —actividad considerada ilícita— pagarán impuestos. Y lo mismo pasaría con las que renten vehículos, efectúen transporte de carga y pasajeros, usen embarcaciones y vendan productos agropecuarios y artesanales.

Las carreteras, los túneles y los puentes que lleven a centros turísticos —como Varadero o Cayo Coco— también iniciaron el cobro de peaje: dos pesos si es auto con placa de circulación cubana, dos dólares si es extranjera. Quedan exentos algunos vehículos oficiales.

Junto con la aplicación masiva de los impuestos, el gobierno de la Isla analizaba, a fines de 1994, la autorización del trabajo por cuenta ajena. Es decir, la pequeña y mediana empresa en Cuba, medida otrora impensable para un país que reivindica hasta la muerte el socialismo y que haría independiente del Estado cubano a otro sector de la población.

Además estaban pendientes otras reformas económicas ya anunciadas pero no totalmente aplicadas en diciembre de 1994: el redimensionamiento del aparato estatal (con el consiguiente recorte burocrático y desempleo); la descentralización de la gestión empresarial y la reforma de la banca nacional.

Esta última, por ejemplo, fue evidente con la instalación de casas de cambio en mercados y hoteles del país, las cuales semioficializaron la paridad real del peso con el dólar. Sin ningún inconvenien-

te un cubano pudo, a fines de 1994, cambiar un dólar por 25 pesos en alguna de estas casas de cambio, instaladas a veces en plena calle y vigiladas por policías y guardias del Ministerio del Interior.

Luego, en septiembre de 1994, las autoridades cubanas autorizaron los depósitos en dólares por parte de ciudadanos de la Isla. El mínimo son 100 dólares y los plazos son de tres, seis, nueve y 12 meses, con intereses fluctuantes que van del 3% al 4%.

En Varadero se inició el uso de las tarjetas de crédito. El “dinero plástico del imperialismo” tuvo una circulación restringida para turistas, pero nadie duda de que se extenderá después a la población.

A fines de 1994 en el ambiente financiero se hablaba de que el Banco Nacional de Cuba (BNC) descentralizaría sus funciones y quedaría sólo como banco central: emitiría moneda, establecería las políticas del sector y asumiría el manejo de la deuda externa del país. La anunciada reforma implicaba la existencia de un grupo corporativo bancario de carácter no estatal que se nombraría Nueva Banca, S.A., como la cabeza de instituciones del ramo. A este grupo pertenecerían tanto las casas de cambio —cuya empresa se llama CADECA— como el Banco Internacional de Comercio (BICSA) y el Banco Financiero Internacional (BFI), estos últimos encargados de las operaciones comerciales en dólares. Estarían también el Havana International Bank LTD, con sede en Londres, que dejaría de ser una subsidiaria del BNC y se convertiría en una entidad independiente; así como la Financiera Internacional S.A. (FINSA), entidad especializada en otorgar financiamientos y créditos a firmas con proyectos puntuales de desarrollo.

La reestructuración incluiría la creación de varios bancos comerciales que dependerían directamente del BNC, así como de otros bancos sectoriales: de inversiones, de fomento agropecuario, de pesca, etc. Incluso, en el incipiente medio financiero cubano no se descartaba la existencia, en un futuro no muy lejano, de una bolsa de valores.

### **Gratis para el pueblo, costosas para el país**

Una de las imágenes que con mayor frecuencia las agencias turísticas cubanas utilizaban para promocionar viajes a la Isla, era la de los niños vigorosos, sonrientes y pulcros, con su uniforme color

vino y blanco, con la pañoleta azul al cuello. Estos niños —negros o blancos, rubios o trigueños— posaban frente a instalaciones educativas grandes y bien conservadas. Los visitantes quedaban admirados por el desarrollo educativo y el progreso en infraestructura docente que mostraba con orgullo el gobierno de Fidel Castro.

Conforme la crisis económica avanzó, esa atractiva imagen se difuminó. La educación afrontó grandes dificultades y transformaciones: cambios en los planes y programas de estudio; falta de materiales didácticos; deterioro de las instalaciones; equipos de computación y de laboratorios científicos inservibles por falta de repuestos y electricidad; pérdida de convenios para realizar estudios en el exterior; y además, los jóvenes universitarios se vieron forzados a hacer una revisión crítica de las teorías elaboradas por Carlos Marx, Federico Engels y Vladimir I. Lenin.

El gobierno destacó permanentemente el empeño por mantener el acceso gratuito tanto a la educación como a la salud. Los incontables esfuerzos y dificultades, empero, no detuvieron el acoso de la crisis y sus secuelas.

Acostumbrados a recibir gratuitamente libros, libretas, lápices, transporte, vivienda y hasta comida, los estudiantes cubanos no afrontaron el problema de pagar por ellos —como sucedería en otros países—, sino de sufrir su escasez o hacer frente a su deterioro.

Con la desaparición del campo socialista muchos insumos y créditos, así como becas y facilidades de estudio en el exterior, desaparecieron de los planes de la educación cubana. En la actualidad, las actividades se concentran en la firma de intercambios científicos y la cooperación académica con centros universitarios de América Latina, principalmente.

El periodo escolar 1994-1995, inaugurado el 1 de septiembre, empezó con las matrículas completas, las aulas llenas, pero con 58 mil maestros menos sólo en primaria y secundaria. Veinticinco mil maestros estaban “liberados a tiempo completo”, 11 mil más pasaron a “cursos de recalificación por un año” y 22 mil abandonaron el magisterio para ocuparse en otros oficios.

Una buena parte de ellos buscó en el turismo una fuente de empleo promisorio. Otros vieron en la artesanía el oficio que les reportaba mejores ingresos, trabajando en casa y sin sufrir las molestias de la carencia de transporte.

El Ministerio de Educación reorganizó su personal a partir de la reestructuración decretada por el gobierno el 22 de abril de 1994. Con el propósito de adaptarse a “las condiciones actuales que exigen el mayor ahorro posible de recursos en todos los sentidos” y para “ajustar” y “racionalizar” en todas las oficinas del aparato estatal “atribuciones, funciones, organización interna y plantas laborales” (según establece el decreto), más de siete mil maestros volvieron a las aulas después de haber trabajado en las direcciones provinciales y municipales de educación o en los institutos pedagógicos.

El ministro de Educación, Luis Ignacio Gómez, en una entrevista concedida al semanario *Trabajadores*, reconoció que el periodo escolar contaba con 50 mil alumnos más y “vamos a trabajar con menos personal y vamos a elevar la calidad”.

Ante ello pidió analizar ese fenómeno porque “¿cómo entenderían nuestros conciudadanos que la escuela esté abierta pero sin maestros para sus hijos?” Y apuntó: “Quién deserta hoy es obvio que le da un golpe a la Revolución porque este es uno de los sectores en el que, indiscutiblemente, queremos defender con más fuerza nuestras aspiraciones de justicia social”.

“El maestro se encuentra entre los trabajadores que no cuentan con un incentivo adicional. No está entre los que pueden autoestimularse, como ocurre en otros sectores. El maestro tiene un salario decoroso en Cuba, sólo que ha perdido su valor y es imprescindible que lo recobre”, comentó el ministro Gómez Gutiérrez.

Si bien la educación en Cuba es gratuita, en las condiciones de crisis y escasez le resulta carísima al Estado. Los gastos estatales por educación fueron de 1 400 millones de dólares en 1994, de los cuales se gastaron decenas de millones por concepto de alimentos, combustible, electricidad, piezas de repuesto, material didáctico y mantenimiento de infraestructura.

En los círculos infantiles (guarderías) se gastan 120 millones de pesos anualmente y las aportaciones de los padres de familia son de 40 millones; en ellas se cobran entre tres y 40 pesos mensuales por niño, dependiendo del ingreso familiar.

En las guarderías fue evidente el esfuerzo de los maestros por realizar las mismas tareas pero con menos personal. En el círculo *Caperucita Roja*, en el barrio Miramar, dos profesoras del grupo

materno infantil decidieron renunciar ante la imposibilidad de mantener los gastos que implicaba asistir diariamente a su trabajo: transporte, alimentación y ropa. La profesora Bachita, que daba lecciones de nado sincronizado en el centro deportivo Marcelo Salado, ofreció disculpas a sus alumnas de siete años por no continuar las clases. Unas semanas más tarde montó un "Paladar" en su casa de Miramar.

La libreta y el lápiz que se entregan a los estudiantes no se cobran y el maestro los da en función de las necesidades.

"Si se cobraran tendríamos que darle la posibilidad a los estudiantes, al inicio del curso, de comprarlos y perderíamos el control del uso racional de esos recursos. Además, ¿cómo vender algunos de esos materiales que nos donan?. Esa no es la política" reconoció Gómez.

La carencia de útiles escolares se solucionó con una donación vietnamita: cinco millones de libretas y lápices para los niños cubanos. El 13 de agosto de 1994, durante los festejos por el cumpleaños de Fidel Castro, la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) recibió de varias organizaciones políticas extranjeras 40 toneladas de útiles escolares y juguetes destinados a escuelas primarias de La Habana.

En los días previos al ingreso a la escuela, los niños borraron lo escrito en la libretas y se prepararon para empezar las clases.

La matrícula del sistema educativo cubano era, al comenzar el ciclo escolar 94-95, de 2 millones 400 mil estudiantes en todos los niveles de enseñanza. Cuando comenzó el periodo escolar, según las autoridades cubanas, las necesidades materiales más inmediatas (30 millones de libretas y 35 millones de lápices) estaban garantizadas.

Con una vasta infraestructura educativa, suficiente para cubrir las necesidades de toda la Isla, el periodo especial llegó cuando el país contaba con más de 13 mil escuelas, "a pesar de que hubiéramos querido —dijo Gómez— seguir mejorando las condiciones y construyendo otras nuevas para eliminar el hacinamiento de algunas primarias".

En la capital cubana es evidente que en las zonas de mayor concentración demográfica, como el barrio Centro Habana, las escuelas ya no dan más. En el mismo y reducido espacio asiste el triple de estudiantes que hace años.

En buena medida la educación en Cuba no ha sufrido las dificultades que supondría para otro país del Tercer Mundo una crisis como la cubana porque su infraestructura docente constaba de 20 mil computadoras y más de 400 sistemas de video, muchos de los cuales no cuentan ahora con piezas de repuesto. Destacaba una red de 530 escuelas especiales para ciegos y débiles visuales, sordos y niños con problemas de carácter físico motor, con trastornos en el lenguaje y la conducta.

Sin embargo, el mantenimiento de esa misma infraestructura resulta costoso. Como reconoció el ministro de Educación, "el otro elemento que nos mantiene con mucha tensión es el combustible: los centros internos cocinan con leña y resolver ese problema es un agobio para el director de la escuela. La electricidad afecta a la población y también al proceso docente educativo. El abasto de agua requiere de bombas que son costosas".

En las universidades cubanas la situación era similar. El exceso de profesores, fundamentalmente en áreas administrativas, llevó a firmar convenios de asesorías y cursos en otros países. Con el cobro de cursos y la firma de convenios se pretendió financiar con dólares parte de las necesidades educativas.

Sin embargo, el éxodo de cubanos al extranjero y la crisis económica también afectaron a la planta de maestros universitarios. En toda la Isla los centros de enseñanza superior carecen de maestros en determinadas áreas: asistentes de laboratorio, ayudantes de cátedra, técnicos intermedios y personal de apoyo, quienes buscan en otros oficios una mejor fuente de ingresos.

En la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Habana la carencia de personal académico obligó a sus autoridades a replantear el curso escolar y las asignaturas por profesor. Más de un maestro imparte tres asignaturas. La norma era que cada asignatura contara con un profesor especializado.

Las limitaciones financieras y de recursos materiales redujeron la matrícula en determinadas facultades "no priorizadas en el periodo especial". Así, la Facultad de Periodismo suspendió por dos años el ingreso de nuevos alumnos, en vista de que los graduados no tenían dónde trabajar. La matrícula para los alumnos de la Facultad de Artes y Letras se redujo en 70%. Se mantuvo el ingreso para carreras como biología, química y farmacia. Estas ramas

recibieron prioridad por la importancia de la industria biotecnológica para el gobierno cubano.

A todo esto se añadieron las carencias. En las facultades de ciencias agropecuarias antes cada estudiante tenía un animal a su disposición, al cual podía operar y hacer su práctica. Hoy se hace de manera demostrativa. Con sólo un animal, se reúne el grupo, alguien opera y los demás observan.

Característica de la educación cubana es la vinculación del estudio con el trabajo. En todos los niveles educativos, a excepción de la primaria, se establecen planes para incorporar a los estudiantes a labores productivas. Uno de esos planes son las conocidas Escuelas al Campo, unas 600 en toda la Isla, con 200 mil estudiantes. Sin embargo, las carencias de alimentos, transporte y servicios básicos hicieron más difícil la estancia de estudiantes en esas escuelas. Muchos reniegan e incluso inventan certificados médicos para no ir a ellas. Otros no le encuentran sentido a permanecer allí.

Otto Rivero Torres, presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) de Cuba, indicó, en enero de 1994, que “la generación que hoy representamos, nacida con la Revolución, recibió mucho y, sencillamente, cuando hay una ruptura —en el año 1990— de las relaciones con el inexistente campo socialista y con la ex URSS, empieza a carecer de muchas cosas”.

El dirigente universitario consideró que ante las dificultades económicas de Cuba la labor primordial era hacer comprender a los jóvenes las causas de la crisis y las medidas tomadas para salir de ella. “Otra tarea importante es lograr una cultura económica de la juventud, especialmente de la universidad que no la tiene. Como siempre se nos ha dado todo, nunca nos hemos preguntado de dónde sale una u otra cosa”, destacó Rivero Torres.

Cuba cuenta con 46 universidades, con sus filiales, en todas las provincias de la Isla y prácticamente tiene una facultad de medicina en cada provincia. Según datos oficiales, los estudiantes universitarios suman 244 mil. A ellos se agregan jóvenes de otros países, principalmente de África, Asia, Medio Oriente y América Latina, que no sobrepasan los 5 mil, aunque el total de extranjeros becarios en Cuba suman 30 mil en los distintos niveles educativos.

Cada universidad tiene sus residencias estudiantiles, donde habitan y se alimentan alumnos que no viven en la ciudad. A pesar de

los esfuerzos gubernamentales por garantizarles los servicios mínimos para su estancia y estudio en estos albergues, no pudieron evitarse los cortes de electricidad, la falta de transporte, el deterioro de la vivienda y la escasez de alimentación: en lugar del desayuno con yogurt, leche y pan, los estudiantes recibieron durante muchos meses sólo agua azucarada.

Los cambios ocurridos en los últimos años en el mundo entero también cuestionaron al marxismo-leninismo como filosofía y como método de entendimiento de la realidad. La “clase del sueño” (como los estudiantes denominaban a la asignatura de marxismo) perdió ese enfoque por el rediseño en el método de enseñanza.

Ramón Sánchez Nova, jefe de la Dirección de Marxismo del Ministerio de Educación Superior, indicó que le hizo mucho daño a la educación el carácter apologético del socialismo, pues no había una vinculación más amplia con la vida diaria, la producción y la realidad cubanas. “Muchos jóvenes cuestionaban la metodología de la enseñanza de la filosofía marxista-leninista porque no se ajustaba a la realidad de país, por lo dogmática y tremendamente apologética.

En la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Habana la asignatura “Socialismo Científico” cambió de nombre por “Problemas de la Construcción del Socialismo”. Aunque alumnos de esa facultad indicaron que los cambios en este aspecto eran buenos, comentaron que todavía no alcanzaban a cubrir sus expectativas, pues se insistía en el tono reiterativo de las clases y no había mayor debate.

Para Roberto Rodríguez, estudiante del Instituto Politécnico Julio Antonio Echeverría, la discusión de la crisis del marxismo no se produjo en las aulas, sino en los pasillos y en los comedores.

Las transformaciones llegaron a tal punto que, por ejemplo, existían nueve tomos de lecciones de filosofía en proceso de edición, elaborados por autores nacionales con nuevos enfoques y con un contenido “más cubano”.

Del mismo modo, se retomó la producción teórica de filósofos latinoamericanos, clásicos y contemporáneos, desplazados por muchos años en las cátedras universitarias cubanas. Por ejemplo, a Carlos Mariátegui y Antonio Gramsci, o a los cubanos Félix Varela y José de la Luz y Caballero. “Quiero que me enseñen historia de

la filosofía y todo el rico pensamiento cubano que tenemos”, dijo Joel Prado, estudiante de periodismo.

El presidente de la FEU declaró que se mantenía la enseñanza del marxismo-leninismo “sobre la base de sus mismos principios, sólo que analizado en otro contexto y en otra realidad. Los estudiantes estamos abogando por la inclusión, conjuntamente con el marxismo-leninismo, del pensamiento cubano, de Martí, del Che y de Fidel”.

El V Congreso de la UJC, realizado en 1992, determinó como uno de sus acuerdos principales el postulado “La universidad para los revolucionarios”. Este señalamiento provocó que algunos estudiantes que disintían de la Revolución fueran expulsados de la universidad.

El entonces primer secretario de la UJC, Juan Contino, indicó que ese “siempre fue un reclamo de los estudiantes. Es decir, quien no tenga una actitud revolucionaria y quien se oponga a los principios del socialismo y sea contrarrevolucionario, no tiene espacio en la universidad”.

Y añadió: “No es que eso esté decretado. Es que los estudiantes han ido depurando las filas de las universidades. Esos son contados casos. Hay que entender cuánto cuesta la educación de un universitario. Entonces, ¿nosotros vamos a preparar a un profesional para que se oponga a la Revolución y a todo el esfuerzo y a toda sangre que se ha derramado en este país? Eso no tiene ningún sentido?”.

Pero, según Contino, “eso no quiere decir que en las universidades no haya gente de todo tipo. Te encuentras gente que no está de acuerdo con determinadas medidas y no comprende determinadas cosas. Porque tenga algún criterio divergente con algún aspecto de la sociedad no se le cataloga como contrarrevolucionario”.

Por su parte, Otto Rivero destacó: “La universidad para los revolucionarios es una posición política que ha planteado la FEU, que la hemos mantenido en estos años y que la vamos a mantener igual. Creo que esto está muy ligado a lo que decía de que nuestra generación ha recibido todo de la Revolución. Este principio es sustentado por los revolucionarios que estudian en la universidad y no sólo por nosotros”.

—¿Puede estar en la universidad alguien que no piense como lo establece el Partido Comunista de Cuba?

—En la FEU la filiación está libre de creencias, pero es una filiación que tiene un gran compromiso con la Revolución. La experiencia de estos años muestra que quien ha manifestado estar en contra de la Revolución ha sido expulsado por su colectivo estudiantil (salón de clase). Nadie que ha estado en contra de la Revolución ha sido expulsado por un rector o por un decano. El respaldo a este principio, hasta ahora, es unánime en la universidad.

### **La salud para todos aunque no haya nada**

La farmacia de la esquina de las calles Línea y 14, en el barrio El Vedado de la capital cubana, rebosaba en 1989 de frascos, cajas y estuches de medicinas. El aroma típico y la iluminación total invitaban a entrar. Los vecinos acudían sin apuro y no tenían que hacer cola. Desde los preservativos, a 15 centavos el paquete de 30 unidades, hasta la melagenina para el vitiligo se adquirían incluso sin receta.

En mayo de 1994 la misma farmacia de El Vedado, sin el aroma ni la iluminación de antes, lucía desmantelada: ni clientes ni medicinas. Paradójicamente, donde antes se encontraban las cajas del afamado PPG se hallaban yerbas medicinales, atadas por un cordel, secándose y deshojándose.

En los controles de aduana del aeropuerto José Martí, de La Habana, el 2 de marzo de 1994 un inspector abrió la maleta de una turista mexicana. Para asombro de los dos, cayeron varios paquetes de toallas sanitarias que se desperdigaron por el suelo ante la mirada de los pasajeros y funcionarios. El inspector le preguntó a la turista: “¿Para qué trae tantas?”, a lo que ella contestó: “No son para mí. Les traigo a unas amigas porque me dijeron que aquí no hay”.

Y sí. Las mujeres cubanas sufren “mensualmente” durante la menstruación. Ante la carencia de toallas sanitarias emplean los pañales de hijos, sobrinos o nietos. Se “acomodan” con algodón cuando lo encuentran. Usan retazos de toallas o sábanas, que lavan inmediatamente para usarlas al otro día. Comprarlas en dólares en las diplotiendas, no. Son, según ellas, carísimas: cinco dólares el paquete de 20 toallitas. Los días de menstruación, algunas cubanas prefieren, incluso, no ir al trabajo o a clases, pues temen sufrir la vergüenza de mancharse el vestido o pantalón.

Receta en mano, cualquier cubano podía pasar días o meses sin conseguir un par de lentes. Los vidrios no llegaban a la Isla por falta de divisas. Antes los importaban a precios preferenciales, principalmente de Alemania Oriental o la Unión Soviética. Por tanto, los empleados de una óptica cumplían su horario de trabajo sin trabajar.

Todo el sistema de salud cubano es gratuito y en él recibe prioridad la medicina preventiva. Con acciones y recursos estatales se completó en 1990 una red de unidades de servicio médico en las zonas más apartadas de la Isla. Las campañas masivas de inmunización, iniciadas con la poliomielitis, erradicaron, desde los años sesenta, la polio, la difteria y el tétanos infantiles. Se eliminaron también el paludismo autóctono y la rabia humana.

En los primeros meses de nacidos los niños son inmunizados contra 12 enfermedades prevenibles por vacuna: poliomielitis (prácticamente extinguida), difteria, tétanos, tosferina, tuberculosis, fiebre tifoidea, sarampión, rubéola, papera, meningitis B y C, y hepatitis viral B. Los programas de diagnóstico prenatal disminuyeron sensiblemente las anomalías en los recién nacidos. La red cardiopediátrica permite detectar, en las primeras horas o días de nacidos, a niños con afecciones. Mediante el programa de detección precoz de las cardiopatías congénitas intraútero se diagnostica la presencia de una afección al corazón en las primeras semanas de embarazo.

Este sistema redujo la mortalidad infantil a una tasa de 9.4 por cada mil nacidos vivos, la más baja de América. Hay provincias de Cuba con menor tasa de mortalidad infantil que Bélgica, Israel y Estados Unidos, cuya tasa es de 9 de cada mil nacidos vivos. La expectativa de vida de los cubanos es de 75 años.

Cuba cuenta con una infraestructura médica que cubre toda la Isla, y existe un médico por cada 400 ciudadanos. Funcionan 22 facultades de medicina en las que se han graduado, hasta 1993, más de 46 mil médicos, 7 500 dentistas y cerca de 54 mil técnicos especializados.

Afamado y con prestigio, el sistema de salud cubano también afronta las dificultades de la crisis. El punto más crítico lo vivió en mayo de 1994: el gobierno de Fidel Castro aplicó un severo programa de racionamiento y control de medicinas para la población.

Eliminó la "venta libre" de todos los fármacos y "ajustó" su

distribución a la menguada existencia. Así, cada habitante de La Habana, por ejemplo, sólo tuvo derecho a 40 aspirinas al año en cuatro entregas trimestrales. Para la población del resto de la Isla la cuota fue de 20 pastillas anuales.

Cada familia recibió, a partir de esa fecha, un frasco de 15 gramos de "Bálsamo aromático" (usado para males reumáticos, frecuentes en la Isla); un frasco de Vaposán (antigripal); 160 gramos de bicarbonato de sodio y tres frascos de solución de Merbro-mín (antiséptico para heridas leves de la piel).

Estos fármacos se vendían sin necesidad de receta médica. Después requirieron la receta y en la tradicional Libreta de Abastecimiento se llevó un registro de la cuota entregada. Y si antes los cubanos podían comprar los medicamentos en cualquier farmacia, ahora están obligados a adquirirlos en las asignadas a su domicilio. Los únicos productos que todavía se pueden comprar sin receta y en cualquier farmacia son los anticonceptivos.

El Plan de Perfeccionamiento del Programa Nacional de Medicamentos —publicado en febrero de 1994— aplicó medidas con el fin de "enmarcarse en el nivel de financiamiento previsto para 1994, disminuir las desviaciones de medicamentos y hacer un uso más racional de los mismos".

Además, estableció un rígido control sobre las recetas médicas, tanto en su emisión como en la forma en que se surten. Determinó una distribución de sus formatos, sellos especiales y vigilancia de inspectores y autoridades sanitarias.

Por ejemplo: antes no había límite para entregar recetas a un médico. Desde mayo de 1994 le distribuyen sólo 200 al año, y cada una de ellas debe ser supervisada y evaluada tanto en su hospital o clínica, como en la farmacia donde es surtida.

Incluso, si una receta de penicilina o de cualquier otro antibiótico no es hecha efectiva en un plazo de siete días, se anula y el paciente tiene que solicitar otra. El problema se complica, pues muchos cubanos no utilizan su receta porque no encuentran farmacia en donde surtirla y no por desinterés.

Las autoridades cubanas reconocieron que, durante 1993, hubo un faltante de 230 medicamentos de consumo general de todo tipo: sedantes, algodones, toallas higiénicas, antisépticos y antibióticos.

La falta de cloro para el agua potable y el mal estado de las

cañerías provocaron un aumento de los casos de diarrea, hepatitis, leptospirosis (enfermedad transmitida por cerdos y ratas) y fiebre tifoidea, supuestamente erradicada años atrás.

“En estos momentos, en ciudad de La Habana en general, existe un alza de pediculosis (piojos) y escabiosis (sarna), fundamentalmente en los alumnos de las escuelas primarias”, reconoció el semanario *Tribuna de La Habana*, en enero de 1995.

Ante los brotes de enfermedades contagiosas, el Ministerio de Salud Pública giró la orden de “suspender de escuelas y guarderías a los niños afectados”. Además, inició una campaña de “educación sanitaria” para promover la “higiene personal y colectiva”.

Además, la Dirección de Higiene y Epidemiología “desarrolla tareas de diagnóstico y control de la tuberculosis, la hepatitis viral y las enfermedades de transmisión sexual, así como erradicar el mosquito *Aedes Aegypti* (causante del paludismo), desarrollar la microbiología clínica y sanitaria y aumentar la exigencia sanitaria”, destacó la publicación.

Ante esta situación varias organizaciones no gubernamentales europeas donaron a Cuba aproximadamente 13 millones de dólares “para aliviar carencias de alimentos y medicinas, y a la vez, evitar epidemias derivadas de la contaminación del agua”.

Funcionarios de la Oficina de Ayuda Humanitaria de la Comunidad Europea indicaron que la ayuda económica fue destinada a más de 600 centros hospitalarios y asistenciales “donde a todos les falta de todo”.

Además, según un despacho de la agencia EFE, Rosario Iraola, uno de los galenos españoles de la organización Médicos sin Fronteras, señaló que “no hay más enfermedades en Cuba porque el sistema de salud, pese a la falta de recursos, es fuerte, efectivo y rápido”.

Sostuvo que existían condiciones para que se propagaran epidemias y que, por ejemplo, “podrían surgir focos de cólera”. No obstante, aseguró, se trabajaba en el saneamiento del agua y se había evitado el incremento de estas enfermedades.

Las dificultades sanitarias impedían la adquisición de material esterilizado, toallas, detergente y sábanas para hospitales. Además, era muy difícil que la población en general, pudiera comprar shampoo, jabón, desodorantes o talco en moneda nacional.

Empero, el programa de educación sanitaria insistía en que “las medidas higiénicas fundamentales son el baño diario, el lavado de cabeza frecuente (por lo menos tres veces a la semana), no intercambiar los útiles personales, así como hervir la ropa en caso de infección, aunque sea sin jabón”.

El gobierno de Fidel Castro sostenía que el sistema de salud se mantenía intacto pese a la aguda crisis económica. “No se ha cerrado ningún hospital y a nadie que requiera un médico se le deja de atender”, han dicho una y otra vez las autoridades de la mayor de las Antillas.

Sin embargo, los cubanos sufrían para conseguir las medicinas que les eran recetadas. A veces, hacían largas caminatas de farmacia en farmacia, buscando, receta en mano, el medicamento deseado.

El único lugar donde existen fármacos —y no todos— es en la “Diplofarmacia”. Los cubanos, empero, tienen prohibido entrar allí, a pesar de que el uso del dólar fue autorizado desde agosto de 1993.

Además, las instalaciones hospitalarias se deterioran diariamente por la carencia de electricidad y mantenimiento sanitario. Faltan equipamiento e instrumental médico. Y para el aseo mismo de los hospitales y clínicas no hay jabón ni antisépticos.

“Más que ser un lugar de curación se convierte en un lugar de infección”, comentaron algunos médicos del Hospital Calixto García, uno de los más grandes de la Isla. Además, confesaron que faltaba lo más elemental para trabajar: gasas, alcohol, jeringuillas, oxígeno, hilo para suturar (en su defecto cosen con hilo de henequén), sábanas, toallas, etcétera.

En alguna medida la carencia de medicinas se ha solventado con la ayuda solidaria de muchas organizaciones del mundo. De todas partes llegaban medicamentos e instrumental médico. Desde finales de 1992 esa ayuda aumentó progresivamente.

La fuente que pretendía convertirse en el sostén de este sistema es el llamado *Turismo de Salud*. Varios hospitales y clínicas, principalmente en La Habana, se adecuaron y organizaron en función de la prestación de servicios a extranjeros. La idea era captar divisas por ese medio y satisfacer en parte las necesidades de una impresionante infraestructura médica en toda la Isla.

### “Ojos que no ven...”

Uno de los momentos más difíciles en cuestión de salud, lo afrontó el gobierno cubano en el primer semestre de 1993. Brotó en la Isla una epidemia llamada en primera instancia *Neuritis óptica* que produce ceguera progresiva. Más adelante se la denominó *Neuropatía*: extraña enfermedad que ataca al sistema nervioso central y periférico y que provoca la pérdida progresiva de sensibilidad en las palmas de las manos y los pies, así como calambres, rigidez y parálisis de brazos y piernas.

Las autoridades de salud de Cuba reconocieron oficialmente 50 000 enfermos. Luego de que la epidemia fue detectada, el Ministerio de Salud Pública (Minsap) dispuso inmediatamente de 20 000 nuevas camas, equivalentes al 30% del total de “camas asistenciales” de este país. Los grandes hospitales, como el Quirúrgico de Santiago de Cuba o el Hermanos Almejeiras de La Habana, se dedicaron casi por completo al estudio y atención de esta enfermedad. En ciudades pequeñas, albergues y hoteles se convirtieron de pronto en hospitales provisionales para atender la ola de enfermos.

La enfermedad sorprendió a especialistas y autoridades. Primero se presentó en zonas de producción de tabaco, después en todas partes; si al principio se concentró en el campo, después lo hizo en las ciudades; si afectó sobre todo a los hombres y poco a las mujeres, después sucedió al revés; si la padecieron sobre todo los fumadores y consumidores de alcohol, después ya no; si atacaba a posibles desnutridos después la padecían hasta los que supuestamente comían bien.

Preocupado, el gobierno de Fidel Castro solicitó ayuda a la Organización Mundial para la Salud (OMS) y a otros organismos internacionales, los que enviaron durante mayo de 1993 a numerosos especialistas. Observaron a los pacientes, recibieron información de sus colegas cubanos y tomaron muestras médicas que se llevaron a sus países. Las primeras informaciones, no definitivas, de los especialistas de la OMS indicaban que la causa de la neuritis era un déficit en la nutrición de los cubanos.

En medio de la más aguda crisis económica el gobierno logró detener una epidemia que le ocasionó gastos por 50 de millones de dólares de su mermado presupuesto y que, además, puso a prueba

dos de los logros fundamentales de su Revolución: el sistema de salud y el régimen alimentario.

Raúl Gómez Cabrera, director del Hospital Hermanos Almejeiras—el más grande de Cuba—, donde se realizaron investigaciones con los pacientes afectados por esta enfermedad, dio a conocer detalles de la epidemia:

“La enfermedad que consideramos como neuritis óptica se presentó a finales de 1991 en Pinar del Río (región tabacalera en el extremo occidental de la Isla). Sus síntomas eran la pérdida de la visión del color y la ceguera progresiva. Durante 1992 aumentaron los casos fuera de lo normal pero sin gravedad. En agosto había 160 casos. Entre mayo y octubre de ese año se internaron en este hospital 52 pacientes para caracterizarlos: todos tenían una lesión en la parte retrobulbar del nervio óptico y afectaciones del sistema nervioso central a la altura de la médula. Se determinó un tratamiento vitamínico que ayuda a restablecer la mielina, sustancia que cubre los nervios y hace que éstos sean conductos eficaces.

“A fines de 1992 había poco más de 1 000 casos y la enfermedad se trasladó a La Habana. Fue en los primeros meses de este año (1993) que la enfermedad se disparó: miles de casos y en todas las provincias. En marzo se creó una Comisión Nacional de Trabajo. Se involucró a 56 instituciones médicas y científicas del país y se empezaron las investigaciones para determinar las causas.

“Luego aparecieron afectaciones de los nervios periféricos y lo que teníamos catalogado como neuritis se convirtió en neuropatía—afectación de las extremidades del cuerpo— o en una combinación de ambas enfermedades. Más aún, empezaron a descender los casos de neuritis y a aumentar los de neuropatía, al grado de que ésta fue predominante”.

El doctor Gómez Cabrera comentó que en marzo de 1993 se establecieron tres líneas de investigación para determinar las causas de la enfermedad: la tóxica, la nutricional y la biológica. Dijo que se avanzó sobre ellas, pero el comportamiento de la enfermedad salió de toda lógica y los desconcertó.

De acuerdo con su explicación, en cada línea de investigación existían contradicciones, absurdos e interrogantes que hicieron de la causa de esta enfermedad “un verdadero misterio”.

El 3 de marzo de 1993—en un desplegado aparecido en el diario

*Granma*— el gobierno cubano señaló como “principal aliado de esta epidemia y de sus consecuencias” a “los Estados Unidos y su criminal bloqueo económico” y no descartó que la enfermedad hubiese sido infiltrada en Cuba por una “acción deliberada y directa como ha ocurrido otras veces con la introducción de enfermedades que afectaron a las plantas, a los animales y a las personas”. El 19 de mayo del mismo año, el canciller Roberto Robaina insistió en esa versión “por la sencilla razón de que no sería la primera vez que se lleven a cabo agresiones de esta naturaleza”.

Los científicos cubanos detectaron en algunos pacientes un virus y las especulaciones sobre una “enfermedad infiltrada” tomaron forma. Se trataba del virus *Coxsackie*, que a decir de los especialistas, afecta al sistema nervioso y produce enfermedades como la meningitis, la meningoencefalitis y parálisis o debilidad motora. Pero el comportamiento del virus y sus afectaciones no condujeron a la neuropatía. La hipótesis de que fuera una enfermedad viral se debilitó.

Más aún, la forma en que la neuropatía apareció fue atípica de una epidemia viral: atacó a un miembro de una familia o de una empresa o de un poblado, y a los demás no. Es decir, no contagiaba a todos los integrantes de un grupo.

Por si fuera poco, la enfermedad no respetó raza, sexo, profesión o condición social de los pacientes: amas de casa, estudiantes, obreros, campesinos, técnicos calificados, médicos y hasta funcionarios del Partido Comunista.

—¿Qué elementos científicos se tienen para afirmar que es una enfermedad infiltrada por el gobierno estadounidense?

—Realmente no tenemos ningún elemento científico para decir eso —declaró el doctor Gómez Cabrera—. Lo único que existe para hacer tal afirmación son antecedentes como la enfermedad del dengue hemorrágico que a principios de los 80 fue traída a la Isla por agentes de la Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos.

—Yo no encontré nada de eso —comentó Alfredo A. Sadum, especialista estadounidense del Estelle Doheny Institute que visitó Cuba como parte del grupo científico *Orbis*. Creo —agregó— que su causa no es viral, pero si acaso lo es, se trata de un virus nuevo y muy extraño.

La ausencia de productos ricos en vitaminas del complejo “B”

en la dieta de los cubanos —sometidos a un severo racionamiento de alimentos— también se manejó como una hipótesis.

Esta fue para muchos —incluidos los impugnadores del régimen de Fidel— la causa fundamental de la enfermedad. Basaron su afirmación en que los pacientes no presentaban reducidos niveles de mielina, sustancia que cubre los nervios y cuya producción se debe a la vitamina “B”. Para recuperar esta sustancia —necesaria para los reflejos nerviosos—, los médicos aplicaron un tratamiento vitamínico. De acuerdo con ésta hipótesis, la enfermedad no hubiese surgido si en la dieta de los cubanos estuvieran presentes productos ricos en vitaminas: carne, leche y chocolate.

Héctor Terry, viceministro de Salud, reconoció que en Cuba se habían presentado enfermedades por “deficiencias carenciales” en la alimentación. Terry —encargado desde hace décadas de los fenómenos epidemiológicos en la Isla— dejó de manera imprevista su cargo. El gobierno cubano no informó de esta supuesta renuncia, pero en los círculos de médicos se supo de sus “discrepancias” con la dirección política para enfrentar la epidemia.

En el desplegado publicado por el diario *Granma* el 3 de marzo de 1993, el gobierno cubano reconoció que un déficit de vitaminas, combinada con el consumo de tabaco y el alcohol, eran las causas de la neuritis. Dos meses después se desdijo. Al reseñar un encuentro entre los funcionarios del MINSAP y especialistas internacionales, el mismo diario aseguró, el 19 de mayo, que “los resultados de las investigaciones sobre los niveles alimenticios y nutricionales de la población son normales, a excepción de una disminución no significativa de la vitamina B1”.

Los expertos sostuvieron que la disminución de productos alimenticios no era, al parecer, la causa fundamental. Reconocieron, empero, que la carencia de vitaminas —sobre todo del complejo “B”— “hace propensas” a las personas a tener tal enfermedad y “puede coadyuvar” a su desarrollo.

El doctor Sadum, del citado grupo *Orbi*, sostuvo que pese a que la alimentación de los cubanos era todavía superior a la de muchos países subdesarrollados, la falta de carne roja, pollo o pescado —que los afectados por la neuritis no habían comido más de una vez en meses— provocaba una disminución de las defensas para hacer frente a la enfermedad.

Para el doctor Nelson Gómez, neurólogo y miembro del grupo de investigación del Hospital Almejeiras, la cantidad de vitaminas del complejo B requerida por el organismo es muy poca, de modo que estaba garantizada por los productos alimenticios que se distribuían a la población de la Isla. "Lo que sucede —comentó— es que ese algo que no sabemos qué es, acelera el metabolismo de las vitaminas y las consume sin que el cuerpo las aproveche".

Los pacientes con la enfermedad en estado avanzado recibieron tratamiento especializado: ozonoterapia, oxigenación hiperbárica y —por si acaso hubiera un virus— el Interferón, producto antiinfeccioso de patente cubana. Los médicos aseguraron que la mayoría de los pacientes recuperaron la visión y la movilidad de sus extremidades.

En medio de una aguda crisis económica, el gobierno de Fidel Castro tuvo que hacer frente a los costos que entrañó tal enfermedad. De acuerdo con el ministro de Salud de la Isla se gastaron 10 millones de dólares en estudios, instalación de laboratorios y creación de equipo de diagnóstico; cinco millones de dólares en equipo especializado para la rehabilitación; 17 millones de dólares en el tratamiento de pacientes, así como decenas de millones de dólares más para producir y distribuir entre la población 1 800 millones de tabletas de complejo vitamínico.

Casa por casa, los "médicos de la familia" repartieron 30 tabletas por persona adulta y 15 por cada niño menor de nueve años. Muchos, sin embargo, no las tomaban. Aseguraban que les provocaba más hambre.

Lo evidente fue que gracias al sistema de salud cubano y al esfuerzo general de investigadores, especialistas, médicos y funcionarios, la epidemia pudo ser controlada. A principios de 1994 no existían casos de neuropatía.

## 5. Entre el mito y la realidad

En la ferretería de la calle Monserrat, en La Habana Vieja, el señor Orestes recibe con una sonrisa a un cliente extranjero recién llegado a la Isla.

—Busco un tornillo de dos pulgadas.

—No hay de ninguno.

—Entonces, me da un clavo de la misma medida.

—Tampoco hay de ninguno.

—Me da entonces unas grapas para madera.

—Menos...

—¿Qué tiene entonces?

—Mira, lo que nos ha llegado son unos tomacorrientes y empaques para olla express. Eso es todo lo que hay.

—¿En toda la ferretería?

—Si chico, es por culpa del bloqueo.

En el discurso oficial cubano, el bloqueo económico impuesto por Washington en abril de 1961 es la causa fundamental de las carencias y de los padecimientos económicos de la Isla. Desde ese año Cuba no puede comprar ni vender producto alguno de o hacia Estados Unidos, su mercado natural ubicado a sólo 90 millas y del que, hasta antes del triunfo de la Revolución, dependía casi en su totalidad.

Más aún: durante estas tres décadas no pudo recibir financiamiento de ciudadanos de este país, ni de instituciones radicadas en territorio estadounidense.

Las autoridades cubanas reiteran que, hasta 1994, el bloqueo le

había costado a su país alrededor de 40 000 millones de dólares por la pérdida de mercado, el encarecimiento de productos, la reorientación de su comercio internacional y la cancelación —por presiones estadounidenses— de contratos de comercio e inversión.

Los críticos del régimen de La Habana reconocían que el bloqueo obstaculizaba el desarrollo económico de Cuba, pero afirmaban que, en esas circunstancias, no eran la causa fundamental de sus carencias.

Para ellos, las principales causas de los problemas económicos eran de orden interno: “errores de planeación” e “incapacidad” de la economía cubana para producir y generar divisas que le permitieran importar lo necesario para sobrevivir.

Refutaban el argumento de la falta de asistencia y de mercado pues, aseguraban, éste fue sustituido por el trato preferencial de la entonces Unión Soviética y el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). De acuerdo con Bernard Aronson, subsecretario de Estado en la administración de George Bush —en su testimonio rendido, el 20 de julio de 1991, ante la subcomisión del Hemisferio Occidental del Congreso de Estados Unidos—, el “subsidio” de la Unión Soviética hacia Cuba sumaba, a finales de los años ochenta, 1 300 millones de dólares anuales.

Este debate sobre los efectos reales o ficticios del bloqueo —en realidad, un asunto muy trillado y viejo— volvió a la escena en 1992 con la promulgación en Estados Unidos de la Ley Torriceli y en 1995 con la ley Helms-Burton.

La primera establecía una serie de medidas que abarcan prácticamente todo el espectro de las relaciones entre Cuba, Estados Unidos y terceros países.

Estas legislaciones obviaron la resolución 47/19, que por tres años consecutivos y por abrumadora mayoría aprobó la Asamblea General de la ONU y que a la letra establece “la necesidad de poner fin al bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por E.U. contra Cuba” Fue esta la respuesta más contundente de la comunidad internacional al bloqueo estadounidense durante los difíciles años del periodo especial.

Para los críticos del régimen cubano (como el grupo *Diálogo Interamericano*, con sede en Washington), el bloqueo estadounidense otorga al gobierno cubano el pretexto para justificar sus

errores en la aplicación de la estrategia económica y es un elemento de cohesión e inmovilidad políticas que beneficia al régimen de Fidel Castro. Según los críticos, las dificultades de la Isla se originan en la falta de liquidez y en su incapacidad para sobrevivir con recursos propios, porque el bloqueo puede encarecer el costo de los productos importados, pero no impide su adquisición.

En una larga entrevista, efectuada el 19 de febrero de 1994, el canciller Roberto Robaina rechazó tal tesis. Dijo: “El bloqueo sí prohíbe la compra de productos, sobre todo del mercado más cercano, que es Estados Unidos. Y prohíbe que le compremos productos a quienes lo perciben”.

—Pero ningún país se ha negado a venderle productos a Cuba.

—¡Cómo que no! No sólo eso. A cuanto país y empresario con los que hemos empezado un negocio Estados Unidos automáticamente le aplica una persecución implacable en cuanto se ha enterado.

—Pero países de la Comunidad Europea, Canadá, México y otros de América Latina le venden de todo y han hecho extensivas leyes para proteger a los empresarios que quieran comerciar con Cuba.

—Esas leyes no siempre han tenido resultados benéficos en su aplicación. De cada 10 negocios que iniciamos, hasta hace poco ocho se interrumpían; en estos momentos ya se interrumpen nueve. Todos debido a presiones y chantajes increíbles.

El ministro cubano enfatizó: “El bloqueo tiene que ver con el alimento de nuestros niños y de nuestros ancianos, con los medicamentos de nuestra población. No es válido jugar con los sentimientos de los cubanos”. Y tajante, sostuvo: “Nada es más importante para este país que este bloqueo se levante”.

Incluso retó: “si hay tanta seguridad en que el bloqueo es un pretexto que nos sirve, ya lo hubieran levantado hace rato, porque hace rato que ellos quieren que perdamos toda posibilidad de sobrevivencia”.

Advirtió, empero, que “cuando el bloqueo se levante no se van a resolver inmediatamente todos los problemas de Cuba, porque lo que este país no tiene es dinero”. No obstante, agregó, “su derogación nos quitaría de encima el obstáculo mayor para nuestro desarrollo, pues con el poco dinero que tenemos podríamos comprar en

mejores lugares, sin presiones ni persecución, y sin los costos de transportación que hoy pagamos por traer productos, a veces, del otro lado del mundo”.

Carlos Lage, secretario del Consejo de Ministros, puso dos ejemplos, el 16 de julio de 1993, de cómo el “bloqueo sí es real”: “Para comprar pollo, cereal y leche el país tuvo que gastar 40 millones de dólares más en un solo año, y el precio del transporte para traer los productos desde China nos subió en 40%”.

“El que bloquea, se autobloquea”, afirma continuamente Fidel Castro para sugerir que los afectados por esta medida son también los estadounidenses.

Y sí.

Los grandes empresas de Estados Unidos observan impotentes cómo firmas de España, Canadá, México, Francia, Italia y Gran Bretaña, invierten en Cuba y le arrebatan lo que se considera su mercado natural.

De acuerdo con el citado estudio de la Universidad Johns Hopkins, en 1992 las firmas estadounidenses “perdieron la oportunidad de vender entre 1 300 y 2 000 millones de dólares en mercancías a Cuba”.

Pormenoriza: Estados Unidos puede capturar el mercado cubano de granos, que es de 400 millones de dólares; exportar 100 variedades de fertilizantes con ganancias de 150 millones; comerciar 90 millones más en medicamentos; suministrar el algodón que necesita Cuba (20 000 toneladas) y las fibras de poliéster y rayón (5 000 toneladas), con utilidades de un millón de dólares; capturar, a precios bajos, el 60% de las exportaciones del níquel cubano, etcétera.

### “Bloqueo total”

Robert Torricelli —congresista estadounidense, acérrimo anticasquista— no se imaginaba, cuando votó en la Cámara de Representantes a favor del proyecto de Ley Helms-Burton, que se estaba afectando así mismo.

Y es que Torricelli —impulsor de la ley que lleva su nombre— “invierte su dinerito” de manera indirecta en la isla.

El congresista aparece como cliente de Scudder Stevens & Clark

Latin American Fond, una firma corredora de bolsa que ofrece fondos a empresas subsidiarias que tienen negocios con Cuba.

El dato —que provocó sonrisas entre funcionarios del gobierno de Fidel Castro— fue hecho público el 3 de mayo de 1995 por Raúl Taladrid, viceministro de Comercio Exterior de Cuba, durante una audiencia del Parlamento cubano para analizar el proyecto de Ley Helms-Burton.

La existencia de este hecho puso al desnudo “lo absurdo” e “incoherente” de dicha ley que pretende “endurecer” e “internacionalizar” el bloqueo económico que Estados Unidos mantiene contra Cuba desde hace más de tres décadas.

Su aprobación —en marzo de 1996— eliminó de golpe casi toda posibilidad de arreglo entre Washington y el régimen de Fidel Castro, pues la ley condiciona la normalización de relaciones con la Isla a un cambio de su sistema de gobierno.

Por si fuera poco, con dicha legislación la política de Estados Unidos hacia Cuba sale de las manos del ejecutivo, quien está sujeto a la certificación de sus informes sobre ese país en el Congreso estadounidense.

Internacionalmente, expuso su carácter extraterritorial al condicionar a gobiernos y empresas sus relaciones económicas con Cuba; prohibir el comercio hacia la isla de compañías subsidiarias e inhibir el acceso del gobierno de Castro a los créditos de organismos internacionales como el FMI o el Banco Mundial.

Son, empero, los capítulos III y IV los que más escozor provocan. El III permite a ciudadanos estadounidenses a abrir juicios en cortes de Estados Unidos contra empresas de terceros países que inviertan o negocien con sus antiguas “propiedades”.

Tradicionalmente, Washington reclamó a La Habana la indemnización para 5 911 propietarios por un monto de 5 600 millones de dólares, incluido el 6% de interés anual.

Pero la ley entiende por “ciudadanos estadounidenses” también a cubanos que emigraron a este país y adoptaron su nacionalidad. La cifra de reclamaciones se dispara y el monto podría rebasar los 100 mil millones.

El capítulo IV niega visas de entrada a territorio de Estados Unidos a accionistas, ejecutivos y familiares de empresas que “trafican” con bienes estadounidenses expropiados por la Revolu-

ción. Aunque se especula sobre "listas negras" de empresarios que invierten en la Isla, lo cierto es que por este motivo sólo cuatro compañías han recibido tal notificación: la canadiense Sherrit Inc., que invierte en el níquel; la española Sol Meliá, que lo hace en turismo, y en telecomunicaciones la mexicana Domos —que, por cierto, queda sin efecto, pues ya salió de la isla— y la italiana STET.

Sabedor de que varias de sus cláusulas inhiben una "transición pacífica hacia la democracia" en Cuba —objetivo principal de su política hacia la Isla—; que le reducen su margen de maniobra en política exterior y que le crea problemas con sus aliados, Clinton bloqueó durante meses esta ley en las distintas instancias del Congreso. Parecía un documento condenado a un archivo, pese a los esfuerzos de sus promotores y del trabajo del *lobby* del exilio duro de Miami.

Pero el 24 de febrero de 1996, dos *migs* cubanos derribaron un par de avionetas de la organización anticastrista Hermanos al Rescate y el panorama cambió. En plena campaña para la reelección y urgido de los votos de la Florida —quinto estado en importancia electoral y con fuerte presencia cubana—, Clinton aprovechó el regalo: la aprobó en marzo y obtuvo una prerrogativa: aplazar por periodos de seis meses el capítulo III que tanto molesta a sus aliados.

Un año después de aprobada, diversos son los criterios sobre sus efectos reales.

Si para el gobierno de Bill Clinton "ha funcionado"; para el de Fidel Castro "ha sido un fracaso". Si Washington quiere con ella "impulsar la democracia"; La Habana riposta que ha "logrado la unidad del pueblo contra el imperialismo". Si el primero afirma que ha tenido un efecto real en la economía; el segundo sostiene que no ha detenido su proceso de recuperación...

En el fondo, ambos gobiernos tienen razón. Todo depende del cristal con que se mire.

En primer lugar, la Ley Helms-Burton logró lo que nadie: unir a los aliados de Estados Unidos... pero en su contra.

Por sus implicaciones extraterritoriales, esta ley fue rechazada en foros internacionales como la ONU, la OEA y el grupo del Río. Luego, la Unión Europea (UE) inició un contencioso contra Estados Unidos dentro de la Organización Mundial de Comercio (OMC). Además, México, Canadá y varios países de la UE aprobaron respec-

tivas leyes antidoto para enfrentarla y no han sido pocos los enojos y las declaraciones altisonantes recibidas en Washington por su causa.

Esta ley, en realidad, ha deteriorado las relaciones exteriores de Estados Unidos. Desde este punto de vista, es un fracaso.

También lo es, parcialmente, respecto de los efectos en la economía de la Isla: si bien tiene un efecto intimidatorio sobre nuevos inversionistas y encarece el comercio internacional y los créditos financieros hacia Cuba, no ha provocado la fuga de inversionistas ya establecidos en la Isla.

Más aún: en 1996 —ya aprobada dicha ley— 42 nuevas empresas extranjeras invirtieron en Cuba, con lo que el número de negocios con capital foráneo creció 17 por ciento.

También ya aprobada la ley, Cuba no dejó de crecer: su Producto Interno Bruto se incrementó en 7.2% durante 1996 y las autoridades de la Isla esperaban un crecimiento del 5% para 1997.

Carlos Lage, vicepresidente del Consejo de Ministro y cerebro y conductor de la política económica de la isla, fue claro: "la ley fastidia bastante, pero no lo suficiente como para desestimular nuestro desarrollo".

José Luis Rodríguez, ministro de economía: "La Helms-Burton nos ha encarecido el comercio hasta en un 30%; nos ha provocado atrasos en la compra de insumos y de bienes básicos, y nos ha obligado a conseguir créditos a corto plazo y con elevadas tasas de interés, pero no ha paralizado al país, ni la tensión de liquidez financiera nos obliga a detener nuestros programas prioritarios de desarrollo... No ha sido para tanto".

La Ley Helms-Burton también ha fracasado en su propósito explícito de promover la democracia en Cuba tal y como la concibe occidente: elecciones con candidatos de oposición, partidos políticos, libre asociación, etcétera.

Más bien sucede lo contrario: es usada por el gobierno de Fidel Castro como pretexto perfecto para justificar su inmovilidad política y congelar su incipiente reforma económica.

Y es que, desde que fue aprobada, el gobierno de Castro dejó de anunciar nuevas medidas económicas que dieran seguimiento al proceso de apertura que inició con la autorización del uso de dólar por los cubanos en el verano de 1993.

El ritmo de la reforma se congeló y apenas el año pasado se

aprobó la Ley de Zonas Francas y Parques Industriales, medida que fue diseñada desde un año antes. Lo mismo sucede con la reforma bancaria y con la Ley de Seguros. Su instrumentación gradual responde a decisiones tomadas dos años atrás.

En lo político, la Ley Helms-Burton es utilizada por el gobierno de Fidel Castro para decirle a su población: "ahí viene el lobo".

Así, la propaganda y el discurso oficiales enfatizan en dicha ley los intentos del exilio de Miami por regresar a Cuba a "apropiarse" de las casas y fincas que la revolución repartió entre la población y, afirman, a destruir las conquistas sociales: los sistemas de educación, salud y seguridad social.

En ese contexto Cuba aprobó, en diciembre de 1996, su propia ley antídoto la llamada Ley de la Reafirmación de la Dignidad y Soberanía Cubana. Intenta brindar mayor protección a los inversionistas que entran en la Isla ante posibles medidas estadounidenses y también reclama a Washington indemnizaciones por daños y prejuicios ocasionados por el bloqueo y por las acciones de los "batistianos" que reciben la protección de Estados Unidos.

Cuba reclamaría 45 mil millones de dólares por pérdidas ocasionadas por 34 años de bloqueo económico, así como un monto no cuantificado de dinero por fondos retenidos por Washington tras el triunfo de la revolución, además de los daños propiciados por la invasión de Playa Girón en 1961 y por los "20 mil asesinatos" cometidos por presuntos batistianos que posteriormente huyeron a Estados Unidos.

El ministerio de Justicia de Cuba anunció la creación de una Comisión de Reclamaciones a la que puede acudir cualquier ciudadano de la isla a exigir indemnización si su casa es requerida en Estados Unidos por un ciudadano de ese país o si un familiar suyo fue torturado o asesinado por el depuesto régimen de Batista o si es víctima de acciones auspiciadas por Washington, etcétera.

Así, Cuba quiere responder con la ley del talión. Sabe, empero, que su legislación antídoto es de escaso efecto práctico.

Y es que la presencia de la Ley Helms-Burton justifica —a ojos del gobierno de Castro— el rearme ideológico y el discurso de barricada. De nuevo palabras contra el "imperialismo yanqui"; hostilidad contra los activistas disidentes dentro de la Isla, y actos de reafirmación ideológica.

Ricardo Alarcón, presidente del Parlamento de la Isla, lo reconoció: "la promulgación de la Helms-Burton ha servido para aglutinar a los cubanos, movilizarlos alrededor de la defensa de la soberanía, de la independencia, de su sociedad y cerrar el paso a cualquier intento de imponerle el regreso al pasado".

Ahora bien, ¿para Bill Clinton esta ley representa un fracaso? Ciertamente no.

Primero porque con esta ley logró el objetivo inmediato que se propuso cuando la aprobó: ganar las elecciones en el estado de La Florida, donde la comunidad cubano-americana votó mayoritariamente a su favor en las elecciones presidenciales de noviembre de 1996.

Luego, esta ley y particularmente su capítulo III —cuya aprobación ha sido aplazada por el presidente Clinton—, es usada por Washington como una arma para presionar a la Unión Europea sobre el tema de la democracia y los derechos humanos en Cuba.

Así, la Ley Helms-Burton ha logrado que los gobiernos europeos presionen al gobierno de Fidel Castro acerca de estos temas. Es una cuña que endurece la tradicional postura europea. A ello se debe que la UE mantenga en suspenso el acuerdo de cooperación económica con la Isla y lo condicione a "progresos" en materia de derechos humanos y libertades públicas.

La secretaria de Estado, Madaleine Albright, fue explícita: "Manteniendo nuestras diferencias sobre Cuba, hemos logrado un acuerdo con nuestros aliados europeos sobre la necesidad de llevar la democracia a ese país".

Aunque ahora la política de Estados Unidos sobre Cuba queda sujeta a una ley que maneja el Congreso y no el ejecutivo de ese país, Clinton sabe que tiene el recurso de "la seguridad nacional" para tomar las decisiones claves sobre la isla antes de dar cuentas a los legisladores, quienes, en el momento del derribo de las avionetas, fueron apaciguados y conciliados con la Ley Helms-Burton.

En el fondo, de la Helms-Burton han sacado tajada política tanto Washington como La Habana. Ambos saben que si por un lado esta ley les perjudica, por el otro obtienen de ella algún beneficio. Obviamente, ello lleva al inmovilismo económico y político en este diferendo bilateral que dura ya casi cuatro décadas.

Como en dicho diferendo ninguna de las partes parece ceder,

ambos juegan dentro de los estrechos márgenes con los que cuentan. Algunos observadores en La Habana se preguntan si en este momento y en estas circunstancias a ambos les conviene jugar a la Ley Helms-Burton.

### Las grietas del embargo

Pese al embargo de Estados Unidos contra Cuba, decenas de compañías estadounidenses negocian en la isla o sueñan con hacerlo.

Johnson & Johnson solicitó y recibió una licencia del Departamento del Tesoro para que una de sus subsidiarias pueda vender productos farmacéuticos a Cuba.

Inworks Press recibió otra autorización del Departamento de Estado para importar desde Cuba diseños gráficos para playeras y otros productos.

AT&T, MCI, Sprint, IDB Wordline, LDDS Communications y Wiltel International recibieron la autorización del Departamento del Tesoro para, previo acuerdo con el gobierno de Fidel Castro, operar líneas telefónicas entre Cuba y Estados Unidos.

Carlson Companies, que opera los hoteles Radisson y los restaurantes Friday, anunció su deseo de abrir un restaurante en pleno malecón habanero.

Archer-Daniels-Midland —una de las primeras compañías agrícolas en invertir en Rusia tras la caída de la Unión Soviética— manifestó estar lista para reactivar los campos de caña de azúcar en Cuba.

Y es que, contra lo que se cree, decenas de compañías estadounidenses efectúan negocios con Cuba desde mediados de la década pasada en áreas de comunicaciones, telecomunicaciones, industria farmacéutica y alimentos.

Aprovechan para ello los resquicios legales del embargo económico. A través de ellos, el gobierno de Bill Clinton “si bien no estimula los negocios, sí los permite”.

Más aún: tras la apertura al capital extranjero en la Isla y la invitación del gobierno de Castro para invertir y negociar, “100 empresas estadounidenses han firmado cartas de intención con empresas estatales cubanas fundamentalmente en turismo, industria farmacéutica y alimentos”.

Incluso, otras compañías utilizan recovecos legales y participan en negocios con Cuba a través de otras empresas en terceros países.

Los viajes de hombres de negocios estadounidenses a La Habana son ya comunes. Son viajes discretos pero “fructíferos”. La mayoría regresa a Estados Unidos con el portafolio lleno de, al menos, información, proyectos y contactos cubanos.

Las aseveraciones anteriores son de un hombre que sabe lo que dice. Se llama John S. Kavulish II y es el puente principal entre los hombres de negocios de Estados Unidos y el gobierno de Fidel Castro.

“La mayoría de esas compañías no quieren hacer público su interés por diversas razones que no tienen que ver con la política, sino con sus planes comerciales”, declaró.

Kavulish preside el Consejo Comercial y Económico Estados Unidos-Cuba, una organización privada creada para fomentar, mediante el suministro de información, el establecimiento de relaciones comerciales entre ambos países.

De acuerdo con sus actas y documentos, esta institución es reconocida por las autoridades de Washington y La Habana. La integran hombres de negocios estadounidenses y empresas cubanas en 40 ramas de la industria y los servicios. Entre sus tareas destacan: asesorar legalmente a empresas estadounidenses para negociar con Cuba, preparar visitas con sus anfitriones en la isla, facilitar el acceso a las administraciones y representantes de negocios establecidos en La Habana, coordinar en Estados Unidos reuniones y contactos privados de representantes comerciales cubanos con empresas, organismos e instituciones de esta nación. Incluso, el Consejo suministra información y testifica en audiencias del Congreso, y participa en reuniones con funcionarios de la Casa Blanca.

De 32 años y nativo de Búfalo, Nueva York, John Kavulish es jefe de su propia firma, Kavulish International, con sede en Washington. Fue miembro del Consejo Comercial y Económico Norteamericano-Soviético, punta de lanza del mercado estadounidense en la antigua URSS. Esa experiencia la pone a prueba ahora en Cuba, en donde, sin figurar públicamente, se mueve en los más altos niveles.

“Una vez me preguntaron ¿por qué estás en Moscú? Respondí: Porque no hay nadie más. Por lo mismo estoy en Cuba”, comentó.

Reconoció que, debido a las leyes del embargo económico, la mayoría de los empresarios de su país quedan fuera de Cuba y miran cómo sus similares de Canadá, España, Italia, Francia, Inglaterra y México se reparten el pastel de los negocios en Cuba.

Y es que el embargo económico se ha convertido en el símbolo del diferendo que durante más de 30 años han sostenido Cuba y Estados Unidos.

—¿El bloqueo realmente impide el comercio entre los dos países?

—Las realidades son muy diferentes a la percepción —afirmó Kavulish. Y enumeró lo que las leyes de Estados Unidos permiten a sus hombres de negocios en Cuba.

“Uno: Efectuar contratos dentro de las siguientes áreas: comunicaciones, espectáculos, industria farmacéutica, publicidad, telecomunicaciones y todo lo relacionado con el arte y la cultura.

“Dos: Firmar cartas de intención que no asuman compromisos a futuro y que no sean de compra.

“Tres: Hacer donaciones de productos para propósitos humanitarios, lo que redundará en exención de impuestos para las compañías estadounidenses. En diciembre de 1994, por ejemplo, se donaron 1.7 millones de dólares en insulina.

“Cuatro: registrar marcas y patentes, lo que han hecho desde la década pasada grandes, medianas y pequeñas compañías.

“Cinco: autorizar el uso de tarjetas de crédito de Estados Unidos pero financiadas por instituciones de terceros países. Un visitante mexicano o canadiense puede usar Visa o Master Card para pagar bienes y servicios. La tarjeta es procesada por una institución financiera no estadounidense, sino por ejemplo, Banamex de México o el Banco de Montreal.

“Seis: Tener inversiones indirectas no controladas en la República de Cuba. Por ejemplo: una compañía estadounidense invierte en una compañía mexicana y ésta puede tener negocios con Cuba, siempre que esa inversión secundaria carezca de interés para ser controlada en un eventual negocio”.

Amparados en estas “ventajas” que brinda fundamentalmente la Ley para la Democracia en Cuba (más conocida como Ley Torriceli), empresarios estadounidenses y firmas cubanas incrementan sus intercambios.

Más aún, las presiones que ejercen determinados grupos del

exilio cubano sobre el gobierno de Clinton no impiden que este acercamiento se produzca.

“La Ley Torriceli fue apoyada por un gran número de individuos de origen cubano. Pero las compañías no basan sus negocios en lo que pueda pensar un grupo de individuos. Una compañía tiene accionistas y su responsabilidad financiera es con ellos”, afirmó Kavulish.

Y puso ejemplos: “Cuando la empresa de aviación United Airlines conversó para establecer vuelos entre Miami y La Habana, se discutió si era apropiado. Sin embargo, la United respondió que su negocio estaba amparado en la Ley Torriceli”.

“La empresa italiana Benneton posee tiendas en Cuba y en Miami. Hubo manifestaciones de rechazo por parte de los cubanos en el exilio, pero eso fue todo. Las compañías recopilan información sin pensar en los deseos de un individuo. Hacen lo que es bueno para sus intereses”, agregó.

Las crecientes expectativas por invertir en la Isla, según Kavulish, “produjeron en 1994 un amplio debate en diferentes foros y espacios de Estados Unidos, a donde asistieron un sinnúmero de ejecutivos, y al mismo tiempo visitaron Cuba más hombres de negocios que nunca”.

Kavulish expresó que “1994 fue un año educacional” para el acercamiento, conocimiento e intercambio de información entre la comunidad de negocios de Estados Unidos. “Visitaron Cuba ejecutivos de la Johnson & Johnson, de la Lloy, de la Merck y otros industriales”, indicó.

Al finalizar 1994 unas 100 empresas estadounidenses firmaron cartas de intención con el gobierno de Fidel Castro. Son documentos que no implican compromiso para ninguna de las partes. Aseguran la posibilidad de inversión en caso de que las restricciones impuestas por el gobierno de Clinton sean levantadas.

Además, según Kavulish, “brindan la oportunidad de intercambiar información sobre productos y servicios, de modo que pueda haber discusión en el futuro”.

De acuerdo con el documento titulado *Realities of Market Cuba*, el comercio con Cuba de empresas estadounidenses mediante subsidiarias fue de 4 563 millones de dólares entre 1980 y 1992, bajo el amparo del Departamento del Tesoro de Estados Unidos.

Además, el documento señala 40 sectores comerciales que incluyen, entre otros, agricultura, bancos, construcción, energía y comida procesada.

En el mismo documento se enlistan las 107 compañías que "operan o han operado en Cuba desde 1985":

Destacan Exxon, IBM World Trade, ITT, Ford Motor, General Electric, Westinghouse Electric, Goodyear Tire and Rubber, AT&T, Del Monte, E.I. Dupont, Bridgestone/Firestone, Bucjman Laboratories, Cargill, H.B. Fuller, Hercules y Carterpillar.

"La mayoría de estas compañías, dijo Kavulish, no quiere hacer pública su participación por diversas razones que no tienen que ver con la política".

Explicó: "Si una compañía estadounidense declara su interés en el mercado isleño, aumenta los precios de activos cubanos para las compañías competidoras de otros países que no tienen restricciones. Es decir, sin la competencia estadounidense el mercado cubano está subvaluado. Si nos acercamos nosotros, se revalúa. De esto se aprovecha la competencia internacional que está comprando valores cubanos subvaluados".

No obstante, afirmó que, con astucia, el gobierno de Fidel Castro obtiene algún provecho de ello. "Una vez que una compañía estadounidense hace público su interés en la isla, las empresas cubanas les dicen a sus similares de otros países: '¿Saben que tal compañía habló con nosotros hoy?, ¿saben que en el Congreso de Estados Unidos hubo una audiencia sobre Cuba? Mejor se apuran y concretan con nosotros el negocio.' Obviamente, las firmas estadounidenses empiezan a ejercer presión y toda persona razonable sabe lo que esto significa".

Claro, agregó, la comunidad de negocios de Estados Unidos también sale perdiendo. Mencionó el caso de los proyectos de inversión en infraestructura. La mayoría de ellos están concebidos para 10 o 20 años. Si el bloqueo se levantara antes de ese plazo, los estadounidenses quedarían fuera por ser adjudicados a empresas de otros países.

Es una lástima, dijo, porque estos proyectos implican mucho dinero y la mayoría de las compañías estadounidenses son eficientes, ya sea para carreteras, plantas nucleares, aeropuertos o energía hidráulica. Además, la cercanía geográfica abarata la inversión.

—¿Hay un *lobby* de empresarios o una campaña en Estados Unidos para levantar el embargo y hacer posible los negocios con Cuba?

—Hay mucho interés, pero no puede hablarse de un *lobby* al estilo vietnamita, caso en el que cinco o seis grandes empresas dicen: 'Cuba es el país en el que queremos invertir'. Lo que existe es más bien un esfuerzo callado por recopilar información y asegurarse de que los negocios que se hagan sean permitidos por las leyes de Estados Unidos.

—¿El gobierno de Fidel Castro garantiza inversiones estadounidenses en sectores que les fueron expropiados?

—El gobierno cubano proporciona garantías a empresas de distintos países en áreas expropiadas a los estadounidenses. Cuando las empresas deciden iniciar transacciones sobre propiedades expropiadas, las leyes cubanas no permiten la remuneración financiera si hubiera reclamos.

"En realidad —añadió— varias compañías estadounidenses, grandes, medianas y pequeñas, están en proceso de discusión sobre esos reclamos. Sin embargo, ellas no pretenden que este tema sea un obstáculo para entrar al mercado cubano... Son realistas y saben que si hoy Cuba dijera que va a atender esas reclamaciones no tendría el dinero para hacerlo. Hay, en cambio, otros valores y oportunidades disponibles ofrecidas por las autoridades de la Isla que pueden compensar dichos reclamos. Estas ofertas son recibidas con mucha seriedad y cada vez son más las compañías que conversan con el gobierno cubano, aunque esto no se ha hecho público".

Para Kavulish, las empresas que ingresan a Cuba "prefieren la estabilidad en el país donde invierten y saben que no habrá cambios políticos importantes en la Isla". Más aún, "dejan a un lado los sentimientos y no les importa que el régimen cubano sea una democracia o una dictadura o algo intermedio entre ambas".

—¿Los hombres de negocios de Estados Unidos le creen a Fidel Castro?

Kavulish meditó la respuesta y dijo:

—Contestaré parcialmente: con la antigua URSS, ahora con China y Vietnam, las distintas administraciones estadounidenses impulsaron la entrada de sus hombres de negocios a esos países. En el caso de la URSS resultó una arma efectiva para el estableci-

miento de una economía de mercado. Recientemente Bill Clinton abrió la posibilidad de realizar negocios con Corea del Norte. La Pepsi y la Coca Cola entraron ya en Irán. La industria energética de Estados Unidos ha tenido negocios con Libia.

“Ahora bien, en el caso de Cuba el gobierno de Estados Unidos ha creado mecanismos mediante los cuales su comunidad de negocios puede invertir en Cuba. No los estimula, pero los permite”.

Y concluyó: “La Casa Blanca quiere una economía de mercado y una sociedad democrática en Cuba, pero la realidad es que para los hombres de negocios de Gran Bretaña, de Italia, del Medio Oriente y de Asia, lo que ha hecho hasta ahora el régimen de Castro les parece suficiente.

“Incluso, el propio gobierno estadounidense ha negociado con el de Cuba acuerdos sobre medios de comunicación, tal es el caso de la ABC y la NBC. Esos son también negocios y mientras la administración de Clinton expanda esas posibilidades, los hombres de negocios las acogerán con beneplácito”.

## 6. Del ser al tener

Por 10 pesos, todos los sábados los *gays* cubanos asisten al popular barrio de La Víbora, al sureste de La Habana y, sin inhibición alguna, disfrutan de la compañía de su pareja o de la alegría de otras.

Allí, como en otros seis o siete lugares de esta ciudad, se organizan regularmente fiestas de homosexuales. Asimismo, en el barrio Playa, al oeste de la ciudad, se realizan fiestas de travestis. Hay festivales de canto, de belleza y de baile.

El tradicional y hermoso malecón habanero se abarrotó de chicas bien vestidas en búsqueda de turistas. Era el verano de 1991 y se realizaban los Juegos Panamericanos. Se les designó eufemísticamente como “jineteras”. Estas jóvenes ocupan hoy los principales puntos del malecón o las puertas de los hoteles. Enganchan un turista y con él bailan, beben, disfrutan de la playa, amanecen festejando o “van de compras”.

Del mismo modo, muchachos fuertes y bien parecidos buscan a extranjeras, principalmente europeas, que llegan a Cuba en busca del calor caribeño.

Las iglesias cubanas reciben a sus fieles que acuden, los domingos generalmente, en mayor proporción cada semana. En la Catedral de La Habana, durante la tradicional Misa de gallo del 24 de diciembre de 1993, no hubo espacio para escuchar al arzobispo de la capital, Jaime Ortega.

En los puestos de venta de artesanías no faltan las estampas de la Virgen del Cobre, estatuillas de San Lázaro u hojas sueltas con oraciones a los principales santos de la religión católica y de la afrocubana yoruba. Según los vendedores, las exponen porque tienen mucha demanda.

Las fiestas de los cubanos no llegan a su clímax si los anfitriones no ponen música de Willy Chirino, el grupo Maná o el último éxito del *hit parade* estadounidense, junto a la buena música de NG La Banda, los Van Van o Adalberto y su Son, grupos locales de fuerte presencia.

En cualquier parte de La Habana las antenas parabólicas sobresalen entre los edificios sin pintar o en las terrazas de las casas, confundiéndose con la ropa tendida. En la capital cubana, en junio de 1994, se calculó que existían 30 mil hogares con estas antenas. Construidas caseramente, las antenas “conectaron” a los cubanos con las cadenas estadounidenses de televisión CNN, HBO, Disney Channel, Cinemax o NBC. Los partidos de beisbol de las grandes ligas, las finales del basquetbol de la NBA, el Mundial de Futbol o las últimas series televisivas captan la atención total de los habaneros... con antena parabólica.

El aeropuerto internacional José Martí de la capital cubana es testigo, cualquier día de la semana, de la siguiente escena: ciudadanos desesperados, con padres e hijos, primos o cuñados, se apoyan en los ventanales. Esperan con ansiedad la llegada del vuelo de Miami. Luego del aterrizaje y los trámites de rigor, los cubanos residentes en La Florida salen y se produce el alboroto: besos, gritos, llantos, abrazos y risas. Los recién llegados portan maletas enormes; en los brazos, relojes y pulseras; arriban con varias prendas de vestir encima y con regalos de todo tipo. El acontecimiento, aparte de lo íntimo y familiar, se traslada al barrio y es parte del comentario popular.

La salida de cubanos hacia los Estados Unidos desde el mismo triunfo de la Revolución dio origen a que en el lenguaje popular y oficial se acuñara la palabra “gusano” para designar a todo el que partía. De manera tajante eran acusados de “traidores a la Patria”. Ahora, la visita masiva de esos mismos cubanos —fundamentalmente los radicados en Miami— provoca que el pueblo diga que han pasado de “gusanos” a “mariposas” y de “traidores” a “traedólares”.

Un mesero del restaurant El Barracón del Hotel Habana Libre atendía a sus clientes tratándolos de “compañeros”, independientemente de si eran cubanos o extranjeros. La palabra “compañero” se hizo tan natural que llamar a alguien “señor” en la calle

era una ofensa política. La persona que era señalada con la palabra “señor” contestaba airada: “compañero, y más compañero que usted posiblemente”. Desde 1993, y no sólo en El Barracón sino en hoteles, restaurantes, oficinas y otros locales que ofrecen sus mercancías y servicios en dólares, la atención a los clientes es con la palabra “señor”.

Para muchos analistas, y para los propios cubanos, estos sucesos —en todo caso extremos— son síntomas y signos de los cambios que se producen en la escala de valores, los modos de vida y las costumbres de los habitantes de la Isla. Son hechos que sorprenden y cuestionan al ciudadano común, motivan el análisis y estudio de los especialistas, provocan el comentario y la reflexión de los dirigentes.

Llegar a Cuba antes de los acontecimientos que dieron fin al llamado bloque socialista daba lugar a que se produjeran criterios extremos: el “paraíso caribeño”, el “país de los sueños”, el lugar donde “se construye una nueva sociedad” o, por el contrario, el “mundo de la escasez”, la “Isla de las colas interminables”, el “comunismo ruso en chiquito”, la nación del “dictador” Castro.

De todas maneras, lo que nadie discutía era que en Cuba había un pueblo culto, educado, generoso, solidario, alegre, antiimperialista y ajeno al consumismo y a los “valores negativos” del capitalismo.

Sin embargo, la crisis económica, con la consecuente escasez de productos y servicios básicos, al parecer puso al desnudo ciertos “vicios” del socialismo y males de la sociedad que afloran y se agravan cotidianamente. En otros casos renacen costumbres y tradiciones que no tenían espacio de expresión bajo un sistema rígido, ateo y estatizante. El cambio en la mentalidad de los cubanos, comentan analistas, está en la proyección que hacen de su vida: antes querían *ser*, ahora quieren *tener*.

### **Gays: del tape al destape**

Las fiestas de *gays* en Cuba, descritas anteriormente, confirman, a decir de los especialistas, una mayor tolerancia hacia los homosexuales en un régimen que tiempo atrás los marginaba.

El éxito, aceptación y popularidad alcanzados por la película

*Fresa y Chocolate*, del afamado director Tomás Gutiérrez Alea, marcó un giro en el tratamiento del tema del homosexualismo en Cuba.

En este filme, cuyo guión lo escribió Senel Paz con base en su cuento *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*, permaneció en cartelera desde el 1 de diciembre de 1993, cuando se estrenó en el teatro Carlos Marx, hasta la segunda semana de marzo de 1994.

El argumento de *Fresa y Chocolate* es el siguiente: Diego, un homosexual culto y católico, se enamora de David, un militante de la UJC, luego de conocerlo en el famoso Parque Coppelia, y se propone seducirlo como amante, pero al fracasar en su intención surge una amistad entrañable que evoluciona desde la discusión de las ideas más ortodoxas (el arte comprometido, la religiosidad, la cubanía como idiosincrasia, etcétera) hasta una actitud tolerante hacia "los que no son como todo el mundo". Al final, en un simbólico abrazo, David se despide de Diego, quien ha decidido marcharse de la Isla "porque ya no aguanta más".

Para el doctor Reynaldo Rojas, especialista en temas de la sexualidad de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana, "hay una mayor tolerancia. Se admite la orientación diferente que tiene una persona".

El catedrático señaló que ello se debe al cambio de actitud de la población cubana, producto de una "enorme cantidad de seminarios, talleres, conferencias y trabajos con la gente acerca de la sexualidad, pero también de la homosexualidad". Eso ha hecho, agregó Rojas, que cualquier ciudadano comprenda una película como *Fresa y Chocolate*.

Consideró el profesor que, a diferencia de lo que se cree, en Cuba no hay más homosexuales que en otros países. "Si nos acogemos a los estudios mundiales —dijo—, creo que existe la misma proporción en todas partes. Es decir, sin tener datos definitivos, podemos hablar de un 4 a un 7% de homosexuales en el mundo. Y en Cuba, (con una población de poco más de 10 millones de habitantes), puede ser más o menos lo mismo".

"Ahora bien, en Cuba la gente los ve más porque, en la medida en que la población los acepta dentro de la sociedad, hay una mayor tolerancia y los homosexuales pueden expresar más libremente lo que desean, lo que son y no tienen por qué ocultarse", añadió.

Destacó además que, de acuerdo con investigaciones realizadas, en la imagen sexual del cubano hay una fuerte presencia del elemento erótico, pero que no es una característica muy particular del cubano. Rojas dijo que "los latinos en general somos fogosos, calientes. Pero eso no nos hace más vulnerables o más proclives a la homosexualidad".

Sin embargo, en Cuba existe un ingrato recuerdo de las denominadas Unidades Militares de Apoyo a la Producción (UMAP) — creadas en noviembre de 1965 y eliminadas en 1967—, a donde fueron a parar homosexuales para "rehabilitarlos" y para que no se relacionaran con niños o jóvenes en formación.

Además, el famoso Congreso la Educación y Cultura, en 1971, determinó "parámetros" para poder ejercer la labor intelectual y educativa. Un homosexual era "parametrado" por conceptos morales y por tanto marginado de cualquier puesto de trabajo.

El director de la Cinemateca de Cuba, Reynaldo González, indicó que "el prejuicio hacia los homosexuales y las medidas en su contra dañaron la vida cultural del país y crearon un clima de inseguridad y desconfianza".

Agregó: "Estos hechos llegaron a su extremo en la década de los setenta. Fueron despedidos de sus trabajos muchos actores y directores, se les impidió ejercer el magisterio y se sometió a una criba a quienes se relacionaban con el público".

Señaló como ejemplos a los reconocidos escritores José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Reynaldo Arenas y Severo Sarduy. "Algunos casos ganaron connotación, como el del más grande poeta lírico de Cuba, José Lezama Lima, quien pagó con el ostracismo el éxito internacional de su novela *Paradiso*, donde abundan escenas sexuales y referencias a la homosexualidad", añadió el director de la Cinemateca.

Detrás de esos nombres, indicó González, otros escritores se vieron forzados al silencio. "Constituyen una larga nómina, con talentos notables, en un país donde la creación y el arte parecen tener terreno privilegiado. Pasaron a labores anónimas en editoriales y bibliotecas. Algunos se resintieron en su producción, desestimulados y amargados. Otros se fueron al exilio", agregó.

González, quien también es ensayista y narrador, consideró que el éxito de *Fresa y Chocolate* en la Isla "aporta un significado

trascendente al ventilar la existencia y discriminación de los homosexuales en Cuba y la intolerancia hacia expresiones de las minorías, en campañas que tendieron a unificar criterios y caracteres”.

Según Reynaldo González, la actitud favorable del gobierno de Fidel Castro hacia una película que destaca males de la Revolución “es para rectificar errores señalados por intelectuales y críticos cubanos y extranjeros, y que le granjearon no pocos disgustos y alejamientos de personalidades que antes le eran incondicionales”.

En Cuba no existen organizaciones de *gays*, pero, según Reynaldo González, lo que podría considerarse como una comunidad homosexual en la Isla recibió el filme de Tomás Gutiérrez Alea “con alegría, pues representó una vindicación. Sin embargo, reconocieron que el asunto requerirá un esfuerzo mayor, colectivo, contra los prejuicios enconados por el elemental machismo”.

Esta mayor tolerancia con los homosexuales y la actitud de éstos frente a la sociedad no sólo es evidente en el plano cultural y laboral. En la residencia estudiantil universitaria “Lázaro Cuevas”, en la calle F esquina con Tercera, en La Habana, en las elecciones para representantes de la FEU ganó el grupo denominado PPG (Partido Pro *Gay*), con su candidato Ariel Núñez. Esta residencia acoge a los alumnos de las facultades de Periodismo, Historia del Arte, Filología e Información Científica de la Universidad de La Habana.

Estos comicios del curso escolar 93-94 enfrentaron a dos grupos creados exclusivamente para esta contienda. El otro, que no se asignó nombre alguno, era llamado por los PPGs como los PPCH (Partido Pro Cheos). En el mundo *gay* cubano los cheos son los heterosexuales.

Si la escasez de divisas ha obligado al gobierno de Fidel Castro a desarrollar la industria turística, la capital cubana “podría ser un nuevo destino turístico candente, particularmente *gay*” que favorecería la captación de dólares.

A esa conclusión llegó la revista estadounidense *Out&About*, en el artículo titulado Cuba, en animación suspendida. En su edición de marzo de 1994 la publicación indicó que la posibilidad de desarrollar el turismo *gay* es ventajoso “porque en Cuba no hay bares para homosexuales, ni vida nocturna *gay*, pero sí hay un clima favorable para ellos”.

El director de *Out&About*, Billy Kolber, dijo que invertir en ese tipo de turismo es el tema del momento entre los promotores y empresarios de South Beach, al sur de La Florida. Y agregó: “Con el gobierno cubano esforzándose tanto por promover el turismo, vemos que existe el potencial de un gran destino turístico”.

“Nuestros lectores son viajeros experimentados que no necesariamente quieren ir a lugares típicos para *gays* como Palm Spring o Key West. No aceptamos publicidad, así que podemos evaluar honestamente todos estos lugares de interés”, añadió Kolber.

Y sí. La carencia de locales adecuados para los homosexuales en Cuba ha hecho que ellos mismos los adapten en casas o patios. Así, un local al aire libre en el barrio de Marianao sirve de escenario para un festival de travestis.

Allí se han realizado festivales donde se elige al mejor cantante, al mejor cuerpo, al mejor bailarín. Aparte, si un grupo de *gays* organiza una fiesta privada y necesitan de un cantante o un grupo artístico, contratan a los travestis que participan en esos festivales.

Hasta el momento, pero con menos intensidad que antes, el famoso y central Parque Coppelia, en el barrio El Vedado, es uno de los lugares favoritos de encuentro para los homosexuales habaneros. Otro, a pocas cuadras del Coppelia, es La Casa de las Infusiones. Un poco más distante, sobre todo en verano, es la playa de la calle 16, en el barrio de Miramar.

Desde 1993 en el barrio La Víbora se organizan fiestas *gay*. Por 10 pesos, que es el costo de la entrada, se tiene derecho a bailar y a consumir cerveza, sandwiches, ron, refrescos, etcétera. No es el único lugar, pero sí el más concurrido. En La Habana, según diversas versiones, existen entre seis o siete lugares más de este tipo.

Al decir de algunos homosexuales (conocidos aquí como “pájaros”), no hay dificultades con el gobierno. No se les perturba y en ocasiones, gracias a gestiones personales de funcionarios, se les apoya.

Lo que no aceptan los *gays* es la presencia de los “cheos” (heterosexuales) en sus fiestas. “No los vemos mal, pero ellos mismos se sienten incómodos”, dice Javier, un homosexual de 26 años, que pidió mantener su apellido en el anonimato.

Contrariamente a lo manifestado por el psicólogo Reynaldo Rojas, Milene Rodríguez, una joven cantante y escritora, que en la

actualidad estudia francés y que se declaró abiertamente lesbiana, dijo que cada día hay más homosexuales en Cuba.

“Sucede que cuando entras en este mundo (de los *gay*) te encuentras gente que jamás imaginaste que pudieran serlo: vecinos tuyos, familiares, que dentro de la familia pasaron por buenos padres y son los ‘escondidos’ o los que practican de vez en cuando. Estos casos me dan tristeza. Se les llama los ‘traumáticos’”, destacó Milene.

Esta joven consideró que “el ser humano vive con mucha intolerancia tanto política como social —para mí no hay mucho divorcio entre las dos—; la estrechez económica, el desamor, la violencia entre los hombres, hace que todos recurramos a lo que es de nuestra absoluta propiedad: el sexo”.

Milene comentó que de seguir el mundo así “todos acabarán siendo homosexuales o, por lo menos, experimentándolo. Como dice el personaje de *La Conjura de los necios*, sería una magnífica manera de acabar con las guerras. Un ejército de maricas que, cuando los generales den la orden de combate, se desnuden en pleno campo de batalla y hagan una inmensa orgía”.

Reconoció que en Cuba hay una mayor tolerancia hacia los homosexuales. No hay agresiones físicas por el sólo hecho de ver a un “pájaro”. Sin embargo, dijo, en un país machista como el suyo, “donde el hombre se ve amenazado y ofendido por la competencia de las lesbianas, éstas son mal miradas. Somos rechazadas por los hombres, porque somos más serias, más categóricas y menos consentidas y graciosas”.

Milene Rodríguez no tuvo recelo en confesar que vivía con su compañera hace siete años. Habitaban en un pequeño departamento y llevaban “una vida como cualquier pareja heterosexual, con los mismos problemas y alegrías”.

En el ambiente *gay* cubano se conoce a las lesbianas como “tuercas” o “tortas”. A las lesbianas de aspecto fuerte, masculino, se las denomina “bomberos”.

El psicólogo Reynaldo Rojas dijo que en Cuba “te puedes encontrar muchos homosexuales en las áreas de la cultura y el arte, también en el sector de la salud pública y de la gastronomía. Son sectores no escogidos. Allí los aceptan tal y como son. Pero uno puede encontrarse con ellos en cualquier sector. A nivel de la

cultura y el arte se pueden ver más porque allí se ha modificado mucho el criterio acerca de la homosexualidad y tienen una aceptación notable, de más respeto.”

Milene señaló que no hay lugares adecuados donde puedan reunirse los homosexuales. Para las mujeres, dijo, es más difícil. “Para los hombres es mucho más fácil. Con una seña, de esquina a esquina, ya tienen. Son más habilidosos para eso. Ellos salen a buscar sexo. Las mujeres demandan casi siempre algo más serio”, añadió.

Además, consideró que en la Isla se sufre un vilipendio social y el temor al chantaje político, “a veces utilizado por un jefe para sacarte del trabajo o por cualquier otro organismo de poder. Por eso los homosexuales casi nunca participan en política: el medio los ha hecho desconfiados, suspicaces, y saben que en cualquier problema tienen las de perder”.

### El amor en el periodo especial

Tras la “despenalización” del uso de dólares por los cubanos y la autorización del trabajo por cuenta propia, surgieron pequeños restaurantes —conocidos como paladares— y “posadas clandestinas”. En diciembre de 1993 el gobierno de Fidel Castro prohibió los paladares por ser una competencia desleal al turismo y propiciar la corrupción y el desvío estatal de recursos. Incluso, la prensa local —que no acostumbra la crónica roja— publicó casos de personas detenidas por insistir en operar este tipo de negocios. Pero las “posadas” y “los masajes privados” siguieron ofreciendo el servicio de manera discreta.

En una casona del Barrio del Cerro, cualquier “maceta” (cubano con dinero) puede ir con una “jeva” (mujer) a tomar una “lague” (cerveza), bailar casino con los grupos de moda —Van Van, NG La Banda, Adalberto Alvarez y Willie Chirino— y, si se ofrece, pasar a una habitación. Claro, todo se cobra en “fula” (dólares): por un cuarto con aire acondicionado, televisión, radio y baño con agua corriente, el cliente paga 15 dólares.

Al mismo tiempo, proliferó el fenómeno del “jineterismo”: se trata de muchachas y muchachos que, a cambio de dinero, objetos o diversión, ofrecen compañía y sexo a los visitantes extranjeros.

Destacando los esfuerzos hechos por la Revolución para acabar con la prostitución que proliferaba en Cuba antes de 1959, lo que en la práctica logró, el semanario *Juventud Rebelde*, órgano oficial de la Unión de Jóvenes Comunistas, abordó este fenómeno en su edición del domingo 30 de enero de 1993. En un editorial apuntó: "es cierto que la depresión económica catalizó el fenómeno de la prostitución en la Isla, pero la mala semilla existía desde antes. Sus orígenes están en el hogar que hace culto a la pacotilla (lo superfluo) y necesita mucha 'tienda' por fuera para esconder sus vicios interiores".

Al contrario de lo que la mayoría de los funcionarios cubanos sostenía, el semanario afirmó que la presencia masiva del turismo no era la causa directa de este fenómeno, "pues la mayoría de vacacionistas que llegan a Cuba en paquete de turismo no procuran el 'amor tarifado'".

Las prostitutas cubanas —popularmente conocidas como "jineteras"— son muy jóvenes, con elevada escolaridad, sin antecedentes delictivos y sin graves necesidades económicas.

A diferencia de otros países de América Latina, la causa fundamental de la prostitución en Cuba no son los problemas económicos, sino los éticos: la pérdida de valores sobre el amor, la pareja, la familia y la espiritualidad.

Un estudio de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) —organización de masas que oficialmente aglutina a las mujeres del país— revela las características de las "jineteras" y reconoce:

"Han existido fallas en la familia, la escuela, los medios de comunicación y en las propias autoridades para atacar por sus causas este fenómeno".

Dicha investigación sobre el "jineterismo" fue presentada durante el coloquio *El Impacto del Turismo en la Condición de la Mujer Cubana*, celebrado en enero de 1995 en la Casa de las Américas.

Fue un estudio interdisciplinario que incluyó indagaciones sobre la personalidad de las jineteras y su entorno: comunidad, educación, familia, condición económica, etcétera. Sus conclusiones las expuso Celia Berger, miembro de la dirección de la FMC.

Las jineteras en Cuba proliferaron a raíz de la crisis económica y del desarrollo del turismo en la Isla. Se les puede ver en los

alrededores de los hoteles o a lo largo del malecón habanero y de la 5a. Avenida: un trayecto de varios kilómetros donde hacen la parada a taxis o autos con placas de turismo.

La cifra oficial de jineteras es de 1 000 en toda la Isla. No obstante, "en el último año su número ha crecido significativamente", admitió Celia Berges. Advirtió, empero, que es muy difícil obtener una cifra concreta, pues se mueven en más de una zona y son a veces ocasionales.

Berges enumeró los rasgos que, según los resultados del estudio, son característicos de las jineteras:

"Son mujeres muy jóvenes, la mayoría menores de 20, pero con mayoría de edad (16 años en Cuba). Excepcionalmente se encuentran mujeres adolescentes y recientemente se empieza a notar mujeres con mayor edad.

"La mayoría no tiene necesidades económicas graves, pero rechazan el trabajo y el estudio. Su escolaridad es igual o mayor a la de noveno grado, el promedio nacional.

"Por lo general, no son antisociales, ni tienen antecedentes penales que, como en otros países, las relacionen automáticamente con actos delictivos. No obstante, han ocurrido algunos casos de jineterismo vinculado a las drogas, la pornografía y la delincuencia común.

"Se iniciaron inducidas por otras personas y todas presentaron diferentes grados de falta de atención familiar. La mayoría no cree en el amor o no lo vinculan con las relaciones sexuales.

"Su sentido de la vida es a corto plazo y sus objetivos y proyectos son básicamente materiales, fáciles e inmediatos."

Berges señaló que, a diferencia de los años previos a la Revolución, la prostitución no es para estas mujeres la "única alternativa de subsistencia". Las razones económicas, comentó, pueden sacar a la luz un fenómeno, pero no son su causa fundamental.

Berges pidió reconocer que el fenómeno existe y propuso debatirlo públicamente en todos los sectores. "Sólo así, dijo, se tomará conciencia de su dimensión y cada persona o institución podrá tomar acciones desde sus posibilidades y ámbitos".

"El jineterismo es una expresión de la estrategia de las cubanas para sobrevivir en esta situación de crisis; una manera de mantenerse a flote en esta coyuntura del periodo especial". Así lo consi-

deró Mirta Rodríguez Calderón, experta cubana en estudios de la mujer, quien también presentó un estudio sobre las jineteras basado en entrevistas que ella misma realizó.

De entrada dijo: "Hay un fenómeno general de prostitución en Cuba que tiene varias expresiones. El jineterismo es el más numeroso". Pero, afirmó, "todavía no es masivo ni multitudinario".

"¿Por qué se le llama jinetera y no puta?", preguntó la experta y remitió a la definición de jineteo: "sentido figurado: procurar sostenerse en situaciones difíciles; ofrecer resistencia a los peligros".

Luego marcó las diferencias entre la prostitución tradicional en América Latina y el jineterismo cubano.

Dijo: "La prostitución tiene las tres 'E' que no hay en Cuba. *Esclavismo*: las putas no pueden salir de una zona y generalmente están confinadas en una casa. *Explotación*: no sólo por el hombre que las usa, sino por todo un aparato en que se apoya la prostitución: los promotores de la pornografía, policías, jueces, autoridades. *Estigma*: una mácula que cae sobre ellas para denigrarlas y marginarlas".

Las muchachas cubanas, dijo, pueden ser objeto de expresiones groseras en la calle, pero no son estigmatizadas. Incluso, "no son muchas las familias que sienten vergüenza por tener entre sus miembros a una jinetera, ni suficiente el rigor para no permitirlo". Hay, pues, cierta tolerancia familiar y social.

Al mismo tiempo, "ellas no se sienten normalmente deprimidas, sino equilibradas y la mayoría no piensa que están perdiendo lo espiritual. Sus acciones las toman con ánimo superficial".

Su autoestima, añadió la especialista, es más bien alta: "no se creen malas, ni se sienten denigradas o prostituidas".

Por amor o por interés, o por ambas razones, también han proliferado los matrimonios de cubanos con extranjeros. La Consultoría Jurídica Internacional, ubicada en el barrio Miramar, diariamente está atiborrada de extranjeros que buscan casarse y llevarse a su pareja a su país de origen. En una sala de espera de unos 30 metros cuadrados, los futuros cónyuges —a veces acompañados de los familiares cubanos— hacen cola para ver al abogado que "les resuelva" un casamiento rápido y una visa urgente para su pareja. La mayoría de los extranjeros son españoles y mexicanos. Buena parte son hombres maduros acompañados de jovencitas de alrede-

dor de 20 años. Ninguno parece escatimar esfuerzo ni dinero: por matrimonio, carta invitación de la novia al país en cuestión y "protocolización", se pagan 855 dólares. Si requiere servicios extra, como: trámites migratorios, pasaporte y permiso cubano de salida, son 200 dólares más. Y por cada hora adicional de trabajo, 100 dólares.

Pero si al extranjero le resulta costoso casarse en Cuba, divorciarse aún más caro: 800 dólares por "representación letrada en proceso de divorcio" y mil 500 por "liquidación de comunidad matrimonial de bienes".

Con todos estos elementos, para propios y extraños, feministas y machistas, lo cierto es que la imagen de la mujer cubana ha cambiado rotundamente: de la miliciana con fusil al hombro, boina negra, botas y una cara hermosa sin maquillaje, ha pasado a la mulata semidesnuda que ofrece placer y descanso en las costas caribeñas.

Mirtha Rodríguez Calderón dijo que muchas mujeres cubanas se sienten ofendidas porque la imagen que se vende fuera del país es la de la mulata semidesnuda. "Estamos alzadas y protestando contra eso, y no tengo duda de que será una batalla que ganaremos, pero por ahora nuestros almanaques, afiches, ron y langostas, se venden con un signo femenino y sexual", añadió.

La otrora criticada publicidad capitalista, que hace de la mujer un objeto de exhibición mercantil, retornó en Cuba mediante afiches y carteles de los principales hoteles, cabarets, centros turísticos y espectáculos nocturnos.

Rodríguez Calderón explicó que este fenómeno se presenta porque los publicistas cubanos, "inexpertos en cuestiones de *marketing* y difusión", ante la necesidad de promocionar el turismo "recurrieron a lo pasado de moda, a los estereotipos más groseros; a la vulgaridad superior y entonces pensaron que 'vender a Cuba' era vender la mulata semidesnuda y los placeres del sexo".

Y es que las transformaciones que vive la isla caribeña para enfrentar la crisis económica, producen cambios en las aspiraciones del ciudadano común. En el caso de la mujer, la búsqueda de bienestar económico y reconocimiento social se trasladó al sector turístico, el más dinámico en la deteriorada economía nacional.

Muchas jóvenes buscan cupo en las escuelas de idiomas o en las academias de turismo para poder emplearse como mesera, guía

turística, traductora, recepcionista o simplemente como dependiente de una tienda de *souvenirs*. En esos puestos pueden obtener, por medio de la propina, dólares, moneda "que abre todas las puertas".

Pero si no es posible conseguir esos puestos de trabajo, la opción es "empatarse" con un extranjero, ya sea para servirle de compañía en su estancia en la Isla o para casarse con él y salir del país.

En la vida cotidiana, sentimental y de pareja, los cubanos mantienen pautas de conducta que a muchos escandalizan pero a otros les indica simplemente "una sociedad menos prejuiciada y menos conservadora".

A diferencia de otros países latinoamericanos, las relaciones amorosas de los cubanos son *sui generis*. Es común que un cubano menor de 30 años esté en su segundo o tercer matrimonio; lo es también que se divorcie con suma facilidad en menos de dos años. No es extraño que una adolescente de preparatoria o secundaria tenga relaciones sexuales con su novio y que —a veces con la anuencia de los padres— éste se quede a dormir en su recámara. Tampoco es extraordinario que las jóvenes hayan tenido algún aborto y/o vivan en unión libre.

Algunos estudios y estadísticas arrojan datos sobre el amor y las relaciones de pareja entre los jóvenes de la Isla:

Durante 1992 (ya en plena crisis) se casaron 191 800 parejas. Todas por lo civil. Los matrimonios por la Iglesia son tan escasos que no aparecen en estadística alguna. (El Departamento de Familia del Arzobispado de La Habana calcula unos 2 000 en todo el país, lo que corresponde al 1% respecto de los matrimonios civiles). La tasa de nupcialidad es de 18.2 matrimonios por cada mil habitantes, un aumento significativo respecto de 1980, cuando era de 7.1 por cada mil.

El aumento de matrimonios no es preocupante. Se mantiene, según el estudio del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociales, CIPS, dentro de las tasas mundiales. Lo significativo es que por cada 100 matrimonios existan más de 80 parejas en unión libre. Incluso, de cada cinco mujeres casadas hay otras cuatro que viven en unión libre. Estas "uniones consensuales" son particularmente frecuentes en los jóvenes menores de 20 años, y preocupantes en los menores de 15 años, que en la última década tuvieron un aumento hasta del 100 por ciento.

Las uniones libres en Cuba, según el estudio, se concentran en la región oriental de la Isla (las Tunas, Holguín, Santiago de Cuba y Guantánamo), sobre todo entre mulatas y mestizas, y por lo general en personas de bajos ingresos y sin empleo.

Con la misma facilidad con que se casan, los cubanos se divorcian y el trámite es rápido. Con 100 pesos, los papeles y la presencia de uno solo de los cónyuges es suficiente. Entre 1955 (antes de la Revolución) y 1988, los matrimonios aumentaron 2.8 veces y en ese mismo periodo los divorcios 12.5 veces.

Según datos del Fondo de Naciones Unidas para el Desarrollo, FPNUD, por cada cuatro matrimonios cubanos hay un divorcio. "Hoy por hoy —afirma el estudio del CIPS— Cuba es uno de los países con más alta divorciabilidad: 3.4 por cada mil habitantes. Sólo por debajo de Estados Unidos (4.8) y Puerto Rico (4.2)".

El 50% de los divorcios ocurren antes de los dos años de matrimonio, generalmente en parejas menores de 30 años. Los muchachos de entre 15-20 años se divorcian con mucha frecuencia, hasta cinco veces más.

De acuerdo con el citado estudio, en los jóvenes que forman familias no existe suficiente conocimiento sobre el uso de anticonceptivos y el embarazo de las mujeres adolescentes cada día aumenta. Por cada mil mujeres menores de 20 años, había 57.1 embarazadas. Estas muchachas interrumpieron sus estudios, se aislaron del resto de sus coetáneos o no pudieron compartir su tiempo libre con ellos, y se "desvincularon de las actividades político sociales destinadas a esta edad".

Al respecto la Iglesia católica cubana se pronunció a través de la controvertida pastoral "El amor todo lo puede", publicada en septiembre de 1993. Allí destacó que "la nupcialidad prematura es una señal de poco equilibrio social, los divorcios aumentan en forma alarmante, poniendo punto final a una unión que debiera ser para toda la vida. Más de la mitad de los que se casan ya se han separado al poco tiempo y hay muchos hijos sin padre. La mortalidad infantil reducida es un logro de la salud pública cubana, pero la mortalidad por abortos de niños que antes de nacer mueren en el mismo lugar donde se consideraban más seguros, en el seno materno, es asombrosa, particularmente en los jóvenes de edad escolar".

En Cuba no está prohibido el aborto. Las autoridades de salud

de la Isla intentan que éste no sea un recurso para controlar los nacimientos, pero diariamente se realizan en cualquier hospital decenas de "regulaciones" del ciclo menstrual e "interrupciones de embarazos". Estadísticas de los hospitales muestran que la mayoría de las mujeres que recurren a estas intervenciones son jóvenes menores de 20 años. Por lo general, asisten al hospital acompañadas por su pareja o por su madre.

Dice un estudio del CIPS: "El aborto constituye un derecho de la mujer, pero la tolerancia en su utilización como medio contraceptivo resulta un problema ético que debe ser enfrentado por la sociedad, por la familia y por la propia pareja de jóvenes". Y ofrece estas cifras: "Se interrumpen 45 de cada 100 embarazos y se realizan 81.8 abortos inducidos por cada 100 partos".

Normalmente los conflictos matrimoniales entre cubanos se producen por el poco conocimiento de la pareja, no entender lo que es la vida marital, la corta edad de los cónyuges y su baja escolaridad. Muchas de las bodas son "compulsadas por los padres" y también influyen las malas condiciones en que vive la pareja: falta de recursos económicos, desempleo, carencia de vivienda propia, etcétera.

La falta de vivienda es un factor —muchas veces— determinante. Ante el déficit habitacional de Cuba y particularmente en La Habana, los recién casados tienen que vivir de "agregados" —como se les llama— en la casa de los padres del novio o de la novia. No es extraño que en una vivienda pequeña convivan los padres, los hijos solteros, los hijos casados con sus respectivas esposas y los nietos.

La falta de intimidad hace que muchas parejas busquen las "posadas": hoteles "exclusivos para el amor". Existen varias repartidas en La Habana. Cobran de tres a ocho pesos por seis horas, según la categoría. En general, todas están sucias y descuidadas. Algunas, incluso, han dejado de dar servicio.

### Ser joven ahora

Definida por las autoridades como "una de las prioridades del país", la juventud cubana vive "uno de los momentos más difíciles", pero, según Juan Contino, primer secretario de la Unión de Jóvenes

Comunistas (UJC) hasta 1994, "comprende y acepta los cambios que se producen en Cuba porque son para tener más socialismo".

Los jóvenes cubanos pertenecen a la generación nacida después del triunfo de la Revolución y, a decir de Otto Rivero, presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) de Cuba del curso escolar 1993-1994, "es una generación que recibió mucho, y en medio de la crisis, empieza a carecer de muchas cosas".

Aunque en sus rostros y manifestaciones los muchachos cubanos irradian alegría y belleza, no es menos cierto que con las dificultades afrontan situaciones agobiantes: la mayoría recorre en bicicleta grandes distancias, en ocasiones llevando a su novia a la playa o a las fiestas. Sin embargo, no encuentra qué comprar para regalarle o dónde llevarla en el día de San Valentín. Tienen educación y medicina gratuitas, pero carecen de *shampoo* y jabón. Es difícil imaginar cómo lo consiguen y cómo se las arreglan para presentarse limpios a clases o a una fiesta.

Aparte, pueden graduarse, hacer cursos de posgrado, gozar de una buena salud, pero no encuentran perspectivas de que su profesión les permita aspirar a una vida modestamente cómoda: tener una vivienda, muebles y elementales electrodomésticos; menos pensar en unas vacaciones en el extranjero. Se da el caso de que ingenieros, periodistas, economistas, biólogos o técnicos abandonan su trabajo para buscar una plaza en el sector del turismo, pues allí la posibilidad de acceder al dólar les motiva más. No importa que se empleen como taxistas, meseros, limpia pisos, mucamas o recepcionistas.

Menos perjudicados o menos conservadores que muchos jóvenes latinoamericanos, los cubanos no ven mal tener una relación sexual libre; por el contrario, la asumen con la más absoluta sencillez. Sin embargo, cuando desean estar en intimidad con su pareja tienen que hacer cola en un motel, hotel de paso o posada, como la llaman ellos.

Con todo el entusiasmo imaginable van al campo a trabajar 15 días al año. No miran en esa tarea un aporte que resuelva significativamente las deficiencias alimentarias pero con el mismo entusiasmo y alegría amanecen bailando salsa, rock o merengue en los campamentos agrícolas.

Es evidente la admiración y respeto que guardan por Ernesto Guevara de la Serna, el legendario *Che*. A pesar de que las genera-

ciones actuales no tuvieron la oportunidad de conocerlo, muchos lo llevan o recuerdan con orgullo en sus playeras, en sellos, en afiches que adornan sus recámaras o en las canciones que lo evocan. Aun así, no dejan de criticar agudamente al gobierno de Fidel Castro y la difícil situación económica del país.

Además, como algunos investigadores apuntan, un cierto grado de nihilismo y escepticismo cobija a la juventud cubana. Sus manifestaciones más evidentes ocurrieron durante el Habanazo y en la llamada crisis de los balseros. Muy buena parte de ellos eran menores de 30 años, profesionales y apáticos ante la política.

El poeta y ensayista Cintio Vitier, en un artículo del semanario *Juventud Rebelde* dijo puntillosamente:

“A casi 36 años del triunfo de la Revolución, comprobamos crecientes zonas de descreimiento y desencanto en los jóvenes tanto iletrados como pertenecientes a minorías intelectuales. Sabemos que este fenómeno de nihilismo juvenil, filosóficamente articulado por la corriente llamada ‘postmodernismo’, es un fenómeno universal y que en nuestro país no es un fenómeno mayoritario. Pero en este campo las minorías tienen un peso específico imprevisible y la Revolución, por muy masiva que sea, tiene que ver en cada joven desmoralizado, escéptico político, marginal o antisocial, un innegable y doloroso fracaso. La Revolución no se puede resignar a este tipo de fracaso, por relativo que sea...”

No cabe duda de que en la juventud cubana hay un marcado sentimiento antiimperialista, pero no por ello dejan de admirar el *american way of life*. Una multitudinaria concentración de jóvenes se presentó ante el edificio de la Oficina de Intereses de los Estados Unidos en La Habana, en los días posteriores a la invasión estadounidense en Panamá, en diciembre de 1989. No faltaron tampoco las manifestaciones de muchachos que, “si hacía falta”, se alistarían para “combatir junto al hermano pueblo panameño”.

No obstante las posiciones de ese tipo —que han sido muchas a lo largo de 35 años de Revolución—, es evidente la admiración que muchos caribeños tienen por “la yuma” (Estados Unidos), por su desarrollo y ventajas. Por otra parte, destellos de xenofobia y xenofilia se manifiestan entre los jóvenes y en personas mayores también: algunos ven en el extranjero que visita o vive en la Isla un puente para solucionar sus problemas inmediatos, reconocen en el

turista un símbolo de bienestar y prosperidad del cual carece el cubano. Sin espacios de mayor información o divulgación del acontecer mundial, cualquier noticia de desarrollo tecnológico o científico, artístico o deportivo, hace que el cubano sobreestime al extranjero y subvalore los avances de su propio país.

Al mismo tiempo, la presencia de turistas, empresarios, congresistas y todo tipo de visitantes a la Isla, que llegan a hoteles y disfrutan de privilegiadas condiciones de estancia y permanencia, provoca que muchos los vean con malos ojos. Expresiones como las siguientes se escuchan en conversaciones familiares o comentarios en la calle: “los extranjeros son privilegiados”, “se están llevando el país”; o el chiste que dice: a un niño cubano le preguntan que querría ser de grande, a lo que él contesta: “extranjero”.

Juan Contino y Otto Rivero coincidieron en que la principal tarea de sus dos organizaciones era que los jóvenes comprendieran, aceptaran e impulsaran las medidas que el gobierno de Fidel Castro tomaba para paliar la crisis económica.

De cualquier modo, varios analistas indican que los principales visos de las afectaciones que afrontan los jóvenes son el incremento de la prostitución y la delincuencia juveniles. El fenómeno de la prostitución no implica para Juan Contino que en Cuba haya una crisis de valores. “La gente es aquí muy patriota, muy antiimperialista. Sabe muy bien lo que ha traído la Revolución y el socialismo”.

Indicó el dirigente juvenil comunista que para contrarrestar ese afán de dinero estaban haciendo “un proceso” con los jóvenes que trabajan en el turismo, por ejemplo, y que reciben propina en dólares. “Les estamos diciendo que si la educación necesita divisas ¿por qué tú no donas parte de tu propina, para el interés colectivo, para la escuelita que está allí?”. Hemos tenido respuestas positivas y compañeros han dicho que, de 200 dólares, ‘yo doy 100’”.

Reconoció el primer secretario de la UJC que en su país había gente irritada con la situación actual. “Si vas a una parada de *bus*, ves a la gente molesta. Te dicen que están ‘encabronados’. Es lógico que estén encabronados pues a nadie le gusta no tener *guagua* (autobús), a nadie le gusta que haya dificultades con la alimentación en su casa, a nadie le gusta que haya apagones. Es decir, hay una irritación que tiene que ver con la crisis económica. Pero de ahí a llegar a la conclusión de que esa irritación está expresándose en

contra de lo que estamos haciendo, hay una distancia enorme”, subrayó.

Una buena parte de la juventud vinculada a la labor artística expresa, de diversas formas, su inconformidad con la situación imperante en la Isla y no necesariamente contra el gobierno. Canciones, novelas, cuentos, cuadros, películas y obras de teatro reflejan puntos de vista críticos sobre el momento que vive Cuba.

Es famosa y popular entre los jóvenes cubanos la canción *Guillermo Tell*, del trovador y cantante de rock Carlos Varela. Una parte de su letra dice: “*Guillermo Tell no comprendió a su hijo que un día se aburrió de la manzana en la cabeza. / Echó a correr y el padre lo maldijo / pues entonces cómo iba a probar su destreza. / Guillermo Tell, tu hijo creció quiere tirar la flecha / le toca a él probar su valor / usando tu ballesta. / Guillermo Tell no comprendió el empeño, pues quién se iba a arriesgar al tiro de esa flecha / y se asustó cuando dijo el pequeño / ahora le toca al padre la manzana en la cabeza*”.

Interpretada por algunos como una crítica generacional y por otros como un reclamo directo a un régimen que no se renueva, *Guillermo Tell* era tarareada reiteradamente entre los jóvenes. El mismo Carlos Varela, con su canción *Tropicollage*, a principios de esta década ponía en evidencia su crítica a la presencia del turismo y la marginación que sufría el cubano a la hora de buscar los productos y bienes turísticos ofrecidos en dólares a los extranjeros.

Una parte de la canción dice que el turista que visita Cuba “*se fue en Havanautos (autos de alquiler) rumbo hasta Varadero / aparató en la arena / fumándose un habano recostado en una palma / volvió al Habana Libre, alquiló un Turistaxi para ir al Tropicana / después al aeropuerto y así se fue creyendo que conoció La Habana / ese tipo pagó la cuenta que me estaban sacando / pero en su polaroid y en su cabeza lleva Tropicollage*”, en alusión al refresco cubano Tropicola, cuya venta se hace en dólares.

Después dice que ese mismo turista “*no fue a la Habana Vieja / no conoció los barrios de obreros y creyentes / no se tiró unas fotos sobre los arrecifes / donde hay un mar de gente / no vio a los conductores, ladrillo y aguardiente cimentando el futuro / no tropezó en la calle con uno de esos tipos que dan cinco por uno / eso también es mi país y no puedo olvidar*”.

Al final de la canción Varela enfatiza: “*Y a los escrutadores que me están escuchando, piensen en lo que digo / yo sé que la divisa hace la economía como hace al pan el trigo / pero lo que no entiendo es que por el dinero confundan a la gente / si vas a los hoteles por no ser extranjero te tratan diferente / eso está pasando aquí y lo quiero cambiar*”.

El caso más sonado durante 1991 y 1992 fue el del cuento ya mencionado de Senel Paz, *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*. Con base en el cuento se hicieron luego dos obras de teatro: una con el mismo nombre y otra con el título *La catedral del helado*.

Aunque no se ha hecho un reconocimiento público y oficial de cuántos jóvenes abandonaron las filas de la UJC en toda la Isla, en la Universidad de La Habana, durante una reunión realizada el último fin de semana de mayo de 1994, se reconocieron “50 bajas registradas y 365 separaciones o expulsiones durante los últimos tres cursos escolares”. Sin embargo, en el informe de la Secretaría del Comité de la UJC de la casona universitaria se destacó que había “persistentes problemas de funcionamiento” que se convertían en “un enorme descontrol de bajas, ingresos, traslados y evaluaciones” de los militantes.

El ingreso a la organización juvenil comunista constituía, hasta hace no mucho tiempo, uno de los momentos más importantes en la vida de un muchacho cubano. Recibir el carné de la UJC era uno de los pasos que lo enlazaban con la sociedad y con la Patria. Después del derrumbe del campo socialista y del “descubrimiento” de muchos de los males y aspectos negativos del “comunismo”, la juventud cubana no asumió de igual manera su militancia y le dio un valor distinto a ser miembro de la UJC. No se cuenta con cifras ni datos específicos, pero fue evidente el abandono de sus filas para, en algunos casos, declararse católico, evangelista o santero de la religión yoruba.

### ¿Y de los bolos qué?

Las estrechas relaciones entre Moscú y La Habana nacieron luego de que en 1962 los Estados Unidos declararon el embargo económico contra la Isla tras la nacionalización de las empresas estadounidenses. A partir de ese momento, los vínculos crecieron en todas

las esferas. Miles de jóvenes hicieron sus carreras profesionales en universidades soviéticas. Cientos de militares, técnicos y científicos se adiestraron en cuarteles, fábricas y laboratorios de la ex URSS. Artistas e intelectuales intercambiaron obras, publicaciones y encuentros.

A casi cuatro años de desaparecida la URSS, los rastros de su influencia y presencia en Cuba se esfumaron. En contraparte, surgieron nuevas y variadas presencias e influencias: la música mexicana y estadounidense atrapa a los jóvenes; la literatura "occidental" tiene muchos más lectores; los autos japoneses Toyota reemplazan a los soviéticos Lada; la televisión se nutre de programas estadounidenses y latinoamericanos, y los nombres de origen ruso se reemplazan por otros más latinos.

Durante 30 años las relaciones cubano-soviéticas nunca sufrieron deterioro y nadie imaginó ver su fin. Es más, la población de origen soviético residente en Cuba —según algunos analistas— llegó a rondar los 100 mil habitantes, cuyos edificios de apartamentos fueron bautizados por los cubanos como "el barrio de los rusos" o de "los bolos".

En el mejor momento de las relaciones de estos dos países 10 mil soldados, con sus respectivas familias, radicaron en la Isla.

Con el incremento del turismo y las inversiones extranjeras, la presencia foránea trajo consigo nuevas influencias y necesidades. Si antes el idioma ruso era asignatura obligatoria en escuelas secundarias y en universidades, en la actualidad se estudia inglés. Si las academias de idiomas copaban con el ruso sus matrículas, ahora no hay cupo para estudiar inglés, francés, italiano o portugués. La Alianza Francesa no se da abasto para la infinidad de solicitudes que recibe cuatro meses antes del inicio del curso regular.

La larga permanencia de estudiantes, profesionales, artistas, funcionarios y diplomáticos cubanos en las repúblicas soviéticas los llevó a contraer matrimonio con ciudadanos de esa región. Igual ocurría con los rusos en la Isla. Por ello, los nombres que ponían a sus hijos eran Katiushka, Boris, Yuri, Niurka, Iván, Pavel, Dimitri, etcétera. Jóvenes menores de 30 años abundan con esos nombres. Ahora, con los "aires de cambio", algunos de ellos reniegan de la decisión de sus padres. Matrimonios recientes prefieren poner a sus

hijos Pedro, Rebeca, Manuel, Mariana, José, María, etcétera. Incluso algunos ucranianos que decidieron quedarse a vivir en Cuba reniegan de la influencia rusa en su vida y cultura.

Además, ahora los matrimonios con extranjeros son en su mayoría con mexicanos, españoles, italianos o franceses, producto de la mayor afluencia de turistas de esos países. La diferencia es que antes para contraer matrimonio con un extranjero los trámites se hacían en pesos cubanos. Hoy para casarse con un "extraña" (extranjero), éste debe pagar entre 1 000 y 1 500 dólares si quiere llevar a la pareja a su país.

Las cuentas del Estado cubano para el comercio exterior se hacían en rublos, ahora en dólares. A la moneda estadounidense se la conoce en la calle como *fula* o *fao*.

Las estrechas relaciones entre los dos países llevaron al régimen de Fidel Castro a crear las llamadas Casas de la Amistad Cuba-URSS en todas las provincias del país. Ahora esos locales tienen otras funciones. En Santiago de Cuba, por ejemplo, se destinó a la Asociación de Jóvenes Hermanos Saíz, una organización cubana dedicada a impulsar el arte y la cultura juveniles.

En La Habana Vieja —el centro histórico de la capital cubana—, por otra parte, desde 1993 se inauguraron las Casa de Bolívar, Casa de Benito Juárez, Casa de Guayasamín, y otras esperan del resto de países de América Latina la colaboración para crearlas. Asimismo, es frecuente encontrar en la prensa cubana titulares de los "hermanamientos" de ciudades de la Isla con otras de España, Colombia, Argentina, Bolivia o México. Esto hermanamientos pretenden establecer vínculos más estrechos entre regiones o ciudades para favorecer la ayuda solidaria de esos países y solucionar problemas concretos de cada ciudad cubana. Por ejemplo, a finales de mayo de 1994 la ciudad cubana de Santa Clara y la de Cali, Colombia, suscribieron un Protocolo de hermanamiento.

Si el vodka era la bebida alterna al ron cubano, hoy por hoy no se encuentra ni se vende con frecuencia. La oferta contraria es el martini español o el whisky escocés.

En la carretera que une a la capital cubana con las poblaciones de Güira de Melena y Batabanó se encuentra el monumento Al soldado internacionalista, en homenaje a los soldados soviéticos. Antes era atendido y cuidado con rigurosidad. Hoy la hierba invade

las esferas. Miles de jóvenes hicieron sus carreras profesionales en universidades soviéticas. Cientos de militares, técnicos y científicos se adiestraron en cuarteles, fábricas y laboratorios de la ex URSS. Artistas e intelectuales intercambiaron obras, publicaciones y encuentros.

A casi cuatro años de desaparecida la URSS, los rastros de su influencia y presencia en Cuba se esfumaron. En contraparte, surgieron nuevas y variadas presencias e influencias: la música mexicana y estadounidense atrapa a los jóvenes; la literatura "occidental" tiene muchos más lectores; los autos japoneses Toyota reemplazan a los soviéticos Lada; la televisión se nutre de programas estadounidenses y latinoamericanos, y los nombres de origen ruso se reemplazan por otros más latinos.

Durante 30 años las relaciones cubano-soviéticas nunca sufrieron deterioro y nadie imaginó ver su fin. Es más, la población de origen soviético residente en Cuba —según algunos analistas— llegó a rondar los 100 mil habitantes, cuyos edificios de apartamentos fueron bautizados por los cubanos como "el barrio de los rusos" o de "los bolos".

En el mejor momento de las relaciones de estos dos países 10 mil soldados, con sus respectivas familias, radicaron en la Isla.

Con el incremento del turismo y las inversiones extranjeras, la presencia foránea trajo consigo nuevas influencias y necesidades. Si antes el idioma ruso era asignatura obligatoria en escuelas secundarias y en universidades, en la actualidad se estudia inglés. Si las academias de idiomas copaban con el ruso sus matrículas, ahora no hay cupo para estudiar inglés, francés, italiano o portugués. La Alianza Francesa no se da abasto para la infinidad de solicitudes que recibe cuatro meses antes del inicio del curso regular.

La larga permanencia de estudiantes, profesionales, artistas, funcionarios y diplomáticos cubanos en las repúblicas soviéticas los llevó a contraer matrimonio con ciudadanos de esa región. Igual ocurría con los rusos en la Isla. Por ello, los nombres que ponían a sus hijos eran Katiushka, Boris, Yuri, Niurka, Iván, Pavel, Dimitri, etcétera. Jóvenes menores de 30 años abundan con esos nombres. Ahora, con los "aires de cambio", algunos de ellos reniegan de la decisión de sus padres. Matrimonios recientes prefieren poner a sus

hijos Pedro, Rebeca, Manuel, Mariana, José, María, etcétera. Incluso algunos ucranianos que decidieron quedarse a vivir en Cuba reniegan de la influencia rusa en su vida y cultura.

Además, ahora los matrimonios con extranjeros son en su mayoría con mexicanos, españoles, italianos o franceses, producto de la mayor afluencia de turistas de esos países. La diferencia es que antes para contraer matrimonio con un extranjero los trámites se hacían en pesos cubanos. Hoy para casarse con un "extraña" (extranjero), éste debe pagar entre 1 000 y 1 500 dólares si quiere llevar a la pareja a su país.

Las cuentas del Estado cubano para el comercio exterior se hacían en rublos, ahora en dólares. A la moneda estadounidense se la conoce en la calle como *fula o fao*.

Las estrechas relaciones entre los dos países llevaron al régimen de Fidel Castro a crear las llamadas Casas de la Amistad Cuba-URSS en todas las provincias del país. Ahora esos locales tienen otras funciones. En Santiago de Cuba, por ejemplo, se destinó a la Asociación de Jóvenes Hermanos Saíz, una organización cubana dedicada a impulsar el arte y la cultura juveniles.

En La Habana Vieja —el centro histórico de la capital cubana—, por otra parte, desde 1993 se inauguraron las Casa de Bolívar, Casa de Benito Juárez, Casa de Guayasamín, y otras esperan del resto de países de América Latina la colaboración para crearlas. Asimismo, es frecuente encontrar en la prensa cubana titulares de los "hermanamientos" de ciudades de la Isla con otras de España, Colombia, Argentina, Bolivia o México. Esto hermanamientos pretenden establecer vínculos más estrechos entre regiones o ciudades para favorecer la ayuda solidaria de esos países y solucionar problemas concretos de cada ciudad cubana. Por ejemplo, a finales de mayo de 1994 la ciudad cubana de Santa Clara y la de Cali, Colombia, suscribieron un Protocolo de hermanamiento.

Si el vodka era la bebida alterna al ron cubano, hoy por hoy no se encuentra ni se vende con frecuencia. La oferta contraria es el martini español o el whisky escocés.

En la carretera que une a la capital cubana con las poblaciones de Güira de Melena y Batabanó se encuentra el monumento Al soldado internacionalista, en homenaje a los soldados soviéticos. Antes era atendido y cuidado con rigurosidad. Hoy la hierba invade

las bases del monumento. Los reflectores —otrora siempre encendidos— están rotos. El abandono es total.

Las casas comercializadoras de automóviles, antes dedicadas por entero a la venta de Ladas o Moscovich, ahora venden autos y repuestos de Toyotas, Nissan o Volvo. Y tener un Lada ya es síntoma de atraso, aunque el vehículo sea nuevo.

Antes las librerías de Cuba se hallaban abarrotadas de literatura soviética; abundaban autores como Zinovi Yúriev, Anatoli Dnieprov o H. Zmatlíkova. Novelas, manuales, revistas y libros de ciencia en idioma ruso, a muy bajo precio, ocupaban un lugar preponderante en los estantes. Ahora siguen ahí pero no se venden.

Por el contrario, en la Feria del Libro de La Habana, realizada en febrero de 1994, títulos de autores latinoamericanos, europeos y estadounidenses fueron la atracción de los lectores y bibliófilos cubanos. Los *Cuentos orientales*, de Marguerite Youcerner, y *El señor de los anillos*, de Tolkien, desaparecieron de los estantes el primer día de la Feria. La Biblia también se agotó.

Incluso, en tiendas para el turismo y librerías que venden en dólares se pueden encontrar fácilmente las revistas *Newsweek*, *Playboy* u *Hola*. Las revistas soviéticas *Sputnik* o *Novedades de Moscú* desaparecieron de los puestos de periódicos por disposición de Fidel Castro en 1990, después de que varios de sus artículos cuestionaron al sistema socialista y hasta al gobierno cubano.

Si antes la televisión cubana cubría gran parte de su programación con producciones de la ex URSS (películas, dibujos animados o documentales) hoy se transmiten las premiaciones del *Oscar* o del *Grammy*. Seriales soviéticas como *La Guerra y la Paz* o *Diecisiete instantes de una primavera* tuvieron gran audiencia en Cuba. Ahora la captan los seriales estadounidenses como el del detective *Columbo* o como el japonés *Ochín*. Cantantes como Luis Miguel, Ana Gabriel o el grupo de *rock* Maná gozan de gran popularidad en la Isla. El programa de videos musicales *Colorama*, que se transmite todos los lunes por la noche, ocupa sus 30 minutos con los últimos *clips* de Michael Jackson, Sting o Madonna.

Una copia del sistema de diversión soviética fueron los llamados Círculos Sociales Obreros (CSO). Estos locales brindaban a los clientes comida, refrescos, música, piscinas y juegos para los niños, principalmente. Si quedaban al borde del mar, había playas bien

cuidadas y limpias, botes, salvavidas y juegos acuáticos. Para ingresar era necesario inscribirse y recibir una credencial, lo que, además, facilitaba la compra de pizzas o refrescos que allí se distribuían en gran cantidad y que en la calle escaseaban. En la actualidad estos lugares prácticamente no tienen atención. Por ejemplo, el CSO Julio Antonio Echeverría —el cual antes del triunfo de la Revolución fue el exclusivo *Vedado Tennis Club*—, en la calle 12 y Malecón, no cuenta ya con piscina ni con la pista de baile o el restaurante. Todas sus instalaciones están deterioradas y las canchas de tenis ni siquiera tienen redes.

En cambio, han surgido discotecas bajo el auspicio de la UJC. Muy cerca del Julio Antonio Echeverría está *El Castillito*, un centro juvenil de diversión inaugurado por Fidel Castro en abril de 1992. Como cualquier discoteca capitalista cuenta con sistemas de luces de colores, humo artificial, y en ella se escucha *rock* o *rap* en inglés que anima a cientos de adolescentes y jóvenes dispuestos a pagar cualquier precio por conseguir una entrada.

La estrecha relación con la ex URSS llevó a muchos políticos estadounidenses a acusar a Cuba de ser un “satélite de Moscú”. Abel Prieto, presidente de la UNEAC, durante su intervención en la conferencia La Nación y la emigración, en abril de 1994, dijo que en su país nadie hubiera podido concebirse como habitante de un satélite de la URSS. “Había y hay entre nosotros una percepción demasiado vívida, y permanentemente renovada, de la absoluta independencia de la dirección revolucionaria, como para convivir con idea semejante”.

Además, Prieto destacó que “el cubanísimo epíteto de ‘bolos’, que aludía a la presunta falta de refinamiento y agudeza de los soviéticos, era más bien una ironización benevolente, perdonadora, donde no había rencor ni hiel”. Reconoció el presidente de la UNEAC que para los cubanos “el arte y la literatura de la URSS y de otros países socialistas tuvo una repercusión limitada. Con excepción de cierta narrativa soviética, de tema bélico, que se leyó mucho en los tempranos años 60, nunca hubo una recepción de masas en nuestro país para estas culturas”.

“Si entre los artistas y escritores cubanos se dio un rechazo al ‘realismo socialista’ y a otros obvios errores de política cultural, en el gran público las preferencias se orientaban instintivamente hacia

otras zonas del patrimonio universal. Nuestro público, formado con patrones occidentales —europeos, estadounidenses y también latinoamericanos—, e influido sin duda por la cultura de masas al estilo *yanqui*, se resistía ante ciertos temas, ante ritmos, mensajes y formas que sentía demasiado ajenos y terminaban por aburrirle. No creo que haya que aplaudir en bloque este fenómeno: muchas obras de arte de alta calidad, provenientes de aquellas culturas, fueron sólo apreciadas en Cuba por minorías y esto revela insuficiencias en nuestro programa educativo y cultural”.

Sin embargo, en la esfera oficial se otorgaba públicamente gran relevancia a la presencia, la cultura y los valores soviéticos. Nunca aparecieron en revistas o periódicos cubanos comentarios o análisis parecidos al de Abel Prieto.

Cuba se caracteriza por haber recibido influencias de todo tipo a lo largo de su historia que han dejado huella en la música, en la pintura, en la arquitectura o en la comida. Sin embargo, al parecer, no sucedió lo mismo con la influencia soviética.

## 7. La buena salud de la cultura cubana

Con una tradición de excelentes poetas y narradores, una escuela cubana de ballet, un buen número de pintores afamados, cineastas y actores de prestigio, la música como el arte cubano por excelencia y un conjunto valioso de intelectuales y artistas, la cultura de la Isla es uno de los sectores de la sociedad que más sufrió el embate de la crisis. Sin embargo, es también la que se sostiene con calidad, premios y nuevos valores.

Los esfuerzos por mantener los niveles de producción, divulgación y participación culturales alcanzados a lo largo de 30 años de Revolución pusieron en “jaque” a los dirigentes y funcionarios del gobierno de Fidel Castro.

El derrumbe del campo socialista y la consecuente ruptura del comercio y de las relaciones económicas en general, ocasionaron la pérdida de abastecimientos de zapatillas para los bailarines, pinturas, pinceles, telas, lienzos y material fotográfico para los artistas plásticos, instrumentos musicales y accesorios para orquestas y bandas, entre otros.

Según el documento Anteproyecto del Informe Central al V Congreso de la UNEAC, de noviembre de 1993, el Ministerio de Cultura disponía anualmente, hasta 1989, de un presupuesto de 18 millones de rublos y cuatro millones de dólares para la importación de película virgen cinematográfica, instrumentos musicales y materiales de artes plásticas. Para 1990 ese presupuesto quedó en sólo cuatro millones de pesos, “desglosados en moneda convenio y divisas libremente convertibles”

En el campo editorial el desabasto de papel impidió la publicación de periódicos y revistas culturales. Desaparecieron de circulación, entre las más importantes: *El Caimán Barbudo*, *La Naranja Dulce*, *Cuba en el Ballet* y *Enigma*. Otras pasaron a ser ediciones bimensuales, semestrales o anuales.

En el citado documento de la UNEAC se destaca que la publicación de libros en la Isla cayó, entre 1986 y 1990, de 900 a 78 títulos, de 20 millones a 300 mil ejemplares. Un ejemplo concreto: la revista *Casa*, de la institución cultural Casa de las Américas, de circulación mensual pasó a trimestral, y de una tirada de 20 mil se redujo a 3 mil ejemplares.

Antes de 1989, Cuba se encontraba entre los grandes países editores de América Latina, tras México, Argentina y Brasil. Los precios de los libros, subsidiados por el Estado, son aún relativamente baratos.

La misma carencia y escasez de papel afectó a pintores y estudiantes de artes plásticas. La distribución que hacía el Ministerio de Cultura se suspendió de la noche a la mañana y las pocas reservas se racionaron.

En el campo de la prestigiada cinematografía cubana —según datos proporcionados por funcionarios del ICAIC—, de ocho largometrajes que se producían al año antes de ser decretado el período especial en 1990, sólo se produjeron la mitad en coproducción con empresas extranjeras. De 40 documentales realizados en 1988, la cifra fue menor a 10 en 1992. Se eliminó el noticiero ICAIC-latinoamericano y los otros organismos estatales que también filmaban películas (Estudios de Cine y Televisión de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, ECITV-FAR; Estudios de Cine y Televisión del Instituto de Radio y Televisión, y Cine Educación, del Ministerio de Educación) hacen ahora videos.

La mayoría del medio centenar de realizadores cubanos dejó de hacer películas. Se dedicaron a la televisión, a la asesoría técnica, a la investigación cinematográfica o a dar clases de cine... quien de plano quedó desempleado recibía el 70% de su salario como cineasta: 300 pesos mensuales en el nivel más alto.

Los directores que logran hacer cine están obligados a ahorrar película virgen. De ocho tomas por cada escena, deben hacer ahora cinco y, a veces, sólo tres. El abastecedor tradicional de película

virgen, la empresa Orwod de Alemania Democrática, fue absorbida por la Bayer y dejó a la industria cinematográfica cubana sin proveedor.

La inmensa mayoría de las salas cubanas de cine —550 en toda la Isla, 85 en La Habana— dejaron de dar funciones diarias y la mayoría lo hacen sólo sábados y domingos con horarios restringidos, claro: sólo si existe fluido eléctrico. Además, debido a su deterioro y a la imposibilidad de repararlas, cerraron más de 20 salas en la capital cubana. Algunas se convirtieron en gimnasios o en pistas de baile.

El número de estrenos que podía ver el público cubano —tradicionalmente conocedor y exigente— disminuyó de 120 a 50 entre 1990 y 1992. El promedio de asistencia del ciudadano cubano al cine fue en 1992 de dos funciones. En la década de los 70 asistió con una frecuencia promedio de 13 veces al año.

En todas las áreas de la cultura cubana la carencia de electricidad y los continuos apagones impedían desarrollar las actividades programadas: los ensayos de teatro, ballet, canto o cine se postergaban, aplazaban o se dejaban de hacer; los escritores, ensayistas y estudiosos que empleaban computadoras esperaban que volviera la energía para seguir su labor, etcétera.

Conocida antes como “la ciudad que nunca duerme”, La Habana perdió su vida nocturna debido a los cortes de fluido eléctrico. Asimismo, las dificultades con el combustible y, por ende, con el transporte público, dificultaban al cubano el traslado de su casa al cine o al teatro. Entonces, por citar un caso significativo, los integrantes del afamado Ballet Nacional de Cuba, según su directora Alicia Alonso, “están obligados a movilizarse en bicicleta y eso, si bien les favorece las piernas, cuando tienen que trasladarse de muy lejos los agota; esa sí es una desventaja para nuestro trabajo”.

De todos modos, y a pesar de los pesares, el pueblo cubano disfrutó durante los primeros cuatro años del período especial de los festivales internacionales de Ballet, de Guitarra, de Coros, de Jazz, de Cine Latinoamericano, de Teatro y del Bolero. Para entrar a todos ellos se formaban interminables colas y los locales estaban abarrotados. Los cubanos participaron con entusiasmo, además, en dos Ferias Internacionales del Libro, adquiriendo “como fuera”

títulos y colecciones de todo tipo. Admiraron las muestras de la V Bienal de La Habana, en mayo de 1994, cuya realización había sido puesta en duda por muchos. Recibieron la visita de escritores, intelectuales y artistas en congresos y caravanas de solidaridad.

Cada Festival Internacional de Ballet congregó a especialistas, bailarines y prensa especializada de alrededor de 17 países de Europa y América. En plena crisis, el ya tradicional Festival del Nuevo Cine Latinoamericano, presentó en diciembre de 1993 más de 200 filmes en salas de cine y video. Aparte, se realizaron una serie de conferencias, encuentros, seminarios e intercambios entre cineastas y especialistas.

### Literatura de quilates

Si por la cantidad de premios se midiera la calidad literaria de un país, Cuba estaría en los primeros lugares.

En los últimos años, y principalmente en 1993, varios escritores cubanos fueron galardonados con premios importantes. Pero no sólo eso: la crítica situación económica que vive la Isla, al parecer no afectó ni disminuyó la creación literaria. Las dificultades para obtener papel e insumos en las industrias gráfica y editorial no impidieron escribir más y mejor, principalmente a los más jóvenes.

El escritor y ensayista Reynaldo González, quien además es director de la Cinemateca Nacional de Cuba, consideró, en enero de 1994, que “los tiempos de crisis económica no son precisamente de crisis para el pensamiento y mucho menos para la palabra escrita. Los siglos de oro no fueron tan buenos para los escritores y dieron la gran literatura que marcó nuestra lengua y enseñó a pensar. El Conceptismo de Quevedo y las Pedrerías de Góngora no nacieron necesariamente de la bonanza. San Juan de la Cruz no la pasó tan bien, como todo el mundo sabe. La literatura no depende de la bonanza económica”.

Al referirse a su país, González señaló: “Es cierto que el panorama raro en que nos estamos moviendo en Cuba, en donde parece que una mano gigante borró el transporte, donde la gente sale a ‘jugarse la vida’ con las tinieblas y con un panorama en el que no se avizoran cambios favorables ni mucho menos rápidos, eso no significa que no se escriba y que no se escriba bien”.

Agregó: “Yo siempre he pensado que mi país es una verdadera fuente de riqueza intelectual. Lo ha sido siempre y no deja de serlo. La madre de esa inteligencia esta aquí, en la Isla. Yo creo que a eso se deben estas distinciones”.

Más concluyente fue el director de la Casa de las Américas, el poeta Roberto Fernández Retamar, cuando —en conversación con uno de los autores— se refirió a la relación crisis económica-creación literaria. Dijo: “Lo que pasa es que los escritores se cagan en las condiciones objetivas”.

Cuba es “una pequeña isla de 10 millones de habitantes con la mayor concentración de talento literario y artístico de las Américas”. Así definió al país caribeño el escritor mexicano Carlos Fuentes, en un artículo publicado en el diario madrileño *El País*, en diciembre de 1993.

El sinnúmero de premios y reconocimientos obtenidos por escritores cubanos en los últimos tiempos confirma esta definición.

Durante cuatro años consecutivos, narradores cubanos recibieron los principales premios del reconocido Concurso Internacional “Juan Rulfo”, auspiciado por el Centro Cultural de México en París y Radio Francia Internacional: en 1990, Senel Paz y Luis Aguero obtuvieron los dos primeros lugares. En 1991, a Jesús Díaz, actualmente con residencia en Berlín, se le otorgó la principal mención del concurso. En 1992, Arturo Arango recibió la misma distinción que Díaz. Y en 1993, Reynaldo González se hizo del segundo lugar, después del mexicano Carlos Montemayor.

El Premio Miguel de Cervantes, considerado el más notable de los premios hispanos de literatura, fue otorgado por el Rey Juan Carlos de España a la poetisa, recientemente fallecida, Dulce María Loynaz, de 91 años de edad, e hija del general Enrique Loynaz del Castillo, que combatió a los españoles en la Guerra de Independencia de Cuba.

Aparte de ser la primera mujer en recibir este premio, Loynaz obtenía para su país el mismo éxito ya alcanzado a finales de los años 70 por su compatriota Alejo Carpentier. Durante el acto de entrega, la poetisa cubana —autora de la novela lírica *El Jardín* y los poemarios *Cartas de Amor a Tutankamen* y *Poemas sin nombre*— dedicó el premio a “los cubanos de todo el mundo”.

Alrededor del otorgamiento del Premio Cervantes a Loynaz los

comentarios en favor fueron muchos, pero las interpretaciones políticas de la distinción fueron dispares. En Miami —“capital del exilio cubano”— entendieron que era un reconocimiento a una “poetisa no castrista” y, por tanto, un “voto en contra” para el gobierno de Fidel Castro. Otros, por el contrario, consideraron que era un reconocimiento a la cultura cubana “de todos los tiempos”.

En noviembre de 1993 el poeta Eliseo Diego, entonces de 73 años de edad y quien falleciera en marzo de 1994, recibió de manos del presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari el premio “Juan Rulfo”, considerado el tercero en importancia, después del Nobel y del Cervantes. Diego, con José Lezama Lima, Cintio Vitier y Fina García Marruz, entre otros, fundaron en los años 40 la revista *Orígenes*, considerada una de las más importantes dentro de la literatura hispanoamericana. Este grupo de poetas dio vida al más trascendente movimiento poético de la época republicana de la Isla.

A propósito de los éxitos de la literatura de su país, Eliseo Diego —autor de *En la calzada de Jesús del monte*— dijo: “Estos premios son un muestra de que se reconoce fuera de Cuba la vitalidad de la creación artística de nuestra patria”. Y aparte agregó: “Nuestro país es pequeñito pero es uno que ha dado muchas sorpresas en la historia”.

Con una larga tradición de escritores, en Cuba nacieron autores de estatura universal como Julián del Casal, José María Heredia, José Martí, José Lezama Lima, Alejo Carpentier y Nicolás Guillén.

En la lista de afamados escritores cubanos están también aquellos que “rompieron” con la Revolución e hicieron su obra en el exilio, como Guillermo Cabrera Infante, Gastón Baquero y los ya fallecidos Severo Sarduy y Reynaldo Arenas.

A propósito de los escritores cubanos en el exilio (en todas las épocas de la historia de la Isla), Cabrera Infante —autor de *Tres Tristes Tigres* y *Mea Cuba*— ha dicho que en el extranjero “se hicieron conocidos y se convirtieron no sólo en eminentes, sino, en uno o dos casos, en escritores de genio. A muchos de ellos no sólo debemos la literatura cubana, sino que ellos son nuestra tradición, y su realización es nuestra posibilidad. Ellos son Cuba: mucho más que una isla, que una geografía y una historia”.

Al considerar la situación de la producción literaria de su país, el poeta y narrador Miguel Barnet, vicepresidente de la Unión de

Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), dijo: “No creo que estemos en la vanguardia, pero tampoco en la retaguardia. Yo creo que hay algunos escritores vivos muy importantes, algunos con una trayectoria larga, y otros más jóvenes, y pienso que en ese contexto internacional, la literatura cubana, muy en especial la novela y la poesía, gozan de buena salud”.

En el festival mundial de la lírica, denominado Poetry International, celebrado en junio de 1993 en Rotterdam, el Grand Prix fue otorgado a la poetisa cubana María Elena Cruz Varela, quien fuera liberada de prisión el 22 de mayo, cuando cumplía una condena de dos años de cárcel por el delito de asociación ilícita.

En febrero de 1993, el escritor uruguayo-cubano Daniel Chavarría recibió el Premio Internacional Planeta-Joaquín Mortiz, consistente en 50 mil dólares y la edición de 50 mil ejemplares de su obra, por su novela *El ojo dindymenio*. Chavarría es considerado el más importante narrador del género policiaco de Cuba y es autor de obras como *La sexta isla* y *Allá ellos*, esta última ganadora en 1992 del premio a la mejor “novela negra” en español que otorga la Asociación Internacional de Escritores Policiacos que se reúne anualmente en Gijón, España.

Dedicado a afrontar las dificultades de la crisis económica, la carencia de papel y los insumos para la industria gráfica, el gobierno cubano tuvo que “parar las prensas”, lo que incidió negativamente en la producción literaria, frente a lo cual la mayoría de escritores se dedicaron a publicar en el exterior. En otros casos, los más jóvenes escritores cubanos optaron por hacer sus “propias ediciones”, reproduciendo poemas, cuentos o reseñas mediante fotocopias que circulan entre sus allegados y entre intelectuales de renombre. Las editoriales cubanas aprovecharon los residuos y reservas de papel y publicaron *plaquettes* de cuentos, poesía y ensayos.

Pero no solamente los escritores cubanos residentes en la Isla obtienen premios. Oscar Hijuelos, quien vive en los Estados Unidos desde muy niño, obtuvo el Premio Pulitzer en 1990 por su novela *Los reyes del mambo cantan canciones de amor*. Otro poeta cubano, Leonardo Hernández Calá, quien reside en Barcelona desde 1984, recibió el máximo galardón del Primer Congreso de Jóvenes Escritores de España, celebrado a principios de octubre de 1993,

por su obra titulada *Mariela*. Este poeta—cuya obra es desconocida en su país de origen— compartió el premio de ese encuentro con el argentino Dionisio Dons.

Y aunque no ha recibido premios por su libro *Dreaming in Cuban* (*Soñando en cubano*), Cristina García, escritora residente en Estados Unidos, se ha convertido en una de las más reconocidas narradoras de esta década. *Dreaming in Cuban* se convirtió en un éxito de librería en los meses de abril y mayo de 1993 en Estados Unidos. Sobre este libro, Carlos Fuentes dijo que es “la mejor novela cubana de los últimos tiempos y fue escrita en inglés por una joven exiliada”. Cristina García nació en La Habana en 1958 y trabajó como corresponsal en varias revistas estadounidenses como *Time*.

En abril de 1994 Carlos Díaz Barrios, poeta cubano residente en Estados Unidos, obtuvo el Premio de Poesía Juan Ramón Jiménez que otorga anualmente España por su cuaderno de poesía *Oficio de responso*.

En los últimos tiempos el tema de la literatura cubana producida fuera de la Isla provocó entre los intelectuales de Cuba comentarios y artículos, todos en favor de vindicar como parte de la cultura nacional toda aquella producción artística realizada en el extranjero.

En la edición de octubre de 1993 de *La Gaceta de Cuba*, revista de la UNEAC, se publicaron varios trabajos sobre la literatura cubana en los Estados Unidos escritos por ensayistas cubanos residentes en esa nación. Entre los artículos se incluyó una entrevista con Óscar Hijuelos.

En el artículo de presentación de la revista se escribió: “La obra de algunos de esos escritores (los que viven en Estados Unidos) merece ser conocida y discutida entre nosotros. Forma parte de un gran movimiento de reflexión colectiva que desde el pasado siglo intenta definir los conflictos ideológicos y la fisonomía espiritual de la nación a través de su literatura”.

### Los nuevos valores

El crítico cubano Víctor Fowler Calzada, al comentar la posición de los creadores de poesía de la Isla, dijo: “Los textos de los poetas

más jóvenes de Cuba conspiran contra los modelos tradicionales y la propia cultura de este país”.

En Cuba siempre ha habido una fuerte raigambre poética. Cubanos fueron los poetas José Martí, José María Heredia, Julián del Casal y Gertrudis Gómez de Avellaneda, en el siglo pasado, y en el presente Nicolás Guillén, José Lezama Lima y Félix Pita Rodríguez.

Fowler y Osmar Sánchez, profesor de la Universidad de La Habana, coincidieron: los nuevos modelos de los poetas jóvenes son José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Eliseo Diego o Cintio Vitier, quienes no han gozado de una posición privilegiada en los cursos de literatura cubana del sistema de enseñanza nacional.

“De la lectura de sus textos se observa una gran simbología que está moviéndose contra los propios textos, ya sea del pasado nuestro o de la literatura universal”, apuntó Fowler y destacó también que “la poesía cubana actual no es urbana, pues no es posible identificar si está escrita por un habitante de la ciudad; no es rural, pues no es paisajista; ni legítima a un grupo minoritario; ni se encuentra una poesía *gay*, como tampoco una vinculada al universo del *rock*, ni es erótica. Nuestra poesía —destacó— está desconectada de todo lo que no sea la propia idea, la cual para muchos funciona contra la misma cultura”.

Para Fowler hay modelos que durante años fueron legitimados: “Están los casos de Nicolás Guillén o Félix Pita Rodríguez, quienes, para decirlo de algún modo, fueron los ‘poetas del orden’”. Según Osmar Sánchez “la poesía en Cuba estaba necesitada de una remoción, de un sacudimiento que contribuyera a despojarla de funciones adheridas y atribuciones falseadoras de su naturaleza”, en referencia al carácter apologético y afín a la Revolución.

Indicó además que a la poesía había que “hacerla menos solemne, sacarla de los dilatados cauces de la inercia y la (auto) complacencia. Recuperar, en fin, su polémico centro en interacción con los otros discursos poéticos rectores”.

Ese cambio, a decir del catedrático universitario, se produjo en los años 80. Los representantes más destacados de este cambio son Alberto Rodríguez Tosca, Juan Carlos Flores, Rolando Sánchez Mejías, Carlos Alfonso, Sigfredo Ariel, Damaris Calderón, entre otros.

Esta generación, formada dentro de la Revolución, es —según

Sánchez— “la primera de intelectuales y artistas cubanos correspondiente a la época delimitada por el ya famoso (primero de) enero (de 1959)”, cuando arriba al poder el Ejército Rebelde encabezado por Fidel Castro.

Poetas como Lezama Lima, Eliseo Diego o Virgilio Piñera (miembros del grupo *Orígenes*) “nunca se caracterizaron por ‘poner la poesía al servicio de’ y la nueva generación de poetas los rescata y los hace suyos”.

Para Osmar Sánchez, la buena salud de la poesía joven de los años 80 se ve amenazada por la crítica situación económica de Cuba. “En la esfera editorial —dijo— se producen cierres y reducciones bruscas que inciden sobre todo en los que inician, pero la situación afecta a la vida misma de los creadores por el tiempo que exige garantizar la subsistencia”.

La presencia de temas como la homosexualidad, el cuestionamiento a la heroicidad en la Revolución y una progresiva desacralización de ciertos asuntos nacionales son, para Osmar Sánchez, síntomas de la incursión de los jóvenes poetas en zonas anteriormente vedadas.

Estos elementos, coinciden Fowler y Sánchez, son sintomáticos del cambio cultural, de la nueva configuración psicosocial que se ha establecido por encima de la misma literatura. Hasta los años 70 temas como la homosexualidad, el *rock*, lo erótico y la crítica de asuntos nacionales estaban fuera de la literatura en general, en buena medida por considerarlos “problemas ideológicos”.

“Una de las cosas que le hacen falta a la cultura cubana es aire, porque no hay debate, polémica, publicaciones, y en las que existen hay simulación de polémica”, comentó Víctor Fowler. Para él, este momento de la poesía y la cultura cubanas es de búsqueda, “que tiene que ver con el agotamiento de las formas de interpretación de la realidad”.

La buena producción poética de los jóvenes de la generación de los 80 radica, según Osmar Sánchez, en “la confianza que tienen de su realización personal en la escritura”.

“No es de extrañar —agregó— su apego al libro, a la lectura, que tan decisiva presencia alcanza en los textos que ellos producen. Hasta el modo de inserción en la práctica social diaria de no pocos de ellos parece favorecer o estar en función de esta dedicación a la

literatura: guardianes de fábricas o locales públicos, escritores para radio o TV, ‘asesores’ de casas de cultura... ocupaciones que facilitan, generalmente, el tiempo y la independencia que requiere el trabajo literario”.

Hace poco los cuentistas cubanos escribían loas a la Revolución, detallaban las gestas de la Sierra Maestra, narraban la lucha contra los mercenarios y las incursiones armadas en los años 60. Ahora abordan temas como la homosexualidad, los conflictos de los adolescentes, el exilio, la migración y la difícil situación del país.

En esto coincidió el crítico y profesor de la Universidad de La Habana, Salvador Redonet Cook, quien también apuntó que esa es la principal rectificación, en el campo de la cultura, que vivió la Isla en los últimos tiempos.

“Al revisar la producción cuentística de estos años nos damos cuenta que a nuestra realidad no la estábamos leyendo bien, le imponíamos esquemas de nuevo tipo. Nos percatamos de que la cultura cubana estaba por indagarse profunda y plenamente, por fuera de los esquemas. Esta producción (la de los jóvenes cuentistas) nos ha recordado que Cuba es un país de jóvenes, con gran inquietud y buena posibilidad de indagar”.

Para Redonet Cook los narradores se nutren de su realidad y de sus vivencias, “principalmente de todo el momento de la emigración masiva por el puerto del Mariel hacia Estados Unidos en 1980; del proceso de rectificación iniciado a mediados de la década pasada, de los efectos de la Perestroika y la Glasnot en la ex URSS; y de todo el proceso de derrumbe del socialismo”.

La nueva generación de escritores, conocidos como los “novísimos”, es la artífice de este fenómeno, dijo el catedrático universitario. “Nacidos entre 1959 y los primeros años de la década de los 70, estos escritores poseen una alta voluntad transformadora en su oficio y una visión muy particular del mundo y de Cuba”, agregó.

El crítico cubano considera que estos jóvenes viven la significación individual, sin prejuicios, de la participación de este grupo en las guerras de Angola y Etiopía, a finales de los años setenta.

Muchos jóvenes (según algunos cálculos hasta 300 mil) participaron en combates en esos dos países y en tareas de apoyo en Nicaragua, Ghana, El Congo, Zimbawe, entre otros. En diciembre de 1989, se dio sepultura, en ceremonias realizadas en toda la Isla,

a cerca de 5 mil combatientes muertos en África. Este acontecimiento marcó emocionalmente a todos los cubanos.

El mismo año se enjuició al general Arnaldo Ochoa, héroe de la república, y a otro grupo de militares acusados de narcotráfico y corrupción. El proceso concluyó con el fusilamiento de Ochoa y tres oficiales más. Este acontecimiento también marcó un nuevo giro en la visión que los jóvenes cubanos tenían sobre la realidad de su país.

“El mundo de los adolescentes y los jóvenes cubanos, su ámbito estudiantil, los conflictos amorosos y laborales, como también los familiares no están ajenos a los narradores de esta generación” y todos estos problemas son abordados por los escritores “novísimos”, sobre todo en la incidencia de sus efectos inmediatos en la vida nacional, añadió Redonet y destacó que temas como la homosexualidad “son vistos o como un defecto o desde su transparencia”.

Sobre este tema son ejemplos los cuentos de Senel Paz, *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*; el de Roberto Urías Hernández, *¿Por qué llora Leslie Carol?* y el de Leonardo Padura, *El Cazador*, que obtuvo mención en el concurso literario de la revista mexicana *Plural* en 1991. Esta línea *gay*, dijo Redonet, la inicia Urías con su cuento, “pero para reactualizar el tema y ponerlo en el tapete de una nueva situación, con una diferente recepción por parte del lector. Antes se había tocado el asunto muy colateralmente. Ahora, lo abordan con profundidad y una gran destreza estilística”.

Es notorio el deseo de los jóvenes narradores cubanos por escribir sobre el mundo de los adolescentes. Hay interés, dijo Redonet, por “problematizar” la situación de los conocidos como *frikis* (un neologismo derivado de la unión de dos palabras inglesas *free* y *kid*). Estos muchachos se caracterizan por usar el pelo muy largo, ropas estrechas, pantalones de mezclilla, son fanáticos del *rock* y gustan de andar en grandes grupos por las calles.

Acerca del tema, autores como Carlos Calcines, Arturo Arango o José Ramón Fajardo escribieron muy buenos cuentos que circulan entre los mismos *frikis*. Los primeros indicios de esta generación surgen en la segunda mitad de la década pasada. En publicaciones periódicas como *El Caimán Barbudo*, *La Naranja Dulce*, *Somos Jóvenes* y en *La Gaceta de Cuba* se dieron a conocer todos estos autores.

“La actitud de estos ‘novísimos’ va a ser de una alta voluntad transformadora, interrogan la realidad, contrariamente a lo característico de la producción literaria de los años sesenta: apologética, explícita, alusiva”, enfatizó el crítico cubano. Para Redonet Cook este fenómeno existe por las condiciones que les dio la Revolución a los jóvenes. “La producción literaria no se hubiera dado sin la Revolución”, afirmó.

“Los cuentistas de estas generaciones son producto de los talleres literarios de los años 70, de la disposición de nutrirse de lo mejor de la literatura universal y de poseer la mayor información posible. Basta leerlos para reconocerlos inmediatamente.

”En estos jóvenes y en la lectura de sus textos, definitivamente, podemos encontrar un ‘realismo’ de la Revolución cubana, con todas sus fallas y aciertos”, añadió el catedrático.

Reconoció Redonet que la gratuidad de la enseñanza, los libros muy baratos, “casi regalados”, los eventos culturales y todo un mundo artístico e intelectual creado por la Revolución permitió a los narradores juveniles formarse como escritores de calidad.

“Hay una gran preocupación por la escritura, autores como Alberto Rodríguez Tosca, Rolando Sánchez Mejías (ganador de la Hucha de Plata en España) o Luis Manuel García, entre otros, están muy entregados al oficio”, añadió Redonet Cook.

“La mayor dificultad de estos momentos —dijo finalmente el catedrático cubano— es que los lectores de estos jóvenes son ellos mismos y a lo mucho los críticos. Sabemos que ellos están escribiendo bastante y con buena calidad, y esporádicamente se les conoce, porque las publicaciones periódicas son escasas”.

Los nuevos cantores cubanos miran a la Revolución sin prejuicios ni dogmas. No se consideran culpables de los errores de sus padres, y menos quieren cargar con sus pecados.

Nacidos, en su mayoría, a comienzos de los años 70, estos nuevos trovadores contraponen la historia real de su país con la historia oficial. Las letras de sus canciones hablan de los muertos en las guerras en África, de los balseros que mueren al cruzar el estrecho de La Florida, de la prostitución y de los efectos de la crisis económica.

A diferencia de los representantes de la Nueva Trova (Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Vicente Feliú, entre otros), estos jóve-

nes músicos cubanos cantan temas más íntimos. La política cultural de la Revolución y la falta de espacios de difusión produjo una generación artística marginal.

Formados musicalmente en las escuelas de arte creadas por el régimen de Fidel Castro, los nuevos trovadores “recogen todo el sedimento cultural y educacional de 30 años de un proceso social con sus ventajas y contradicciones”. Sin embargo, no encuentran espacios para la creación y “chocan” con el *boom* de la músicaailable en la Isla.

A estas y otras conclusiones arribó el crítico y periodista cubano Joaquín Borges Triana al analizar la que él califica como *La tercera generación de la Nueva Trova*. Para este crítico el dilema de los nuevos cantores está en no sentirse ni amparados ni ver reflejados sus intereses en las instituciones culturales cubanas, “que en teoría están diseñadas para eso”.

Aún más, Borges apuntó que “crear un espacio para una generación o grupo determinado, o sea, el de los jóvenes músicos en un sentido amplio, no constituye una razón de ser ni una función específica de ninguna institución (cultural) del país”.

Al triunfo de la Revolución, en la Isla se gestó un nuevo movimiento cultural y musical. De ahí surgieron cantantes como Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Leo Brauer, Sara González, Amaury Pérez, Vicente Feliú y Noel Nicola. Todos ellos “oxigenaron” la trova tradicional cubana con nuevos temas y conceptos musicales. Estos cantantes se llamaron así mismo *Movimiento de la Nueva Trova*, que más adelante se extendería a todo el continente como el *Movimiento de la Nueva Canción Latinoamericana*. Sus letras y canciones, si bien cuestionadoras de los primeros pasos de la Revolución, “no se distanciaron de ella”.

Sin embargo, comentó Borges Triana, en los primeros años de la década de los 70 “todo el mensaje de una obra de arte tenía que ajustarse a ese falso y esquemático concepto del realismo socialista”. Y agregó: “Los silvios, los pablos y la mayoría de esa gente se montó en ese carro y aceptó las reglas del juego. Por tanto ‘no pensaron con cabeza propia’, para decirlo de algún modo”.

“Por el contrario, tanto la literatura como la plástica, la cancionística y algunas zonas del teatro más joven, tienden a ser una propuesta transgresora de los cánones establecidos, irreverente y

que subvierte los viejos valores. Por tanto, a mucha gente le resulta chocante transgredir determinadas fronteras establecidas hace mucho tiempo”.

Los nuevos músicos, para Joaquín Borges, “tienen una mirada propia, muy suya, nacida de la realidad compleja que nos ha tocado vivir a los cubanos en estos años”; comentó que “tal como están las cosas en Cuba, lo que se está creando (con estos músicos) es un rostro marginal, cuando lo lógico sería tener un rostro con posibilidades de expresión en un espacio público que sienta desde ahora la responsabilidad como grupo social”.

Esta nueva generación de cantautores llegó precedida de otra que, en los años 80, a decir de Borges, “con la agudeza de sus textos —nada gratos para el gusto de los ilustres representantes de la cerrazón burocrática y del falso concepto de rigidez ideológica— obligaban a la reflexión”.

*La generación de los topos*, como la califica Borges, se considera heredera de la música de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés. “Incluso —afirma— muchos de ellos se hicieron conocer en medio de un concierto de Silvio, como es el caso de Carlos Varela o en uno de Pablo, en el caso de Raúl Torres”.

Esta segunda generación de trovadores vivió una etapa muy difícil: “Les tocó la experiencia de la emigración masiva de cubanos por el puerto de Mariel y todas las consecuencias políticas e ideológicas que ese acontecimiento produjo”.

“Los textos de Polito Ibáñez, Carlos Varela, Donato Poveda y Frank Delgado, por ejemplo, eran un tanto confusos, camuflados, con mensajes subterráneos. Querían decir muchas cosas sin tocarlas directamente”.

Vanito, joven trovador y miembro de la banda de *rock La lucha almada*, consideró que no sólo con la primera generación de la Nueva Trova encuentra diferencias y distancias: “Con la segunda generación no tenemos mucho en común. La mayoría de ellos adoptaron una actitud vertical y hasta tiránica con el resto. Adoptaron el *cliché* de llamarse *julano* y *su grupo*, sin contar con el aporte de sus músicos acompañantes”, destacó Vanito.

Reconoció que en los nuevos cantantes hay una fuerte influencia que va del mejor jazz norteamericano, afrojazz, rap, a la música brasileña y sobre todo al *rock* argentino, sin olvidar al *feeling* cubano.

“Somos una generación que tiene algo propio que decir. No nos desesperamos por un concierto masivo, ni por mucha publicidad. Queremos que nos escuchen los que en realidad gustan de la música. Estamos trabajando mucho en eso y el tiempo dirá su parte”, aseguró Vanito.

Aparte de Vanito —quien junto a Boris Larramendi abordan la balada *rock*— los representantes de esta generación de músicos son: José Luis Medina, David Torrens (*rock duro*); Alejandro Bernabeu (son); el grupo Superávit (*folk y country*); David Sirgado y Alejandro Gutiérrez (trova tradicional y *feeling*), y Marina Ortiz (infantil), entre otros muchos que abundan en la Isla.

Joaquín Borges define como característica de los nuevos trovadores cubanos su actitud de “verse a sí mismos, toman una distancia de la Revolución, para estar en favor o en contra de ella. Enfocan las imperfecciones de nuestra sociedad. Mantienen un componente ético de alto nivel. Se identifican plenamente con la nacionalidad cubana. Por encima de cualquier cosa, asumen la cubanía como base cultural”.

Como hijos de la Revolución, los jóvenes cantantes no perdonan ni cargan con las culpas de sus padres. “Ellos han dicho que pueden amar plenamente a sus progenitores pero tienen el derecho a señalar sus defectos. Y no necesariamente por estar en desacuerdo deben estar en contra”, afirmó Borges.

Las letras de sus canciones, de muy marcado acento urbano, según Joaquín Borges: “No son nada complacientes con una visión edulcorada de la realidad y por tales textos desfilan personajes como la jinetera (prostituta) del barrio, el antiguo compañero del preuniversitario que se fue a Angola y murió sin saber a ciencia cierta por qué, o el amigo al que se lo tragó el mar mientras intentaba cruzar el estrecho de La Florida para llegar a Miami”.

—¿Cómo enfrentan estos trovadores las dificultades de la crisis económica que vive Cuba?

—Con mucho talento y tenacidad. Es notorio que casi todos trabajan con una guitarra, a falta de posibilidades para armar sus propias bandas. Sin embargo, luchan y trabajan como hormiguitas para ganarse su espacio y poder grabar sus cintas demostrativas o video tapes, asociarse con otros músicos que sí tienen instrumentos y ofrecer su propuesta.

“Han logrado que su trabajo se conozca de una manera alternativa, más allá de la disquera oficial EGREM, que no les graba. Hacen sus propias cintas, pasan los casetes de mano en mano y los distribuyen entre el público. Dan muchos conciertos en lugares públicos de acceso restringido, que tienen nombres sintomáticos, como La Madriguera o La Casa del Joven Creador”.

Insistió Borges en el asunto de los casetes: “Los graban en pobres condiciones tecnológicas y, por lo general, son rechazados para su difusión radial, so pretexto de que hoy el oyente medio no asimila un material acústico conformado por voz y guitarra, y sin la sonoridad del mundo de los teclados”.

Dada la crisis económica, muchos jóvenes, no sólo músicos emigran de la Isla. En el caso de los cantantes, los países a los que más acuden son España, México, República Dominicana o Argentina. Allí, a diferencia de Cuba, pueden hacer sus primeros discos y obtener recursos para continuar con su obra.

La Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) reconoció que en 1992, de 700 músicos y cantantes que salieron de la Isla, 70 se quedaron definitivamente a vivir afuera.

Apuntó Joaquín Borges que, por la falta de una difusión y promoción real de los nuevos valores de la música cubana, se pierden grandes posibilidades, no sólo económicas sino artísticas.

“Si la música de Alejandro Gutiérrez, Vanito, Bernabeu, de los grupos Mayohuacan, Pulsos o Arte Vivo se conociera perfectamente serían un éxito internacional”, añadió.

—¿No te parece que los músicos cubanos exigen más de lo que realmente pueden tener en un país como Cuba, en cuanto a espacios de expresión y posibilidades económicas?

—No. Quieren que las pocas posibilidades del país se compartan por igual, sin ningún tipo de discriminación. En Cuba el gran *boom* es la músicaailable. Si no haces ese tipo de música, las puertas se cierran.

“Si me interesa hacer música popular o de concierto, debe haber un espacio para ello, porque en el mundo también hay mercado para esa música. Por tanto, los jóvenes cantautores se ven marginados. Los jazzistas, los rockeros, los que hacen música clásica, no tienen espacios donde tocar. Como aquí todo es del Estado, es él quien lo tiene que dar”.

Según Borges, los nuevos músicos piden “una oportunidad de grabar, de salir en los medios de difusión, de tener acceso a un concierto en buenos teatros, una posibilidad de presentarse en las concentraciones públicas. Nada más”.

### Tolerancia y crítica

Como un estigma, a veces violento y a veces matizado, la frase “Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución, nada”, pronunciada por Fidel Castro en junio de 1961, ha marcado la actitud en favor y en contra de la política cultural de Cuba.

Durante un encuentro con intelectuales en la Biblioteca Nacional, el presidente cubano dijo: “Los escritores y artistas que no sean revolucionarios deben tener la oportunidad y la libertad de expresarse dentro de la Revolución. Esto significa que dentro de la Revolución todo, y contra la Revolución, nada. Contra la Revolución nada porque la Revolución tiene también sus derechos, y el primer derecho es el de defenderse”.

Sin embargo, estas palabras han sido interpretadas de diversos modos y por todo el mundo: por los dirigentes cubanos, para afianzar y defender su política cultural, y por los opositores, de dentro y fuera de la Isla, para cuestionar un régimen, según dicen, “que impide la libertad intelectual y artística”. Se ha llegado al extremo de cambiar la frase por “Dentro de la Revolución todo, y fuera de la Revolución, nada”, infiriendo que “fuera” significa: “aquí no cabe nadie que no sea revolucionario”.

Del mismo modo, el escándalo del “caso Heberto Padilla” puso en el debate la política cultural. Es un hecho considerado en Cuba como lamentable por los equívocos e implicaciones que provocó. Se remonta a octubre de 1968, cuando el escritor ganó el premio de poesía “Julián de Casal” de la UNEAC por su poemario *Fuera de Juego*.

Sólo que el libro, según el entonces Comité Director de la UNEAC —que encabezaba el poeta Nicolás Guillén—, era “ideológicamente contrario a la Revolución”. No se le negó el premio y se le publicó en la Isla. “Ejemplo de tolerancia y de libertad de expresión”, dijeron entonces las autoridades culturales cubanas. Pero al libro se le anexó una “declaración de la UNEAC” que censuraba su

contenido por “criticar arbitrariamente y sin juicios de valor la realidad cubana”.

El asunto traspasó las fronteras de la Isla. “Primer paso al stalinismo”, publicó entonces, por ejemplo, la agencia Associated Press.

Lisandro Otero —entonces vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura— recordó el hecho en su libro *Disidencias y coincidencias en Cuba*. Ahí comentó que por estos sucesos “en ningún momento Padilla sufrió menoscabo en su persona ni persecución, encarcelamiento, represalias u hostigamiento, a pesar de que en el extranjero se afirmaba lo contrario”.

*Verde Olivo* —órgano de las Fuerzas Armadas Revolucionarias— sacó a relucir entonces los “trapos al sol”. En su número del 10 de noviembre de 1971 publicó que Padilla llevaba una vida regalada al amparo de la Revolución, que vivió en el extranjero en los momentos difíciles, que pasaba el tiempo en los hoteles habaneros en busca de artistas o intelectuales extranjeros, a quienes asediaba para mostrarse como crítico independiente y con la intención de lograr una publicación en el exterior, etcétera.

De acuerdo con esta versión —escrita por Lisandro Otero—, fue de esta manera como Padilla conoció al fotógrafo Pierre Golendorf, con quien mantuvo constante trato. Golendorf tenía un contrato con la editorial Laffont, recién absorbida por el consorcio estadounidense Time-Life, para escribir un libro sobre Cuba y, también, para entregar información al gobierno de Estados Unidos. Una de sus fuentes era Heberto Padilla. En febrero de 1971 Golendorf fue arrestado. Luego fue juzgado y sentenciado a varios años de prisión. Liberado tres años después, regresó a Francia, donde publicó el libro *Siete años en Cuba*.

Según esta versión, Padilla fue encarcelado por sus vínculos con Golendorf y no por sus actividades artísticas o intelectuales. Estuvo un mes en prisión. El 27 de abril de 1971, en una asamblea de la UNEAC, hizo un acto público de contrición. Entre otras cosas dijo: “Yo, bajo el disfraz de escritor rebelde, lo único que hacía era ocultar mi desafecto a la Revolución... Yo he difamado, he injuriado constantemente a la Revolución, con los cubanos y los extranjeros... Yo he llegado sumamente lejos en mis errores y en mis actividades contrarrevolucionarias... A mí me preocupaba más mi

importancia intelectual y literaria que la importancia de la Revolución...". Luego, pidió perdón.

Para los amigos de Cuba la confesión desenmascaró al verdadero Padilla y el juego al que se prestaba. Para los anticastristas, esa asamblea destapó los métodos "orwellianos" del gobierno de Castro. Este hecho, de todas maneras, puso fin a una creciente ola de apoyo de intelectuales y escritores hacia la Revolución cubana, entre ellos: Octavio Paz, Mario Vargas Llosa, Jean Paul Sartre, Carlos Fuentes, Juan Goytisolo, Ernesto Sábato, entre otros.

En definitiva, los casos mencionados marcaron y dividieron al conjunto de la intelectualidad cubana: unos en favor y otros en contra de la política y la línea culturales que establecía, en los hechos, el régimen cubano. Y no sólo con respecto a la cultura. Los intelectuales comenzaron a reflexionar sobre el sistema político en general.

Producto de la influencia de la *Perestroika*, la *Glasnot* y del propio Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas desarrollado en Cuba desde 1985, "aires de tolerancia y libertad de expresión" comenzaron a brotar en la Isla a finales de la década pasada. La vida cultural cobró nuevo color con los debates polémicos sostenidos por intelectuales, todos miembros de la UNEAC.

Sin embargo, con el derrumbe del campo socialista, la crisis de papel y la consecuente desaparición de muchas publicaciones, esa "nueva vida cultural" desapareció. El citado documento de la UNEAC reconoció que no estaba preparada para discutir problemas sustanciales referidos a las nuevas corrientes estéticas, permeadas a su vez, por tinte ideológicos de un vasto espectro universal.

Agregaba: "Las posiciones se polarizaron. En ocasiones se perdió el respeto necesario en relación con el punto de vista del otro. Los incidentes se magnificaron. La comidilla y el rumor sobredimensionaron incidentes que hubieran podido resultar simples anécdotas".

En la práctica, los profesionales de las artes y las letras externaron sus puntos de vista sobre la realidad y la política cultural del gobierno cubano durante los cuatro años del periodo especial:

**Ambrosio Fornet, escritor, guionista de cine, editor, presidente del Consejo Editorial de la UNEAC, "consejero" literario de tres generaciones de escritores cubanos:**

—Cuba se convirtió en una plaza sitiada (después de la implantación del bloqueo estadounidense) y los cubanos incorporamos la psicología correspondiente: una forma de paranoia. Dijimos que criticar nuestra propia gestión y señalar públicamente los errores era dar "armas al enemigo". Nos abstuvimos de hacer críticas en público y eso tiene su precio: es también una forma de dar "armas al enemigo" porque nos debilita internamente y crea un clima de impunidad sólo favorable a los corruptos y a los oportunistas.

En estos momentos de crisis económica en la Isla, seguimos pensando que es necesario abrir espacios permanentes para la crítica y el debate de nuestros problemas. Por lo pronto, sería un debate entre revolucionarios o entre éstos y aquellos que no siéndolo discrepan ideológicamente, sin ser por eso enemigos. Se trata de debatir sin poner en peligro la unidad, pero sabiendo que la verdadera unidad sólo puede fundarse en el debate, en la diversidad de criterios.

Si me pide que empiece a criticar al Comandante en Jefe Fidel Castro —que por supuesto no es infalible—, yo le respondería que lo haré tan pronto como el enemigo deje de apuntar sus cañones hacia acá. Porque yo no tengo vocación de suicida, y ponerme a criticar al jefe en medio de la batalla, cuando truena por todas partes la artillería enemiga, sería, para decir lo menos, una locura. Eso sí sería dar armas, o peor, rendir las armas al enemigo.

**Silvio Rodríguez, reconocido trovador:**

—Es obvio que hay cosas que andan mal en Cuba, no una, ni dos, sino muchas, y si estamos en esta crisis no es solamente por el bloqueo o por el derrumbe del campo socialista, sino por cosas que hemos hecho mal. A lo mejor a algo de eso no le he cantado, ora porque se me ha escapado, ora porque sencillamente no he tenido deseos de cantarle.

En los últimos diez años he hecho canciones que van desde "Lover sobre mojado" hasta "El necio", que indagan y se enfrentan a problemas de la realidad. En la primera canción cuestiono y pongo sobre juicios inquisitivos algunos desatinos de la Revolución, y en *El necio* defiendo la Revolución a capa y espada. Porque siempre he creído que si en estos momentos no nos unimos los que queremos a la Revolución, si damos lugar a las vacilaciones, estamos contribuyendo a un saqueo y aniquilamiento.

**Alfredo Guevara, director del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC), ex representante de Cuba ante la Unesco y cineasta de renombre:**

—En una sociedad en estado de tensión como la nuestra, se requiere inteligencia y capacidad para hacer crítica dentro de la Revolución sin romper con ella. Quedarse en este lado de la acera, y no pasarse a la de enfrente para aventar piedras, es difícil para un creador revolucionario. Requiere entonces elaboración intelectual, fundamentos teóricos y artísticos que no cualquiera tiene. Entre más profunda y sublime sea la crítica en una obra, más difícil es de catalogar como contrarrevolucionaria.

**Pablo Milanés, destacado compositor e intérprete:**

—La Revolución no cuenta ya, después de tres años de aguda crisis económica, con la mayoría absoluta de la población. Existe descontento. Pero, por encima de esta situación, no hay una crisis política, ni una crisis moral.

Las presiones de Estados Unidos impiden una mayor apertura política en la Isla. La solución de fondo es partir de un diálogo con el gobierno estadounidense. Pero, por favor, que no nos suceda como a Nicaragua, que por hacer aperturas democráticas absolutas se pierdan las cosas que se han ganado con tanta gloria y heroísmo.

La frase “Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución, nada” hay que matizarla y analizarla a la luz de los nuevos tiempos para dar cabida a elementos no manifiestamente revolucionarios. Fue una frase coyuntural, dicha en un momento específico de la Revolución. Fidel reclamó entonces adhesión al proyecto revolucionario en la hora de las definiciones. Fue perfecta hace 34 años. Pero en estos momentos habría que matizarla, analizarla a partir de lo que está sucediendo. Creo que un hombre que no se dice revolucionario puede colaborar igual o más con la Revolución con hechos que con meras consignas.

Es necesario rescatar a los artistas e intelectuales que desertaron de la Revolución y que viven fuera de la Isla. Ellos y sus obras—independientemente de su posición política— son parte del patrimonio de la Isla. En la música y el arte cubanos hay que luchar contra la censura del ‘oficialismo’ que aquí, como en otros países, se intenta erigir en censor.

**Tomás Gutiérrez Alea, más conocido como “Titón”, reconocido y laureado director de cine recientemente fallecido:**

—Se concibe la situación de la Isla como una fortaleza sitiada y se piensa que hacer concesiones y críticas es colocarle armas al enemigo. Nunca he creído eso. Al contrario: la crítica es necesaria porque es la única manera de desarrollarnos. Lo mejor para el enemigo es que no critiquemos nuestros errores para que —al no tener conciencia de ellos— se consoliden y nos destruyan. No autocriticarnos es el mejor regalo que podemos hacer al enemigo, y yo no estoy dispuesto a darlo.

**Lisandro Otero, escritor, ensayista, diplomático, periodista y ex funcionario del Ministerio de Cultura:**

—La frase “Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada” fue válida para la etapa inicial de ella. Esa frase ha sido muy tergiversada. Se planteó como una frase de intolerancia suma y yo creo que no. Todo el espectro del pensamiento humano puede estar comprendido dentro de la Revolución, es un poco lo que quiere decir la frase. *Fuera de la revolución nada* eran las bandas terroristas, la contrarrevolución, las avionetas que ametrallaban, etcétera. En un clima de intimidación y terrorismo extremos surgió la frase y hay que asumirla en ese contexto. Ahora la realidad ha cambiado. De hecho, esa frase ya no la escucho en el ámbito oficial de 10 años para acá y no creo que funcione.

Los intelectuales cubanos tenemos que analizar la realidad en la que estamos inmersos, y hacerlo con independencia, con autonomía de criterio. Criticar lo que sea criticable. Aprobar lo que sea aprobable. Tener una adhesión crítica a la Revolución. Tan absurdo es enfrentarla, ponerse fuera, ir al exilio, convertirse en un enemigo antagónico, como ser un alabardero y aprobar ciento por ciento todo lo que realiza. Una y otra posición son falsas, puesto que no todo lo que hace la Revolución es reprobable o aprobable. Creo que la Revolución, con todos los riesgos que sigue teniendo, ya es una criatura fuerte, está bien implantada en la conciencia de los cubanos. Creo que podemos discutir las cosas más maduramente. Le podemos llamar al pan pan y al vino vino.

**Abel Prieto, narrador, ensayista, miembro del Buró del Partido Comunista de Cuba, ex presidente de la UNEAC y actual ministro de Cultura:**

—Hay una enorme libertad de creación en mi país. Lo que pasa es que para convencerse de eso hay que ver las obras. Puedo hablar, por ejemplo, del papel crítico que tiene el arte en la cultura cubana revolucionaria: desde *Presiones y diamantes*, de Virgilio Piñera, hasta las últimas obras de la narrativa joven, tienen un papel reflexivo, crítico, inconforme, heterodoxo. Hay un elemento de herejía en el arte cubano revolucionario. Herejía moral, en torno a las costumbres, discusión de los dogmas. Lo que pasa es que con esto de la herejía, el capitalismo tiene una forma muy inteligente para asimilarla y mutilarla. Tiene canales que lo protegen de toda herejía.

La frase de Fidel (Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución, nada) es una hermosa convocatoria a la unidad de todas las promociones, de todas las generaciones, de todas las tendencias. Habla de los católicos, de la gente de criterios filosóficos y hasta políticos que no tenían que ver con el problema revolucionario. Era una gran convocatoria. Pero a veces esta frase se coloca fuera de contexto y se ha convertido en el emblema de ese discurso.

El caso Padilla fue un error. Claro, es fácil pararse ahora a juzgar los errores. Incluso, su libro (*Fuera de Juego*) podía haberse disuelto en la nada. Pero con la famosa prisión de pocas horas de Padilla le dimos connotación a eso. Padilla es un buen poeta, pero es un farsante absoluto. Su juego político era demasiado obvio.

Superados los primeros efectos de la desaparición del campo socialista, los intelectuales cubanos volvieron sobre la "urgencia del debate para no frenar el movimiento de ideas".

Una no publicitada ni oficialmente reconocida pugna la dieron los cineastas cuando, en el verano de 1991, luego de cuatro días de exhibición, la película *Alicia en el pueblo de las maravillas* fue retirada. La cinta, del realizador Daniel Díaz Torres, era una sátira del sistema socialista y sus vicios: la intolerancia, el burocratismo, el paternalismo, la ineficiencia y la escasez.

A raíz de este "incidente" fue separado el entonces director del ICAIC, Julio García Espinoza. En su reemplazo volvió de París Alfredo Guevara, hombre que posee una doble condición: es amigo personal de Fidel Castro y es apreciado por los cineastas e intelectuales cubanos. Fue, pues, un "hombre de reconciliación".

Luego, de manera gradual se manifestaron ciertos aires de tolerancia: el presidente de la UNEAC, Abel Prieto —identificable siempre por sus pantalones de mezclilla y su melena al hombro—, fue promovido al Buró Político del Partido Comunista, instancia donde se toman las decisiones más importantes de Cuba.

La revista de la UNEAC, *La Gaceta de Cuba*, inició la publicación de textos otrora impensables: un debate sobre la libertad artística y la disidencia intelectual en Cuba, en colaboración con la revista cultural mexicana *Plural*; un artículo del escritor exiliado en Berlín Jesús Díaz sobre la realidad cubana (aunque, por supuesto, la UNEAC hizo uso de la réplica); un homenaje al poeta en el exilio, Severo Sarduy, tras su muerte en París, en 1993.

Además, en la Feria Internacional del Libro de La Habana, en febrero de 1994, por primera vez se vendió un libro de Sarduy: *La simulación*.

El 26 de enero de 1994, en la Universidad de La Habana, el crítico José Prats Sariol encomió y destacó la labor de uno de los grandes poetas cubanos: Gastón Baquero. Desde principios de los años 60 Baquero vive en Madrid y desde esa época no ha dejado de atacar a la Revolución cubana en artículos publicados en España y Estados Unidos. En otros tiempos ese acto de reconocimiento era impensable.

El Ministerio de Cultura permitió la puesta en escena de obras de teatro que abordaron, sin ambages y de manera cruda, el periodo especial y la forma en que el gobierno de Castro lo afronta. Ese fue el caso de *Manteca*, del dramaturgo Pablo Pedro.

Lo mismo pasó con exposiciones de pintura y fotografía donde se tocaron aspectos antaño tabús: los "balseros", "el jineterismo", el "burocratismo", el "homosexualismo", etcétera.

Tal vez el mejor ejemplo de esta muestra de tolerancia sea el de la película *Fresa y Chocolate*, de los realizadores Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío.

Si hasta ese momento la producción cinematográfica cubana había abordado cáusticamente los problemas del país, en esta ocasión, con *Fresa y Chocolate*, el tema de la intolerancia política, la homosexualidad, y hasta el contrabando como forma de supervivencia, se llevó a la pantalla y provocó variados debates y comentarios.

Después de su estreno en el cine Carlos Marx, permaneció en cartelera tres meses, sin que las largas colas que se formaron para

adquirir una entrada disminuyeran un solo día. La película fue galardonada con el Premio Coral a la mejor dirección, al mejor actor masculino (Jorge Perogurría), a la mejor coactuación femenina (Mirta Ibarra) y recibió el Premio Especial del Público en el XV Festival del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, en diciembre de 1993. Obtuvo también el Oso de Plata en el Festival de Cine de Berlín, en febrero de 1994; el Premio Goya de la Academia de Cine de España, en enero de 1995; y en febrero de ese año fue nominada al Oscar en la categoría de mejor película extranjera.

Para el director de la Cinemateca Nacional de Cuba, Reynaldo González: "Las interminables colas de espectadores suponen el éxito del argumento y del enfoque; también constituyen una denuncia de alcance ilimitado porque trasladan a hogares, centros de trabajo y lugares de reunión, una problemática que nunca se había tratado con tanta crudeza. En ese sentido, el filme resulta una convulsión para esquemas discriminatorios largamente reafirmados por la acción gubernamental".

Interrogado sobre si la película contribuyó a crear el momento que atraviesa Cuba, Tomás Gutiérrez afirmó: Pienso que este filme, con su crítica, ayuda a la sociedad a perfeccionarse".

Si bien es cierto que existen muestras de tolerancia en el panorama cultural cubano, no es menos cierto que sobre este tema hay distintos puntos de vista. La poetisa María Elena Cruz Varela consideró que la apertura que se produce en su país, "sobre todo en el sector del arte y la cultura, a mí no me dice nada. Tiene poco valor porque la población tiene grandes dificultades para conseguir comida".

Daniel Chavarría, escritor uruguayo-cubano, confesó en agosto de 1992 que "de Cuba y su Revolución no quiero escribir ni en favor ni en contra. Tengo una relación afectiva que no quiero romper. Si escribiera sobre Cuba, lo haría de tal manera que facilitaría el trabajo de los enemigos de la Revolución y me haría parecer a mí mismo como enemigo. Y es que cuando uno coincide con el enemigo es terrible y yo quiero defender a la Revolución y, desde el género literario, me faltan elementos".

Lo único evidente en el panorama cultural cubano es que ya no es el mismo ni tampoco sus actores. Muchos se han ido.

## 8. La larga espera

Los acontecimientos más importantes que Cuba vivió de julio de 1990 a diciembre de 1995 involucraron a todos los sectores de la sociedad. Empero, algunos de ellos no asumieron el papel protagónico que les correspondía. Se mantuvieron en un *impase* que, a decir de los analistas, durará mientras el sistema político cubano no experimente una nueva dinámica.

La prensa, la oposición política, la Iglesia católica y el exilio están, pues, en una etapa de larga espera. Su participación no depende sólo de su voluntad o deseo de actuar. Al parecer, están sujetos a la voluntad política del régimen de Fidel Castro, a las condiciones que impongan las transformaciones económicas y al contexto internacional, particularmente a la manera en que se desarrolle el diferendo con Estados Unidos.

Así, la prensa cubana —estatal y partidista— sólo difundió la versión oficial de los acontecimientos, no cedió un milímetro la palabra a las voces que cuestionaron la dura realidad del periodo especial. Se atuvo estrictamente a "no provocar el desaliento" entre la población para "no darle armas al enemigo".

Mientras en la calle el ciudadano común pedía explicaciones sobre la escasez generalizada, la ineficiencia productiva, los apagones diarios, las salidas ilegales hacia Estados Unidos y los cambios que experimentaba el mundo, los periódicos, la radio y la televisión cubanas exponían en grandes y elocuentes reportajes "las cosechas de papas y hortalizas", "los altos índices de salubridad y educación", "los ejercicios de defensa militar de la Revolución" y "los vicios del capitalismo".

A propósito, en la Isla circuló una broma sarcástica. Si alguien

preguntaba por comida, otro contestaba: "La puedes encontrar en el noticiero de televisión".

Si en el año 2005 un padre le contara a su hijo, con lujo de detalles, las penurias y carencias que vivió entre 1989 y 1995, el pequeño no encontraría testimonio alguno de esa realidad al acudir a una hemeroteca.

Y es que la prensa cubana, como muchos dijeron, "no participó de los cambios".

Fidel Castro manifestó: durante el IV Congreso del PCC en 1991: "Los periódicos son de la Revolución y para la Revolución, nuestro camino consiste en saber cómo utilizamos los medios de manera óptima para apoyar la causa revolucionaria, desarrollarla e ir hacia el perfeccionamiento de la sociedad".

No obstante, ciertas voces se escucharon. Un editorial del semanario *Juventud Rebelde*, en su edición del 29 de marzo de 1994, señaló: "Nunca como hoy la gente necesita saber con exactitud lo que sucede realmente... No se conciben las transformaciones y medidas que se están registrando si no van acompañadas de la sistemática información, de la explicación exhaustiva de sus fundamentos, de la claridad meridiana en torno a todo lo que atañe a la vida y destino de los ciudadanos. La omisión nunca convence. El síndrome del misterio prohija el rumor y la incertidumbre; espolea los malos pensamientos".

Por otro lado, la llamada disidencia interna (oposición política no legal) quedó relegada, sin posibilidades de abrir espacios dentro de las instituciones de la Revolución y menos aún de ampliar su militancia y simpatizantes.

A decir de sus miembros, los impedimentos legales y la actuación de los servicios de seguridad anulaban cualquier posibilidad de acción opositora. Pero no es menos cierto que sus propuestas políticas, e incluso cierto desprestigio, los aislaron de la población.

Durante diciembre de 1992 y febrero de 1993 quedaron al margen de un proceso electoral en el que, de manera natural, debieron expresarse.

Luego, en el Habanazo y en la crisis de los balseros perdieron "la gran oportunidad de encabezar la protesta", bien porque no la esperaban o porque temieron ser reprimidos. Además, porque no contaron con la fuerza suficiente para una acción de esa naturaleza.

Un proceso de apertura política que los integre y haga partícipes es impensable por ahora. La estrategia de Fidel Castro no cuenta con estas "voces discordantes" para desarrollar el proceso de cambios. Más allá de su carácter "ilegal", las considera "ilegítimas e inmorales" por su "relación umbilical" con gobiernos de, por ejemplo, Estados Unidos, España y Suecia. Por tanto, la disidencia u oposición interna todavía espera.

Del mismo modo, la Iglesia católica mantuvo un precario y difícil equilibrio en su relación con el régimen. No alentó ni protegió a grupos disidentes de carácter religioso, ni efectuó acciones que la llevaran a enfrentar directamente a las autoridades. Sin embargo, alertó sobre y criticó los aspectos negativos de la crisis y del sistema: el desabasto de bienes básicos, la falta de libertad individual, la pérdida de valores morales, el autoritarismo y la intolerancia.

Acicateada por la crisis y alentada por una mayor anuencia oficial, una parte de la población cubana recurrió gradualmente a la religión para "aliviar", al menos espiritualmente, su situación en la Isla. Este aumento de feligreses, empero, no otorgó a la Iglesia mayor influencia en las decisiones de la vida del país.

### La prensa: las ganas de cambiar

Armando Rollemberg, presidente de la Organización Internacional de Periodistas (OIP), acusó en 1993: "El talón de Aquiles de Cuba es la falta de libertad de opinión, la imposibilidad de poder expresar libremente las divergencias".

Julio García Luis, presidente de la Unión de Periodistas de Cuba (Upec), respondió: "En Cuba no se mata a periodistas, no se les tortura, no se les encarcela por motivos profesionales". Además, expresó que en Cuba "la legalidad y la crítica tienen un papel muy alto, pues la Revolución democratizó la información y los medios; se los quitó a una oligarquía para extenderlos a la población que ahora sabe leer y escribir".

Rollemberg cuestionó: "Cómo justificar que una persona o un departamento o un grupo de personas puedan decidir, en nombre de la colectividad, lo que debe ser leído o dejar de circular. Eso se llama censura".

García Luis replicó: "No se trata de censura; se trata de no dar espacio político en nuestra prensa a grupos que actúan declaradamente como enemigos de la Revolución. Eso no supone que en la gran masa de periodistas no haya pluralismo de opiniones. Lo hay y se manifiesta en la idea de independencia del país, pero apreciamos que en una situación especialmente tensa, como la que hoy vivimos, dar al gobierno de Estados Unidos una señal de debilidad puede ser extremadamente peligroso".

Un documento de 15 cuartillas elaborado por la OIP, titulado *La Libertad de Expresión en Cuba*, detalla el agrio debate que sostuvieron la presidencia de ese organismo —que agrupa a los periodistas de los países comunistas y ex comunistas, así como de la izquierda en general— y uno de sus afiliados, la Upec, que aglutina al 98% de los periodistas cubanos.

Fechaado en agosto de 1993, el documento transcribe las cartas intercambiadas por ambas organizaciones durante año y medio y la versión de las discusiones realizadas a puerta cerrada entre sus dirigentes.

El debate puso sobre el tapete el estado medular de la prensa en Cuba y sus problemas fundamentales: la censura, la autocensura, el autoritarismo, el burocratismo. Un debate que traspuso las fronteras de la Isla sin que previamente se produjera una discusión interna entre los profesionales de los medios de comunicación.

A continuación se reproducen partes fundamentales de ese documento:

*Informe firmado por Armando Rolleberg, presidente de la OIP* (junio de 1993): "La polémica surgió por un telegrama del presidente de la OIP, enviado el 7 de febrero de 1992. Pedía información sobre la expulsión de la Upec de los periodistas Raúl Rivero, Nancy Estrada y Bernardo Márquez Rabelo. Ellos firmaron un manifiesto político reivindicando la apertura de un diálogo nacional, elecciones directas para la Asamblea Nacional, el retorno del mercado libre campesino, la liberación de los presos de conciencia y la ayuda humanitaria para la obtención de medicamentos.

"La polémica se profundizó por el discurso de Carlos Aldana, entonces responsable del trabajo ideológico de Cuba, quien proclamó el 'oficialismo' como condición fundamental para quienes ejercieran el periodismo en la Isla. Esto lo proclamó el Día de la

Prensa Cubana (14 de marzo de 1992). Fue una agresión frontal a la conciencia profesional de los periodistas".

*Carta de Rolleberg a García Luis* (febrero 7 de 1992): "Me incluyo entre aquellos amigos de Cuba que quedan perplejos con la rigidez del régimen y por el clima de intolerancia impuesto por el gobierno, intentando sofocar la divergencia política a través de la coerción y de la intimidación... si no es posible a un ciudadano expresar democrática y pacíficamente su eventual divergencia, debemos reconocer francamente que ahí no existe libertad de expresión... No suena razonable alegar motivos revolucionarios para implantar la censura y la discriminación política e ideológica entre los cubanos. La cruda verdad es que no hay libertad de opinión y de prensa cuando solamente un partido —por más respetable y representativo que sea— puede expresar su opinión, excluyendo así a todos los sectores representativos de la sociedad".

*Carta de respuesta de García Luis a Rolleberg* (febrero 17 de 1992): "Mientras en América Latina, en los últimos 20 años, hay 520 periodistas asesinados y muchos miles más encarcelados, en Cuba podemos informarte que no hay en los 33 años de Revolución el caso de un solo periodista que haya sido llevado siquiera ante los tribunales a causa de su ejercicio profesional.

"En una lucha a vida o muerte como la que hoy se le plantea a Cuba, un país acosado, abandonado por sus antiguos aliados, sometido a todo tipo de presiones y agresiones, no hay ni puede haber 'libertad de expresión' para los contrarrevolucionarios, que son, ciertamente como tú dices, una exigua minoría, pero una minoría que representa la política de la superpotencia estadounidenses y que cuenta para expresarse con todos los medios y recursos del imperio al que sirven.

"Defiendes una libertad de prensa abstracta, que no existe ni existirá en país alguno. Nosotros defendemos una libertad de prensa concreta y real nacida de la Revolución. Esta libertad es incompleta, es cierto. Si Estados Unidos suspendiera su bloqueo y renunciara a la política de destruirnos, no hay duda de que se crearían condiciones nuevas y podría haber otros niveles de tolerancia y flexibilidad. No tenemos ningún temor a la discusión de ideas y a la diversidad de opiniones. Somos nosotros mismos, los periodistas revolucionarios, quienes defendemos en Cuba el proyecto de una

prensa más abierta, variada y polémica. Pero nuestras propuestas han quedado paralizadas por el asedio y la campaña de los que interpretan cualquier cambio interno como síntoma de debilidad en la Revolución.

“Pensamos distinto. Resistir y sobrevivir ahora, y luego continuar desde dentro los esfuerzos por liberar a nuestra prensa de deficiencias e insuficiencias, que las tiene, y que sólo nosotros debemos y podemos resolver”.

*Carta de Rollemberg a Julio García Luis* (25 de marzo de 1992): “Acepto el debate... Abomino el bloqueo impuesto por Estados Unidos contra Cuba, pero opino que esto no puede ser utilizado como justificación para castigar a periodistas que no se identifiquen con el pensamiento oficial... No es la libertad de los monopolios ni de los empresarios lo que estoy defendiendo. Es la libertad que deben tener las minorías y los individuos para expresarse libre y democráticamente”.

*De García Luis, presidente de la Upec, a la Felap (Federación Latinoamericana de Periodistas) y a todas las organizaciones de América Latina y del Caribe* (febrero de 1992): “En reciente reunión en San José, Costa Rica, dedicada al tema de los Derechos Humanos y los Periodistas, el presidente de la OIP, Armando Rollemberg, trató de convertir a Cuba en centro de la agenda y en blanco exclusivo de sus ataques. Esta pretensión no tuvo respaldo y fue rechazada por el delegado cubano y otros delegados al encuentro.

“Pudiera pensarse que el presidente de la OIP encontró en Cuba razones de tal peso y envergadura que lo obligaron a condenar violaciones flagrantes y masivas de los derechos humanos y la libertad de expresión, o atentados contra libertad física, moral y el trabajo de los periodistas, como ocurren a diario, en alto número, en países de esta región y de otras áreas del mundo. No fue éste el caso. La verdad es que Rollemberg tomó como pretexto dos acontecimientos ocurridos en Cuba, en 1991, para lanzarse a un ataque ideológico contra nuestro sistema. Ellos fueron: la separación, por una comisión de ética, de cuatro afiliados de la Upec, quienes se adhrieron públicamente a una organización contrarrevolucionaria (Criterio Alternativo) dirigida por la CIA desde Madrid, y la expulsión de Cuba de un periodista español (Santiago Aroca) que violó las leyes cubanas.

“¿Por qué se critica la libertad de expresión en Cuba y no se dice una palabra de la campaña de distorsiones, manipulaciones, omisiones y falsedades que a diario realiza contra mi país una gran parte de la prensa occidental? Este es realmente el fondo de nuestras discrepancias con Rollemberg, que se alinea junto con los enemigos de la Revolución cubana y comparte con ellos similares puntos de vista”.

*De Rollemberg a los miembros del Comité Ejecutivo de la Felap*: “En ese periodo (de la polémica con la Upec) llegaron las primeras noticias de expulsiones de Cuba de corresponsales extranjeros. De acuerdo con nuestras estadísticas, por lo menos seis fueron expulsados. La explicación oficial es que entraron como turistas o que mintieron sobre la realidad del país... También comenzaron a suceder extraños incidentes, casos en que periodistas extranjeros eran asaltados en las calles y golpeados por personas vestidas de civil. Fui informado sobre el incremento de la vigilancia a corresponsales extranjeros y de que existe un riguroso control en las redacciones de los órganos de prensa, ejercido por medio del departamento ideológico del Partido (comunista de Cuba). La censura está institucionalizada, presente, cotidiana, omnipresente. Los testimonios y los relatos que llegan a mi mesa de trabajo dan cuenta de un clima de intolerancia y de agresividad política contra todos aquellos que disienten de la línea del partido”.

*Informe de Rollemberg* (junio de 1993): “Desembarcamos en La Habana, el 11 de abril de 1993, para cumplir con dos tareas: conceder un premio de la OIP durante la Bienal Internacional del Humor y discutir con la dirección de la Upec las divergencias surgidas hace unos meses... Tuvimos siete horas de discusiones con los colegas Julio García y Lázaro Barredo, presidente y vicepresidente de la Upec. Tuvimos encuentros con cerca de 150 periodistas en visitas que hicimos a *Granma*, *Prensa Latina*, *Radio Habana*, a la televisión y al Centro de Prensa Internacional. Visitamos a tres de los periodistas expulsados que aún viven en La Habana y conversamos con otros periodistas independientes e, incluso, disidentes... En los encuentros el tono fue respetuoso, pero las discusiones fueron muchas veces acaloradas. Los debates en cada redacción fueron abiertos, duraron más de una hora y en ellos participaron los periodistas que estaban trabajando. Para todas

nuestras preguntas oímos básicamente una sola respuesta: 'estamos enfrentados a una potencia que nos agrede permanentemente. Estamos en una guerra de vida o muerte y no vamos a dar espacio a los enemigos. Y las minorías, en Cuba, están al servicio del imperalismo'".

*Fragmentos de la versión de las discusiones que por siete horas ininterrumpidas sostuvieron, por la OIP, Armando Rollemberg, presidente; Alexander Angelow, segundo vicepresidente; y Jean Francois Tealdi, miembro del Comité Ejecutivo; y por la Upec, Julio García Luis, presidente, y Lázaro Barredo, vicepresidente.*

García Luis: "En materia de información y de libertad de expresión, Cuba es un país que sufre el desequilibrio existente en el mundo. Contra nosotros converge toda la prensa de Estados Unidos, de Europa Occidental y de muchos otros países. Es inevitable que esto condicione nuestra actuación.

"Cuando se habla de minorías en Cuba, nos referimos por lo general a personas que sirven como agentes conscientes de la política estadounidense. Esas minorías tienen de su parte todos los medios de expresión de Estados Unidos, que son más de los que dispone nuestro pueblo, sobre todo en estos momentos de crisis, cuando los medios de comunicación sufren una aguda depresión. Por eso, sería irreal pensar que Cuba pueda compartir su espacio político con esta minoría. Sería una concesión gratuita a nuestros adversarios, que solamente se podría interpretar como un síntoma de debilidad y que en las presentes condiciones no tenemos por qué hacerlo, pues hacia nosotros tampoco hay ningún gesto de distensión... Comprendo que ésta es una limitación en nuestra libertad de expresión. Eso está claro, pero bajo las presentes circunstancias, nosotros no tenemos otra solución que mantener esas determinadas limitaciones.

"Hemos ampliado el derecho a la información de nuestro pueblo. Eso no puede ser ignorado por la OIP, pues llegaríamos al absurdo de que un régimen latinoamericano oligárquico, en el que la libertad de expresión está en manos de una minoría, por el derecho de reunir determinados requisitos formales —una declaración constitucional sobre la libertad de prensa, un pluripartidismo de la propia oligarquía—, estaría al margen de toda crítica de la OIP".

Barredo: "Un elemento que puede dar la idea de la situación

peculiar de la comunicación en Cuba es la agresión de *Tv y Radio Martí*. En los últimos 10 años Estados Unidos ha gastado más de 200 millones de dólares. En estos momentos, barriendo el espacio radioeléctrico del país, hay 15 emisoras de radio totalmente dirigidas contra Cuba en 30 frecuencias, transmitiendo más de 200 horas diarias de programación, llamando al sabotaje, a actos terroristas, a la desestabilización del país; eso es un factor de incidencia diaria en nuestra sociedad. No hay ninguna experiencia en el mundo de este tipo".

Talldi: "Será imposible para ustedes impedir que la oposición se exprese de una forma o de otra. Eso no haría más que consolidar y reforzar el aislamiento de Cuba, incluso de las fuerzas que se encuentran de su lado... Sin quererme mezclar en los problemas internos, me parece importante que los periodistas extranjeros puedan hablar normalmente en Cuba. Como ustedes saben, el enviado especial de *Le Monde*, Bertrand de LaGrange, fue dos veces golpeado y amenazado de expulsión, en diciembre de 1991 y en marzo de 1992.

"Es irrisorio que esas personas (los periodistas expulsados de la Upec), que lo único que hicieron fue firmar un documento y repartirlo como volantes, vayan luego a prisión. Sabido es que los medios de comunicación son mucho más importantes para la lucha ideológica que meros volantes".

Barredo: "Entre los años 90, 91 y 92, Cuba ha dado visa a más de 10 000 periodistas. De ellos, 4 000 estadounidenses. En esos tres años ha habido, sin embargo, cinco incidentes... El incidente de LaGrange fue en un bar. Estaba con un periodista checo, aquí estaba un periodista estadounidense. Armó con él una reyerta. El otro le dio un *galletazo* (cachetada). Fue un escándalo público ahí, y llegó la policía. Y si hay una reyerta, vamos todos a la unidad de policía y posteriormente se aclara. Después de LaGrange, aquí estuvo el corresponsal de *Le Monde* en República Dominicana (Jean Michel Cardit). Recorrió casi todo el país. Puedes preguntarle si tuvo algún incidente. Y escribió para *Le Monde* desde aquí.

"Hemos tenido varios incidentes, (porque) si tu vienes con visa de turista y haces periodismo, violas la ley del país. Si además utilizas los canales de comunicación para transmitir manipulación a diario que desacredita al país, pues estoy en el derecho de

decirte que has violado las leyes y tienes que irte... Ese es el fenómeno: vienen 10 000 y vienen cuatro ilegales, y ya se arma un escándalo... (sobre los expulsados de la Upec) no es el volante que repartieron lo que cuenta, es la incitación a la rebelión y a métodos violentos.

"Hay estado de opinión en este país, pero la libertad de expresión está condicionada a la situación del país... ni el más afamado escritor de ciencia ficción podría imaginarse los cambios que habría en Cuba cuando esta situación cambie, pero ahora, mientras esté la agresión, no puede haberlos. Es como si tú me dieras una *galleta* (cachetada) en una mejilla y yo te voy a decir que pongo la otra".

Rolleberg: "Uno de los orgullos de los socialistas es que aquí en Cuba se ha rescatado al pueblo de la ignorancia y que éste tiene un alto nivel de educación. ¿Cómo admitir que un pueblo tan bien educado sea tutelado? ¿Cómo justificar la necesidad de un departamento ideológico para decidir qué puede o no puede leer este pueblo? ¿Por qué este pueblo educado no tiene derecho a discernir por sí mismo qué es una calumnia o qué es una difamación, sobre todo cuando el sistema socialista tiene todo el aparato de divulgación para responder a cualquier calumnia? ¿Por qué, entonces, impedir la libre circulación de ideas aunque ellas sean contrarias al gobierno? Eso es enteramente inadmisibile. Y más inadmisibile es que la Upec lo justifique.

"En la Guerra del Golfo Pérsico, Sadam Hussein, en nombre de Irak, censuró a los periódicos iraquíes. Las tropas invasoras estadounidenses censuraron a la prensa de su país y Kuwait también censuró. ¿Qué censura debemos justificar? Nosotros, ninguna. Tenemos que estar en contra de la censura de los tres. Es una cuestión de principios y es, precisamente, lo que estamos discutiendo en relación con Cuba.

"Lázaro (Barredo) habló de los periodistas que fueron acreditados. Pero, ¿cuántos no lo fueron?, ¿cuántos no recibieron en las embajadas el visado para venir a Cuba? Este es el otro lado de la moneda que tiene que ser considerada.

"Ese término de 'contrarrevolución' es muy general y hay que precisarlo. Hay una diferencia entre aquel que pone una bomba y el que dice: 'yo pienso que el régimen no está haciendo bien... Pero si hago declaraciones contra el gobierno, al día siguiente los Comi-

tés de Respuesta Rápida invaden mi casa y soy acusado de traidor, de agente de la CIA, etcétera, etcétera".

Barredo: "Es muy fácil decir 'la Upec tiene que hacer esto y esto'. Yo lo respeto, pero usted no dirige la Upec, sino nosotros, entonces tenemos nuestras apreciaciones y nuestros criterios, y no se pueden transplantar las realidades de un país a otro... Te recomiendo, Armando (Rolleberg), que no sueñes tampoco. Tú dices las cosas como si fueran verdades. Estoy impresionado con tus argumentos, porque si me guío por tus criterios, a la Revolución le quedan tres afeitadas".

García Luis: "El caso de los cuatro periodistas (excluidos de la Upec) fue una maniobra contra Cuba. No piensen que tenemos una manía policiaca, pero también buscamos información. Esta fue una maniobra realizada contra Cuba desde el centro que tiene la CIA en Madrid, por uno de sus elementos, Carlos Alberto Montaner. El hizo llegar un mensaje acerca de la redacción de ese documento. Lo firmaron 10 intelectuales. Cuando nos enteramos que había cuatro periodistas, los citamos para hablar con ellos. Vinieron Bernardo Márquez y su esposa Nancy (Estrada), les informamos sobre el trasfondo de la carta. Después no hicieron más contacto".

Barredo: "(A estos periodistas) les preguntamos por qué no habían discutido las desavenencias de la carta dentro de la Upec y por qué entregaron la carta en Palacio de la Revolución un día después de ser publicada en Miami".

Rolleberg: "El señor Montaner aparece en España como uno de los exponentes de la socialdemocracia cubana en el exilio. El ha publicado un artículo en *El País* sobre Cuba que es un ejemplo de moderación. Defiende el mantenimiento del sistema social cubano. Dice que no quiere el colonialismo, sino mantener la autonomía. ¡A este hombre lo acusan de agente de la CIA!, ¿será que disientir del régimen es ser agente de la CIA?".

Barredo: "Tú dices que hay que ser tolerante. Tú vienes, nosotros te decimos que Montaner es agente de la CIA. Tú cuestionas eso. Te voy a traer la documentación para demostrártelo. El problema es que tú no crees lo que te estamos explicando. Yo te estoy explicando y mi palabra no cuenta para ti. ¿Entonces quién es el intolerante, yo o tú, Armando?".

Rolleberg: "Una persona es juzgada por divergencias políticas

escritas en un papel y condenado con base en supuestas informaciones que vienen de los servicios de seguridad del país que dice que fulano de tal está haciendo el juego de esto o aquello. ¡Ah, no! Ya tenemos muchos ejemplos para contar, sobre todo en países europeos, de que este tipo de procedimientos llevan a equívocos terribles. No es papel de las organizaciones de periodistas rastrear investigaciones de servicios secretos de ningún lado.

“Otra cuestión: tengo aquí los estatutos de la Asociación de Periodistas Independientes de Cuba. Sus estatutos son normales: (comienza a leer)...”

Barredo: “Perfecto, tú estás en el derecho de leerte todo el documento. Si tú quieres reconocer a esta organización yo no te niego ese derecho, pero no es una organización ni registrada ni reconocida en el país. Vas a tener encuentros con los periodistas que quieras, pregúntales a ellos si reconocen a esta organización”.

Rolleberg: “No fue reconocida porque no han tenido respuesta de las autoridades...”

Barredo: “Es lo mismo que tú dijiste ahorita. Que por cuestión de principio no ibas a reconocer a una organización que no represente a los periodistas... Te contradices y vienes a ofendernos”.

Rolleberg: “Te equivocas...”.

Criticada por todos y desde todos lados, la prensa en Cuba reconoce limitaciones: burocratismo, rigidez, censura, autocensura... En su VI Congreso Nacional —realizado el 23 de diciembre de 1993— los periodistas cubanos expresaron su deseo de introducir cambios: hacerla autofinanciable y más informativa, autónoma, ágil y veraz.

Julio García Luis, entonces presidente de la Unión de Periodistas de Cuba (Upec), periodista de larga trayectoria, ex diputado y —según opiniones extendidas— uno de los mejores cronistas sobre las actividades de Fidel Castro, analizó la situación de la prensa cubana dentro de la crisis económica que padece la Isla y los cambios que adoptó su gobierno para sobrevivir.

En entrevista con los autores, García Luis habló de los efectos de la caída del “socialismo real” en los medios de difusión cubanos de los mecanismos para adaptarse al flujo de la información mundial, del papel del Partido Comunista en la política informativa, de los límites para dar espacio a voces distintas de la oficial, de la

rigidez en el manejo de los medios informativos, de la censura y de la autocensura.

De entrada, García Luis dijo que la prensa cubana es uno de los sectores más afectados por el periodo especial. Explicó: “El suministro del papel, que antes venía de la Unión Soviética, se redujo de poco más de 24 mil toneladas métricas a unas 6 mil por año para los diarios. El suministro de papel para las revistas disminuyó de 12 mil toneladas a 3 200 anuales. Esto ocasionó una disminución del 80% en los tirajes de la prensa. Los déficit de combustibles y los cortes de electricidad redujeron la programación de televisión en un 35 por ciento”.

En efecto, el *Granma* —el único diario nacional— redujo su tiraje de 700 mil a 400 mil ejemplares y únicamente circula de martes a sábado. En agosto de 1993 redujo a cuatro el número de páginas y sólo en blanco y negro. Para adquirirlo muchos cubanos hacen cola desde muy temprano o se agolpan, para leerlo, en las ventanillas de los puestos de periódicos donde se despliegan sus páginas cada mañana.

Los diarios *Juventud Rebelde* y *Trabajadores* se convirtieron en semanarios y redujeron su tiraje a 250 mil ejemplares cada uno. El diario *Bastión*, de plano desapareció. Los 15 diarios provinciales se convirtieron también en semanarios y con sólo cuatro páginas. Y de las restantes 584 publicaciones, sólo quedaron 20, que cambiaron su periodicidad, formato y tiraje.

García Luis indicó que tras la reducción de los medios de información, 200 periodistas de prensa impresa fueron reubicados en “espacios electrónicos” y otros 900 periodistas, que desarrollaban actividades de publicidad y relaciones públicas en distintas instituciones, también fueron reubicados en tareas distintas a su profesión. “El golpe más duro fue para la prensa plana, donde se generó una especie de subempleo, pues los periodistas se quedaron sin espacio para publicar”.

El salario se congeló y, al igual que el de todos los trabajadores del país, el nivel de vida de los periodistas disminuyó drásticamente. “Ahora nos preguntamos cómo estimularlo para evitar que otros sectores de empleo, como el turismo, los atraiga”, agregó.

El presidente de la Upec reconoció que en época de crisis el papel de la prensa cubana debe ser más activo. Aceptó los ejemplos sobre

“deficiencias e insuficiencias” de los medios cubanos de información: el que la noticia sobre la destitución de Carlos Aldana como miembro del Buró Político del PCC, y quien era considerado el número tres del sistema, se haya difundido primero en México mediante una entrevista que él mismo concedió, y no por los órganos de prensa cubanos; el que una nota de prensa sobre la muerte de un estudiante y el asalto a los pasajeros de un autobús apareciera un mes después de que el hecho ocurriera; el que se dieran a conocer cifras grandilocuentes sobre la producción agrícola en Cuba unos días antes de que el ministro de la Agricultura fuera sustituido y se reconociera el poco éxito del programa alimentario; la difusión de editoriales y artículos que condenaron una pastoral de los obispos cubanos, sin que ésta hubiera sido publicada, lo que tuvo un efecto contraproducente: creció el interés de los cubanos por conseguir y enterarse del contenido de dicha pastoral.

García Luis advirtió, empero, que los periodistas cubanos son conscientes de estos problemas, los cuales salieron a flote durante las etapas previas al Congreso.

Subrayó además que “ante los cambios socioeconómicos y sociopolíticos a los que la Isla se enfrenta, la prensa debe forzosamente de cambiar”. Aseguró que se preparan para ello. Estos cambios, dijo, son dentro de la Revolución, pero deben implicar una renovación profunda del papel de la prensa y de los periodistas en la sociedad.

Explicó: “Se trata de encontrar un modelo propio de la prensa cubana, que estuvo mediatizada por la influencia de la Unión Soviética y del socialismo europeo. Además, la situación del bloqueo estadounidense y de aislamiento nos ha influido. Nos creó una mentalidad de cerco. Ahora, nos tenemos que ver con un mundo interconectado, con una economía de mercado y con influencias nuevas y complejas. Para ello necesitamos una cultura y una información abierta”.

Y es que, agregó, “el único modo en que podemos sostenernos como país es enfrentarnos abiertamente al intercambio de informaciones. No le tememos a ello”. Advirtió, sin embargo, que esta transición debe ocurrir bajo ciertas reglas, y puso como primera y fundamental la siguiente: “Mientras Estados Unidos mantenga el

bloqueo y las emisiones radiales contra Cuba, nosotros no podremos abrirnos a los grupos opositores que son voceros de la política estadounidense”.

Eso, señaló García Luis, no significa que la prensa cubana se encierre en sí misma. Al contrario: “Debemos acercarnos a la pluralidad de ideas de los diversos sectores cubanos, patriotas todos, aunque no necesariamente se digan revolucionarios”.

Reconoció que existen “signos positivos” en el gobierno de Bill Clinton que podrían relajar la tensión de la sociedad cubana y, con ello, conducir a una mayor apertura de la prensa. Advirtió, empero, que no hay, ni por asomo, “cambios sustantivos” en la política estadounidense. “Lo confirmó Clinton al asegurar que no variará su política hacia Cuba”. Por tanto, agregó, “no nos corresponde a nosotros hacer gestos y concesiones que se interpreten como signos de debilidad”.

—Pero, si la fortaleza cubana es interna y está basada en la educación y en la conciencia de su gente, ¿por qué no abrirse a puntos de vista contrarios? ¿No cree que el pueblo cubano tiene suficiente preparación para no confundirse y saber distinguir entre una información, una consigna o una calumnia?

—Es que los cubanos reciben información diversa. Es irreal la existencia de un monopolio informativo. Mira, un cubano recibe la información del partido y de los medios de prensa revolucionarios; al mismo tiempo, escucha los mensajes contrarrevolucionarios que envían las ondas radiales desde Miami; y la comunidad le trae más información; los turistas le acercan revistas diversas, y por correo reciben otras.

“Ahora bien, las emisiones de Miami que transmiten hacia Cuba, tienen mucho mayores recursos que los nuestros. No podemos entonces, en aras de un ideal superdemocrático, invertir nuestros menguados recursos en abrir un espectro de opinión que no se corresponde con la cohesión necesaria para enfrentar al enemigo. Y no se trata de miedo a las ideas, sino de ver claramente que aquí hay un juego político en el que no podemos gratuitamente desarmarnos ante el enemigo”.

El 14 de marzo de 1992, Carlos Aldana, entonces responsable ideológico del sistema, planteó que “el periodismo en Cuba sólo puede ser ejercido por revolucionarios”, y dijo que aquellos que

tuvieran divergencias con la línea oficial sólo tenían una salida: "buscarse otra televisión, otro periódico, otra radio, otra prensa, otro país".

—Aldana ya no está, pero no se ha hecho público el retiro de la tesis del oficialismo —se le comentó a García Luis.

—Esa tesis la habrá planteado Aldana, pero nosotros no la compartimos. Eso causó escozor y molestia entre los periodistas, pues cuando se habla de 'oficialismo' se le deja a la prensa el papel de repetidor de consignas, ideas y de discursos, puro formalismo y falta de creatividad. La Upec no se asocia con esa idea. No quiero decir que en nuestra prensa estén ausentes algunos de estos rasgos, lo que digo es que lo rechazamos. La prensa debe tener autonomía y guiarse por criterios propios.

—¿Y cómo lograr esa independencia en Cuba?

—En todo el mundo la prensa está vinculada a grandes empresas comerciales o a intereses políticos. En nuestro caso no pensamos, al calor de los cambios económicos, asociarnos con capital extranjero. Creemos que la prensa cubana debe estar en manos 100% cubanas. Pensamos en una prensa auspiciada por organizaciones diversas en las que nuestra población se agrupa. Pueden ser organizaciones oficiales pero también no gubernamentales. Ese sería un ideal de prensa cubana.

García Luis explicó también que para hacer este nuevo tipo de periodismo deben, por principio, existir dos condiciones: una, la libertad de los editores para decidir qué se publica y qué no se publica dentro del perfil del medio para el que trabaja; y dos, la libertad del periodista para, dentro de la ley y la ética profesional, buscar, escribir y opinar sobre lo que sea sin límites de temas. "Así es como yo veo que debiera ser el futuro de la prensa cubana", añadió.

Aseguró que cuando se reduzca la presión sobre Cuba, "nuestra sociedad será más madura para auspiciar este tipo de prensa". Es la única forma, dijo, que tienen los cubanos de aventajar a la prensa capitalista y, también, de no repetir las tragedias informativas del socialismo de Europa del Este.

Optimista sobre el futuro de la economía cubana, García Luis comentó que en pocos años también se reanimará la actividad de la prensa. Sostuvo: "Quizá el futuro más conveniente no sea ya

crear grandes órganos nacionales, centralizados, sino medianos y pequeños, cercanos a las necesidades de la gente y de las regiones, flexibles y autofinanciables, que, además, generen empleos".

Afirmó que, en principio, para superar la crisis económica que padece los medios informativos, éstos deben autofinanciarse. Describió varios métodos: un presupuesto propio, ajeno a una administración central del Estado, una planta laboral profesional, una apertura hacia la publicidad de empresas que ya radican aquí, y una calidad mayor en la información.

—¿Por qué la información está sujeta a un control ideológico del Partido Comunista?

—El Partido tiene un papel político y moral para toda la sociedad. Orienta y marca el rumbo. En relación con la prensa y la información, el Partido determina esas grandes líneas, como ocurre en los campos de la ciencia y la cultura. El problema está en cómo esas líneas amplias se traducen en el trabajo diario del periodismo. Los directores de publicaciones tienen autonomía y son responsables de lo que se publica. El Partido no tiene conocimiento previo de los temas, salvo casos excepcionales. Esta responsabilidad descansa sobre los hombros de los directores; por tanto, no debiera existir contradicción entre el papel del Partido y el desarrollo de una prensa autónoma y ágil.

"Pero, ¿qué pasa? Por nuestra excepcional situación de país acosado, se generan tendencias administrativas y se han dado casos en que el Partido trata de intervenir de manera directa en lo que se publica. El siguiente paso sería aplicar métodos para evitar esta situación".

—Si la responsabilidad es de los directores, que son a la vez funcionarios y militantes del Partido, ¿estos mecanismos no los inhiben para, ni por asomo, salirse de las líneas generales del Partido? ¿No se censuran ellos mismos?

—Es cierto. Hay una tendencia natural del director a la autoconservación. Quienes pudieran contrarrestarla son los periodistas. Ellos, por estar cerca de la realidad, son más sensibles y pueden confrontar con argumentos al director para que éste sea más agresivo en sus decisiones editoriales. Es el eterno problema de cómo se regula la información. Creo que no debe ser regulada burocráticamente sino por la comunicación entre periodistas y editores. Esta

es la mejor forma de romper la censura y la autocensura, que también se da.

—¿Pero cómo va a poder ocurrir éste intercambio entre reporteros y directores si la estructura de los medios cubanos es esencialmente vertical?

—De hecho, hay muchos lugares en que ya se trabaja así, con esta comunicación. En la radio veo mucho esto. Quizá en órganos grandes resulte más difícil, pero en otros no.

—¿Por qué sólo se difunde la posición oficial y no otras posiciones, aunque no sean necesariamente “contrarrevolucionarias”?

—En la radio local se ha roto ese esquema. Salvo los opositores y los recalcitrantes, se da espacio y voz a la diversidad de los temas y enfoques. La rigidez es mayor en la prensa impresa y, en cierta forma, en la televisión... Creo que a *Granma* no le podemos pedir que sea heterodoxo.

—Pero es el principal diario del país.

—Bueno, si no podemos cambiar al *Granma*, sí podemos crear otros medios que den otros matices de nuestra sociedad y que completen al *Granma*.

Las autoridades cubanas mantienen un férreo monitoreo sobre lo que se escribe de la Isla en el exterior. Más aún, ponen especial cuidado en lo que los corresponsales extranjeros en La Habana publican en sus respectivos medios. La atención internacional se concentró en estos últimos años en los principales cambios económicos y sus connotaciones sociales. Para ello, las principales fuentes de información fueron las más grandes agencias (AFP, EFE, Reuter, ANSA, DPA). No contaron, en este caso, las agencias estadounidenses (UPI y AP) porque no tienen autorización de su gobierno para realizar su trabajo en Cuba.

El Departamento Ideológico del Partido Comunista de Cuba, en el boletín titulado Panorama Mundial —que se distribuye exclusivamente entre las redacciones de los órganos de prensa nacionales y en los comités del PCC—, valoró la labor de las agencias internacionales de prensa durante 1994, considerado un año “lleno de noticias desde Cuba”.

De entrada, indicó que, “como regla”, las agencias aplicaron al acontecer económico y político de la Isla “una carga de parcialidad

suficiente como para poner en tela de juicio ante la opinión pública la eficacia de las reformas introducidas en los últimos meses y la capacidad de las autoridades (cubanas) de resolver exitosamente el conjunto de los complejos problemas que aquejan a la sociedad cubana”.

Destacó que los métodos utilizados para ello fueron: reducir el alcance de la versión oficial, “contraponiéndola a juicios de valor distintos” y dando relevancia a los representantes de grupos opositores, “cuando algunos de ellos fueron detenidos y juzgados por delitos contra la seguridad del Estado”. Reconoció, no obstante, que los despachos de este tipo disminuyeron en comparación con etapas anteriores.

Apuntó que “los acontecimientos políticos desfavorables a la Revolución generaron considerable cantidad de cables”, en contraste con el “reducido número que emitieron cuando se trató de hechos con un indudable balance político positivo”.

Las declaraciones de presidentes latinoamericanos sobre el “llamado proceso de democratización en Cuba”, según el PCC, fue seguido muy de cerca por las agencias de prensa.

Reconoció que de un “lenguaje abiertamente agresivo y ofensivo” han pasado al uso “sistemático” de “fórmulas y expresiones preconcebidas”: isla de régimen comunista, necesidad de apertura democrática, falta de libertades individuales y civiles, falta de respeto a los derechos humanos, disidencia interna, entre otras. Señaló que estos términos “siembran un sentimiento de rechazo y de condena *a priori* al conjunto de la obra política y social de la Revolución”.

Y subrayó en forma concluyente: “Las agencias cablegráficas internacionales —con sus excepciones— reflejan y evalúan la situación de Cuba, única y exclusivamente a través del código político diseñado por Estados Unidos”. A eso agregó: “Se infiere que la imagen predominante de Cuba no sea la más próxima a la verdad”.

Cuando hizo referencia al tratamiento informativo que tuvieron los acontecimientos que generaron la atención internacional entre julio y septiembre de 1994 (periodo en el que visitaron la isla cerca de 400 periodistas), el Departamento Ideológico del PCC dijo:

Sobre el hundimiento del remolcador *13 de Marzo*, ocurrido el 13 de julio, y en el que murieron más de 30 personas, la cobertura

informativa “fue altamente negativa, por el partido que le sacaron las agencias al suceso como tal y dejaron un mensaje inequívoco para la opinión pública internacional”. La labor de las agencias “estuvo fundamentalmente dirigida a explotar el aspecto humano de la tragedia, evidenciado en el realce que le dieron a declaraciones de una superviviente, contraponiéndola a la nota oficial emitida por el Ministerio del Interior”.

En cuanto a el Habanazo: “Como era de esperar, las agencias saciaron sus intereses durante los desórdenes. En las informaciones dieron a entender que los disturbios habían tenido lugar en toda la capital, mientras que las muestras de apoyo a la Revolución fueron minimizadas”.

Sobre la crisis de los balseros, apuntó: “Los corresponsales en La Habana se limitaron a reportar las salidas de los balseros desde Cojimar y fueron pocos los dirigidos a destacar el aspecto político como causas de las mismas. No obstante, la inusual cantidad de cables sobre el éxodo debe haber dejado en la opinión pública internacional la noción de que todo el pueblo quiere abandonar Cuba”.

Durante los sucesos del 5 de agosto, varios corresponsales de prensa fueron retenidos por la policía. A Mara Valdez Morales, de la televisión alemana ZDF, y a Mauricio Vicent, del periódico español *El País*, los retuvieron en la peletería La Virginia. A la periodista le fue quitada la cámara y los casetes con la imágenes de los disturbios. Al intentar recuperarlos, fue golpeada en un brazo. Posteriormente le retiraron la acreditación del gobierno cubano como corresponsal.

En los mismo hechos, Francisco Ramírez, corresponsal de la agencia Notimex, fue retenido por varias horas en un cuartel de bomberos de un puerto de La Habana.

El 10 de agosto el fotógrafo Sven Creutzmann, de la revista europea *Der Stern*, fue detenido por agentes de seguridad del Estado cuando tomaba fotografías de niños en la calle. En la estación de policía de la calle Zanja, del barrio Centro Habana, le velaron sus rollos y le registraron su maletín. Salió a las tres de la mañana del día siguiente. La policía le ofreció disculpas y le manifestó que “se trató de una lamentable equivocación”.

Además, ante las “malas acciones” de la prensa extranjera acre-

ditada en La Habana, los periódicos cubanos replicaron. Así, el semanario *Trabajadores* le dedicó a la agencia italiana ANSA un artículo bajo el título *De mala fuente*, por “pronosticar el inminente colapso del sistema socialista, al ofrecer, en sucesivos despachos, una imagen de nuestra Isla donde prevalece un deterioro moral total y un caos económico y social general”.

Publicado el 18 de julio de 1994, el artículo acusó al corresponsal de ANSA de sostener “el interés de asociarse o servir de portavoz a quienes responden a las motivaciones políticas foráneas”, y lo criticó por sólo ver “el lado feo de las cosas” y no reparar “en la luz del sol”. “Tiene como claro propósito falsear deliberadamente las causas reales de las penurias presentes y ocultar las acciones encaminadas a eliminarlas”, añadió.

Además, apuntó que las crónicas de ANSA se dedicaron “a resaltar la nostalgia de los cubanos por los buenos tiempos —al menos reconoce que los ha habido— y al humor con que enfrentan incluso la crisis económica”.

Cuando se produjo el Habanazo, el 5 de agosto, la respuesta a la labor de las agencias fue directa. El 14 de agosto el semanario *Tribuna*, editado en La Habana, en un artículo titulado *El aque-larre de las agencias*, dijo: “La mentira cabalgó a su gusto por el mundo, a lomo de las versiones de las agencias occidentales de prensa”.

“El chaparrón se esperaba, porque cualquiera sabe que estos profesionales de la información tienen que hacer su trabajo. Para eso cobran”, añadió. Acusó a la agencia francesa AFP de designar como “manifestantes” a quienes, según el semanario, eran “vándalos” que volaron cristales rotos, robaron y lanzaron pedradas y palos. “Al respecto, Fidel (Castro) fue muy explícito en su segunda comparecencia televisada (el 11 de agosto) y demostró cómo se hacen eco de la mentira criminal, quienes se autoproclaman la prensa más libre de este mundo”, apuntó.

En conclusión, para el gobierno cubano la información que las agencias internacionales emiten desde la Isla hacia el exterior no se corresponde plenamente con la realidad y se atiene al “código” de Estados Unidos. Por tanto, según expresa, muchas notas informativas y los mismos hechos que detallan quedan en duda.

## Disidencia *off side*

En 1992 existían en Cuba unos 50 grupos opositores al gobierno de Fidel Castro. Para febrero de 1995 el número superaba los 130. Había de todo: de derechos humanos, feministas, civiles, políticos y también de todas las tendencias: conservadores, liberales, cristianos, socialdemócratas y hasta socialistas.

Son grupos calificados por el régimen de La Habana como ilegales y contrarrevolucionarios; los acusa de ser instrumentos manejados desde el exterior por la CIA o por gobiernos extranjeros; señala a sus dirigentes como "inadaptados", interesados más en salir de Cuba que en hacer un verdadero trabajo político; los ridiculiza por su falta de programas, por su escasez de miembros —la mayoría no pasa de 20 afiliados— y por su sectarismo, y los imposibilita para participar en elecciones.

Ellos niegan ser manejados desde el exterior; reclaman su derecho a ser legales en la Isla y hablan de que han hecho los trámites para ello; algunos piden "espacios de tolerancia" para poder desarrollar "trabajo político" sin ser reprimidos por el gobierno de Castro; explican sus programas y reconocen que se ven imposibilitados de participar en elecciones. El régimen cubano de partido único los deja sin oportunidad alguna.

— La organización Corriente Socialista Democrática Cubana —que intenta aglutinar a los grupos de tendencia moderada en la Isla— también se retiró del proceso electoral y se abstuvo de influir sobre la ciudadanía respecto de cómo actuar en cualquiera de las etapas previstas por la Ley Electoral. "Participar sería legitimar un proceso electoral fraudulento", comentó Vladimiro Roca, entonces portavoz de esta organización.

La existencia de grupos disidentes en la Isla data desde el triunfo de la Revolución. Fidel Castro dijo, en una entrevista con Gianni Miná que en esa época había unas 300 organizaciones "contrarrevolucionarias". En diciembre de 1992, durante una sesión de la ANPP, el entonces dirigente del Partido Comunista, Carlos Aldana, reconoció que había en Cuba unas 50 organizaciones disidentes. Todas, dijo, eran en el fondo la misma cosa: "microgrupos de inadaptados" manejados desde el exterior por la Agencia Central de Inteligencia estadounidense (CIA).

En noviembre de 1995 unas 80 organizaciones suscribieron la convocatoria de Concilio Cubano, una especie de frente amplio de la disidencia que lucharía por aspiraciones comunes: amnistía general a presos políticos; reforma al código penal para suprimir delitos lesivos de los derechos civiles; cumplimiento gubernamental de los compromisos internacionales en materia de derechos humanos, libertad económica para los cubanos y elecciones libres y directas.

En los tres meses siguientes otras 56 organizaciones se agregaron a este foro. Plantearon efectuar una "reunión pública" para "definir estrategias que impulsen la transición de Cuba hacia la democracia". Para evitar el delito de "desacato" que establece el Código Penal de este país, Concilio Cubano solicitó autorización al gobierno de Castro para efectuar dicha reunión el 24 de febrero de 1996. Fue infructuoso. Las autoridades prohibieron la reunión y detuvieron a una veintena de sus integrantes, incluidos los cinco miembros de su secretariado.

Ese mismo día avionetas de la organización anticastrista Hermanos al Rescate volaron hacia territorio de La Habana para, dijeron, apoyar la reunión de Concilio Cubano. Fueron derribadas y con ello se desató una crisis más en el diferendo entre Washington y La Habana que eclipsó la reunión de Concilio.

Pese a ser este el mayor intento de unidad de la disidencia interna, la inmensa mayoría de las 136 organizaciones eran desconocidas por la población. Muy pocas tenían más de medio centenar de afiliados y en su conjunto el número de personas que militaban en ellas es ínfimo si se compara con los ocho millones de electores que hay en el país. Según los distintos cálculos de sus dirigentes, la membresía de Concilio iba de 2 000 a 10 000 participantes activos.

Muchas de estas organizaciones son "efímeras": surgen de un día para otro y rápido desaparecen. De las organizaciones de Concilio, 90 son asociaciones civiles o de colegios profesionales, tales como la Asociación de Abogados Independientes que dirige René Gomez Manzano, o la Corriente Cívica Cubana, que dirige Lázaro González.

Otras 10 son de derechos humanos, como el Comité Cubano pro Derechos Humanos que dirige el decano de los disidentes, Gustavo

Arcos Bergnes, excompañero de lucha de Fidel Castro contra la dictadura de Batista. Existe también la Comisión Nacional de Derechos Humanos y Reconciliación Nacional que dirige Elizardo Sánchez Santacruz, tal vez el disidente socialdemócrata más conocido dentro y fuera de la isla y quien recibiera el premio Libertad Igualdad y Fraternidad de manos del presidente francés Jacques Chirac.

Finalmente, 36 tienen perfil partidista. Son los casos del Partido Solidaridad Democrática que preside Héctor Palacios y del Partido Pro-derechos Humanos que dirige Odilia Collazos.

Por su tendencia, 90% va del centro a la ultraderecha, aunque hay también de izquierda y hasta alguna socialista: la Corriente Socialista Democrática, dirigida por Vladimiro Roca, hijo de Blas Roca, fundador del Partido Comunista de Cuba. Hay también demócrata-cristianas, como Liberación, dirigida por Oswaldo Payá Sardiñas. Y hasta ecologistas, como Nartur. Paz, encabezado por Leonel Morejón Almagro, también coordinador general de Concilio Cubano y condenado a 15 meses de cárcel por el delito de "Desacato y resistencia a la autoridad".

El 80% de estos grupos considera necesario el bloqueo de Estados Unidos como una forma de presión para que "el régimen se abra a la democracia"; 10% está en contra, por considerarlo contraproducente y, además, ruinoso para la población. El resto no parece tener definida su posición.

Para el gobierno de Castro, todos estos grupos son tan insignificantes en número de afiliados —algunos con cinco miembros— que no pueden ser representativos de opción política alguna en un país de casi 11 millones de habitantes. Castro se molesta cuando la prensa extranjera acreditada en La Habana da voz a sus dirigentes. Dice que se difunden por el mundo noticias de supuestos partidos políticos en Cuba con nombres más grandes que el número de sus miembros. Además, argumenta que para la inmensa mayoría de los cubanos estas organizaciones son desconocidas. Casi todos estos "microgrupos" están conformados por familiares: el tío, el primo, el concuñado, la sobrina... Y, asegura, casi todos tienen un propósito: obtener una visa para salir del país.

Además, todos los grupos están fragmentados y, debido a diferencias políticas e ideológicas, no tienen la capacidad para cohe-

sionarse en una organización común que pueda representar un contrapeso o un peligro para el sistema de partido único en la Isla.

Para Elizardo Sánchez, dirigente de la Comisión Cubana de los Derechos Humanos y Reconciliación Nacional, el número de afiliados no es lo importante. Dijo que los afiliados de los "grupos disidentes" eran también escasos en países de Europa del Este. Estos grupos, señaló, son la parte visible de una "masa inconforme" que "espera un cambio".

"La fuerza y la dimensión de estos grupos no hay que ubicarla en el campo electoral porque el sistema social cubano no es abierto", dijo Oswaldo Payá, coordinador del Movimiento Cristiano Liberación.

Explicó: "El espacio de la disidencia es el de todo movimiento proscrito y perseguido: el subterráneo. Utiliza un lenguaje paralelo al oficial para informar de sus actividades y de sus programas. La comunicación es siempre oral y en ella participan diversas personas a distintos niveles: desde el que simula que es procastrista pero simpatiza con nosotros, hasta el comprometido que organiza y siembra conciencia".

Rolando Prats, ex coordinador de la Corriente Socialista Democrática, aseguró que estos grupos son pequeños porque las características de un "sistema cerrado" como el cubano les impide tener una militancia que rebasa algunas docenas de miembros. Además, comentó, "en un país donde el servicio de inteligencia es muy eficiente, crear grupos grandes es darle paso a la infiltración, y esta es la causa también de que los grupos basen su integración sobre vínculos familiares".

Para Elizardo Sánchez estos grupos no están fragmentados. "Estamos multiplicados", sostuvo. Y Payá afirmó que la dispersión es una "salida natural" ante un sistema social asentado en la excesiva vigilancia.

Prats reconoció que los márgenes en que operan son verdaderamente estrechos: con relaciones personales para ampliar su base social, con medios diplomáticos y la prensa extranjera. Nada más. "Si se nos ocurriera salir con pancartas o convocar a un mitin, estaríamos presos casi inmediatamente", añadió.

Comentaron: debido a que el artículo 5 de la Constitución cubana prohíbe la existencia de otros partidos políticos que no sea el

Comunista, han querido inscribir a los grupos como asociaciones, sin que hasta la fecha hayan tenido respuesta de las autoridades de justicia en la Isla.

Prats reconoció también que, en la mayoría de los grupos disidentes, falta vocación política y que son usados para, por ejemplo, obtener una visa que les permita salir del país. Declaró que de ello es también culpable el gobierno de Castro. Explicó: "En las actuales condiciones la población busca a estas organizaciones para salvar situaciones que el gobierno no ha resuelto, como la normalización de las condiciones migratorias. Entonces, los grupos se convierten en vertederos sociales porque la gente no encuentra otros cauces".

La acusación fundamental del gobierno de Castro contra estos grupos es que le hacen el juego a la "contrarrevolución" o le abren sin recato la puerta del país. De acuerdo con un estudio del gobierno cubano titulado *El gobierno de EE.UU. contra Cuba. Revelaciones de la agresión*, los grupos disidentes dentro de la Isla —en especial los llamados de "Derechos Humanos"— viven artificialmente de la campaña internacional y del presupuesto del gobierno de Estados Unidos.

A través de *The National Endowment for Democracy* (NED) —organismo que destina fondos públicos para el "mejoramiento" de la democracia en el mundo— el gobierno de Estados Unidos entregó 100 000 dólares a la Fundación Nacional Cubano Americana para financiar a los Comités pro Derechos Humanos en la Isla.

Según este estudio, el Comité Cubano Pro Derechos Humanos —que encabeza Bofill, en Miami, y los hermanos Gustavo y Sebastián Arcos en la Isla— recibió 30 000 dólares de la NED en 1990 y 44 000 en 1991. Los recursos fueron utilizados para mantener en operación su oficina en Miami, financiar viajes de sus dirigentes a varios países de Europa y costear la edición y distribución de la revista *Siglo XXI*.

El Centro de la Democracia Cubana, dirigido por Enrique Balyra, recibió 45 000 dólares de la NED en 1991 para producir y distribuir dentro de Cuba un boletín de noticias y comentarios, así como una propuesta para realizar un plebiscito en la Isla. Según este documento, se intentó crear debate y generar una "alternativa pacífica y democrática dentro de Cuba". Este centro "integra a la

Plataforma Democrática Cubana", que Carlos Alberto Montaner dirige desde Madrid y cuyo contacto directo en la Isla es el grupo de Criterio Alternativo.

El gobierno cubano mantiene una política firme contra los grupos disidentes, pero "intermitentemente" les da ciertas "libertades". A mediados de 1993, la mayoría de los grupos disidentes de la Isla se mostraron sorprendidos por algunos "signos de distensión" y "mayor tolerancia". Relataron algunos hechos: excarcelación de disidentes, permisos de salida para viajar al extranjero y disminución de la vigilancia sobre ellos.

Sin embargo, durante los acontecimientos de agosto de 1994 la seguridad del Estado volvió obre ellos. En menos de 24 horas "recogió" a los principales dirigentes de las agrupaciones disidentes y los detuvo por 48 horas "en resguardo de su integridad".

Con todo, la disidencia quedó fuera de lugar durante el Habanazo y la crisis de los balseiros. Al establecerse el conflicto migratorio entre Estados Unidos y Cuba, nada tuvieron que ver ni pudieron hacer. Además, como reconoció Manuel Cuesta Morúa, miembro de la Corriente Socialista, "la segunda sorpresa (después de la del gobierno) fue para la disidencia política interna, pues había pesimismo; nunca nos imaginamos que podía producirse una protesta. Si algún sector de la disidencia pensó en algo así, la acción política habría sido controlada por la seguridad del Estado".

### Derechos humanos: gustos y disgustos

Considerado el tema más complejo, polémico y espinoso, el tratamiento de los derechos humanos en la Isla no satisface a ninguno de los sectores. En La Habana, el régimen de Fidel Castro niega que en su territorio hay una "violación flagrante, sistemática y masiva" de ellos. Fuera de Cuba, los anticastristas señalan que se violan todos sin excepción y, fundamentalmente, los relativos a la libertad individual.

Con el fin de llamado bloque socialista y la revelación de "los horrores del comunismo", el tema de los derechos humanos comenzó a recibir mayor atención en Cuba. Las reuniones anuales de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU en Ginebra llamaron la atención internacional.

Para el gobierno de Fidel Castro no hubo duda: el "Informe Sobre la Situación de los Derechos Humanos en Cuba", presentado en 1993 —y repetido en 1994— por el relator especial de Naciones Unidas, el sueco Carl-Johan Groth, estuvo plagado de "mentiras y falsedades" y los testimonios que recogió fueron brindados por organizaciones anticastristas "financiadas y manipuladas" por Estados Unidos.

Con base en tal informe, la Comisión de Derechos Humanos de la ONU votó en 1993 y en 1994 una resolución contra Cuba por violaciones a los derechos humanos y ratificó a Johan Groth como relator especial para seguir el "caso cubano". Pidió para ello la colaboración del régimen de La Habana.

La respuesta del gobierno de Castro fue inmediata: el relator especial "no va a tener jamás la menor colaboración cubana... el señor Groth puede morir de viejo repitiendo mentiras contra Cuba, que siempre se las refutaremos", declaró al siguiente día el canciller —después designado presidente del Parlamento cubano— Ricardo Alarcón.

Y más: "El trabajo del relator es una vulgar maniobra política de Estados Unidos, el país que menos autoridad tiene para hablar de los derechos humanos".

A pregunta expresa, Alarcón dijo que Cuba "no tiene la menor preocupación moral ni ética" por la resolución en su contra. Advirtió que "no vamos a aceptar que se nos trate como lo que no somos: un país en el que se violan los derechos humanos en forma flagrante, masiva y sistemática", parámetros por los que se rige Naciones Unidas para condenar a gobiernos.

Luego dijo que el régimen de La Habana "no tiene por qué defenderse" en materia de derechos humanos. "Que se defiendan los que están acusados justamente", señaló. Sin embargo, expresó que la estrategia cubana para enfrentar los ataques fue "poner en evidencia los problemas reales de los acusadores": el racismo, la xenofobia, la explotación laboral, el maltrato y violación de los derechos de los infantes, etcétera.

El gobierno cubano desplegó, a su vez, una ofensiva diplomática en la misma CDH. Promovió y/o apoyo resoluciones sobre: el racismo y la xenofobia; los Efectos de la deuda externa en los derechos humanos, El derecho al desarrollo, Los derechos de los

palestinos y Los derechos de la infancia, la mayoría con votación en contra de los Estados Unidos.

Luego, en las sesiones de la CDH y en las conferencias de prensa en La Habana, distribuyó un documento que "demuestra la participación del gobierno de Estados Unidos en toda la propaganda subversiva contra Cuba". Dicha propaganda, sostuvo, fue expuesta en el Informe Sobre la Situación de los Derechos Humanos en Cuba, presentado en Ginebra por el relator sueco Carl-Johan Groth.

El documento incluía en memorándums, cartas, mensajes, boletos de avión y partes de informes administrativos que cruzaron algunas organizaciones anticastristas con la *National Endowment for Democracy* (NED) de Estados Unidos.

La NED es un organismo creado durante el gobierno de Ronald Reagan que, con la aprobación del Congreso de Estados Unidos, destina fondos públicos a programas que "mejoren" la democracia en el mundo. En 1993 la NED asignó al "Programa Cuba" 45 millones de dólares.

De acuerdo con estos documentos, la NED otorgó financiamiento a organizaciones anticastristas en el exilio que, curiosamente, son las mismas que proporcionaron "información fundamental" al relator sueco Groth.

Aquí algunos ejemplos:

—El Comité Cubano pro Derechos Humanos recibió 44 mil dólares para divulgar las acciones de los activistas democráticos en Cuba, fundamentalmente para editar y distribuir la revista bimensual *Siglo XXI*. Según el programa de la NED, para el año fiscal 1991-1992 esta organización recibió además una "donación" de seis mil dólares para la "publicación y distribución internacional de mil copias del informe El Mal Uso de la Psiquiatría para uso Político en Cuba. Una carta suscrita por Ricardo Bofill, presidente en Miami de este Comité —fecha en noviembre de 1991 y con número de expediente Ref: Grant No. 91-66— solicitó a Teresa A. Bass, *Grant Officer* de la NED, le "reintegre" el importe que por concepto de pasaje de avión a Ginebra gastaron "varios" activistas de esta organización. "Este viaje —decía la carta— era de vital importancia, pues ello representaba la designación de un relator especial de la ONU para investigar la violación de derechos humanos por parte del gobierno de Castro...".

—La FNCA, que dirige el empresario Jorge Más Canosa, recibió un “nuevo fondo” de 100 mil dólares para apoyar a la Coalición Internacional para los Derechos Humanos en Cuba. El dinero era para “publicar las ideas de los activistas de derechos humanos” y de “otros críticos del régimen en Cuba”. De acuerdo con el programa de la NED para el año fiscal 1991-1992 “lo recibido será usado para preparar documentación importante que se distribuirá en la reunión de derechos humanos en marzo de 1992; para apoyar la creciente interrelación de los comités de los ciudadanos latinoamericanos y europeos con la Coalición; para realizar informes sobre la situación en Cuba con información recibida desde su territorio y para mantener la oficina de coordinación central de la Coalición con sede en Madrid”.

—Una carta de septiembre de 1991 del *Puebla Institute* —con número de expediente: Grant No. 90-154— solicitó una donación de 20 mil dólares para cubrir los gastos de una delegación de “prominentes activistas cubanos de derechos humanos” que visitarían “la Unión Soviética” para mostrar al “público la existencia de un creciente movimiento independentista dentro de la Isla”. Según la carta, los fondos serían usados para producir y divulgar tres mil copias de cada uno de los cuatro boletines con “información verdadera de lo que ocurre en Cuba”. Incluiría los planteamientos públicos de Castro contra el Glasnot y la Perestroika. Un convenio entre la NED y *The Puebla Institute* —bajo expediente Grant No. 91-66.0— reveló la entrega de 44 000 dólares para diversos programas de apoyo a los derechos Humanos en la Isla.

Cuba y Haití fueron los únicos países latinoamericanos condenados en esa ocasión por la CDH, a pesar de que organizaciones no gubernamentales intentaron que hubiera también resoluciones en contra de Perú, Colombia, Guatemala y El Salvador.

“El hecho de que estén unos y no otros refleja el carácter extremadamente político de la CDH, donde lo determinante no es la salvaguarda de la dignidad de los ciudadanos, sino los intereses de un nuevo orden mundial”, comentó Reed Brody, director del Grupo Jurídico Internacional para los Derechos Humanos, con sede en Washington.

“Aunque en ocasiones defienden intereses distintos, Estados Unidos y los países de la Comunidad Europea son los que mueven

los hilos en la CDH”, señaló Brody en una entrevista con la agencia española EFE.

Según el portavoz de la delegación de Estados Unidos en Ginebra, Kenneth Blackwell, las prioridades para su país fueron: mantener a Cuba entre los países que presentan violaciones masivas y sistemáticas de los derechos humanos; excluir de esa categoría a El Salvador, y evitar que Guatemala y Perú entraran siquiera a discusión, objetivos que finalmente lograron pese a las pruebas en contra presentadas por organismos no gubernamentales en defensa de derechos humanos.

Los datos hablan por sí solos. Un ejemplo: mientras el informe del relator para Cuba expuso 51 casos de “presos políticos” hasta enero de 1993, y de 300 a 500 detenidos en los últimos años, un informe de la Comisión Andina de Juristas afirmaba que en Perú murieron 3 101 personas, hubo 114 ejecuciones sumarias o arbitrarias, 53 asesinatos por grupos paramilitares y se denunciaron 286 desaparecidos.

Esta misma organización señaló: “Las violaciones a los derechos humanos en Perú y Guatemala son tan evidentes que nos cuesta creer que los países que integran la CDH de Naciones Unidas no se den cuenta de ellas, y son tan importantes numéricamente que es difícil explicar a la opinión pública internacional que no merecen una condena enérgica”.

A partir de estas informaciones el relator concluyó: “El gobierno cubano, que ha rechazado hasta ahora toda cooperación con el relator, sostiene que en Cuba no existen violaciones de derechos humanos, por lo menos no de manera comparable a las violaciones masivas que caracterizan muchas de las situaciones en países sujetos al estudio de la Comisión de Derechos Humanos. Siendo así, el gobierno mantiene que el estudio de la situación de los derechos humanos en Cuba, en este contexto, no se justifica y obedece únicamente a motivaciones políticas”.

Groth indicó en su informe que los derechos de opinión, reunión y asociación se violaban en Cuba. Las personas ligadas a grupos que denunciaban las violaciones a los derechos humanos o que eran críticos del sistema político actual eran objeto de hostigamiento, a pesar de que actuaban en forma pacífica y respetuosa. Estos grupos, surgidos en los últimos años, no habían podido obtener su legali-

zación. No quedaban opciones abiertas para quienes querían ejercer su derecho de asociación.

El relator se preguntaba: ¿hay recursos judiciales? ¿Qué criterios operan en la negación de solicitud? ¿Es esto un límite a las opciones de asociación fuera de las oficiales? ¿Se reducen los canales de participación política, sobre todo opositora? Desde 1989 hasta 1993, fueron detenidas 250 personas vinculadas a grupos de derechos humanos. Unas 50 cumplían sentencias de 10 años. Otras esperaban juicio. Por lo menos 125 fueron detenidas desde septiembre de 1991. Otras permanecieron detenidas por cortos periodos. El relator tomó estos datos de un documento elaborado por *Americas Watch*, de enero de 1993.

Sobre procedimientos y condenas, Amnistía Internacional indicó, en diciembre de 1992, que era difícil estimar el número de personas condenadas por razones políticas, porque no había información y las autoridades no la proporcionaban. La actividad de los grupos que investigaban la materia estaba severamente restringida y las organizaciones internacionales de derechos humanos no tenían acceso al país. A pesar de que no contaba con información, Amnistía estimó que había entre 300 y 500, de las cuales posiblemente la mitad fueron condenadas por intentar salir del país de manera ilegal.

El relator dijo que tenía información "sobre casos de personas condenadas por delitos contra la seguridad del Estado, como 'propaganda enemiga', 'difusión de noticias falsas contra la paz internacional' y 'rebelión'; por delitos contra la administración y la jurisdicción, como 'desacato'; por delitos contra el orden público, como 'clandestinidad de impresos' y 'asociación ilícita', por pintar consignas en las paredes, por impresión y distribución de literatura prohibida, por organizar manifestaciones pacíficas, por pertenecer a organizaciones consideradas ilegales. El delito de propaganda enemiga es el que con más frecuencia sirve de base a condenas por motivos políticos. En 1992, unas 280 personas aparecían condenadas por este delito".

No está claro qué se entiende en Cuba por incitación "contra el orden social, la solidaridad internacional o el Estado socialista, mediante la propaganda oral o escrita o en cualquier otra forma", delito tipificado en el artículo 103 del Código Penal cubano. Según

el mismo artículo, usar los medios de comunicación para expresar opiniones contrarias a las del gobierno constituye un agravante del delito de propaganda enemiga.

El informe del relator se refirió a las indefiniciones del Código Penal, como la del artículo 144: "El que amenace, calumnie, difame, insulte, injurie o de cualquier modo ultraje u ofenda, de palabra o por escrito, en su dignidad, decoro a una autoridad, funcionario público, o a sus agentes o auxiliares, en ejercicio de sus funciones o en ocasión o en motivo de ellas, incurre en sanción de privación de libertad de tres meses a un año o multa de 100 a 300 cuotas o ambas". Preguntó el relator: "¿Qué forma de crítica política puede definirse como no ofensiva y no injurianta a las autoridades políticas?". Y mostró 15 casos. A continuación se detallan cinco:

- Miguel Ángel Ballester Cintas, activista de los derechos humanos, fue detenido el 31 de julio de 1992 por haber renunciado a las medallas obtenidas en Angola.
- Marcos Antonio Abad Flamand y Jorge Crespo Díaz fueron detenidos a finales de 1991 por haber realizado el documental *Un día cualquiera*, que se exhibió en Costa Rica y que contenía adjetivos considerados como injuriosos para Fidel Castro. El fiscal pidió ocho años de prisión.
- Santiago Medina Corso, médico, fue condenado el 8 de mayo de 1992 a cuatro años por haber colgado un cartel en su consultorio, en el que pedía la libertad de los presos políticos.
- Sebastián Arcos Bergnes, activista de los derechos humanos, fue condenado a cuatro años por el delito de propaganda enemiga, porque unos ilegales detenidos llevaban su dirección.
- Yndamiro Restano Díaz y María Elena Aparicio, activistas de derechos humanos, fueron condenados a 10 y a siete años de prisión respectivamente.

Arcos y Restano fueron liberados en 1995 gracias a gestiones de la presidenta de la organización France-libertés, Danielle Mitterrand.

El relator, en su informe, llenó dos páginas y media con casos de intimidaciones y amenazas, como visitas inesperadas a domicilio, detención por unas cuantas horas, dispararle a una persona con una pistola sin balas, amenazas de muerte contra la integridad

personal, agresiones callejeras, celebración de "actos de repudio" o protestas organizadas por las Brigadas de Respuesta Rápida, insultos, daños a la propiedad, maltratos y otras cosas. Hubo también detenciones temporales y pérdidas de puestos de trabajo. De todo esto detalló numerosos casos.

Los derechos a la libertad sindical, a la libertad religiosa, a salir y entrar del país son abordados en tres capítulos del informe. La Comisión de Derechos Humanos y el relator analizaron la legislación cubana al respecto contrastándola con los convenios internacionales firmados por Cuba, en los que "ratifica la libertad sindical y la protección al derecho de sindicación"; "reconoce, respeta y garantiza la libertad religiosa" y limita "el derecho a entrar y salir de cualquier país, incluso el propio" con el "delito de salida ilegal del territorio nacional, tipificado en el artículo 216 del Código Penal".

El relator especial recibió también múltiples denuncias referentes a la situación en las cárceles, que no se ajustan a las reglas mínimas para el tratamiento de los presos, incluso a las disposiciones del Código Penal cubano. Fueron reportados numerosos casos de beriberi, sida, diabetes, tuberculosis y úlcera duodenal.

Concluyó el relator: "Es indudable que el sistema político cubano y la sociedad cubana tienen características propias y que, por tanto, la situación de los derechos humanos y las violaciones cometidas de manera sistemática también tienen sus peculiaridades; pero eso, de ninguna manera, las justifica ni las hace aceptables.

"Sin perder de vista la necesidad urgente de adoptar medidas concretas en el sentido propuesto en nuestras recomendaciones, el relator especial quisiera, no obstante, señalar que cualquier análisis de la situación y la aplicación de los derechos humanos en Cuba debe tomar como punto de partida el hecho de que el gobierno está, y durante mucho tiempo ha estado, rodeado de un clima internacional hostil hacia muchas de sus políticas y, en algunos casos, incluso hacia su propia existencia.

"Una política hacia Cuba basada en sanciones económicas y en otras medidas dirigidas al aislamiento constituye —en opinión del relator especial— la manera más segura de prolongar una situación interna insostenible".

A similares conclusiones llegó Carl Johan Groth en un nuevo informe elaborado en febrero de 1995: "El bloqueo refuerza los

objetivos políticos de los sectores gubernamentales (cubanos) que temen toda disminución del control actual de la sociedad y, lo que es más grave, desanima a los cubanos a trabajar para un futuro mejor".

Reconoció que no había "ninguna mejora" en la situación de los derechos humanos y señaló que la situación se agravó "a causa de la disminución del nivel de vida de la población".

Antes de este informe, el 13 de diciembre de 1994, el Comité de Derechos Humanos de la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó una resolución sobre Cuba, solicitando al gobierno de Fidel Castro "permita el ingreso al país del observador especial de la ONU".

Sin embargo, la visita a la Isla del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, el ecuatoriano José Ayala Lasso, entre el 15 y 19 de noviembre de 1994, removió el debate sobre el espinoso tema, al menos por esos meses.

Efectuó recorridos y entrevistas para "conocer de cerca la realidad cubana". Sostuvo numerosas reuniones privadas con miembros del gabinete cubano y cenó con el presidente Fidel Castro. Visitó centros de trabajo, escolares y de salud, e "intercambió comentarios" con artistas, intelectuales, trabajadores y estudiantes.

Contra lo esperado, no visitó tribunales, unidades policíacas, ni cárceles, porque, adujo, "el motivo de mi viaje no era investigar la situación de los derechos humanos". Dijo que la visita no cumplía el propósito "de dar un certificado de buena conducta ni de acusar, sólo quería dialogar con el gobierno de Cuba en asuntos relativos a la promoción y protección de los derechos humanos, entre ellos el derecho al desarrollo".

No rehusó, empero, encuentros con activistas de derechos humanos y disidentes políticos. Lo hizo además con la anuencia del gobierno de la Isla. Ayala Lasso "podrá reunirse con cualquier persona que desee durante su visita", informó en la víspera de su llegada el vocero de la Cancillería, Miguel Alfonso.

El Alto Comisionado se reunió en al menos tres ocasiones con representantes de la oposición interna, quienes —por primera vez en la historia de la Revolución— tuvieron oportunidad de plantear directamente a una instancia de la ONU la que consideraban "crítica" situación de los Derechos Humanos en la Isla.

“Nunca antes un extranjero pudo ver a tantos representantes de organizaciones disidentes”, declaró días después Ayala Lasso.

Los disidentes le entregaron una lista parcial de 1 195 presuntos prisioneros políticos, aunque —dijeron— son en realidad el doble. “Hay más de 100 prisiones y campos de prisioneros”, comentaron.

Ayala Lasso se reunió con los grupos disidentes en la oficina regional de la Unesco en La Habana. Fuera de la agenda oficial, las reuniones se efectuaron casi al amanecer: 6:30 de la mañana del miércoles 16 y del viernes 18.

Entre los disidentes que estuvieron con él destacaban: Elizardo Sánchez Santa Cruz, presidente de la Comisión Cubana de los Derechos Humanos y Reconciliación Nacional; Vladimiro Roca —hijo del célebre Blas Roca, fundador del Partido Comunista Cubano—, coordinador de la Corriente Socialista Democrática; Osvaldo Payá, dirigente del movimiento social cristiano “Liberación”, y Aída Valdez, de la Oficina de Información de Derechos Humanos y de la Coordinación Nacional Democrática.

Trascendió que los disidentes abogaron ante Ayala Lasso por una amnistía general para prisioneros políticos y por el cumplimiento de la libertad de asociación que garantizaría el estatus legal de sus agrupaciones.

El canciller Roberto Robaina explicó a los corresponsales extranjeros la posición de su gobierno ante la visita del Alto Comisionado:

“Colaborar con una estructura y con una persona en la que queremos creer. Cuba tiene muchas razones para ver con reservas los mecanismos de Naciones Unidas. Nosotros queremos confiar en Naciones Unidas, queremos creer que es creíble y mostrarle al mundo que en el tema de derechos humanos Cuba no tiene nada que ocultar, y sí muchas cosas que mostrar, hablar y discutir... Ese tema para nosotros no es tabú y por eso invitamos al Alto Comisionado”.

Elizardo Sánchez —ex profesor de filosofía marxista, varias veces preso por sus actividades y uno de los opositores más conocidos en la Isla— dijo en esos días que la visita del Alto Comisionado ocurría “en un contexto de aumento neto y flagrante de la represión contra los movimientos de derechos humanos y las formas de disidencia política”.

Expresó que, en ese mes de noviembre, 21 personas fueron

detenidas, amenazadas e incluso agredidas físicamente por su condición de opositores al régimen. A esta lista se agregaban 44 más en el mes de octubre.

“El gobierno cubano tiene un doble juego. Por un lado, invita al Alto Comisionado de la ONU y, por el otro, nos aprieta más. No queremos pensar que sea una maniobra de engaño para confundir a la opinión pública internacional. Quiere mostrar una imagen de flexibilidad hacia los derechos civiles y políticos y al mismo tiempo aprovecha la coyuntura para reprimirnos”, comentó Sánchez.

Además, dijo, “existe el peligro de que el gobierno cubano eclipse, con esta visita, el mandato del relator especial de derechos humanos para Cuba, el sueco Carl Johan Groth, cuya designación está sobradamente justificada.”

Consultado sobre la diferencia entre el Alto Comisionado y el relator especial, Miguel Alfonso, vocero de la cancillería cubana, dijo que su país considera que el segundo obedece a motivaciones políticas y es discriminatorio con Cuba. “No tenemos objeciones personales contra Groth, pero sí contra la posición”, añadió.

En el caso del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los derechos humanos, es totalmente diferente porque su labor no está dirigida específicamente a Cuba, comentó Alfonso.

A juicio de los disidentes, la diferencia entre Ayala Lasso y Johan Groth es que el último tiene un trabajo puntual, con un papel operativo y ejecutivo, mientras que el Alto Comisionado cumple una función más general en el mundo.

Elizardo Sánchez dijo que esa visita no modificaría en el corto plazo la posición del gobierno cubano sobre los derechos humanos. Para él, “las señales creíbles de un cambio de actitud del gobierno de Castro deben ser una amplia amnistía para prisioneros de conciencia y el respeto a los derechos de asociación y libre reunión que estipula la propia legislación cubana. Pero eso sería ahora casi un milagro y no lo esperamos”.

Al final de su visita, en una apretada conferencia de prensa, el Alto Comisionado expresó que en “Cuba, como en todos los países, se puede y se debe mejorar en el respeto de los derechos del hombre” y dijo que el gobierno de Fidel Castro “está dispuesto a considerar ciertos casos de personas detenidas”.

Al abordar las “sugerencias” hechas al gobierno cubano, dijo

que propuso "examinar la ratificación de algunos instrumentos internacionales sobre derechos humanos, como el convenio sobre tortura y el pacto de derechos civiles y políticos".

También se declaró opuesto al bloqueo estadounidense y pidió "el establecimiento de condiciones normales de comercio para contribuir a que algunas causas del deterioro (económico) puedan desaparecer".

Ya en la sede de las Naciones Unidas, el 22 de noviembre, Ayala Lasso dijo que el gobierno cubano le expresó su intención de cooperar para mejorar las condiciones de los derechos humanos en la Isla y calificó su visita como "un paso muy positivo".

Apuntó que esa cooperación incluía a otros enviados de derechos humanos sobre casos específicos, pero aclaró que Cuba "no cooperará con el relator especial (Carl Johan Groth), pero están listos para hacerlo con todos los otros mecanismos de la ONU para derechos humanos".

### **El exilio: mirar de lejos**

Obsesionado desde siempre por regresar a una Cuba sin Fidel Castro, el exilio cubano se enfrentó a factores que lo cimbraron y transformaron: la apertura económica del gobierno de Castro y su cambio de actitud ante la comunidad cubana en el extranjero; las negociaciones y acuerdos entre Washington y La Habana, y una nueva postura de la Casa Blanca hacia los grupos en el exilio.

Divididos en más de un centenar de organizaciones y grupos —algunos con no más de cinco miembros—, los cubanos en Miami asistieron durante los últimos años a una nueva etapa del exilio.

La poderosa Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA), dirigida por el empresario Jorge Mas Canosa, perdió el acceso directo a la Casa Blanca que disfrutó con los gobiernos republicanos de Ronald Reagan y George Bush, y su influencia en el Congreso de Estados Unidos se enfrentó a la competencia de otros grupos de cabildeo con puntos distintos a los suyos. Durante la crisis de los balseros, el presidente Clinton acudió a Mas Canosa, sabedor del su poder en La Florida, para pedirle "consejo y apoyo" en la solución del conflicto. Desde ahí, el empresario cubanoamericano pudo acercarse, con cierto recelo, al presidente demócrata.

Al mismo tiempo, surgieron grupos y voces nuevas en el exilio que abogan por el fin del embargo estadounidense contra Cuba, condenan la Ley Torriceli y se muestran dispuestos a dialogar con el régimen de Castro. Estos grupos buscan —con incipiente éxito— influencia en Washington y avanzan en su estrategia de ganar la militancia de una comunidad que, a estas alturas, es cada vez más ajena a las organizaciones.

"Es falsa la imagen de que el exilio cubano es conservador y de derecha como falso es que la Fundación nos representa a todos... Hemos evolucionado, existe ya otro pensamiento, otra conducta y nos proponemos demostrarlo", dijo, en noviembre de 1993, Alfredo Durán, vicepresidente del Comité Cubano por la Democracia (CCD), una organización que nació en agosto de ese año y está integrada por empresarios, académicos y profesionistas.

"Si en algún momento se logran sentar el gobierno de Castro y la oposición, aquí en Miami habría una corriente tremendamente mayoritaria, un 79%, en favor de una salida pacífica a la solución del problema cubano", afirmó, en noviembre de 1993, Eloy Gutiérrez Menoyo, ex compañero de Fidel en la lucha contra Batista, ex preso político en la Isla y hoy coordinador del grupo Cambio Cubano (CC), fundado en enero de 1993.

"Hasta hace un año la fundación de Mas Canosa dominó el panorama y vendió en todas partes que el exilio cubano era homogéneo y ellos eran los representantes. ¿Por qué? Tenían los recursos y también porque ejercían una política de terror: amedrentaban al que disientía de ellos, lo acusaban de comunista y, como controlan o tienen influencia en empresas y oficinas públicas, lograban dejarlo sin empleo", comentó, en diciembre de 1993, Francisco Aruca, periodista y director de Radio Progreso en Miami.

Existen en Miami más de 100 organizaciones políticas del exilio. Abarcan desde la izquierda hasta la ultraderecha. Todas —salvo la Brigada Antonio Maceo— son anticastristas y su objetivo final es, afirman, "la instauración de un régimen democrático en Cuba".

En términos generales, se les divide en dos grandes corrientes:

1. Las organizaciones de línea dura: son la mayoría y su posición es irreductible: el embargo y la Ley Torricelli son necesarios para ahogar y, por ende, derrocar al régimen de Castro. No admiten diálogo o negociación alguna mientras Fidel esté en el poder.

Destaca en esta posición la Fundación Nacional Cubano-Americana, organización con presencia económica y política en el estado de La Florida y con influencia en el Congreso y la Casa Blanca. A ella le siguen organizaciones como: Junta Patriótica, La Fundación Valladares, Municipios Cubanos del Exilio; Caballeros de la Luz; Cumbre Patriótica, Cuba Independiente y Democrática (CID), entre otras.

“Suprimir el embargo es un regalo político e ideológico a Castro. Lo manejaría como un triunfo y económicamente le permitiría acceder a millones de dólares que lo perpetuarían en el poder”, comentó Huber Matos, dirigente de CID y ex compañero de Fidel en la lucha contra Batista, acusado luego de traidor y sentenciado a 20 de cárcel en la Isla.

Sostuvo que “con Castro no se puede dialogar. Es un tramposo y ha demostrado que no cumple su palabra: dijo que la Revolución iba a ser democrática y la convirtió en comunista”.

Huber Matos —como otros dirigentes— agregan ingredientes a su estrategia de lucha: buscan contactos con los sectores militares que presumiblemente recurrirían a un golpe de Estado.

Algunos otros, van más allá. Piensan que la insurrección popular en Cuba está a la vuelta de la esquina. Quieren apoyarla y para ello utilizan métodos violentos: los sabotajes y las incursiones armadas. Admiten incluso la posible intervención de una fuerza militar de la ONU si eso garantiza que Castro salga del poder. Son Alpha 66, Las Panteras Negras, Partido de Unidad Nacional Democrática, Comandos L y la Brigada 2506.

—¿Hay condiciones para la lucha armada en Cuba?, se le preguntó, en 1993, a Andrés Nasario Sargen, principal dirigente del grupo Alpha 66.

—Sí, el pueblo está desesperado. Está tirando piedras y haciendo sabotajes. Nosotros los apoyamos.

—¿El sabotaje no origina más problemas al pueblo que al gobierno cubano?

—No, lo que se destruye es muy poco. Si se quema un campo de caña, Cuba tiene muchos campos de caña. Eso es para crear condiciones para la lucha, no para destruir la economía totalmente.

La mayoría de las organizaciones de línea dura se agrupan en especies de frentes amplios. Por ejemplo, Unidad Cubana dice

agrupar a 150 organizaciones. La mayoría son de derecha y ultraderecha. Su presidente, Modesto Castañer, afirmó que es una organización que coordina esfuerzos para diseñar una estrategia única: “liberar a Cuba de Fidel Castro”.

Añadió Castañer: “El empeñamiento de Castro hace inevitable un estallido violento en Cuba y puede forzar a una intervención internacional”.

—¿Y ustedes están de acuerdo con eso?

—Queremos evitarlo, pero debemos aceptar que para liberar a Cuba es probable una cuota de sangre y créame que preferimos ver a tropas internacionales de Naciones Unidas que a Castro en el poder.

2. Las organizaciones moderadas. Plantean que la política del embargo de Estados Unidos contra Cuba es un fracaso. Aseguran que ésta afecta al pueblo cubano y no a su gobierno. Afirman que un endurecimiento sólo beneficia a Fidel: le da argumentos para cerrar filas internas ante una agresión externa.

Además, sostienen que la Ley Torricelli es injerencista: deja al Congreso de Estados Unidos el dictamen sobre si hay o no libertad en Cuba y prohíbe que empresas subsidiarias en terceros países comercien con la Isla. Más aún, ven en la política de aislamiento total de Cuba el peligro de una guerra civil y, tras ello, el de una intervención extranjera. Plantean, por tanto, el diálogo con el gobierno de Castro, que incluya desde la “reunificación familiar” hasta “respeto a los derechos humanos en Cuba” y su “transición pacífica hacia la democracia”.

Algunas organizaciones ponen más énfasis en los asuntos migratorios y de reunificación familiar. Son los casos de Coalición Cubano Americana, el Comité Pro-reunificación Familiar y el Comité Cubano-Americano. Sin recursos y sin contactos en el gobierno de Estados Unidos, su influencia es casi nula.

Con matices entre sí, otros grupos buscan negociar el levantamiento del embargo a cambio de reformas políticas en Cuba. Esto es, “a medida que el gobierno de Castro respete los derechos humanos y favorezca el pluralismo político, el bloqueo puede levantarse hasta quedar abolido definitivamente”. Son los casos de Plataforma Democrática, el Partido Social-Demócrata; la Coordinadora de Organizaciones de Derechos Humanos y, de manera

reciente, la organización Cambio Cubano y el Comité Cubano por la Democracia.

Su principal insistencia es iniciar un diálogo "franco y abierto" entre todos los sectores: entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos; entre el gobierno de Castro y la comunidad del exilio, y entre los grupos y tendencias del propio exilio.

Gutiérrez Menoyo reconoció que ha habido contactos no oficiales con algunos funcionarios del gobierno de Castro. Consideró que ello es un paso importante "pues se puede hablar con cualquiera sin que se piense en una conspiración".

Ambas tendencias, moderadas y conservadoras, se enfrentan a un dilema: para influir en el tema cubano tienen que hacer política interna en Estados Unidos, pero entre más se adentran en los contactos, los cabildeos y las negociaciones políticas estadounidenses, más se alejan de la Isla a la que quieren regresar.

Durante los gobiernos republicanos de Reagan y George Bush, la FNCA tuvo acceso directo a la Casa Blanca. Su vínculo mayor fue Jeb Bush, hijo del ex presidente, con quien Mas Canosa comparte negocios financieros. Luego armó todo un *staff* para cabildar con resultados positivos en el Congreso.

Para analistas y observadores Clinton no puede ignorar, sin embargo, a la FNCA. Es una organización con mucho poder económico en La Florida y, también, determinante en las votaciones de 1996 en este estado.

No obstante, mantiene abierta la comunicación con otros sectores del exilio de posición moderada. Muchos grupos buscaron el acceso a la Casa Blanca a través de María Victoria Arias, abogada, hija de un médico cubano y quien está casada con Hugh Rodham, hermano de Hilary Clinton. Otros buscaron la mediación de Simón Ferro, ex presidente del Partido Demócrata en La Florida.

Para entrar en competencia directa con la FNCA, el CCD —la organización moderada más joven y con mayores recursos—, montó una oficina de cabildeo en Washington. Esta organización, formada por empresarios y académicos, mantiene el contacto con la Casa Blanca a través de ex miembros del grupo Diálogo Interamericano que asesoran a Clinton en el diseño de la política hacia Cuba. Son los casos de Richard Feinberg y de Anthony Lake, ambos del Consejo Nacional de Seguridad.

"Clinton sabe que hay otras voces en el exilio. Eso creo que ayuda a replantear el análisis del caso cubano. Hasta el momento no sabemos qué forma final va a tomar, pero el hecho de que la retórica hacia el embargo y la Ley Torriceli se haya suavizado, nos da esperanzas", comentó Alfredo Durán, del CCD.

Pero si la actitud de Clinton ante el exilio les inquieta, más les preocupa la que adopta con La Habana. Sin renunciar a su retórica anticastrista —Clinton considera a Fidel un dictador—, ha firmado acuerdos y negociaciones sobre migración, narcotráfico y comunicaciones que cimbraron al exilio y lo dividen.

Antes de la crisis de los balseros, y usando las facultades que le otorga la propia Ley Torriceli, Clinton amplió los contactos con el gobierno cubano: autorizó el envío de ayuda humanitaria y las visitas de ciudadanos estadounidense a la Isla; avisó en dos ocasiones a Castro sobre maniobras militares en la región; se comprometió a reprimir el terrorismo anticastrista que se origina en Estados Unidos; propuso un acuerdo para mejorar las comunicaciones telefónicas, con una transacción que pagaría parte del dinero al gobierno cubano, y tramitó sin problema alguno la devolución por parte de Cuba de dos narcotraficantes, en septiembre de 1993.

Ante los señalamientos sobre "acuerdos" con Castro a espaldas del exilio cubano, Alexander Watson, entonces secretario adjunto para Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado, fue a Miami el 26 de octubre de 1993 a calmar los ánimos de la FNCA. Les dijo: "Es falso que el gobierno de Clinton espere suavizar su política hacia el gobierno cubano... Algunos han confundido la búsqueda de objetivos en beneficio de Estados Unidos con un mejoramiento supuesto e inexistente de las relaciones con Cuba. Que no haya confusión: nuestro compromiso con los derechos humanos y la democracia para el pueblo cubano es firme".

"Watson está obligado a decir esto, porque es la ley. Pero no me cabe duda de que hay una disminución de la retórica violenta contra Cuba y una disposición para sentarse a tratar temas de importancia en ambos lados", afirmó Alfredo Durán.

José Aruca, periodista y empresario, planteó el cambio del gobierno de Clinton de la siguiente manera: "Lo que está esperando el presidente de Estados Unidos es que, además de mostrar una nueva actitud, los sectores moderados tengan la suficiente influen-

cia electoral que ha mostrado la FNCA. Porque aquí el asunto es doméstico: demostrar que puedes mover dólares y votos". Aruca piensa que los sectores moderados, hasta ahora ajenos a la política electoral estadounidense, tienen conciencia de que no basta una posición con respecto a Cuba, sino que es necesario meterse en la política interna de Estados Unidos.

### "Contigo en la distancia"

Lo insólito se produjo la noche del 24 de abril de 1994. En el Palacio de la Revolución, Fidel Castro afectuosamente estrechó la mano de un viejo enemigo político. Le dijo: "¡Luis Manuel! Me encantó tu discurso del otro día. Mira, Robertico (Robaina), este hombre parece tener 20 años. A lo mejor lo nombramos canciller".

Luis Manuel Martínez fue vocero del gobierno de Fulgencio Batista desde 1956 hasta 1958. Huyó de Cuba en el segundo avión que despegó de la base militar *Columbia* con rumbo a los Estados Unidos, cuando el ejército rebelde avanzaba hacia la capital. La noche del 24 de abril de 1994 Martínez fue uno más de los delegados al encuentro de la emigración con el gobierno cubano.

Se trató de un evento que intentó "normalizar" las relaciones del régimen de Castro y los sectores más moderados de su "comunidad en el exterior", tantas veces maltratada y satanizada. Se efectuó del 22 al 24 de abril en La Habana. Quedaron fuera de él los sectores duros del anticastrismo del exilio, quienes ni fueron invitados ni se mostraron interesados en asistir. La mayoría, incluso, calificó a este encuentro como "una farsa", "una reunión entre amigos", "un monólogo" del régimen de La Habana.

Sin embargo, para muchos observadores el saludo entre Fidel y Luis Manuel Martínez fue el primer síntoma de una reconciliación. Otros más lo consideraron como el primer paso de un largo proceso de normalización de las relaciones entre los cubanos de dentro y fuera de la Isla.

Al concluir la recepción ofrecida por Fidel Castro la noche del 24 de abril, todos los participantes mostraron su alegría por el acontecimiento. Unos sorprendidos porque el presidente cubano los identificó inmediatamente. Otros portaban sus pasaportes autografiados por el Comandante en Jefe.

La recepción duró dos horas diez minutos. Acompañó la tradicional canción *Cuba, que linda es Cuba, quien la defiende la quiere más*. Se sirvió comida criolla cubana y los típicos mojitos. No faltaron, por supuesto, las tradicionales *Cubas libres*, o mejor conocidas como *mentiritas* por los anticastristas.

En la misma noche del 24, en las instalaciones del Hotel Comodoro, donde se alojaron los delegados, funcionarios del gobierno y ciudadanos cubano-americanos se confundieron en brindis y bailes. A las 11 de la noche llegó el presidente del Parlamento, Ricardo Alarcón. Compartió una mesa con Francisco Aruca, director de Radio Progreso Alternativa de Miami, y con Alicia Torres Vigil, perteneciente a la junta de directores del Comité Cubano por la Democracia (CCD), con sede en Washington.

A las dos de la madrugada del día 25 todo anunciaba que sólo los políticos y empresarios de derecha que radican en Estados Unidos no podrán conversar con las autoridades de la Isla. Es más, una declaración común acogió a todos: "Los problemas de la nación cubana los vamos a resolver entre los cubanos".

De fondo, el destinatario del mensaje fue el gobierno de Bill Clinton. En cada una de las intervenciones, delegados y funcionarios insistieron en lo mismo: "El bloqueo impide una solución cercana a las dificultades que atraviesa la Isla".

El presidente del Parlamento cubano, Ricardo Alarcón, fue más directo: "Estamos dándole una lección a Washington de que las personas pueden entenderse hablando y Estados Unidos tiene que permitir que los cubanos nos comuniquemos entre nosotros".

Convocada el 14 de febrero de 1994 por el canciller Roberto Robaina, la conferencia La Nación y la Emigración reunió a 215 delegados de 30 países con autoridades y dirigentes del régimen de Fidel Castro. El grueso de delegados (156) provino de Estados Unidos.

Desde el mismo triunfo de la Revolución, en enero de 1959, Cuba enfrentó el fenómeno del exilio y la emigración. Se calcula que en el extranjero viven más de dos millones de ciudadanos de origen cubano. El grueso de esa emigración, de hecho, vive en los Estados Unidos y, más exactamente, al sur de La Florida, en Miami. El exilio cubano es uno de los más politizados del continente y ha recibido por parte de los sucesivos gobiernos estadounidenses todo el respaldo político y ayuda financiera.

Un primer intento de conciliación se realizó en noviembre de 1978, cuando un grupo de 75 personalidades de la comunidad viajaron a título personal a La Habana, para entrevistarse con el presidente Fidel Castro y otros funcionarios del gobierno. De ese encuentro resultó la decisión de continuar con las conversaciones y la liberación de 3 mil 600 presos. Dos años después, con el éxodo por el puerto de Mariel (100 mil cubanos emigraron) y el arribo a la Casa Blanca de Ronald Reagan, terminó un proceso que parecía positivo. A raíz de ese encuentro comenzaron los viajes de los cubanos residentes en el exterior a la Isla, que fueron disminuyendo hasta quedar sólo en casos humanitarios. Posteriormente, con la firma del acuerdo migratorio entre Cuba y Estados Unidos, en 1984, se fijó un límite de 10 mil visas al año para ingresar a Cuba y hasta 20 mil para salir.

A la conferencia La Nación y la Emigración —considerada como el síntoma mayor de cambio en la política migratoria de Cuba— llegaron todo tipo de delegados: periodistas, empresarios, académicos, religiosos, artistas e intelectuales. También arribaron antiguos militantes anticastristas, cubanos crecidos en Estados Unidos y miembros de partidos políticos con sede en Miami:

Roberto Carballo, empresario, dirigente del Comité Cubano por la Democracia, ex miembro de la Brigada 2506 que incursionó por Playa Girón en 1961; Max Lesnick y Rafael Huguet, miembros de la organización Cambio Cubano, ex combatientes del Ejército Rebelde y ex fundadores del grupo Alpha 66; Eddy Levy, empresario retirado, veterano de la Marina de Estados Unidos, fundador de *Cuban American Democratic Association*, presidente de la junta de *Jewish Solidarity*; Luis Turnés, acérrimo luchador contrarrevolucionario, integrante de la Brigada 2506 y hoy “ansioso” pacifista en busca de una “solución negociada” para Cuba; Manuel Martínez, ex profesor jesuita del presidente Fidel Castro; y Ángel Fernández Varela, ex funcionario de la Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA).

Estuvieron también Magda Montiel, abogada, postulada a congresista de Estados Unidos y dirigente del Comité Cubano por la Democracia; y Mari Tere Vichot, secretaria ejecutiva de Cambio Cubano.

La principal figura y la más acosada por los periodistas fue

Patricia Gutiérrez, hija y representante personal de Eloy Gutiérrez Menoyo, quien fue jefe del Segundo Frente del Escambray durante la insurrección contra el dictador Batista; desilusionado de la Revolución, Gutiérrez Menoyo salió de Cuba y al intentar infiltrarse clandestinamente en la Isla fue detenido y estuvo 22 años en prisión. Actualmente dirige la organización Cambio Cubano (CC), de posición moderada. Esta organización ganó mucha presencia entre la comunidad cubana en Estados Unidos por su actitud de diálogo y por la cercanía a algunos funcionarios de Washington.

Patricia Gutiérrez entregó una carta de su padre al mandatario cubano la noche del 24 de abril. Se reunió en privado con él y, ya desde Miami, declaró: “Fidel Castro tiene que ayudar a escribir los siguientes capítulos de esta larga historia de Cuba. Sé que los va a escribir como deben ser escritos, como la República de Cuba los merece”.

Si bien las medidas adoptadas en esa conferencia no transformaron significativamente la relación emigración-nación, sí fueron un síntoma de la voluntad de ambas partes por acercarse, conversar y solucionar, paso a paso, las trabas que hasta hace unos años atrás impedían, por lo menos, la comunicación.

El sábado 23 de abril el canciller Roberto Robaina anunció un conjunto de medidas que adoptó el gobierno cubano en los siguientes días. La principal: reducir las restricciones para que emigrantes cubanos puedan viajar a la Isla. Además, crear un Departamento Especial en la cancillería cubana para atender los problemas de la emigración. Editar una revista (*Correo de Cuba*), de circulación internacional, para tratar los temas de los emigrantes y de la realidad nacional.

Con respecto a la reducción de las restricciones para viajar a la Isla, se anuló el requisito de cinco años para retornar a Cuba luego de haber emigrado. Los visitantes cubanos ya no necesitan obligatoriamente contratar un hotel para hospedarse por el periodo de visita. Ahora lo pueden hacer en las casas de sus familiares.

Los hijos de emigrantes cubanos pueden estudiar en la Isla, en un número reducido, pagando sus estudios y principalmente en carreras como medicina, agronomía o ingenierías técnicas.

El domingo 24 de abril el secretario del Consejo de Ministros y responsable de la política económica, Carlos Lage, anunció que, en

el marco de la apertura a las inversiones extranjeras, los emigrantes cubanos podían invertir en su propio país en calidad de personas jurídicas y no de personas naturales, en vista de la legislación vigente.

Fue una respuesta a una de las solicitudes de los emigrados: poder invertir en Cuba de manera directa o a través de sus familiares radicados en la Isla.

Otros requerimientos de la emigración quedaron pendientes: derogar la solicitud obligatoria de visa para ingresar a Cuba por parte de un ciudadano cubano residente en el extranjero, y definir y autorizar la doble ciudadanía.

Los funcionarios cubanos escucharon —pero no tocaron— algunos planteamientos de orden político referentes al sistema unipartidista, el carácter de la democracia participativa y la liberación de presos políticos.

Demandas como la de establecer una oficina consular en Miami para atender los asuntos de la emigración y una mayor fluidez en las comunicaciones y correos quedaron en suspenso, pues su determinación no depende exclusivamente del gobierno cubano sino del estadounidense.

De todas maneras, al final del encuentro quedó claro que ni la “derecha reaccionaria” encabezada por el magnate cubano-americano Jorge Mas Canosa ni los “grupos terroristas” y “armados”, como Alpha 66 o Comandos L, tendrán espacio en posteriores conversaciones.

En el discurso de clausura, el entonces secretario ideológico del PCC, José Ramón Balaguer, fue explícito: “Ni anexionistas ni terroristas, ni politiqueros ni falsos patriotas tendrán nunca un lugar en nuestros empeños”.

“No deben olvidarse las heridas que todavía hoy no han cicatrizado del todo, ni la anormalidad del entorno que aún amenaza la seguridad patria. Por eso no tendrán cabida en estos nobles propósitos, que a nadie afectan y contra nadie van dirigidos, aquellos que persisten en la meta de destruir la Revolución y ponen así en peligro la propia existencia de la nación, su soberanía y esa cubanía de la que tanto hemos hablado en estos días”, acotó Balaguer.

Para la mayoría de los delegados la conferencia fue el primer paso de otros tantos que seguirían con el objetivo de resolver, “entre cubanos”, los problemas que afectan a la emigración y a la nación.

Patricia Gutiérrez, por ejemplo, consideró que la actitud del gobierno de Fidel Castro “es un mensaje conciliador y demuestra que lo alcanzado en tres días es muy poco, pero habría que compararlo con los 35 años de dificultades y ya eso es un rayo de esperanza. Tenemos muchos puntos en común para seguir trabajando”.

Coincidió en que la comunidad cubana en Miami debe “reflexionar espiritualmente para reconciliarnos como punto de partida. Treinta y cinco años de mucha experiencia, la mayor parte negativa, han abierto heridas demasiado grandes. Tenemos que empezar a cerrarlas”.

A diferencia de lo que muchos especularon, la decisión del gobierno de Fidel Castro de conversar con la emigración no significó de ningún modo renunciar a su sistema de gobierno o hacer concesiones a una comunidad en el exilio.

La intervención del presidente de la ANPP en el primer día del evento, fue clara y directa: “Mientras no cambien las circunstancias, nosotros preferimos nuestro sistema político de democracia participativa, el cual es perfectible. Cuba no excluye la posibilidad del pluripartidismo, siempre que éste no divida a la nación”.

De igual modo, Carlos Lage también fue enfático: “No vamos a renunciar a nuestro sistema de economía planificada, aunque nos veamos en la obligación de hacer una apertura económica por la carencia de divisas y materias primas, en algunos casos”.

Varios analistas apuntaron que un acercamiento con la comunidad en el extranjero fue un “golpe bajo” a Washington. Para ellos, no sólo se trató de resolver los problemas de la emigración, sino aislar y atenuar el discurso “injerencista” de los Estados Unidos y la actitud “anexionista” de “la derecha cubana de Miami”.

Al hacer una breve evaluación de la conferencia, el lunes 25 de abril, el canciller Robaina aseguró ante un centenar de periodistas: “Abrimos un camino que no tiene marcha atrás, pero que no sólo está pendiente de sucesivas conferencias. Hemos sido demasiado cautelosos al trabajar en favor de la normalización de las relaciones con la emigración. Si el resultado de la reunión en alguna medida contribuye a que no se manipule más a la comunidad (cubana) en el exterior —no sólo en Estados Unidos— de hecho resultó exitosa, aunque la reacción de Washington depende fundamentalmente de

la repercusión que se tenga y lo que hoy esté pasando en Miami u otro lugar”.

La reacción en Miami no se hizo esperar. Inmediatamente, algunos grupos protestaron en la casa y en la oficina de Magda Montiel, una de las delegadas. Acusaron a Montiel de haber dado un beso a Fidel Castro y haberle llamado “maestro”. Seis de sus empleados abandonaron sus oficinas e inmediatamente otras firmas les dieron trabajo. No le perdonaron nada.

Varios comentaristas y articulistas ni siquiera abordaron las resoluciones adoptadas. Se refirieron exclusivamente a la recepción ofrecida por el presidente cubano. Con ello, según analistas en La Habana, se trató de “escandalizar” y no abordar un hecho trascendente en la relación de la Isla y su emigración: el primer encuentro formal y profundo.

Con todo, el exilio cubano todavía esperaba cambios en ambos lados: en la Isla esperan una mayor apertura por parte de Fidel Castro que les permita entablar ya no sólo conversaciones sino acuerdos; en Estados Unidos estaba a la espera de una posible reelección de Clinton para asegurar la campaña por el fin del bloqueo y un restablecimiento de las relaciones entre Washington y La Habana.

### La convivencia de los dogmas

Hasta 1992 el Estado cubano se definió como ateo. Después de las reformas a la Constitución, como laico. Sin embargo, en su territorio siempre predominaron tres religiones reconocidas oficialmente: la afrocubana Yoruba, la católica y la protestante y evangélica. las sectas, como la de los Mormones o los Testigos de Jehová, están prohibidas en la Isla.

Para observadores y periodistas la situación de crisis económica, las carencias y la incertidumbre por el futuro incrementó el número de seguidores y creyentes de las distintas religiones que se practican en Cuba. Por ejemplo, durante los últimos 17 días de diciembre las peregrinaciones al Rincón, lugar donde se encuentra el santuario de San Lázaro, crecieron progresivamente hasta convertirse en multitudinarias concentraciones. Igual ocurrió con la tradicional Misa de Gallo, la noche del 24 de diciembre, pues la Catedral de

La Habana registró una concurrencia masiva que impidió a algunos ingresar. El fin de año muchos ciudadanos cubanos acudieron a los *santeros* para consultar su futuro, pedir favores o rogar por su salud.

Entre la Iglesia católica y el gobierno de Fidel Castro ha existido un delicado equilibrio. Marcados por signos contrarios, desde los años 60, y hasta la fecha, encontraron puntos de acuerdo para una obligada convivencia.

Con las demás religiones el régimen cubano mantiene una relación estable: alienta, participa, apoya y presta colaboración con las actividades que los protestantes o los yorubas realizan en el país. La comunicación es fluida. La convivencia de los dogmas después del “fin de las ideologías” significa, sin duda, uno de los cambios más importantes de los últimos tiempos en Cuba.

La Iglesia católica está organizada en dos arquidiócesis y cinco diócesis. Como en otros países, su máxima representación es la Conferencia Episcopal. Cuenta con unas 500 iglesias y parroquias y un clero diocesano de 230 sacerdotes, además de los que integran diversas órdenes religiosas: jesuitas, salesianos, pasionistas, hijas de la caridad, del Sagrado Corazón, etcétera.

Superado el periodo de la confrontación y el alejamiento —que llevó incluso a la detención de sacerdotes y su expulsión de la Isla por “actividades contrarrevolucionarias” en los años 60—, la Iglesia católica se dijo respetuosa del gobierno socialista de Castro; reconoció sus logros en beneficio de la población (salud, educación, igualdad social; etcétera.); se abstuvo de participar en actividades políticas y aseguró que no apoyaba a grupos disidentes que se autoproclaman como cristianos. Más aún: se declaró en contra del bloqueo económico impuesto por Estados Unidos y rechazó la Ley Torriceli.

El gobierno cubano, por su parte, inició a partir de 1985 gestos de buena voluntad y acercamiento que culminaron con la decisión en 1991 de permitir la entrada de creyentes en el Partido Comunista; de eliminar de la letra de la Constitución —reformada en julio de 1992— los rasgos antirreligiosos y de observar tolerancia en escuelas y centros de trabajo hacia los creyentes que públicamente confiesan su credo.

A diferencia de las iglesias evangelistas y protestantes de Cuba, la católica no expresa un apoyo abierto al gobierno de Castro.

“Analizarlo todo y quedarse con lo bueno”, fue la máxima que aplicó la jerarquía católica, según una carta de los obispos cubanos enviada a todos los sacerdotes del país en noviembre de 1991.

A través de un boletín mensual titulado *Aquí la Iglesia* —y que supuestamente sólo es para los asiduos a las parroquias—, el entonces monseñor Jaime Ortega (ahora cardenal), arzobispo de La Habana y presidente de la Conferencia Episcopal de Cuba, no se contuvo y en algunos números criticó hechos, actitudes y declaraciones de funcionarios gubernamentales.

Además, existían al menos cuatro puntos sensibles en las relaciones entre la jerarquía católica y el gobierno de Fidel que provocaron leves divergencias y resquemores. Estos fueron: la visita del Papa Juan Pablo II a la Isla, anunciada para fines de 1990 o principios de 1991; la recepción y distribución entre la población cubana de la ayuda internacional canalizada por la Iglesia; el acceso de los católicos a la radio y la televisión para cumplir su misión evangélica, y la posibilidad de abrir escuelas de carácter religioso.

La historia de la Iglesia católica dentro de la Revolución es azarosa. Primero la sorprendió una revolución para la que no estaba preparada. Salvo el padre Guillermo Sardiñas —que subió a la Sierra Maestra para incorporarse al Ejército Rebelde de Fidel Castro y obtuvo el grado de Comandante—, ningún clérigo asumió una actitud de abierto apoyo a los “barbudos” de entonces; mucho menos la jerarquía católica, que se descubrió demasiado vinculada con personajes del depuesto régimen de Fulgencio Batista.

Luego, la Iglesia se vio afectada por las primeras medidas revolucionarias: la nulidad de los títulos expedidos por las tres universidades católicas; la nacionalización de toda la enseñanza y el cierre de los colegios religiosos; la intervención estatal del Cementerio de Colón y la Ley de la Reforma Urbana que expropió a la Iglesia numerosos inmuebles (a diferencia de sus hermanas de América Latina, la Iglesia en Cuba no era “latifundista”, sino “rentista”).

Luego de un desconcierto inicial, la Iglesia fue tomando una actitud de franco enfrentamiento. Emitía pastorales alertando contra el peligro del comunismo y la creación de un “régimen dictatorial” en la Isla. Sus parroquias y templos fueron centro de reunión de actividades “contrarrevolucionarias” y varios de los líderes

anticastristas que desde el exilio conspiraron contra el gobierno de Castro eran católicos confesos.

Dice Gómez Treto: “La politización contrarrevolucionaria de sectores del clero y del laicado predominó en la Iglesia. Esto provocó la deserción progresiva de los sectores católicos del pueblo directamente beneficiados por la Revolución... La Iglesia se fue quedando cada vez más circunscrita a los grupos católicos más conservadores y tradicionalistas...”.

Durante la invasión de Playa Girón, en abril de 1961 —a partir de la cual el gobierno Castro adoptó el socialismo—, fueron detenidos los sacerdotes y la alta jerarquía católica. En las tropas invasoras había incluso tres sacerdotes: Ismael Lugo, Tomas Macho y Segundo de Heras. El jefe político de la expedición era el ex líder católico Manuel Artime Bauesa.

En septiembre de ese año, tras un enfrentamiento callejero entre religiosos y “ciudadanos revolucionarios”, que terminó con la muerte a balazos del joven Arnaldo Socorro, el Ministerio del Interior denunció que la Iglesia católica era usada para conspirar contra la Revolución, con la complicidad de personalidades del alto clero. Al siguiente día, se detuvo a centenares de sacerdotes en toda la Isla. Según el gobierno, esta operación dismanteló una “organización política contrarrevolucionaria” dentro de la Iglesia católica. El hecho terminó con la expulsión de 132 sacerdotes, la mayoría de ellos españoles.

Al mismo tiempo, la Iglesia empezó a facilitar la emigración de sus miembros para “salvarlos del comunismo”. A laicos y religiosos les consiguió visas a través de embajadas, como la española, y les facilitó residencia por intermedio de iglesias en el extranjero. “En lugar de cumplir su misión en la sociedad donde se encontraba enclavada, la Iglesia cubana comenzó a mirar al extranjero. Tenía los pies en Cuba, pero la mente y el corazón en Miami y Madrid”, anota Gómez Treto.

Para 1963 el clero diocesano se había reducido a la cuarta parte del que existía al triunfo de la Revolución. “Los cultos se redujeron extraordinariamente. Pasaban hasta 15 días para que hubiera una misa”. La Iglesia se quedó sin base social y sin sacerdotes. Este periodo —que Gómez Treto llama de “evasión”— duró hasta 1968, y en él los creyentes católicos fueron “satanizados”. El solo hecho

de confesar el credo religioso era causa de marginación en el trabajo o en la escuela. Esta práctica, sin embargo, no acabó hasta entrada la década de los ochenta.

El Concilio Vaticano II y la Conferencia Latinoamericana celebrada en Medellín y, posteriormente, en Puebla, impactaron a la Iglesia cubana. Poco a poco intentó recuperar el terreno perdido en su misión pastoral con el pueblo de la Isla y a mostrar gestos de reconciliación con el gobierno de Castro. En abril de 1969 —10 años después del triunfo de la Revolución— difundió un comunicado en que los obispos condenaron por primera vez el bloqueo económico impuesto por Estados Unidos; en septiembre de ese mismo año, emitieron otro comunicado en que exhortaba a los sacerdotes y fieles a “no rehuir en el orden práctico las realizaciones terrenales”. Con ello, dio pie a la incorporación de los creyentes a las tareas de la Revolución: la agricultura, la educación, la salud, etcétera.

En 1976 condenó el sabotaje terrorista contra un avión de Cubana de Aviación; en 1980 y 1983 rechazó las amenazas “de agresión” del gobierno de Estados Unidos; saludó el triunfo de la Revolución Sandinista; participó en la Conferencia Internacional sobre Deuda Externa auspiciada por Fidel Castro y mostró acuerdo con sus conclusiones, etcétera.

El gobierno cubano, por su parte, también mostró signos de apertura: dejó de hostilizar a los sacerdotes en sus funciones pastorales fuera de los templos; permitió y alentó reuniones y encuentros de cristianos en La Habana; plasmó en la letra de la Constitución cubana de 1975 el respeto por los credos religiosos siempre y cuando no se opusieran a la Revolución —aunque el Estado se declaraba ateo y no laico—; declaró tres días de duelo oficial por las muertes de los papas Paulo VI y Juan Pablo I, y ordenó que la bandera cubana se izara a media asta en los edificios públicos y en los establecimientos militares; menudearon luego las notas diplomáticas entre El Vaticano y el gobierno de Castro —quienes, a pesar de los conflictos, nunca rompieron relaciones—; Fidel mismo recibía a personalidades religiosas y se celebraron actos donde ambos coincidieron.

El propio Fidel Castro delineó la política de respeto y colaboración de su gobierno hacia la religión y la Iglesia. Lo hizo ante

sacerdotes de Chile (1971) y Jamaica (1977), y luego en una entrevista con el padre dominico Frei Betto (1985). Sobre el eje de que son iguales las actitudes y la conducta que predicen cristianos y comunistas (igualdad del hombre, humildad, austeridad, espíritu de sacrificio, etc.) y que ambos buscan en la tierra objetivos comunes, Fidel propuso entre ambos el concepto de “una alianza estratégica”.

En febrero de 1986, la Iglesia católica celebró el Encuentro Nacional Eclesial Cubano. Este evento —que contó con la participación de representantes del gobierno— marcó el compromiso de la Iglesia en la Isla: “encarnada” en la realidad social cubana, dialogante con sus sectores (incluido, por supuesto, el gobierno) y evangelizadora.

La programada visita del Papa Juan Pablo II a Cuba, a finales de 1990 o inicios de 1991, provocó entredichos, comentarios y malos entendidos entre la jerarquía de la Iglesia y el gobierno cubano. Fidel Castro abogaba por una visita fundamentalmente protocolar, más a tono con su jerarquía de Jefe de Estado de El Vaticano. Pero la Iglesia insistía en que la visita fuera con acento pastoral. Proponía reuniones abiertas y masivas. No hubo acuerdo.

Este hecho detuvo el gradual acercamiento entre el clero católico y el gobierno de Castro. Luego, la Iglesia adoptó, en noviembre de 1991, la postura de “analizarlo todo y quedarse con lo bueno”.

Esta situación llevó a un difícil equilibrio las relaciones: la Iglesia católica se reservó el derecho de criticar hechos o acciones del régimen de Castro, pero evitó quedar en posición de enfrentamiento o identificada con los grupos anticastro de fuera y dentro de la Isla.

A través de sus publicaciones *Aquí la Iglesia (La voz del Obispo)* y *Palabra Nueva*, así como de cartas pastorales y comunicados, la Iglesia católica calificó, por ejemplo, de positivas las reformas a la Constitución que eliminaron el carácter ateo del Estado cubano, pero expresó, al mismo tiempo, sus dudas sobre el problema de conciencia que entraña a los creyentes católicos entrar a las filas del Partido Comunista; lanzó el reto de que también los dirigentes y militantes comunistas puedan entrar a las filas religiosas y demandó el acceso a la radio y la televisión para cumplir su misión evangélica.

Dos ejemplos ilustraron la distancia prudente que guardó la Iglesia católica con el gobierno:

La organización *Cáritas*, encargada de canalizar la ayuda humanitaria de la Iglesia católica, tuvo problemas para distribuir alimentos y medicinas directamente a la población. El gobierno cubano pidió que fuera a través de sus instancias, asegurando la integridad del envío a sus destinatarios. Argumentó que la Iglesia no contaba con la infraestructura para efectuar tal reparto. "La Iglesia no es farmacia", decían los funcionarios gubernamentales.

En diciembre de 1992 Roger Etchegaray, encargado de la ayuda humanitaria de la Iglesia, vino de nueva cuenta a Cuba. Enviado por el papa Juan Pablo II, se reunió a puertas cerradas con los obispos y sostuvo un encuentro privado con Fidel Castro. Al finalizar su viaje entregó un comunicado, en el que expresó: "La Iglesia cubana, cuyo testimonio caritativo es esencial a su misión evangélica, sin ninguna búsqueda de privilegio, espera tener cada vez más un espacio reconocido para ejercitar su acción propia al servicio de los pobres".

Otro ejemplo: el 7 de octubre de 1992 la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba entregó dos documentos. En uno rechazó la Ley Torriceli, que entonces estaba a punto de ser aprobada. "Mostramos nuestra rechazo a todo lo que pueda aumentar las grandes dificultades económicas que sufre actualmente el régimen cubano". Señaló que si por esa vía se pretendía desestabilizar al gobierno mediante una revuelta civil de la población presionada por el hambre y la necesidad, "la estrategia del embargo se torna, además, cruel".

El otro documento fue una protesta por la "profanación" hecha por parte de agentes de seguridad del Estado cubano, quienes se presentaron en dos templos con armas y "objetos contundentes" para detener a disidentes anticastristas.

Según fuentes no oficiales, el 8 y el 24 de septiembre de 1992, en las conmemoraciones de los días de la Caridad del Cobre y la Virgen de las Mercedes, uno o dos creyentes lanzaron consignas políticas antigubernamentales. De inmediato fueron detenidos por agentes de seguridad del Estado que, vestidos de civil, se encontraban en las iglesias.

Los obispos dijeron que "tales hechos dentro de los templos no son organizados ni aprobados por ellos", pero admitieron que los

que así proceden buscan "un espacio de libertad para manifestar su oposición o su inconformidad".

Agregaron que los templos no pueden convertirse en palestras políticas, ni en campos de combate "donde grupos bien preparados y pertrechados responden a las acciones agrediendo a personas inermes".

Con todo, se guardaba el difícil equilibrio en las relaciones entre la Iglesia católica y el Estado cubano. El 8 de septiembre de 1993, empero, éste pareció fracturarse.

Ante lo que consideró como "dramática situación" que padecía la Isla, la jerarquía eclesial rompió el silencio:

"Las cosas (en Cuba) no van bien. Hay descontento, incertidumbre, desesperanza en la población. El empeoramiento es rápido y progresivo y la única solución que parece ofrecerse es la de resistir, sin que pueda vislumbrarse la duración de esa resistencia".

Más aún: "Treinta y cuatro años (de Revolución) es un lapso suficiente como para tender una mirada no sólo coyuntural, sino histórica, sobre un proceso que nació lleno de promesas e ideales, alcanzados algunos, pero en los que, como tantas veces pasa, la realidad no coincide con la idea que nos hicimos de ella, porque no es posible adaptarla siempre a nuestros sueños".

Y como solución, propuso el diálogo entre los cubanos, incluidos los del exilio. "Tenemos que reconocer que en Cuba hay criterios distintos sobre la situación del país y sobre las soluciones posibles y que el diálogo se está dando a media voz en la calle, en los centros de trabajo, en los hogares... En Cuba hay un solo partido, una sola prensa, una sola radio y una sola televisión. Pero el diálogo al que nos referimos debe tener en cuenta la diversidad de medios y de personas".

El inusual documento elaborado por la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba hizo un análisis de la realidad de la Isla que dejó mal parado al gobierno de Fidel Castro. En él habló "del carácter omnipresente y excluyente de la ideología oficial"; de "las limitaciones impuestas a la libertad misma"; del "excesivo control por los órganos de seguridad del Estado que llega incluso a la vida privada de las personas"; del "alto número de prisioneros"; de la discriminación "por ideas filosóficas, políticas o religiosas"; del "deterioro moral" y la "pérdida de los valores propios de los

cubanos"; de la "fuga" hacia otros países y la "fuga interna" para evadirse de la realidad, etcétera.

El documento —de 17 cuartillas y titulado *El amor todo lo espera*— fue elaborado el 8 de septiembre, con motivo del día de la Caridad del Cobre, Santa Patrona de Cuba. Según trascendió, recibió el aval de la Santa Sede a través de monseñor Deniamino Stella, Nuncio Apostólico en La Habana. Los obispos la hicieron llegar de manera oficial a la cancillería cubana y a la Oficina de Asuntos Religiosos del Partido Comunista. Su difusión entre diplomáticos y corresponsales de prensa, empero, ocurrió el 14 de septiembre. Una versión resumida fue entregada el domingo 20 a los feligreses que acudieron a oír misa en diversas iglesias de Cuba.

El mensaje de los obispos provocó enojo en el gobierno de Castro. No hubo, sin embargo, una reacción oficial inmediata. "El documento se está estudiando", dijo Roberto Robaina, ministro de Relaciones Exteriores de Cuba. A título "extremadamente personal", el canciller opinó, empero, que "la realidad del país está bastante lejos de lo que en él se dice".

A falta de reacción oficial —que para los cubanos equivale a un editorial sin firma en el periódico *Granma*—, hubo una oficiosa, a la semana siguiente. Un virulento artículo en el semanario *Trabajadores* —órgano de la Central de Trabajadores de Cuba— calificó al documento de "provocación deliberada... una hipócrita acción, una concertación contrarrevolucionaria, un puñal clavado por la espalda al pueblo revolucionario, incluidos los creyentes, en el momento más difícil, decisivo y heroico de la historia de Cuba".

—¿Esperaban una reacción así?

—No es la que deseábamos. Por el contrario, se deseaba que se abrieran los canales del diálogo para buscar entre todos soluciones a los problemas del país —comentó el padre José Félix Pérez, secretario ejecutivo de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba.

—Parece que ocurrió lo contrario. ¿Habían previsto esta posibilidad?

—Habría que ver que ocurre más adelante pero, en todo caso, en la historia de la Iglesia se ha dado la incomprensión hacia su enseñanza.

—¿Responderán?

—No se trata de responder, sino de aceptar. Esa es la misión de

la Iglesia. Por otra parte, el compromiso de la Iglesia con la sociedad le obligaba a no guardar silencio en estos momentos en que se requiere reflexión y sensatez.

Las resoluciones del Encuentro Eclesial Cubano, de febrero de 1986, establecieron que la Iglesia debía optar por "el diálogo directo y franco con las autoridades de la nación", pero, al mismo tiempo, "evitar el empleo de las declaraciones que puedan servir a la propaganda en uno u otro sentido (en favor o en contra del régimen de Castro)", así como "mantener una doble y exigente fidelidad: a la Iglesia y a la Patria".

"A esto se debe —dijeron los obispos en el documento del 8 de septiembre de 1993— el silencio que ciertamente no ha sido total en estos últimos 25 años".

—¿La Iglesia rompió el silencio?

—No es que se rompa el silencio porque siempre la Iglesia ha intervenido en la vida pública y ante las autoridades. Pero no siempre se ha conocido. Quizá lo que había era discreción —sostuvo el padre Félix Pérez.

—Pero había un acuerdo tácito, una regla no escrita, ¿no le parece?

—Quizá por asumir que era lo más conveniente para ambas partes. Sí, se rompe eso, o mejor dicho se desarrolla de otra manera la voz de la iglesia. Ahora es más amplia, más abarcadora. Además, la realidad lo exige: no es la misma situación la que vive Cuba hoy que hace dos o tres años.

—¿Quiere decir que se entra en una nueva etapa en las relaciones entre la Iglesia y el Estado cubano?

—Hay que esperar. No sabemos en qué sentido este documento vaya a marcar una nueva etapa.

—¿No le parece que este documento puede ser un signo de cambio en esas relaciones?

—Puede llegar a serlo, sin duda. Pero depende del eco que pueda suscitar en las autoridades. Aún esperamos que suscite una reflexión serena, objetiva de la realidad nacional.

La pastoral de los obispos católicos, casi de entrada, dijo: "No es únicamente del extranjero de donde debemos esperar la solución de nuestros problemas: solidaridad extranjera, inversiones extranjeras, turismo extranjero, dinero de los que viven en el extranjero,

etc.". Mencionó que los cubanos han idealizado lo "extranjero". Así, "muchos quieren paliar sus sufrimientos yéndose al extranjero cuando pueden, y si no pueden, idealizan fanáticamente todo lo extranjero, o se evaden simplemente de la realidad en una especie de exilio interno".

Se preguntaba: "¿Por qué hay tantos cubanos que quieren irse y se van de su patria? ¿Por qué renuncian algunos, dentro de su misma patria, a su propia ciudadanía para acogerse a una ciudadanía extranjera? ¿Por qué profesionales, obreros, artistas, sacerdotes, deportistas, militares, militantes o gente anónima y sencilla aprovechan cualquier salida temporal, personal u oficial, para quedarse en el extranjero? ¿Por qué el cubano se va de su tierra siendo tradicionalmente tan casero?"

Analizó: "Las cosas no van bien. Este tema está en la calle, en medio del mismo pueblo. Hay descontento, incertidumbre, desesperanza en la población. El empeoramiento es rápido y progresivo y la única solución que se ofrece es la de resistir, sin que pueda vislumbrarse la duración de esa resistencia.

"En el orden económico las necesidades elementales están en un punto de extrema gravedad. El suelo bello y fértil de nuestra Isla ha dejado de ser la madre tierra, como cansada ahora, e incapaz de alimentar a sus hijos con sus dobles cosechas. El pueblo se pregunta cómo es posible que escaseen tantas cosas y cuesten tanto. Lo que se dice del sector agrícola se puede decir también de otros sectores y servicios".

El documento abordó los diversos factores que, en opinión de la Iglesia, incidían en la crisis económica de la Isla. Mencionó su condición insular, la transformación de las relaciones comerciales e ideológicas a estrictamente comerciales, los "errores cometidos en el país en la gestión administrativa y económica" y, también, el "embargo económico, potenciado ahora con la Ley Torriceli".

Dijo al respecto: "Los obispos cubanos rechazamos cualquier tipo de medida que, pretendiendo sancionar al gobierno cubano, contribuya a aumentar las dificultades de nuestro pueblo. Esto lo hicimos, en su momento, con respecto al embargo estadounidense y, recientemente, con la llamada Ley Torriceli".

En referencia a la política económica del régimen, sostuvo: "Más que medidas coyunturales de emergencia, es imprescindible un

proyecto económico de contornos definidos, capaz de inspirar y movilizar las energías de todo el pueblo. No excluimos la posibilidad de que exista dicho proyecto, pero su desconocimiento no contribuye a generar confianza para potenciar las energías reales de los hombres y mujeres de nuestro país".

Recordó que durante el IV Congreso del PCC —celebrado a fines de 1991— se llamó a erradicar la simulación, la doble moral, la falsa unanimidad y el acallamiento de la diversidad de opiniones. Advirtió que un país donde existan estas actitudes "no es sano ni completamente libre; se convierte poco a poco, en un país escéptico, desconfiado, donde queriendo lograr que surja el hombre nuevo podemos encontrarnos con un hombre falso".

Propuso que, junto con ciertos cambios económicos que comenzaban a ponerse en práctica, deberían erradicarse algunas políticas irritantes. Y enumeró:

- El carácter excluyente y omnipresente de la ideología oficial, cuyo papel centralista y abarcador produce una sensación de cansancio ante las repetidas orientaciones y consignas.
- Las limitaciones impuestas no sólo al ejercicio de ciertas libertades, lo cual podría ser admisible coyunturalmente, sino a la libertad misma.
- El excesivo control por los órganos de seguridad del Estado que llega a veces, incluso, hasta la vida estrictamente privada de las personas.
- El alto número de prisioneros por acciones que podrían despenalizarse unas, y reconsiderarse otras.

—La discriminación por razón de ideas filosóficas, políticas o de credo religioso.

La propuesta central fue la de un diálogo entre todos los cubanos, incluyendo los del exilio, para solucionar los conflictos del país. "Tenemos que reconocer que en Cuba hay criterios distintos sobre la situación del país y sobre las soluciones posibles". "Se trata —afirmó— de un diálogo no para ajustar cuentas, ni depurar responsabilidades, ni para reivindicar al pasado, sino para dejarnos interpelar y reconciliarnos". Y reivindicó el "derecho a la diversidad" del pueblo cubano como "legal y básicamente ético".

El lunes 20 de septiembre, el diario *Trabajadores* publicó un virulento artículo de Lázaro Barredo, diputado y entonces vicepre-

sidente de la Unión de Periodistas de Cuba (Upec). En él ubicó las tesis de la Iglesia católica dentro de las tradicionales posturas de la contrarrevolución. De entrada, censuró a la Iglesia por soslayar el enfrentamiento con el gobierno de Estados Unidos y plantear la solución de los problemas como un asunto "sólo entre cubanos". Lleno de calificativos, el artículo dijo que las alternativas que propuso el documento eran "las mismas del imperio: el pluripartidismo, que se comparta el poder revolucionario con la contrarrevolución, a la vez que liberar de las prisiones a los ladrones y asesinos junto a los terroristas y espías de la CIA".

Más: "El paso que han dado los obispos constituye una provocación deliberada, sin justificación posible, contra la Revolución y trata de socavar la necesaria unidad y la moral de nuestro pueblo... El amor de los obispos no es el amor de Abel; es la traición de Caín. Es el puñal que se clava por la espalda en el momento más difícil, decisivo y heroico de la historia de Cuba".

Más moderado, el canciller Roberto Robaina declaró que "el momento y el contexto de Cuba no son de desesperanza, no son de callejón sin salida, como expone el documento". Lamentó que en el análisis de los obispos "esté ausente el esfuerzo que hace Cuba por insertarse en la realidad internacional y por transformarse bajo fuertes presiones". Señaló que esta ausencia, "de entrada nos preocupa en su validez y su confiabilidad". Y enfatizó: "un documento que llame 'embargo' al 'bloqueo' de Estados Unidos no está comprometido con lo que realmente el pueblo siente".

El miércoles 22 de septiembre, el *Granma* publicó una carta del diputado cubano Cintio Vitier, reconocido intelectual que públicamente ha defendido su condición de cristiano. En ella, comentó que el "derecho a la diversidad" que pedía la jerarquía católica cubana no lo ha practicado la Iglesia como institución. Y argumentó: "tienen razón los obispos: hay que preservar el derecho a la diversidad, pero antes hay que defender el derecho a la supervivencia como nación independiente". Afirmó que "un país asediado hasta extremos inauditos no puede darse el lujo de una diversidad irresponsable y un diálogo idílico, como no se lo dieron los Estados Unidos durante más de 40 años sin partidos después de independizarse, ni mucho menos cuando se vieron ante la amenaza nazi y apretaron filas con la Unión Soviética. Tampoco en el Partido

Revolucionario Cubano de José Martí pudieron entrar ni dialogar los anexionistas".

La polémica quedó ahí. Se volvió al tenso equilibrio apenas alterado cuando ocurrió el hundimiento del remolcador *13 de marzo*, el 13 de julio de 1994. En esa ocasión la Iglesia católica pidió una exhaustiva investigación y reprodujo la declaración del papa Juan Pablo II lamentando la tragedia.

## Epílogo

De cara al fin de siglo, el gobierno de Fidel Castro enfrenta el futuro con más de lo mismo: reafirmación de los principios ideológicos de la revolución, papel rector del partido único y socialismo como sistema político.

Así lo manifiestan la convocatoria y el documento preparatorio para el V Congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC) que se celebrará del 8 al 10 de octubre de 1997 y que definirá los derroteros de este país para un periodo que llegaría hasta el año 2002.

Al despuntar el próximo milenio, Fidel mismo —al parecer— seguirá siendo el principal protagonista, pues nadie en La Habana duda que será reelecto en las próximas elecciones anunciadas para finales de 1997 y principios de 1998.

Lo hará, a pesar de sus palabras: “Espero que mis compatriotas no me exijan que dentro de cinco años (periodo que dura el Parlamento) yo sea postulado otra vez como candidato... espero que comprendan que existen otros que pueden hacerlo igual o mejor que yo”, dijo tras concluir el pasado proceso electoral, en febrero de 1993.

—Entonces, ¿será presidente sólo los próximos cinco años?, preguntó una periodista estadounidense.

—Ojalá no sea necesario porque cinco años en estas condiciones de trabajo son muy duros. ¿Qué dirá la vida, que dirá la salud...? tendría que esperar que la naturaleza me privilegie todavía más.

Será ahora la segunda vez en la historia que el Comandante en Jefe sea sometido en las urnas al escrutinio de las masas, requisito indispensable en la legislación electoral de este país para acceder al Parlamento y a su máxima representación: el Consejo de Estado.

Serán elecciones bajo las reglas de la “democracia cubana”: sin partidos políticos ni candidatos de oposición.

Nada, pues, que vislumbre el cambio que Occidente espera.

Por el contrario, los reclamos —bien o mal intencionados— de que su régimen se abra, tienen por respuesta el endurecimiento interno.

De nuevo —como en décadas pasadas— los funcionarios del régimen recurren a los discursos de barricada; las organizaciones de masas del Partido Comunista vuelven a la gran escena del control y la movilización; la gradual reforma económica parece entrar en una *impasse* y nuevas medidas administrativas frenan la incipiente iniciativa privada; otra vez proliferan los actos multitudinarios de adhesión y la propaganda oficial apela y exalta el nacionalismo.

“Ante la presión internacional, la unidad interna” es la máxima invariable del gobierno de Fidel Castro, la que —con énfasis y progresivo aumento— aplica desde que Washington aprobó la Ley Helms-Burton en marzo de 1996.

Y es la que —todo indica— seguirá aplicando ante un contexto siempre complejo: Estados Unidos y la Unión Europea llegaron a un entendimiento sobre la Ley Helms-Burton que elimina temporalmente un litigio en el seno de la Organización Mundial de Comercio (OMC). Cuba quedó al margen de ello y, en los hechos, fue la menos beneficiada. Cabe la posibilidad de que las naciones europeas frenen la inversión en bienes reclamados por los estadounidenses. Además, es previsible una actitud de mayor dureza de la Unión Europea hacia el gobierno de Castro en temas como “democracia” y “Derechos Humanos”.

Más aún, Estados Unidos presiona a las naciones de América latina para obstruir la celebración, en La Habana, de la Cumbre Iberoamericana que, por calendario, le tocaría en 1999. Aunque es un foro en el que Washington no está incluido, Clinton ha logrado el relativo apoyo de varios gobiernos, entre ellos Argentina, Uruguay, Chile, Venezuela y Nicaragua, los cuales sostienen que se terminó ya el periodo de gracia concedido al régimen de Fidel Castro para que haga por sí mismo los cambios dentro de la Isla.

Estados Unidos, pues, va cerrando la pinza.

Obviamente, Castro se atrinchera. Lo ha hecho siempre ante cada medida de presión externa y lo repite en esta última etapa. Los hechos son elocuentes:

El 24 de febrero de 1996, *Mig's* cubanos derribaron dos aviones de la organización anticastrista Hermanos al Rescate. En represalia, el gobierno de Washington aprobó la Ley Helms-Burton que endurece el bloqueo contra la Isla y condiciona su levantamiento a un cambio de sistema político.

Desde ese momento, el gobierno de Fidel Castro interrumpió el proceso de gradual apertura económica y borró los signos de distensión política interna observados a partir de septiembre de 1993.

En marzo de 1996, durante el V pleno del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC), el general Raúl Castro, ministro de las Fuerzas Armadas, leyó un informe del Buró Político —máxima instancia de poder en la Isla— donde advirtió contra un posible *glasnot* o *perestroika* a la cubana; llamó al orden interno en las filas del Partido y calificó de quinta columna a quienes se prestan a los intereses norteamericanos para socavar la revolución desde dentro.

Al hecho le siguió la revisión de instituciones académicas que recibían dinero de organizaciones también académicas extranjeras y que, a juicio del Partido Comunista, pudieran ser parte de los intentos desestabilizadores de la revolución. El caso del Centro de Estudios de América (CEA) fue el más elocuente y terminó con la “reubicación” de buena parte de sus investigadores.

Ante el anuncio explícito de Richard Nuccio, entonces asesor especial de Clinton para Cuba, de usar a las Organizaciones No Gubernamentales (ONG's) para impulsar la transición cubana hacia la democracia, el gobierno de la Isla no hizo distinciones entre las ONGs cubanas “independientes” y las “manipulables”. Frenó su crecimiento. Varias de estas organizaciones no fueron autorizadas a registrarse bajo el argumento de que “el momento no es oportuno”.

En el verano pasado, todos los funcionarios del régimen —desde Fidel hasta el cuadro municipal del Partido Comunista— firmaron un Código de Ética que advierte sobre prácticas corruptas y, también, sobre tener amistad con extranjeros que no compartan las ideas revolucionarias.

Luego, el gobierno reforzó sus organizaciones de masas y volvió a poner el acento en el lenguaje de fortaleza sitiada. Los ejercicios para la defensa del país retomaron aire ante la considerada amenaza permanente de una intervención militar estadounidense. El 20 de

abril de 1997, aniversario del triunfo cubano en Playa Girón, más de 400 mil personas de la ciudad de La Habana —jóvenes, funcionarios, amas de casa— participaron en maniobras militares que incluyeron desde disparos con arma de fuego y lanzamiento de granadas hasta distribución de alimentos y asistencia médica en un supuesto escenario de guerra.

Ante la Helms-Burton, el Parlamento de Cuba aprobó en diciembre su propio documento antídoto: la Ley de Reafirmación de la Dignidad y la Soberanía Nacional, la cual promueve reclamaciones a los Estados Unidos y ofrece seguridades a los inversionistas extranjeros. Con base en el capítulo 8 de esta ley —que limita la información si, a su juicio, es usada para los efectos de la Ley Helms-Burton— fueron hostigados algunos autollamados “periodistas independientes” que envían sus reportes a las cadenas de radio anticastristas de Miami.

Así —como no había sucedido desde principios de 1993— volvieron a aparecer los “mítines de repudio”: decenas de personas rodearon la casa de al menos siete de éstas personas y —a gritos— fueron señalados como “anexionistas” y “contrarrevolucionarios”.

En enero Clinton presentó un Plan de Apoyo para la Transición Democrática en Cuba que irritó particularmente al gobierno de la Isla. En él, Estados Unidos promete hasta 8 millones de dólares para una era post Castro y lanza un anzuelo a los militares de la Isla al aceptar que estos participen en el futuro gobierno cubano.

La respuesta fue inmediata: un gran acto militar en la Plaza de la Revolución, donde las fuerzas armadas suscribieron una declaración —la de “los Mambises del Siglo XX”— que jura “incondicional lealtad” al régimen y a sus líderes: Fidel y Raúl Castro.

“Espontáneamente”, esa declaración fue suscrita también por los trabajadores en cada centro de trabajo, por los jóvenes en las universidades y hasta por los niños en las escuelas primarias. Fidel recibió el primero de mayo de 1997 una acta que certificó que más de 8 millones de cubanos suscribieron tal declaración y que mostró “la adhesión masiva al régimen”.

En la ofensiva nacionalista, la cancillería cubana envió, a principios de abril de 1997, una circular a todas las embajadas acreditadas en La Habana para informar del capítulo 8 de la Ley de Reafirmación de la Dignidad y Soberanía Cubana. Éste establece

como “ilícito” suministrar información a representantes del gobierno de Estados Unidos o a cualquier agencia o medio de difusión que facilite la aplicación de la Ley Helms-Burton. La circular sorprendió a los diplomáticos extranjeros quienes no supieron como interpretarla: ¿un recordatorio?, ¿un aviso?, ¿una advertencia?

De nueva cuenta volvieron las convocatorias para los actos multitudinarios de apoyo a la revolución. El caso más importante fue el desfile del 1° de mayo. Toda la maquinaria estatal se dispuso a cumplir la meta de realizar la mayor movilización de la historia: más de 1.2 millones de personas marchando por la plaza de la revolución. Cada ministerio, industria o empresa tuvo “la orientación” de llevar a todos sus empleados y dejar sólo a los imprescindibles; las organizaciones de masas hicieron listas de sus cuadros y realizaron una campaña para recordar, casa por casa, que “todos debían asistir a esta movilización por la patria”.

El gobierno —austero en las finanzas desde el periodo especial—, permitió partidas de dinero para “asegurar” la asistencia. La radio y la televisión intensificaron sus *spots* de propaganda para convocar a los cubanos y los discursos de los dirigentes de la Isla casi consideraron como desafectos a los que no quisieron ir.

Paralelamente, el gobierno inició una campaña contra las “ilegalidades” e “indisciplinas sociales” para frenar fenómenos internos que, a su juicio, atentan contra el orden y la unidad de la revolución, tales como la inmigración masiva de personas del campo a la ciudad; la evasión de impuestos por trabajadores por cuenta propia y el alquiler no controlado de viviendas a turistas extranjeros. Apeló para ello a los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), organizaciones de masas que vigilarán, cuadra por cuadra, que no proliferen estos fenómenos.

Estas medidas, empero, hicieron más tensa la situación interna. Por ejemplo, la nueva Ley de inmigración impide que una familia emigre del campo a la ciudad si antes no tiene asegurada una vivienda habitable con 10 metros cuadrados por cada uno de sus miembros. Cómo el déficit de vivienda en La Habana es tan fuerte y los campesinos son realmente pobres, les es difícil cumplir con esos requisitos. Lo peor: muchos de los ciudadanos que ya estaban en la capital y que no legalizaron su situación en el registro de direcciones serán regresados a sus provincias. Esto ha provocado

enfrentamientos con la policía y varios pobladores de barrios considerados insalubres se organizan para enfrentar los desalojos. "De aquí no nos vamos ni muertos", dicen en franco desafío.

Ante los altos impuestos y los controles administrativos que impone el gobierno a los pequeños negocios privados —particularmente a Paladares, taxistas y arrendadores de viviendas—, los cubanos se preguntan si se trata de legalizar a la incipiente iniciativa privada o, de plano, se quiere prescindir de ella. Manuel Millares, ministro de economía, dio una respuesta clara: los particulares "constituyen una competencia desleal" para las instituciones del Estado.

Por otra parte, si gobiernos europeos esperaban la autorización de la pequeña empresa privada como un paso más de la apertura económica del gobierno, el secretario ejecutivo del Consejo de Ministros y conductor de la política económica, Carlos Lage, los frenó. "La posibilidad de una participación privada de pequeña y mediana empresas no es un asunto inmediato por varias razones, entre ellas, que nuestra experiencia en el trabajo por cuenta propia y en el desarrollo de la pequeña empresa (los paladares) es reciente".

Además, la economía cubana está entrampada. Si obtuvo una evidente recuperación en 1995 y 1996 (el PIB creció 7.8% en este último año), para 1997 reduce su ritmo de crecimiento en menos del 5%. El gobierno aplica un restrictivo plan económico y social para hacer frente a un déficit de 21.3% en la balanza comercial de pagos. Y es que Cuba gasta más de lo que gana. De acuerdo con las autoridades de la Isla, esto se debe al incremento de precios de las importaciones (27% en los alimentos; 13% en combustibles; 50% en petróleo crudo) y, también, al consumo interno que creció al ritmo de la recuperación económica. Así, el consumo energético aumentó 24%, tres veces más de lo que creció la economía.

Este déficit en la balanza comercial fue financiado con créditos comerciales a corto plazo y con tasas de interés de entre 14 y 16%. Esto aumentó la deuda cubana a más de 11 mil millones de dólares. Como Cuba no tiene acceso a los organismos de crédito internacionales —FMI, Banco Mundial, BID—, recurre ahora a la austeridad, a la férrea disciplina fiscal (que elevó los impuestos sobre todo al incipiente sector privado de la isla) y a desacelerar el ritmo de su economía: Si en 1995 la agricultura creció un 17.3%, ahora lo hará en 7.8%; si la construcción aumentó un 30.8%, ahora lo hará en

5.1%; si la producción de níquel se incrementó en 30.7%, ahora lo hará sólo un 20 por ciento.

De las ramas importantes de la economía sólo el turismo incrementará sus ingresos brutos en 50%; la producción de acero en otro 50%, los tejidos un 30% y la industria manufacturera un ligero incremento del 7.8% (en 1996 fue de 3 por ciento).

Otro factor inhibe la recuperación económica: la zafra azucarera. En 1997 —después de lograr un crecimiento del 30% en 1996— la producción de azúcar no alcanzará la cifra de 4.5 millones de toneladas, cuando se esperaba de ella hasta los 4.8 millones.

Castro mismo reconoció el fracaso del programa azucarero en este año y se pronunció por un nuevo enfoque en el sector: en lugar de producir más azúcar, producir menos pero a menor costo y con alto grado de eficiencia. Advirtió incluso la posibilidad de cerrar alguna central azucarera si ésta era incosteable.

Fue en esta tónica que el PCC convocó el 16 de abril de 1997 a su V Congreso y a nadie sorprendió su perfil ortodoxo. José Ramón Machado Ventura, secretario de organización del Partido, miembro de su Buró Político y considerado como uno de los dirigentes de línea dura del régimen, leyó el texto de la convocatoria que en uno de sus párrafos no deja lugar a dudas:

"El V Congreso reafirmará los principios ideológicos en que se fundamenta el proceso revolucionario cubano, el papel insustituible del partido único y del sistema político que hemos forjado a lo largo de nuestra historia".

Además, dijo, el Congreso "fortalecerá la unidad del pueblo de Cuba que enfrenta sin vacilación la feroz guerra económica, la subversión ideológica y las presiones y amenazas de todo tipo de los imperialistas yanquis".

Machado Ventura leyó la convocatoria en un acto masivo celebrado en la plaza Che Guevara —a los pies de una estatua de siete metros del mítico guerrillero—, ubicada en la ciudad de Santa Clara, donde —en presencia de Fidel— hubo revista militar, actos de adhesión revolucionaria y hasta un nuevo himno: "el de los mambises del siglo XX".

Como para que no quedaran dudas, ahí mismo el general de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y número dos del sistema, Raúl Castro, apuntaló: "Mucho ha cambiado el mundo en estos años,

pero el compromiso contraído el 16 de abril de 1961 (día en que se declaró el carácter socialista de la revolución) se mantiene intacto: el socialismo seguirá presente en esta tierra defendido por los fusiles del pueblo”.

Un mes después —24 de mayo—, el gobierno publicó el documento sobre el que se basará la estrategia económica y política de la Isla para los próximos cinco años.

No fue un documento programático. Por el contrario. En lugar de abrir la discusión a los nuevos retos, reiteró los viejos problemas y machacó en las mismas soluciones; no propuso temas de reflexión, sino de reafirmación; no miró al futuro, sino que apeló al pasado.

Algunos párrafos son claros: “En Cuba no habrá restauración del capitalismo porque la revolución no será derrotada jamás. La Patria seguirá viviendo y seguirá siendo socialista”.

“Sólo la unidad de los revolucionarios puede conducir a la unidad del pueblo. Ello requiere un solo partido, antes como ahora, asentado en los trabajadores.

”Nuestro sistema político, que consagra el poder del pueblo, es la principal conquista que debemos salvar, porque de él dependen todas las demás... Nuestra democracia socialista es esencial en la continuidad de la obra que iniciamos en 1959...”.

No hay, pues, anuncios de cambios en la Isla que salgan de los estrechos márgenes que marca la revolución. Tal como van las cosas, habrá en Cuba Partido Comunista, socialismo y Fidel para rato.

Varias interrogantes, empero, quedan pendientes: ¿el endurecimiento interno del gobierno de Castro creará mayor irritación en una sociedad que ya cambió durante estos años de crisis y cuyas expectativas son también otras? ¿Podrá el gobierno y la magia de Fidel Castro dar cauce a las nuevas inquietudes de una sociedad que —al calor de la graduales reformas económicas— tiene nuevos actores: cuentapropistas, ONGs, asociaciones profesionales, nuevos ricos, pobres más pobres, etcétera?; ¿no entraña un peligro de desgaste político o de posible explosión social recurrir al discurso de siempre y a las prácticas políticas de décadas pasadas?

Sólo el tiempo dirá.

*Este libro se terminó de imprimir en el  
mes de junio de 1997 en los talleres de  
Mundo Color Gráfico S.A. de C.V.  
Calle B No. 8 Fracc. Ind. Pue. 2000, Puebla, Pue.  
Tels. (9122) 82-64-88, Fax 82-63-56*

*Se tiraron 5000 ejemplares  
más sobrantes para reposición.*

## Otros títulos de Plaza & Janés

### Crónica

Paula Amor Poniatowska, *Nomeolvides*

Germán Dehesa, *¡Fallaste, corazón!*

Guadalupe Loaeza, *Sin cuenta*

Rosa Nissán, *Las tierras prometidas,*

*Crónica de un viaje a Israel*

Guadalupe Loaeza, *Manual de la Gente*

*Bien I y II*

Clara Guadalupe García, *Rojo: del asesinato  
político en México*

### Ave Fénix

Elena Poniatowska, *Paseo de la Reforma*

Erik Fosnes Hansen, *Himno al final del viaje*

David Martín del Campo, *El año del fuego*

Michael Ondaatje, *El paciente inglés*

Rosa Nissán, *Hisho que te nazca*

Salman Rushdie, *El último suspiro del Moro*

Fernando del Paso, *Linda 67. Historia de un  
crimen*

Antonio Skármeta, *El cartero de Neruda*

*No pasó nada*

*La velocidad del amor*

Desde antes de su triunfo, en 1959, la revolución cubana ha sido sujeto de fuertes polémicas. Siempre en el ojo del huracán, la figura del máximo líder de la revolución, Fidel Castro, así como la de sus más cercanos colaboradores, despierta, en todos los casos, pasiones encontradas: a favor o en contra, nunca medias tintas. *Cuba: los años duros*, ofrece, en cambio una visión mesurada y objetiva desde dentro de los acontecimientos, particularmente aquellos que marcaron el llamado "periodo especial", es decir los años inmediatamente posteriores a la caída del muro de Berlín y la consecuente crisis de los antiguos países socialistas. El endurecimiento de la política de cerco de Estados Unidos contra Cuba propició el surgimiento de fenómenos tales como la primera manifestación de protesta antigubernamental, las y los "jineteros", la crisis de los balseros, etc. Con el oficio que dan los años de desempeño periodístico, dos corresponsales de prensa radicados en Cuba, uno mexicano, Homero Campa, y otro ecuatoriano, Orlando Pérez, no sólo presentan una crónica puntual de los hechos, sino que, además, dan voz a las múltiples interpretaciones que circulan dentro de la propia Isla, desde las oficialistas hasta las de oposición, los artistas y las ONG's. Por ello *Cuba: los años duros* es un libro imprescindible para entender la nueva realidad del pueblo cubano.

ISBN 968-11-0252-5



9 789681 102524

Desde antes de su triunfo, en 1959, la revolución cubana ha sido sujeto de fuertes polémicas. Siempre en el ojo del huracán, la figura del máximo líder de la revolución, Fidel Castro, así como la de sus más cercanos colaboradores, despierta, en todos los casos, pasiones encontradas: a favor o en contra, nunca medias tintas. *Cuba: los años duros*, ofrece, en cambio una visión mesurada y objetiva desde dentro de los acontecimientos, particularmente aquellos que marcaron el llamado "periodo especial", es decir los años inmediatamente posteriores a la caída del muro de Berlín y la consecuente crisis de los antiguos países socialistas. El endurecimiento de la política de cerco de Estados Unidos contra Cuba propició el surgimiento de fenómenos tales como la primera manifestación de protesta antigubernamental, las y los "jineteros", la crisis de los balseros, etc. Con el oficio que dan los años de desempeño periodístico, dos corresponsales de prensa radicados en Cuba, uno mexicano, Homero Campa, y otro ecuatoriano, Orlando Pérez, no sólo presentan una crónica puntual de los hechos, sino que, además, dan voz a las múltiples interpretaciones que circulan dentro de la propia Isla, desde las oficialistas hasta las de oposición, los artistas y las ONG's. Por ello *Cuba: los años duros* es un libro imprescindible para entender la nueva realidad del pueblo cubano.

ISBN 968-11-0252-5



9 789681 102524

Desde antes de su triunfo, en 1959, la revolución cubana ha sido sujeto de fuertes polémicas. Siempre en el ojo del huracán, la figura del máximo líder de la revolución, Fidel Castro, así como la de sus más cercanos colaboradores, despierta, en todos los casos, pasiones encontradas: a favor o en contra, nunca medias tintas. *Cuba: los años duros*, ofrece, en cambio una visión mesurada y objetiva desde dentro de los acontecimientos, particularmente aquellos que marcaron el llamado "periodo especial", es decir los años inmediatamente posteriores a la caída del muro de Berlín y la consecuente crisis de los antiguos países socialistas. El endurecimiento de la política de cerco de Estados Unidos contra Cuba propició el surgimiento de fenómenos tales como la primera manifestación de protesta antigubernamental, las y los "jineteros", la crisis de los balseros, etc. Con el oficio que dan los años de desempeño periodístico, dos corresponsales de prensa radicados en Cuba, uno mexicano, Homero Campa, y otro ecuatoriano, Orlando Pérez, no sólo presentan una crónica puntual de los hechos, sino que, además, dan voz a las múltiples interpretaciones que circulan dentro de la propia Isla, desde las oficialistas hasta las de oposición, los artistas y las ONG's. Por ello *Cuba: los años duros* es un libro imprescindible para entender la nueva realidad del pueblo cubano.

ISBN 968-11-0252-5



9 789681 102524